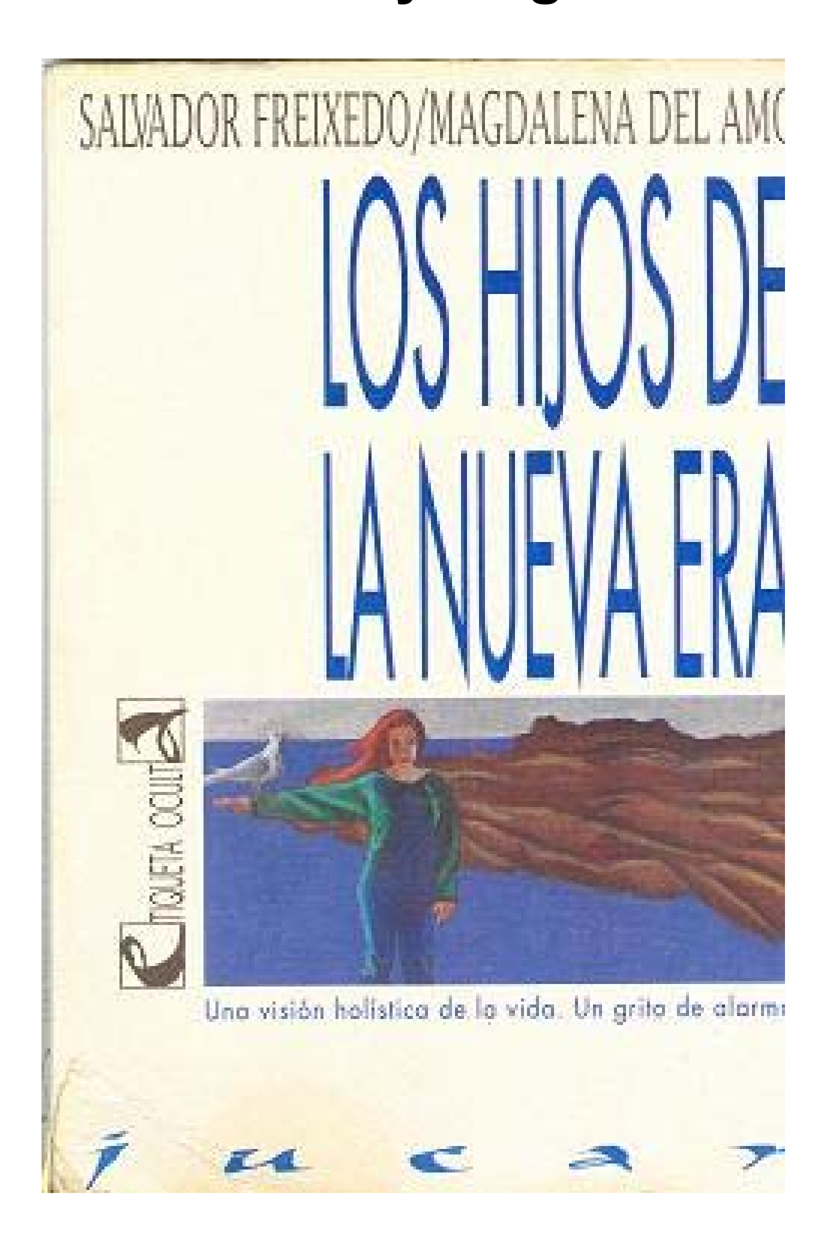
LOS HIJOS DE LA NUEVA ERA

Una visión holística de la vida. Un grito de alarma

Salvador Freixedo y Magdalena del Amo



INTRODUCCIÓN

¿Qué es lo holístico?

Ser feliz es la meta de todo ser viviente racional. A ayudar a encontrar esta felicidad que tan esquiva se muestra a los angustiados habitantes de este planeta van dirigidas las páginas de este libro.

El término *holístico* —del griego «ólos» = «todo» o «totalidad»— está de moda y es un síntoma de que la mentalidad acuariana está penetrando lentamente en la conciencia de la humanidad, aunque lo haga muchas veces de una manera inconsciente. El hombre y la mujer de Acuario se van dando cuenta de que el Universo es un todo armónico, y mucho más relacionado y uno, de lo que la superficial ciencia del siglo XX había pensado.

Habíamos caído en el error de mil dicotomías simplistas: cuerpo y alma; materia y espíritu; salud y enfermedad; físico y psíquico...

Lo mismo que cada una de las gotas de agua forma parte del mar y entre todas constituyen la totalidad del océano, cada ser humano es parte del Cosmos entero y contribuye a su 'totalidad. Al igual que cada una de las partes de su organismo, por pequeña y desconocida que sea, forma parte de la totalidad de su ser. La conciencia de este pertenecer a un todo y de respetar la interacción de las partes entre sí y con el todo, es la esencia de la filosofía holística que queremos propugnar en estas líneas.

Los falsos ídolos

Lo primero que haremos será derribar los falsos ídolos, resaltar los errores tradicionales que ciegamente hemos venido siguiendo como si fueran sabias pautas para nuestra vida y, en fin, mostrarle al lector que muchas de las que, hasta ahora, había considerado serias, e incluso sagradas, son falsas y, en muchas ocasiones, fatales para el desarrollo de la sociedad y de cada una de las personas que la componen.

Leemos en ***La conspiración de Acuario,*** de Marilyn Ferguson: «Las crisis que padecemos son sólo maneras de evidenciar la traición a la naturaleza perpetrada por nuestras instituciones. Hemos identificado la buena salud con el consumo material, hemos deshumanizado el trabajo y lo hemos hecho innecesariamente competitivo, nos sentimos inseguros acerca de nuestra capacidad de aprender y enseñar. Nuestra medicina, salvajemente costosa, apenas ha conseguido ganar algún terreno frente a las enfermedades crónicas o derivadas de accidentes y se ha ido haciendo a la vez crecientemente impersonal y vejatoria. Los Gobiernos se vuelven cada vez más complejos e irresponsables desde su lejanía, y los sistemas de seguridad social se encuentran una y otra vez al borde de la quiebra».

Paradójicamente, muchas de las ideas y de las instituciones consideradas más serias, como patria, familia, religión, honor, tradiciones, etc., han sido las que más daño le han hecho al ser humano en su evolución a través de los siglos. Distorsionadas por sucesivas minorías para hacerlas un instrumento dominante, se han convertido en el mayor freno que la humanidad ha tenido para su perfeccionamiento y en definitiva, para la consecución de la felicidad.

Estas ideas, que consideradas en teoría se nos presentan como algo bello y positivo, a la larga y en la vida concreta son los grandes instrumentos para la desunión de los seres humanos, para el abuso de los fuertes sobre los débiles, para la incomprensión y para todo tipo de discordias.

Tomemos como ejemplo una de estas ideas: la religión, tanto en su aspecto de pura ideología como en el más concreto, de institución, secta u organización religiosa. Aparte de lo que más adelante diremos sobre este importante fenómeno en la historia de la humanidad, no podemos dejar de señalar ahora mismo un hecho terrible en contra de ella: la religión ha sido a lo largo de los siglos, si no la mayor, una de las mayores causas de división y de guerras entre los seres humanos. Por culpa de las

diferentes religiones se han derramado en el mundo ríos de sangre y aún se siguen derramando en la actualidad.

La esencia del Espíritu Holístico

La esencia del Espíritu Holístico o de la Nueva Era Acuariana en la que estamos entrando es, como ya dijimos, la relación de todos con todos y de todo con todo; es la unión por encima de la separación, es la búsqueda de la felicidad por encima de los convencionalismos, es la consecución de la paz del alma, es el desarrollo de la mente, es la evolución del espíritu.

Muchas de las ideas tradicionales, «serias» y «sagradas», van, precisamente, contra todo aquello: nos encierran en nuestros propios conceptos, nos separan, nos impiden adquirir nuevas ideas porque nos han prejuiciado contra ellas, nos imposibilitan para ver nuevos horizontes, nos frenan la creatividad y no sólo no nos permiten conseguir la paz del alma, sino que con mucha frecuencia nos hacen profundamente infelices.

Cambio profundo en las ideas

Para muchas personas el desprenderse de sus viejas ideas y creencias tradicionales es una tarea casi imposible, pues las tienen profundamente arraigadas en el alma, y por eso prefieren seguir adelante con ellas sin pararse a analizarlas. Pero, afortunadamente, cada vez es mayor el número de quienes, libres de prejuicios, o impulsados por una corriente subterránea que silenciosamente se mueve por las almas y mentes de la generación actual, no tienen inconveniente en analizar en profundidad los pros y los contras de todas las creencias y maneras de ser tradicionales. Esta es la razón de tantos templos vacíos, de tantos objetores de conciencia contra el servicio militar, de tantas familias que abandonan sus respectivas patrias en busca de mejores oportunidades en otros continentes, de tantas y tan profundas revoluciones sociales de los pueblos contra sus respectivos Gobiernos, de tanto ausentismo a la hora de votar, de tanta falta de fé en unas instituciones obsoletas e inoperantes.

Todos estos síntomas y muchos otros han ido apareciendo a lo largo de todo el siglo veinte y se han acelerado grandemente en los últimos treinta años. Y si bien es cierto que muchos de ellos son en el fondo algo positivo, también es cierto que simultáneos con ellos han ido apareciendo otros, no tan optimistas y prometedores, que son muestras de que el hombre del siglo veinte está profundamente insatisfecho con el «orden social» que le ha tocado vivir. Materialismo, pasotismo, drogadicción, desenfreno sexual no son sino la faceta negativa de esta rebelión contra creencias y tradiciones completamente desfasadas y, en muchas ocasiones, perjudiciales para la evolución de los individuos.

La Era de Acuario

Con frecuencia en estas páginas, y refiriéndonos a los nuevos tiempos en los que estamos entrando, hablaremos de la Era de Acuario. Y la denominamos así, porque aun dejando de lado la astrología con toda su intrincada red de relaciones y complicaciones esotérico-geométricas, en las que no queremos entrar, es innegable, incluso desde el punto de vista astronómico más ortodoxo, que nuestro planeta está saliendo de la constelación de Piscis y entrando en la de Acuario. Y es asimismo evidente que, al mismo tiempo que esto sucede, desde el punto de vista de la sociología, el ser humano, tanto considerado individualmente como en su conjunto, está experimentando unos enormes cambios como no se habían producido en milenios. Y si nos referimos a la tecnología, mediante la cual el ser humano domina los elementos materiales *y* los pone a su servicio, nos encontramos que en lo que va de siglo el hombre ha dado un salto gigante, dejando casi repentinamente atrás seis milenios de historia en los que apenas hubo avances en ese sentido.

Naturalmente, estos cambios no han sucedido de la noche a la mañana y vienen notándose desde finales del siglo pasado; pero no se puede negar que, a medida que nos hemos ido adentrando en el siglo XX, ha habido una aceleración en todos estos procesos, y en nuestros días estamos asistiendo con pasmo, en el campo de la electrónica y de la biogenética, a una carrera desenfrenada de descubrimientos y de «avances» que no sabemos adonde nos va a llevar. Al mismo tiempo, estamos asistiendo a una violenta desintegración del que hasta ahora se había llamado «orden social», y los pueblos dan claras muestras de no tolerar por más tiempo los privilegios y las injusticias, por muy constitucionales que éstos sean.

Sin embargo, estos cambios externos que estamos presenciando, por muy llamativos que sean, son sólo un síntoma, la parte visible de otros cambios más profundos que están sucediendo dentro de las conciencias de los seres humanos de todo el planeta. A ellos es a los que nos queremos referir

principalmente en todo este libro, porque ellos son los que están logrando los grandes cambios externos que estamos notando en todas partes.

Es cierto que habrá individuos y naciones enteras en que estas mutaciones, las externas y las interiores, se echarán de ver más lentamente o a más largo plazo, por hallarse estos pueblos o individuos en un nivel más atrasado, y desconectados además de la marcha precipitada y violenta que en la actualidad llevan los pueblos que están a la vanguardia de la humanidad. Pero, por muy atrasados que en estos momentos se encuentren, pronto se verán envueltos en el torbellino desenfrenado en el que hoy danzan alocados la mayoría de los pueblos del mundo, aun aquellos que no han alcanzado todavía una mayoría de edad social o democrática.

Evolucionar internamente

No hay que confundir, sin embargo, los cambios que puede sufrir una persona en las profundidades de su conciencia con los artilugios ultramodernos y seudo-milagrosos que pueda utilizar en su casa. Hay en la actualidad muchas personas de un nivel de evolución espiritual muy bajo, que usan sofisticadísimos instrumentos electrónicos que en nada redimen a sus poseedores de su trogloditismo mental o moral.

Los que tales medios usan son, simplemente, como hubiese dicho Apuleyo, «asnos cargados de oro». Algunos ocupan puestos muy relevantes en la sociedad —políticos, banqueros, etc. —, pero por no haber evolucionado interiormente, no saben, no quieren, o no pueden ayudar a las masas a las que gobiernan y por ello éstas ven cómo sus problemas no sólo no se solucionan, sino que se agrandan con el paso de los años.

La visión «holística» o de totalidad no es un artificio que se haya inventado en los últimos años; más bien es algo que la humanidad, mal aconsejada por científicos y malos filósofos, había olvidado a pesar de tener de ella miles de ejemplos delante de sus ojos.

Si nos herimos un pie y se nos inflama la herida, nuestros ojos no tendrán más remedio que meterse en la cama, porque todo el cuerpo tendrá que hacerlo así. Ojos y pies, aunque sus funciones no tengan nada en común, pertenecen ambos al mismo cuerpo, están íntimamente relacionados y, a fin de cuentas, correrán la misma suerte.

Hemos herido al planeta

Hemos herido al planeta de mil maneras, y estamos empezando a sentirlo en nuestro propio cuerpo. Somos parte del planeta aunque creamos que él es únicamente una gran bola en la que apoyamos nuestros pies. Este ha sido nuestro gran error: creer que somos los reyes de la creación —tal como erróneamente nos dice la Biblia— y que tenemos derecho a hacer lo que nos dé la gana con las demás criaturas, incluido el planeta que nos cobija a todos.

Por eso ha llegado el momento de que dejemos de abusar de nuestros «hermanos menores», sean éstos racionales o irracionales. Ha llegado el momento de que comencemos realmente a portarnos como los hermanos mayores de esta gran familia, compuesta por el planeta Tierra y todos los que moramos en ella.

Hay alrededor nuestro demasiado dolor, angustia, injusticias, enfermedad y demasiados abusos contra nuestros hermanos menores, sean éstos animales, vegetales o minerales.

Por todas partes se impone el imperio del dinero y para conseguirlo se atropellan sin misericordia las leyes fundamentales de la naturaleza y la moral. Reina la chabacanería desenfrenada, y la mentira se ha institucionalizado hasta convertirse en el lenguaje normal de las grandes instituciones. Es cierto que todavía hay muchas personas e instituciones heroicas que se sacrifican por los grandes ideales. Amnistía Internacional y Greenpeace son dos ejemplos, entre muchos. Desgraciadamente, junto a ellos hay una horda de bribones y vagos que, apoltronados en sus privilegios, quieren vivir bien a costa de los demás, sin crear nada y sin trabajar en nada útil a la sociedad.

Se necesita un cambio

¡Hay que cambiar! Entre todos tenemos que hacer que la sociedad cambie sus hábitos de vida y de pensamiento, o de lo contrario, dentro de muy poco este planeta se nos hará inhabitable, tal como ya lo es en muchos sitios. Hay muchas grandes ciudades que para las personas de una fina sensibilidad

ya se han hecho inhabitables. Entre el humo, los ruidos, el embotellamiento del tráfico, el agua contaminada, los malos olores, los atracos y hasta la voracidad insaciable y despilfarradora de los políticos, han convertido nuestras grandes urbes en un infierno donde el espíritu y el cuerpo de los ciudadanos normales se sienten asfixiados y a lo único que pueden aspirar es a sobrevivir.

Y si de las grandes urbes nos vamos al campo, nos encontraremos con que el desorden de nuestras vidas, la mala planificación de las llamadas autoridades, la insaciable codicia de muchos y la irresponsabilidad de la mayoría de los seres humanos han convertido ya en inhabitables millones de kilómetros cuadrados. Las lluvias acidas, los grandes incendios forestales provocados, la erosión debida a la deforestación, la elevación de la temperatura del Planeta a causa del efecto invernadero, la creciente desertización en muchas áreas, la contaminación de ríos, lagos y mares han convertido muchas zonas de la Tierra en lugares inhabitables; y cuando sus habitantes no pueden abandonarlas a tiempo, tal como sucede en el cuerno de África, se producen masivas y espantosas agonías de pueblos enteros que se van muriendo poco a poco de hambre.

Es inútil que cerremos nuestros oídos a estas terribles realidades, y que, arrellanados muy cómodamente en el sofá de nuestra casa, nos dediquemos a ver cada noche el espectáculo que nos brinde cualquiera de los muchos canales de televisión. La marea de los males que aquejan a nuestro Planeta sigue subiendo y, por mucho que no queramos enterarnos, si no cambiamos drásticamente, tarde o temprano seremos víctimas de ella. Y a juzgar por lo que estamos viendo, el desenlace de todo este estado de cosas se está precipitando a pasos agigantados.

La torre de Pisa ha tardado cuatro siglos en alcanzar la inclinación que en la actualidad tiene. Pero en los últimos cincuenta años se ha inclinado tanto como en los cuatro siglos precedentes. Y si no se pone remedio, en un año se inclinará más que en todo el tiempo anterior, hasta que en treinta segundos se desplome. Por supuesto que no ponemos la inclinación de la torre de Pisa como un indicio de la maldad de los tiempos que corremos sino como un ejemplo de que cosas que han estado fraguándose o deteriorándose por un largo tiempo, en breves instantes se derrumban estrepitosamente.

Los malos tratos físicos que le hemos infligido al planeta a lo largo de todo este siglo y los malos tratos morales que las clases pudientes de la humanidad les han infligido a todos sus hermanos menores, incluidos los animales, están haciendo explosión ahora, manifestándose de una manera visible en las mil formas con las que el Planeta muestra su descontento ante tantas injusticias e irresponsabilidades.

Por todas partes se ve una rebelión de los pueblos contra sus gobernantes, y, a pesar de que las condiciones de vida han mejorado sensiblemente en lo que va de siglo, sobre todo si las comparamos con épocas pasadas, hay un malestar general, aun entre los pueblos que han logrado mejorar sus niveles de existencia. Y en el orden puramente natural o físico, el planeta parece que muestra también su descontento con los cambios drásticos de clima y en las prolongadas sequías a que son sometidas algunas regiones, mientras otras se ven arrasadas por tremendas inundaciones. Por otro lado, la virulencia con que ciertos microorganismos han hecho presa en la humanidad no es más que otro de los síntomas. El sida no es una enfermedad cualquiera ni normal. Hay mucho de misterioso en ella. Su grado de malignidad, así como la velocidad a la que avanza entre la población —a un ritmo mucho mayor del que nos dicen las autoridades—, es motivo de preocupación.

Los hijos de la Nueva Era

Por último, digamos unas palabras a propósito del título de esta obra. Estamos entrando en una Nueva Era, aunque para ser un auténtico hijo suyo no será suficiente el vivir en este tiempo, sino que hará falta cambiar ciertos hábitos mentales y materiales. En esta era nueva hay mucha gente que vive con la mentalidad de la vieja, que se limita a seguir a sus podridos líderes, votando como ellos le dicen, consumiendo lo que ellos sugieren en los medios de comunicación y creyendo lo que ellos dicen que hay que creer.

Un hijo de la Nueva Era será ante todo un usador de su propia cabeza, rebelde contra toda imposición y buscador incansable de otros niveles de realidad y de conocimiento.

Un hijo de la Nueva Era deberá tender a ser un superhombre, sabedor de que pertenece, como una célula activa, a un Universo viviente del que en la actualidad apenas si puede percibir nada, pero del que podrá abarcar mucho más en cuanto trascienda la puerta de esta etapa planetaria en la que está. De esta manera, la muerte que en el cristianismo *y* en la cultura occidental es un valladar terrible que nos resistimos a pasar, se convierte en algo mucho más llevadero, en una puerta hacia otros horizontes mucho más grandiosos.

De todo esto hablaremos en este libro, pero no tendremos más remedio que hacer hincapié en las muchas cadenas y redes que en la actualidad tienen aprisionada nuestra mente. No se extrañe, pues, el lector de que en muchas ocasiones seamos a lo largo de estas páginas críticos acerbos del actual «orden social» en el que nos ha tocado vivir.

REVALUACION DE UNO MISMO

Hemos sido vilipendiados

Necesariamente tenemos que empezar a escribir sobre la Nueva Era defendiendo y redefiniendo a su principal protagonista, el ser humano.

¿Por qué tenemos que hacerlo? Porque el ser humano a lo largo de los milenios ha sido vilipendiado y humillado de una manera tenaz e inmisericorde por todos los gobernantes que han sido y por todas las religiones que han existido, por más que todos afirmen elevar la dignidad del hombre y la mujer.

En el cristianismo, en concreto, el ser humano no es un simple hombre o una simple mujer. Con frecuencia, cuando los libros de ascética y de teología se refieren a ellos les llaman únicamente «pecadores», como si ello fuese la esencia de su ser o como si su naturaleza estuviese radicalmente viciada de modo que no fuese capaz de recibir otro calificativo.

En ***Mi Iglesia duerme**,* escrita hace ya años, leemos: «Un buen cristiano es un hombre muerto de miedo». Si se cree a pies juntillas en todos los dogmas que la Iglesia nos predica para el más allá, es perfectamente lógico que uno esté íntegramente lleno de temor ante un fuego eterno siempre posible.

Un buen cristiano es, por lo menos, un ser acomplejado: un ser que tiene que «salvarse»; que no puede hacerlo por sus propias fuerzas; que por su naturaleza y sin culpa suya alguna, es transgresor de la ley; que padece enfermedades y que tiene que morir inexorablemente debido a un pecado que no cometió pero que trae ya encima cuando llega a este mundo ¿No son estos motivos más que suficientes para acomplejar a una persona?

Pero dejemos estas consideraciones relativas a la religión, porque más adelante analizaremos a fondo la reevaluación que habrá que hacer de todos los principios religiosos en la Nueva Era. En este momento hagamos sólo un esfuerzo por sacudirnos el posible yugo mental que nos hayan podido echar encima los falsos credos impuestos en la niñez y que tanta fuerza tienen en la vida de la mayoría de las personas.

Rechacemos de plano la aseveración de que somos pecadores por naturaleza. Somos seres humanos racionales con instintos, inteligencia, pasiones, limitaciones, miedos y unas capacidades que, en su mayor parte, nos han sido dadas de nacimiento, sin que nosotros hayamos tenido nada que ver. Por lo tanto, no tenemos por qué sentirnos acomplejados, ni reos, ni pecadores tal como los predicadores cristianos nos han venido diciendo por siglos.

Esta liberación mental es algo básico e inicial para la reevaluación de uno mismo, ya que no puede uno darse el lugar y la valía que le corresponde cuando en el fondo de la mente anidan sentimientos negativos y destructores.

Nuestro cuerpo es una máquina maravillosa

En otro nivel, tenemos que pensar que nuestro organismo es una máquina maravillosa de la que, sólo en estos últimos tiempos, estamos empezando a atisbar todas sus capacidades.

A lo largo de los siglos los sabios que se han dedicado al estudio de nuestro cuerpo han ido descubriendo toda su infinita complejidad, al mismo tiempo que se han ido sorprendiendo al encontrarse con la sabiduría misteriosa y profunda que rige todo su funcionamiento. Somos una máquina maravillosa que realiza con una precisión increíble miles de diversas funciones que se escapan al conocimiento de nuestra razón. De ahí podemos deducir que dentro de nosotros hay ALGO sabiamente inteligente que sabe lo que hace, y que conoce a fondo la esencia de nuestro organismo.

Si sólo fuésemos una maravillosa máquina, seria algo muy intrigante, pues ello nos llevaría a pensar en una inteligencia que indudablemente subyace en la profundidad de nuestro ser, y que es capaz de programarlo tan perfectamente. Esta inteligencia sería algo en cierta manera ajeno o extraño a nuestro ser, ya que nosotros conscientemente no hemos intervenido en tal programación, y en parte

permanecemos inconscientes a ella.

Sin embargo, hay algo tan maravilloso como esto, que a la vez resulta tremendamente esperanzador y optimista: Somos una increíble máquina pensante, que si bien desconoce la mayor parte de los procesos fisiológicos que tienen lugar dentro de su cuerpo, es capaz de pensar y de crear un fascinante mundo interior, al mismo tiempo que de comprender su entorno y de comunicarse con él. Y todavía en un nivel más profundo que el puramente racional, esta maravillosa máquina que somos es capaz de crear sensaciones de tipo espiritual que están más allá de toda descripción racional.

Las capacidades de la mente humana

Uno de los grandes fenómenos callados que están sucediendo en nuestro tiempo y que contribuye grandemente al nacimiento de la Nueva Era es que el ser humano está descubriendo las enormes capacidades de su mente. En *Visionarios, místicos y contactos extraterrestres,* escrito hace casi veinte años, leemos: «La humanidad está descubriendo con pasmo que las capacidades de su mente son muchísimo mayores de lo que hasta ahora habíamos sospechado. Aunque al decir 'la humanidad' estoy generalizando demasiado. Desgraciadamente la mayor parte de la humanidad sigue sin descubrir ni ésta ni otras grandes verdades.

»Una minoría de la humanidad que ya ha alcanzado un nivel económico que le permite tener algunos ratos de ocio, pierde su tiempo en infantilidades sin preocuparse mayormente por hacer evolucionar su inteligencia o su conducta. Y la gran mayoría de la humanidad, debido a los intereses creados de unas minorías, a la insensata manipulación de los grandes medios de comunicación y en buena parte, a los vividores deshonestos que tienen sojuzgada a la mayoría de las naciones, arrastra su asco de vivir trabajando como esclavos para, a duras penas, tener algo que llevarse a la boca.

»Esa gran parte de la humanidad no ha descubierto de ninguna manera esas insospechadas capacidades de la mente. Poseyéndolas ellos, han sido condicionados para esperar las migajas que caen de las mesas de las clases privilegiadas o, a lo más, están atentos para arrebatárselas por la violencia cuando aquéllas se descuiden.

»Pero hay una minoría que se ha dado cuenta de que dentro de nuestro cráneo tenemos un instrumento prodigioso. Y no sólo dentro de nuestro cráneo sino que toda la persona humana es un ser empapado de divinidad y por lo tanto con unas potencialidades infinitas».

Y acaba la cita con estas palabras: «El hombre está asomándose, no sin cierto temor, a otras dimensiones de la existencia y a otras formas de ser y de vivir... En resumen, el ser humano está aprendiendo a utilizar mejor su mente descubriendo en las profundidades de ella capacidades que en otros tiempos eran sólo atribuibles a Dios o al demonio».

Gracias a la moderna parapsicología vamos conociendo, con certeza y en detalle, muchas de estas capacidades que en otros tiempos se desconocían o eran celosamente negadas por las autoridades religiosas que detentaban el monopolio de la sabiduría y la ciencia. La razón de su oposición al estudio o a la manifestación de estas capacidades era el deseo de mantener al hombre en la ignorancia, así estaría más sumiso y sería más fácilmente manejable. Y cuando en ocasiones la manifestación de estos poderes humanos se hacía innegable, entonces, en vez de atribuírselas al hombre, se las achacaban a poderes sobrenaturales que estaban de acuerdo con sus falsas teorías religiosas.

Facultades paranormales

No es nuestra intención hacer un inventario de todas estas capacidades humanas, en otro tiempo negadas o consideradas sobrenaturales. Pero sí debemos resaltar, de una manera general, algunas de las fundamentales para apartar en lo posible de la mente del lector la idea del hombre y de la mujer como seres indefensos, débiles y sujetos a toda suerte de enfermedades. Todo esto es cierto, pero lo es en gran parte porque a la humanidad no se le ha permitido evolucionar como era debido, y el resultado de ello es que gran parte del género humano no ha pasado de una etapa primaria de desarrollo psíquico, habiendo evolucionado muy poco en relación con sus antepasados de hace miles de años.

Pero hoy sabemos ya con certeza que básicamente nuestra mente es capaz de salirse del propio cuerpo y trasladarse a otros lugares para obtener información, y hasta para dejar huellas físicas; sabemos que nuestra mente es capaz de conocer los pensamientos de otras personas y de saber

cosas ocultas; y esto no sólo en relación con hechos contemporáneos, sino que posee la asombrosa cualidad de poder trascender el tiempo y trasladarse a tiempos pasados o futuros y saber lo que en ellos aconteció o va a acontecer.

Sabemos también que nuestra mente es capaz de generar energía física o cinética y mediante ella producir efectos materiales, comprobables por los sentidos. Uno de ellos es la misteriosa capacidad que algunos seres humanos poseen de elevarse a voluntad por los aires.

Todos estos hechos los encontramos en abundancia en la historia de todas las religiones, atribuidos allí a varones eminentes en la práctica de la virtud. Dejando a un lado la mejor o peor intención en la presentación de estos hechos por parte de las autoridades religiosas, lo que debemos deducir de ellos es su innegable realidad, conocida y admitida desde siglos.

No sólo eso, sino que modernamente hemos descubierto que la mente humana es capaz de asomarse más allá de la muerte o por lo menos de atisbar desde los mismos umbrales del más allá. Autores como Kubler Ros, Karlis Osis y R. Moody nos han puesto al corriente, a través de cientos de casos, de cómo la mente y el cuerpo humano, en trances extremos, atisban algo que parece estar esperándonos más allá de la existencia. Cada una de las religiones tradicionales tiene su doctrina en relación con esto, pero, para consuelo de los mortales, las respectivas doctrinas de las grandes religiones en este particular están en desacuerdo entre sí y además tampoco concuerdan con lo que modernamente han descubierto los investigadores.

Por supuesto que la megaciencia vive de espaldas a estas capacidades del ser humano y lo más corriente es que las niegue con una tozudez y una soberbia increíbles. Por desgracia, en vez de dedicar sus esfuerzos y sus grandes recursos a investigar algo que tanto tiene que ver con la evolución del ser humano, prefiere poner toda su sabiduría en ayudar a que los militares —los profesionales de la violencia— perfeccionen sus armas, que sólo sirven para matar.

Autocuración y curaciones paranormales

Aparte de todas estas extrañas capacidades del ser humano, nos encontramos con otra mucho más útil a las inmediatas, y es el poder de la mente para curar al propio cuerpo. A pesar de que la medicina oficial, prejuiciada e interesada, lo ha querido ignorar por siglos o lo ha negado rotundamente, es un hecho comprobado hasta la saciedad que el ser humano, si utiliza su mente como debe, es capaz de curarse a sí mismo de muchas enfermedades.

A lo largo de los siglos se han conocido muchas personas que tenían el don de curar por medios ajenos a los usados por la medicina oficial y hasta ajenos a toda lógica. Y aunque cada uno de ellos atribuyese sus «milagrosas» curaciones a causas diferentes, la realidad es que todos usaban, aun sin saberlo, la misma capacidad más o menos desarrollada que todos los seres humanos tenemos de auto-curarnos. La causa básica es una energía de altísima frecuencia que nuestra mente, a través de nuestro cerebro, es capaz de producir. En algunas personas estas emisiones de energía se producen en mayor abundancia y de una manera completamente automática, mientras que en la mayoría se dan de una manera mucho más restringida, y, sólo a través de ejercicios bien dirigidos, pueden llegar a agrandarse.

Sobre este don de la autocuración podríamos escribir bastante, pero nos apartaría demasiado del tema central de este libro. En los últimos tiempos se ha investigado y escrito mucho sobre el tema y es asombroso comprobar hasta qué punto la mente humana tiene poder para controlar las funciones corporales. En nuestra sociedad mecanicista y estresada, esta realidad ha sido totalmente ignorada y lo sigue siendo todavía, pero en culturas orientales y en otros sistemas de vida y filosofías, como el yoga, este dominio de la mente sobre el cuerpo es un axioma fundamental.

Todas estas capacidades, tal como acabamos de apuntar, no se dan de igual manera en todos los seres humanos, y excepto en aquellos en los que por alguna razón desconocida se manifiesta de una manera patente, la mayoría, si quiere hacerlas funcionales, tendrá que someterse con tenacidad a estrictos ejercicios que con frecuencia requieren un gran sacrificio. Esta es la razón de por qué en la mayoría de los seres humanos estas cualidades latentes nunca llegan a aflorar. Pero ello no empecé para que estén ahí y los hombres podamos enorgullecemos de poseerlas aunque sólo sea en potencia.

Tenemos inmensas posibilidades

Rechacemos, pues, la idea de que somos unos pobres seres abandonados a nuestra suerte, sujetos

a mil calamidades e irremediablemente necesitados de un redentor *y* un salvador que nos libre de las llamas eternas.

Con todas nuestras innegables limitaciones, somos gotas de un inmenso océano cósmico y, por lo tanto, participamos de sus cualidades. Estamos hechos de los mismos materiales que las estrellas y los espacios siderales.

Somos pequeñas galaxias de electrones colocados de una manera sabia, encima de los cuales, y rigiendo todo el conjunto, está nuestra mente. Pero por encima de nuestra mente y dirigiendo los procesos íntimos de la materia que la mente desconoce, hay Algo que lo penetra todo y de lo cual, indudablemente, nosotros formamos parte. Este Algo es lo que más se aproxima a lo que en las religiones se llama Dios. Pero este Algo, lejos de ser celoso, exigente y vengativo como es el Dios cristiano, es cooperador, tolerante y hasta, en cierto sentido, algo paterno Somos hijos del Cosmos," de su misma esencia, hechos a su imagen y semejanza y no tenemos que avergonzarnos de existir o de «haber nacido», como acomplejadamente dijo el poeta.

No somos pecadores por naturaleza

No somos pecadores por naturaleza ni nos espera ningún castigo eterno, ni venimos a este mundo con ningún pecado, ni necesitamos a nadie que nos salve o nos redima, porque nunca hemos estado, en venta. En realidad, nuestra esencia es inmortal y tenemos por delante un futuro inimaginable.

Rebelémonos también contra la idea de que este mundo es un valle de lágrimas y que venimos a él para hacer méritos mediante el sufrimiento. Es cierto que para muchos mortales este mundo es un auténtico valle de lágrimas y de miserias, pero esto se debe en gran parte no a la esencia o a la naturaleza del hombre, sino a la poca evolución de la raza humana que no ha cumplido con las leyes naturales y muchos de los que están en posiciones de privilegio han abusado de ellas en su propio provecho.

La raza humana en bloque ha gastado demasiadas energías en adorar y en someterse a dioses imaginarios olvidando el propio perfeccionamiento. Si todo el ingente esfuerzo que hemos gastado en construir templos, en extender las respectivas doctrinas hasta los confines del mundo, en amordazar nuestros instintos naturales, en hacer votos suicidas de pobreza, castidad y obediencia, en escribir y estudiar gruesos volúmenes acerca de las virtudes, pecados, sacramentos, cielos e infiernos quiméricos y en pelear contra los que no tenían la misma idea de Dios, lo hubiésemos empleado en perfeccionarnos y en corregir nuestros defectos, la raza humana en este momento de la historia estaría mucho más evolucionada y no presentaría este cuadro desolador de tristes hormigas locas, peleándose furiosamente por migajas de pan.

Por eso, este mundo se ha convertido en un valle de lágrimas. Nuestros respectivos dioses nos han pedido cosas estúpidas y a la larga, han logrado enfrentarnos. En vez de lograr unirnos y hacer que dirigiésemos nuestros esfuerzos hacia cosas que redundasen en nuestro bien, nos han separado y dividido en seguidores de diferentes religiones y han puesto todas nuestras potencialidades a su servicio haciendo que nos olvidásemos de nuestro propio progreso.

Pongámonos de pie de una vez y considerémonos adultos capaces de realizar todo tipo de proezas no sólo en este mundo, sino en el más allá, en el que por lógica creemos firmemente.

LAS LLAMADAS AUTORIDADES

El poder y sus peligros

Los seres humanos hemos padecido un exceso de autoridad. Y mejor dicho, hemos padecido de muy malas autoridades. Si la raza humana hubiese sido bien dirigida y bien gobernada, este planeta no estaría en el lamentable estado en que se encuentra.

Las autoridades, es decir, aquellas personas que tienen algún tipo de dominio sobre sus semejantes, que ejercen alguna clase de poder sobre ellos, no son malas de por sí. El mal y la corrupción les vienen precisamente de ese poder que detentan. El poder es una enorme tentación en manos de alguien que no esté suficientemente preparado para detentarlo. El poder es tremendamente corruptor *y* son pocas las personas capaces de tenerlo sin, de alguna manera, deteriorarse psíquica y moralmente.

Para conocer el grado de evolución de una persona sería suficiente con otorgarle algún poder sobre sus semejante; Si esa persona al cabo de un tiempo no ha cambiado fundamentalmente" sus hábitos de vida y se mantiene fiel a sí misma y a sus principios, si no ha abusado de su posición de privilegio y su psiquismo no se ha inflado con la adulación de sus «súbditos», entonces estamos ante un hombre verdaderamente evolucionado y en cierta manera extraordinario.

Porque desgraciadamente lo cierto es que la mayor parte de los mortales acaban sucumbiendo a los encantos del poder y olvidándose de los rectos principios que tenían cuando accedieron a él. Y esto es así no sólo en los altos puestos de la política o de las finanzas, sino en posiciones tan humildes como puede ser la de un capataz de obras o la del guardia municipal de un humilde Ayuntamiento.

Alguien dijo sabiamente en la antigüedad: « ¿Quieres corromper a un hombre? Dale poder». A lo que podríamos añadir: « ¿Quieres deshumanizar por completo a un hombre? Dale todo el poder, y muy probablemente al cabo de un tiempo lo verás inflado como un sapo, o hecho un insolente y en todo caso, convertido en un perfecto mentecato digno de lástima».

La corte de aduladores que ordinariamente los rodean no les deja ver su deformidad y por eso no caen en la cuenta de que sus súbditos —con frecuencia los mismos que los han elegido— no están de acuerdo con ellos, y en muchas ocasiones sufren las consecuencias de sus medidas injustas y atropelladas, o de su pasividad ante los verdaderos males de la sociedad.

Esta ha sido la situación de los súbditos con respecto a las autoridades durante muchos siglos, y por eso es menester que los individuos de la Nueva Era enjuicien sin miedo a sus autoridades, libres de los temores que en otro tiempo tenían con respecto a ellas y sin los complejos que en ellos causaron sus continuados abusos.

Clases de poder

Antes de seguir adelante y por ser algo que reviste una relativa importancia, convendrá que nos detengamos un poco en analizar la esencia del poder que hace que unos hombres tengan dominio sobre otros y los hagan infelices al someterlos a sus caprichos, por más que éstos vayan, en muchas ocasiones, arropados bajo el nombre de leyes o de servicios al pueblo o a la patria.

El poder físico

Hay un poder desnudo y descarado que es el poder físico o el poder que da la fuerza bruta. Hoy día, ese poder lo ejercen los militares cuando fusil en mano pisotean los derechos del pueblo y derrocan a los gobiernos libremente elegidos. Los motivos para semejante conducta cavernaria en los países no tan atrasados suelen ser fatuos aunque los responsables pretenden sacralizarlos entremezclándolos con los valores patrios, religiosos o tradicionales. En el fondo es sólo cerrazón de mente de unos cuantos engalanados que creen que todo el mundo tiene que pensar como ellos. Es una consecuencia lógica del autoritarismo y la intransigencia con que fueron educados, y que todos hemos padecido de una u otra manera en la llamada «cultura cristiana y occidental».

Pero dejemos este tipo de poder porque no es a él al que mayormente nos referimos en este capítulo. Nuestras miras se dirigen a otros poderes más sutiles pero no menos eficaces, y mucho más corrientes que el poder de la fuerza bruta. Nos referimos en concreto al poder que da el dinero y en especial al poder político, mediante el cual un grupo de ciudadanos dirigen a todo un país.

El poder del dinero

El poder del dinero, sobre todo de la gran banca y de los grandes financieros, suele ser mucho más indirecto y disimulado, y suele ir mayormente dirigido a aumentar sus posesiones y sus riquezas, aunque con no poca frecuencia se entrometen también en los hábitos de la sociedad. Pero su fin último no suele ser el dominar al pueblo, sino simplemente hacerse más ricos para poder seguir jugando al apasionante juego de las grandes finanzas. Los grandes banqueros y los ricos famosos suelen ser unos pobres diablos enganchados a la droga del dinero, con muy escaso tiempo para disfrutar de él, y muchas veces sin saber cómo hacerlo. Dejémoslos en su loca carrera por hacerse más ricos y fijémonos en los poseedores de otro poder mucho más peligroso y contra el que los ciudadanos de la Nueva Era deben estar precavidos: los detentadores del poder político.

El poder político

Si el instrumento material en que los militares basan su poder son las armas, y los ricos el dinero, los políticos no tienen ningún instrumento material en el que apoyarse para ejercer su influencia. El de ellos es inmaterial y mucho más sutil. En algún sentido podría decirse que es la palabra; sin embargo, ella es sólo el vehículo de otros componentes subterráneos e imponderables que subyacen bajo el poder político. Este está basado en una mezcla de tradiciones, leyes, conservadurismo, egoísmo y, en buena parte, miedo. Miedo a lo que pueda sucederle al ciudadano si no sigue las pautas que sus líderes políticos le han marcado.

El poder político se ejerce, en último término, mediante leyes; pero antes de llegar a ellas hay otras mil maneras sutiles de ejercerlo que van desde las conversaciones privadas y de los bulos lanzados para observar la reacción del pueblo, hasta los grandes mítines televisados con su correspondiente manipulación de la mente de los ciudadanos.

El fin último de los políticos es estar arriba, mandar, mantenerse en el poder, *y* luchar no sólo contra los embates de los enemigos políticos, sino contra las intrigas de los propios correligionarios. En esta lucha —que en muchos de ellos se convierte en una distracción vital— se les va la mayor parte de su energía. Un político normal gasta el setenta por ciento de su energía en mantenerse en su puesto de poder —o en conseguirlo, si todavía no lo ha logrado— y el treinta por ciento restante en resolver los problemas del pueblo.

El intrigar, el lanzar bulos, el poner zancadillas, el aprovecharse de la debilidad pasajera de su adversario, el lanzar sospechas sobre la conducta de alguien *y* el mentir con cara de quien está recitando un versículo del evangelio son las armas normales de los políticos profesionales. Cuando son autoridades, usan cualquiera de ellas, y hasta, si hace falta, la violencia, con tal de mantenerse en el puesto de privilegio. Puede ser que haya alguno que en el último minuto vacile en llegar a semejantes extremos, pero la mayoría contentará su conciencia con alguna motivación patriótica o «ética» y dejará que la justicia sea atropellada.

La debilidad de las democracias

El ejemplo legendario del rey Tarquino, al que contra su voluntad fueron a buscar a su casa para que gobernase Roma y lo encontraron arando, es algo que está muy lejos de nuestra realidad política. En la actualidad gobiernan y se meten a políticos aquellos que lo ambicionan, lo cual no nos asegura automáticamente que sean hombres honestos y rectos. Estos, por lo general, están ajenos a las luchas políticas y se dedican a trabajar y a crear, cada uno en su campo de acción.

El gobernar a un país debería ser hecho por aquellas personas que previamente hubiesen demostrado no sólo que eran capaces de llevar adelante empresas sino que estuviesen limpios de toda mancha de corrupción. Y como no es así nos encontramos con tanta frecuencia con ejemplos de gobernantes, grandes y pequeños, que, una vez instalados en el puesto de poder y con un cierto grado de impunidad, atropellan a mansalva la justicia... y el erario público.

En la actualidad y según el mecanismo de nuestras imperfectas democracias, de ordinario, se llega

al poder adulando, vociferando en los mítines las consignas que dicta el partido, dejándose atropellar por los que están arriba y «tragando sapos», según el argot popular, demostrando que se es más papista que el Papa, atacando a los adversarios con más saña que los demás, y mintiendo con palabras más bellas.

Este es el gran flaco de nuestras democracias junto con el hecho de que, una vez elegidos los candidatos, no hay manera de deshacerse de ellos cuando no cumplen o cuando traicionan abiertamente los deseos de los que los han elegido

El poder judicial

Al poder político le sucede en parte lo que al poder judicial: se han convertido ambos en una entelequia, es decir, el fin principal de ambos es el funcionamiento de sus respectivas maquinarias y secundariamente el gobierno del país o la administración de la justicia.

Los jueces han elaborado todo un complicadísimo sistema para tal fin, pero la verdad es que se quedan muy lejos de lo pretendido. En el regodeo de sus principios jurídicos se han olvidado de que los tribunales son para el pueblo y no el pueblo para los tribunales. Si en la actualidad se hiciese en la mayoría de las naciones más civilizadas del mundo una encuesta para saber qué es lo que el ciudadano piensa de sus tribunales de justicia, nos encontraríamos con que la mayoría de la gente opina que no están satisfechos, y que la administración de la justicia es francamente mala, lenta, miope, torpe y leguleya, y en algunos casos corrupta.

Haría falta un sistema en que, cuando la ley es mala y obstruye claramente la recta administración de la justicia —cosa que sucede con bastante frecuencia, provocando sentencias a todas luces injustas—, la sabiduría del juez supliese lo que le falta a la ley. Decir esto hoy es un grave atentado contra la jurisprudencia, pero es que ésta en muchos casos se ha convertido en «juris imprudencia».

Se han sacralizado sus métodos, y se han convertido en axiomas intocables muchos de sus postulados, y nadie se atreve a hablar claramente contra ellos. Por todas partes se siente la necesidad de una reforma a fondo de todo el sistema judicial y se habla de ello sin ambages, pero se pospone indefinidamente porque nadie se atreve a ponerle el cascabel al gato.

Pero dejemos la crítica del poder judicial, pues es algo que, aparte de que nos llevaría muchas páginas, nos apartaría demasiado del tema principal, e insistamos en la crítica del poder político, del que ya hemos hablado anteriormente.

Más sobre el poder político

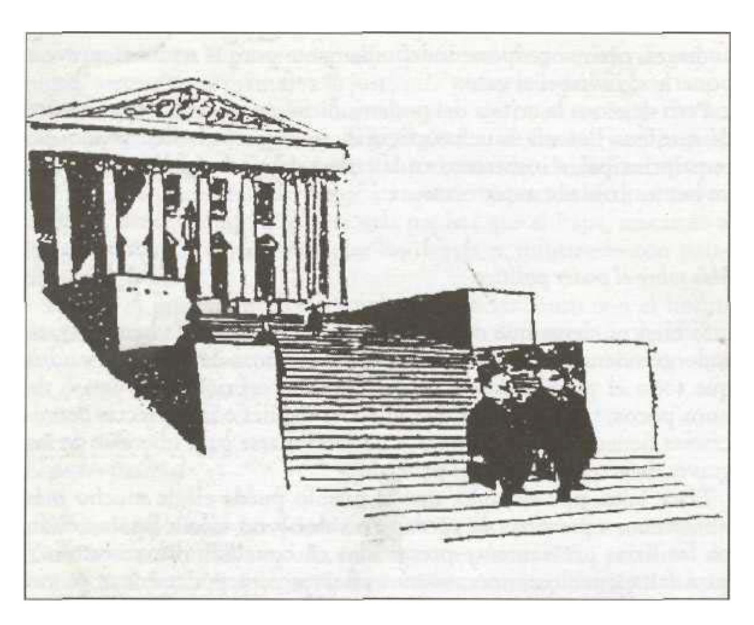
Si bien es cierto que con las modernas democracias hemos avanzado grandemente en relación con los sistemas de gobierno en los que todo el pueblo estaba sometido a los caprichos de uno o de unos pocos, también lo es que nuestras débiles e imperfectas democracias tienen que evolucionar y perfeccionarse para liberarse de los graves defectos que hoy las aquejan.

Hace falta, por ejemplo, que el pueblo pueda elegir mucho más libremente a personas de verdadero valor y no sólo a los que están en las listas previamente preparadas en conciliábulos secretos. Y hará falta establecer mecanismos eficaces para poder echar de sus puestos a todos aquellos que no cumplen con lo que han prometido, o que de alguna manera se hayan hecho indignos de ocupar los puestos o cargos públicos para los que fueron elegidos.

En épocas muy recientes hemos visto a autoridades con cargos públicos muy prominentes aferrarse tercas a su puesto después de haber mentido a todo el país de una manera descarada, con el agravante de que lo hacía para defender las malas andanzas de un pariente suyo. Por otra parte, toda la nación tuvo que sufrir pacientemente la descarada mentira de un partido político que dijo, cuando pretendía el poder, que «de entrada no», y, cuando ya lo tenía, declaró cínicamente que «de salida tampoco».

Por desgracia, en los tiempos modernos la palabra *político* se ha convertido en la mente del pueblo en sinónimo de *mentiroso.* No sólo miente el líder sino que miente el partido en bloque y a sabiendas, en las promesas que hace en tiempo de elecciones, obligando con ello a mentir a sus militantes bienintencionados.

Ya va siendo hora de que la sociedad caiga en la cuenta de que el gobernar y administrar todo un país



Confidencialmente: A mí me «convencieron» los de Químicas Reunidas. ¿Quién te «convenció» a ti?

y literatos. Pero de eso a saber administrar todo un país, hay una gran diferencia. De ahí las permanentes inflaciones, multitudes en paro y todo tipo de déficit en las arcas del Estado. Y como resultas de ello y para ponerle remedio, estrangulan al ciudadano con toda clase de impuestos hasta hacerle la vida imposible.

¿Por qué tenemos que pagar los contribuyentes la mala administración de los políticos? ¿Por qué tenemos que subsanar con nuestros abusivos tributos sus pérdidas? ¿Por qué tienen que pesar sobre nuestros bolsillos todos sus despilfarros y comilonas? Es un hecho bien conocido que en torno a los grandes centros políticos florecen siempre los restaurantes de cuatro tenedores. Los legisladores no se privan de nada porque saben que las facturas de sus mariscadas no las van a pagar ellos sino «los votantes». Ejemplo del súbito florecimiento de grandes y buenos restaurantes en torno a los centros políticos son Vitoria y Santiago de Compostela. Desde que las respectivas capitales políticas se establecieron en estas ciudades, los dueños de los restaurantes están que se frotan las manos.



Tres ilustres mentecatos que un tiempo fueron grandes autoridades





Los mismos tres ilustres mentecatos haciendo el teatro de padres de la patria y benefactores, cosa que les encanta a las autoridades.

Es cierto que esto puede ser considerado como una anécdota, y que si fuese el único mal que tuviésemos que padecer de nuestros políticos, seríamos afortunados. Pero no deja de ser un símbolo *y* una confirmación de lo que estamos diciendo.

¿Una rebelión contra las autoridades?

¿Por qué en un libro de la Nueva Era, donde a primera vista debería tratarse más bien de puntos de vista positivos para el futuro, tenemos que hablar de las autoridades, y en concreto, de las autoridades políticas?

Porque la Nueva Era comienza ahora mismo, y ahora mismo las autoridades políticas están condicionando nuestras vidas al influir en ellas desde muchos puntos de vista. Con sus malas decisiones y con el enorme manipuleo que ejercen a través de los medios de comunicación, no nos dejan evolucionar hacia el superhombre al que todos naturalmente debemos tender. Con sus mentiras y sus adulaciones, por una parte, nos tienen entontecidos, atendiendo todos los días a sus polémicas y a sus juegos dialécticos interminables, y por otra nos malhumoran y nos hacen perder la paz para que podamos reflexionar con la tranquilidad y la profundidad que requiere el momento crucial de la historia que estamos viviendo.

Esta es la razón principal por la que debemos catalogar a nuestras autoridades. Hasta ahora muchos seres humanos de buena voluntad tenían fe en ellas, y creían que lo que ellas decían y ordenaban era bueno y santo. Pero a la luz de la historia, no sólo reciente, sino de todos los tiempos, tenemos que sacar la conclusión que los que mandan, por el hecho mismo de mandar, son muy sospechosos de algún tipo de corrupción. Tal como vimos en párrafos anteriores, el poder en sí es muy corruptor y por eso tenemos que estar muy precavidos contra todo aquel que ostente algún tipo de poder, y más contra aquellos que poseen una gran cuota del mismo.

En cuanto a aquellos que tienen el poder absolutamente, no sólo tenemos que sospechar de ellos sino que deberemos tener la seguridad de que están absolutamente corruptos. Ninguna persona honesta permite que todo el poder esté en sus manos, pues con ello demuestra que se siente absolutamente superior a sus conciudadanos. Podrá ser superior a muchos de ellos individualmente considerados, pero no superior a toda la sociedad.

¿Estamos predicando entonces la rebelión contras las autoridades? En cierto sentido, sí. Una rebelión no de armas pero sí de sentimientos y de pensamiento. Nos dirigen mal y hacen ir a la socie-

dad por caminos equivocados; nos acomplejan, nos manipulan y no nos dejan evolucionar; por lo tanto, tenemos que rebelarnos contra ellos en lo que esté en nuestra mano.

Es cierto que no son demasiadas las cosas que podemos hacer y sobre todo, no muy eficaces contra el poder casi absoluto que las autoridades tienen sobre nosotros; sin embargo, sí están a nuestro alcance ciertas armas cívicas que podemos esgrimir contra ellas.

Lástima que, debido a la enorme manipulación a que la sociedad entera está sometida por los medios de comunicación estatales ayudados por la inconciencia y la avaricia de los que tienen el control de la radio, prensa y televisión, la gran masa de los ciudadanos ni caerán en la cuenta de la manipulación mental a que están sometidos, y el reducido número de aquellos que hayan caído en la cuenta no se pondrá de acuerdo en resistirla y hacerle frente.

Desde hace años uno de nuestros actos de rebelión contra la autoridad y contra aquellos que quieren llegar a serlo, a los que hemos visto mentir descaradamente durante las carnavalescas campañas electorales, es no votar por ninguno de ellos. Ni por ellos ni por ningún otro, ya que los mecanismos electorales no permiten hacerlo y nos obligan a darle el voto a individuos en los que no creemos. Contra lo que se suele decir, que hay una obligación moral de votar para que así funcione bien la democracia, nosotros decimos que es una inmoralidad votar a unos individuos que ansían tan desaforadamente el poder y a los que hemos oído mentir de una manera tan descarada.

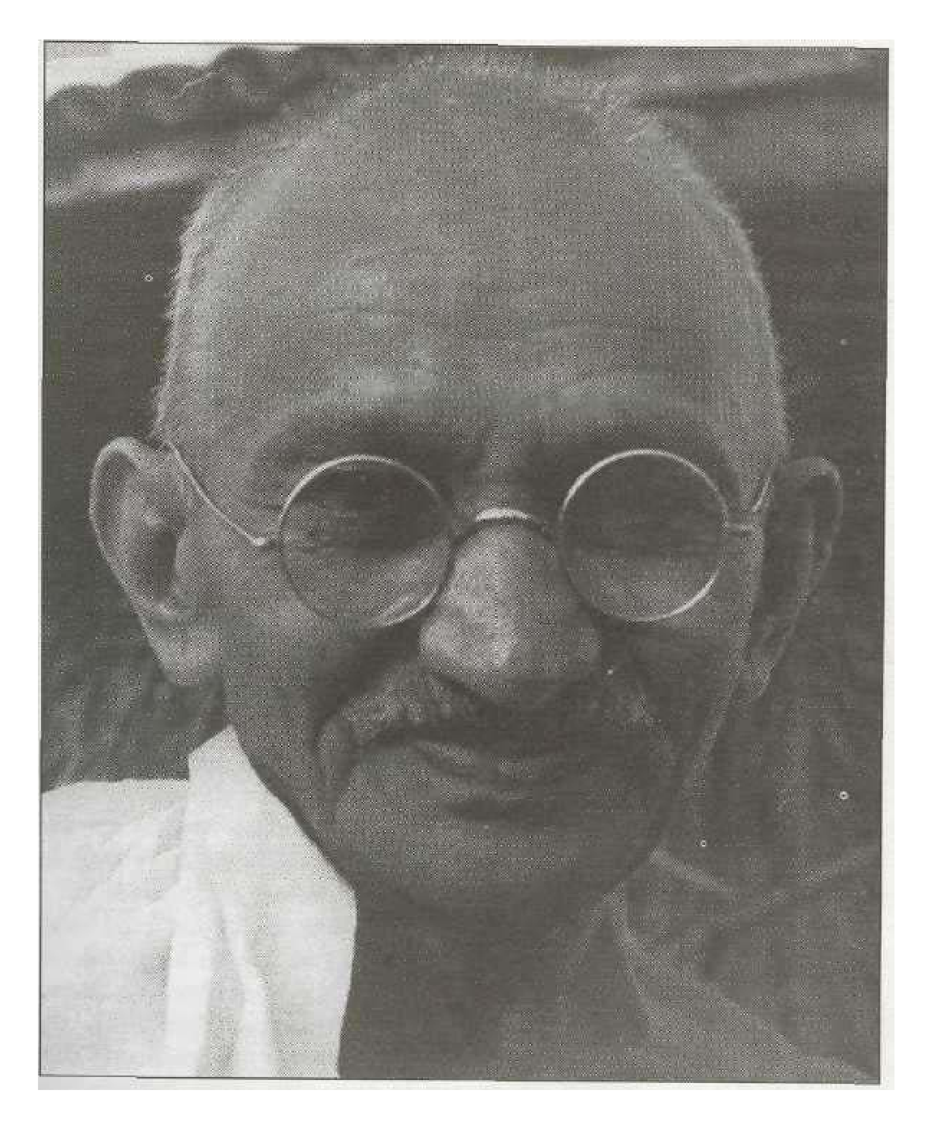
Al no votar les estamos diciendo a los políticos que se pelean por un puesto en las Cámaras, que no nos interesan. Si la mayoría de los ciudadanos hiciesen lo mismo, los políticos caerían en la cuenta de que todas sus promesas por un gobierno mejor no son creídas por el pueblo.

Otra manera de rebelarnos contra las arbitrariedades de las autoridades es denunciar sin temor todas sus componendas o su inoperancia ante las necesidades del pueblo. A veces la desobediencia manifiesta será un deber cívico, por más que los acomplejados por la sacralidad de las leyes o los fanáticos del partido se escandalicen ante los que se rebelan abiertamente.

Pero la rebelión básica que tenemos que tener es la interna. Es la decisión firme de no dejarnos manipular por los «grandes» de la sociedad; por los que dictan las pautas de lo que hay que creer, lo que hay que vestir, lo que hay que leer o lo que hay que votar. Estar internamente alerta contra los mil sutiles engaños y tretas de los que tienen en su mano el poder de convencer o de influenciar las mentes.

Tenemos que esforzarnos en el supremo deporte de pensar por nosotros mismos y practicar la suprema virtud de actuar siempre de acuerdo a lo que pensemos, por más que las dignísimas autoridades nos digan lo contrario.

Como resumen de todo este capítulo podemos decir que el hombre y la mujer de la Nueva Era estarán en el futuro mucho menos supeditados a lo que digan los que hasta ahora han regido a la sociedad. Porque la verdad es que la han regido muy mal y por eso las cosas han llegado al desastroso estado en que están, por más que los eternos optimistas nos acusen de negativos y no vean tantos problemas como nosotros. Los hombres y mujeres de Acuario someterán mucho más a juicio todas las decisiones de los superiores de la sociedad *y* no las acatarán borreguilmente. Y por lo menos tendrán criterios propios en muchos temas que hasta ahora se los habíamos dejado a los políticos o a las autoridades, como si éstas se comunicasen mediante un hilo directo con el Espíritu Santo.



¡Ah, si hubiera muchos gobernantes como éste!

VOLVAMOS A LA NATURALEZA (DIMENSIÓN ECOLOGICA DE LA NUEVA ERA)

Falta de respeto a la naturaleza

La cultura occidental vive de espaldas a la naturaleza, y a ello ha contribuido en no pequeña escala el cristianismo. Mientras muchas religiones consideran pecado muchos actos que atentan contra la integridad de la naturaleza o de los elementos materiales o animales que nos rodean, en el cristianismo, en cambio, siempre se ha creído que «lo natural» es algo que se opone a «lo espiritual» y en cierta manera cuanto más se atente contra ello y más se lo desprecie, más méritos se ganan para el reino del espíritu.

En el jainismo, por ejemplo, es pecado grave atentar contra cualquier tipo de vida animal. Ciertas tribus indonesias, antes de derribar un árbol necesario para hacer una canoa o para cualquier otro uso doméstico, le piden perdón y le explican la necesidad que tienen de él. En general, los pueblos que viven de la caza no sacrifican más animales que los que estrictamente necesitan y ven muy mal que alguien mate sólo por el placer de matar, como han hecho siempre los europeos salvajes que organizan safaris africanos, y derriban de un balazo cobarde toda una torre de vida como puede ser un elefante o un rinoceronte. ¡Qué espectáculo más vergonzoso —aparte de lo pueblerino y ramplón— nos muestran esas fotos en las que aparece el distinguido patán, rico pero sin evolucionar, poniéndole el pie encima al soberbio león que acaba de derribar, o exhibiendo sonriente el colmillo del elefante, al que acaba de asesinar a traición!

Estos son sólo pequeños botones de muestra de la absoluta falta de respeto que reina en nuestra sociedad, en nuestra cultura y en nuestra religión hacía la naturaleza. Y no es nada de extrañar, pues si nuestras autoridades —tanto las civiles como las eclesiásticas— no han respetado el tajante mandamiento de «no matarás» referido a los humanos, ¿cómo van a hacerle caso, extendido hasta los animales?

Y si nuestra falta de respeto a la naturaleza sólo se manifestase en estos ejemplos, podríamos considerarnos unos santos. Pero la triste realidad es que nuestro atropello a todo el entorno en el que vivimos ha sido espantoso y criminal, aparte de ser suicida.

En la Nueva Era tiene que haber un enfoque totalmente diferente de la naturaleza y de todo el mundo material que nos rodea. No sólo tenemos que aprender a ver la vida que hay en todas las cosas que nos rodean —incluidos los minerales— sino que tenemos que lograr el poder identificarnos con el alma de ellas, que es parte del gran alma del Universo al que pertenecemos como las células de nuestro organismo nos pertenecen y forman parte de nuestro gran Yo.

La naturaleza bulle de vida

De ninguna manera podemos seguir contraponiendo el mundo físico al mundo espiritual, como erróneamente hemos venido haciendo por siglos, influidos en buena parte por los filósofos escolásticos del cristianismo.

Ni siquiera podemos seguir considerando a una piedra como algo completamente muerto, después de que hace ya casi un siglo nuestros grandes físicos descubrieron que cualquier pedazo de materia es algo lleno de vida. No una vida protoplásmica como la de la materia orgánica, pero sí una vida atómica en un nivel inferior, pero en donde nada está en reposo, sino, por el contrario, en un movimiento vertiginoso y ordenadísimo; y en donde bulle una energía tan enorme que si se liberase repentinamente, un pequeño pedrusco se convertiría en una bomba atómica.

La humilde piedra del camino que pisamos al pasar está hecha exactamente de los mismos elementos que los pájaros, las flores, nuestra carne y nuestro cerebro.

Y una simple nuez que tan distraídamente comemos en Navidad contiene latente dentro de sí toda una programación que la hubiera convertido en un gran árbol de haberla colocado en las circunstancias propicias. Un árbol que hubiera sido capaz de producir más nueces sin que los humanos hubiéramos tenido que darle ninguna lección, aparte de que no seríamos capaces de darle ninguna.

Toda la naturaleza bulle de vida de un tipo o de otro y nosotros no somos —como falsamente se nos ha dicho —los dueños absolutos de toda esa vida, sino que solamente somos parte de ella, for-

mando un todo vital con el planeta en que habitamos. Y aunque a veces podamos usar aquella que está en un escalón inferior a la nuestra, esto no nos da derecho a destruirla indiscriminadamente como si fuésemos sus dueños absolutos y como si todo lo que hay en el mundo estuviese al servicio del ser humano.

Destruimos el planeta

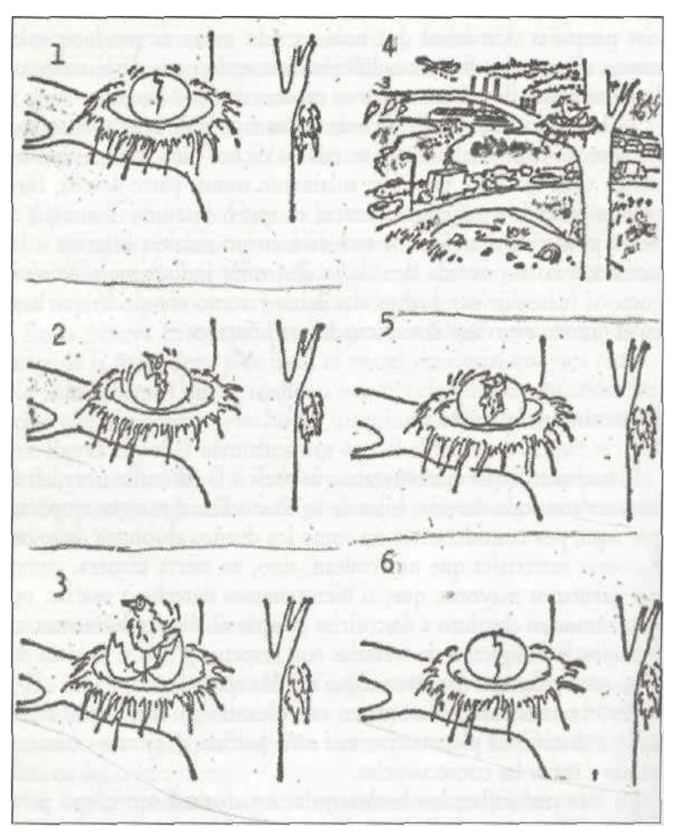
El nuevo enfoque que tenemos que darle a la naturaleza, si queremos ser con todo derecho hijos de la Nueva Era, tiene que empezar por aquí; por considerarnos no como los dueños absolutos de todas las cosas materiales que nos rodean, sino, en cierta manera, como sus hermanos mayores, que, si bien tenemos derecho a usarlas, no lo tenemos en absoluto a destruirlas porque sí. Y en todo momento tenemos la obligación de tratarlas con respeto, y más si se trata de seres tan cercanos a nosotros como son los animales.

Pero la triste realidad es que en este último siglo nos hemos dedicado a destruir el planeta con una saña suicida, y estamos comenzando a sufrir las consecuencias.

En este particular, los hechos y las estadísticas son como para echarse a llorar y para llenarse de terror ante lo que nos espera. En algunos aspectos la destrucción puede ser todavía detenida y, en cierta medida, corregida; pero en la mayoría de ellos, ya las cosas han ido demasiado lejos y es demasiado tarde para ponerle remedio.

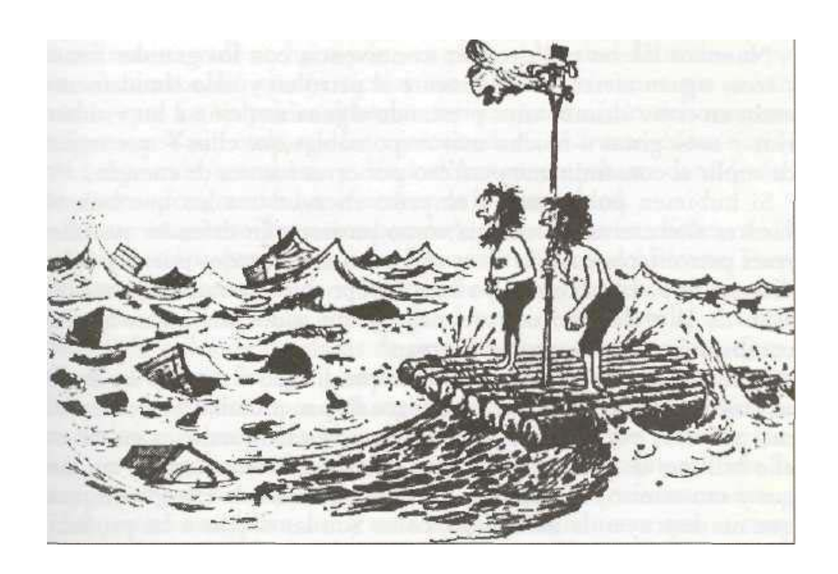
Hemos destruido los bosques, hemos envenenado los mares y nos hemos intoxicado el aire de nuestras ciudades y de buena parte de la atmósfera, hemos contaminado las aguas subterráneas que anteriormente usábamos para beber, hemos forzado la extinción de cientos de especies animales, hemos desertizado miles de kilómetros cuadrados de la superficie del Planeta... Tenemos que reconocer, aunque ello ya nos sirva de poco, que hemos sido unos perfectos irresponsables. El «rey de la creación» ha resultado ser un perfecto salvaje que ha destruido su propia casa.

De este lamentable estado de cosas no podemos culpar a los elementos. Hemos sido nosotros los únicos culpables, por nuestra inconsciencia, avaricia e irresponsabilidad. Y aunque es cierto que todos tenemos un buen grado de culpa por no haber caído antes en la cuenta, y por no haber urgido las medidas necesarias, sin embargo es más cierto que hay determinados estratos de nuestra sociedad que cargan con mucho mayor grado de responsabilidad, pues, eran los responsables directos de muchos de estos desórdenes o estaba en sus manos evitarlos.



Los principales responsables

Nos referimos de una manera particular a políticos, industriales *y* banqueros. (No citamos a los militares, porque su sola existencia es una constante amenaza para la humanidad.) Los primeros tenían en sus manos el impedir mediante leyes que se siguiesen cometiendo abusos contra la naturaleza. Pero entretenidos como están de ordinario en sus rencillas internas, e incapaces de tener una visión profunda de las reales necesidades e inquietudes humanas, hicieron oídos sordos a todas las voces que llegaban advirtiéndoles del peligro. Los grandes industriales y banqueros, para quienes la única meta de esta vida es conseguir dinero como sea, envenenaron a sabiendas el agua y la atmósfera y se desinteresaron por completo de los desastres ecológicos que estaban causando. El haber usado dispositivos para que el daño no fuese tan grande, hubiese evitado muchas tragedias. Pero prefirieron enriquecerse sin importarles mayormente el desastre que estaban causando. Y así hemos llegado al triste estado actual, con el agravante de que los ríos de las naciones industriales siguen vaciando en el mar millones de toneladas de materias tóxicas; las chimeneas y los escapes de los automóviles siguen envenenando la atmósfera con miles de kilómetros cúbicos de gases nocivos; y para mayor desgracia, los industriales madereros siguen esquilmando a marchas forzadas los ya escasos bosques del Planeta.



¡Hurra! ¡No podemos estar lejos de la civilización!

Nuestros líderes políticos, en connivencia con los grandes financieros, siguen aferrados ciegamente al petróleo y sólo tímidamente están en estos últimos años prestando alguna atención a los visionarios y ecologistas —mucho más responsables que ellos— que tratan de suplir al contaminante petróleo por otras fuentes de energía.

Si hubiesen puesto tanto empeño en ayudar a los que buscan fuentes alternativas de energía como pusieron en defender sus intereses petrolíferos cuando éstos se vieron amenazados por el trogloditismo de Sadam Husein, ya hace tiempo que nos hubiésemos liberado de .la esclavitud del oro negro, con todos los males que su combustión o sus derrames acarrean.

Es increíble que los irresponsables que dirigen el mundo no dudasen un momento en poner en peligro la paz mundial por defender sus intereses petrolíferos, y que estuviesen dispuestos a gastar en ello billones de pesetas, *y* que por el contrario se muestren tan ciegos *y* tan remisos en promover las otras fuentes de energía limpias, que no destruyen la naturaleza, como son las eólicas o las producidas por el empuje de las mareas. Una vez más los maníacos del dinero, que calladamente llevan las riendas del mundo, actúan egoísta e irracionalmente en contra de los intereses de todo el planeta.

Lo hemos envenenado todo

Uno se queda asombrado cuando se asoma a los enormes desagües de ciertas inmensas fábricas y ve el torrente de veneno químico que de ellas sale, contaminando de allí en adelante toda la corriente del río y matando toda vida vegetal y animal. Y las «dignísimas» autoridades haciéndose las locas, preocupadas únicamente por ver cómo le imponen más tributos al pueblo o cómo evitan que los partidos de la oposición los desbanquen de sus posiciones de privilegio.

Han sido tales los desmanes antí ecológicos que hemos cometido que hemos logrado elevar la temperatura del planeta, consiguiendo con ello la paulatina subida del nivel de los mares, cosa que en muy pocos años traerá como consecuencia la desaparición de ciudades enteras y de miles de kilómetros cuadrados de terrenos costeros.

Con una tozudez y una ceguera estólida, nuestras autoridades, unidas de nuevo con militares y banqueros irracionales, se han dedicado a envenenar conscientemente los mares con los residuos radiactivos a sabiendas de que ello causa un mal irreparable en la fauna marina y de rechazo pone en peligro la salud de millones de seres humanos. En este particular son tales los crímenes que se han hecho, que los culpables deberían ser juzgados como delincuentes peligrosos. Y sin embargo los vemos todavía al frente de las naciones celebrando «cumbres» y dándose banquetes y hasta considerándose como los grandes benefactores de la humanidad.

Por un momento pensamos brindarle al lector las estadísticas de la contaminación, que son unas auténticas estadísticas del horror. Pero creímos que haría todavía más deprimente este cuadro que estamos presentando. Para nada nos ayuda el conocer con detalle cuántos cientos de miles de toneladas de agua envenenada vierte, por ejemplo, al año el río Po en el Adriático, ni cuántas especies de animales desaparecen para siempre cada mes, ni cuántos kilómetros cúbicos de gases tóxicos salen por las chimeneas de las mil centrales térmicas que hay en todo el mundo, ni hasta qué punto está contaminada la mayor parte de los grandes acuíferos de las naciones más avanzadas-Saber esto es deprimente y más aún lo es el conocer que es muy poco lo que se está haciendo para remediarlo. A veces se han puesto algunos pequeños remiendos para salvar las apariencias, pero las principales autoridades no han querido encarar con seriedad el problema y no lo toman con el empeño con que encaran otros asuntos de mucha menor importancia.

Dios en la naturaleza

Ya es hora de que dejemos de vivir de espaldas a nuestra madre la Naturaleza y no sólo le pidamos perdón por todos los males que le hemos hecho, sino que tratemos, en todo lo que está en nuestra mano, de remediar lo que aún pueda ser remediado.

Por mucho que a los fanáticos les suene a blasfemia, podemos decir que la Naturaleza está empapada de Dios. Para los creyentes en un Dios personal, la naturaleza es lo que más nos acerca a El. En la sabiduría y en la autonomía con que ella actúa podemos intuir una inteligencia que está más allá, y en cierto aspecto muy por encima de la humana.

En vez de identificar a Dios con las injusticias y lo absurdo que de El leemos en la Biblia, haríamos mejor en identificarlo con la infinitud del Universo en el que vivimos inmersos, y que sobrepasa con mucho nuestra capacidad de comprensión y hasta de imaginación. Los pueblos antiguos —que en muchos aspectos se portaban más cuerdamente que nosotros— adoraban al Sol como su Dios, porque se daban cuenta que de él recibían todos los bienes. Las religiones *y* las divinidades solares ocupan, en gran medida, el panorama cultural de la humanidad, cuando ésta no se había aún divorciado de la Naturaleza, *y* no sólo le reconocía todo lo que le debía, sino que se sentía parte de ella. Al fin *y al* cabo la muerte —parte importante de nuestra existencia— nos devuelve, querámoslo o no, a la Madre Tierra de la que salimos *y* de la que nos nutrimos durante todo nuestro ciclo vital.

Sólo cuando posteriormente la teología y los teólogos delirantes comenzaron a fabular sobre redenciones *y* salvaciones necesarias, y a inventar Mesías *y* dioses-hombres-redentores, comenzó la humanidad a separarse de su madre la Naturaleza, *y* a mirarla de soslayo como la causante de todos los males que afligían su alma.

El pecado original — ¡producto de la ingestión de una manzana!—, con todo su simbolismo y su caricatura, podría ser una muestra de todos estos delirios teológicos que fueron la causa del divorcio entre el hombre y la naturaleza.

Según los inventos de los doctrinarios de todas las religiones, la naturaleza, lo natural, nos aparta de Dios. Es el simbolismo que hay en el comerse la manzana, mientras que el dios-hombre-salvador

nos abre las puertas hacia una felicidad que está más allá de esta vida. Lo natural, malo; lo sobrenatural, bueno. Se había así completado el divorcio del hombre con la naturaleza.

Tenemos que volver a la naturaleza

En la Nueva Era tenemos que volver a cogerle el gusto a lo natural. Pero no sólo deberemos hacer renacer en nosotros toda la fuerza estética de lo natural, sino que también deberemos reencontrar toda su sacralidad profunda. Tenemos que volver a emocionarnos viendo cómo el sol se hunde en el mar entre una sinfonía de colores, y tenemos que aprender de nuevo a ver la luna llena como una hostia sagrada que en el plenilunio se levanta majestuosa para bendecir el campo en penumbra.



En su ridiculez mojigata, los doctrinarios del cristianismo han bendecido ciertos terrenos y los han convertido en «sagrados» para enterrar en ellos a los creyentes. Y a los no creyentes, en los cementerios cristianos se les excluye de la tierra «santa». No saben los pobres teólogos que toda la tierra es santa, sin necesidad de que la bendiga nadie y que sólo se contamina cuando es sacralizado por la bendición fanática de cualquier religión.

Los hijos de la Nueva Era volverán a ver en el amor materno, en la fidelidad de un amigo, en la solicitud por el débil y el enfermo, los verdaderos mandamientos y sacramentos de la naturaleza, que no necesitan de ninguna bendición para ser santos. Y por el contrario, verán muchos de nuestros actuales valores como falsos y antinaturales. Los votos de castidad, pobreza y obediencia exigidos en la actualidad a sacerdotes y monjas podrían ser un buen ejemplo de esto.

Este planeta es comparable al cuerpo humano, en el que hay elementos más importantes que otros, pero que todos son necesarios para el buen funcionamiento del conjunto, sin que las partes consideradas superiores puedan prescindir totalmente de las inferiores. Los seres humanos somos las partes superiores, pero no podemos olvidarnos por completo de las inferiores, ni mucho menos maltratarlas. Cuanta más armonía haya entre todos los elementos que componen el planeta, mejor será el funcionamiento de éste.

Como resumen de este capítulo diremos que es responsabilidad nuestra, de los adultos, volver a inculcar amor a la naturaleza en las generaciones jóvenes, poniéndolas en contacto con el campo, con los bosques —con los pocos que logremos conservar—, con los ríos y con los mares. No como se hace en el estío, cuando los veraneantes caen como hordas sobre los rincones naturales y los esquilman de toda la vida y la belleza que éstos hayan podido recuperar en el invierno. Pero sí con paz y sin tener necesidad de estar rodeados de multitudes para poder disfrutar de la belleza de lo natural.

REVALUACION DEL TRABAJO

El trabajo convertido en maldición

El trabajo en la sociedad moderna ha perdido su sentido como una función armónica dentro de la vida del hombre, y se ha convertido en algo oneroso y desequilibrante. El trabajo, tal como hoy se practica, de ordinario, está reñido con la paz, con el sosiego, con el gusto, con la alegría, con la libertad y hasta con la salud.

En cierta manera y para los seguidores bíblicos esto es completamente natural, una vez que oyen en el Pentateuco al iracundo Yahvé decir a nuestros míticos primeros padres: «Comerás el pan con el sudor de tu frente y en adelante la tierra sólo te producirá abrojos y espinas».

Pero, mitos aparte, las cosas no tienen por qué ser así, y el trabajo humano, hecho racionalmente, debería ser algo enriquecedor para hombres y mujeres. Debería ser algo en lo que no sólo el cuerpo saliese beneficiado, sino también el alma. Y, de hecho, muchas enfermedades que padecen los individuos de nuestra moderna sociedad se deben precisamente a eso: a la falta de ejercicio físico o, en otras palabras, a la falta de un trabajo corporal. Pero desgraciadamente éste, tal como de ordinario se practica en nuestra civilización, está lleno de defectos y no contribuye en nada a la evolución del individuo.

Las lacras del trabajo

Veamos cuáles son las lacras del trabajo corporal, para que aquellos que no tengan más remedio que realizarlo sepan superarlas e incluso aprovecharse de ciertas condiciones adversas para la propia evolución.

Nos referimos primeramente al trabajo corporal hecho en una empresa en donde el fruto directo del trabajo no es propiamente para el trabajador sino para el empresario, el cual compensa al trabajador mediante un salario.

Trabajar alegremente durante muchos años en esas condiciones no es nada fácil, y lo más lógico es que llegue un momento en que el asalariado esté hastiado de su trabajo, por muy bien remunerado que esté. Las causas de este hastió pueden ser muchas y dependientes del trabajo que se realice.

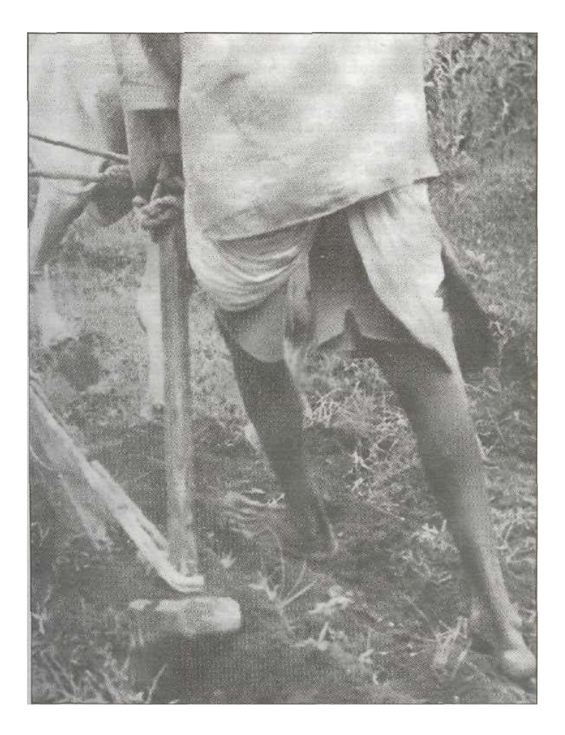
Con frecuencia será lo repetitivo del trabajo físico, que a veces puede llegar a ser la reiteración hasta la náusea de un solo movimiento de brazos o de manos. Es lógico que al cabo de unas cuantas horas el trabajador se sienta con ganas de huir *y* es completamente natural que al cabo de años de repetir la misma tarea física hay algo en el interior del individuo que se rebele desde lo más profundo.

Este hecho fue genialmente plasmado en la pantalla por el gran Charlot en una vieja película en la que el actor cómico sale de la fábrica donde trabaja, *y* sigue repitiendo como un «tic», por la acera *y* en su propia casa, el mismo gesto que había estado haciendo durante horas apretando tuercas.

Dejando aparte la comicidad de la escena, es una manera certera de decirnos lo que sucede no sólo en el cuerpo, sino también en el alma de todas aquellas personas que por horas de horas *y* años de años tienen que repetir, sólo por obtener el dinero necesario para la vida, las mismas acciones *y* los mismos gestos. Indudablemente, tal trabajo, por muy necesario que nos parezca, es deshumanizante *y* capaz de traumatizar tanto el cuerpo como el alma de todo aquel que no está preparado para tal experiencia.

Y desgraciadamente en nuestra sociedad occidental hay millones de personas que se ven sometidas a tal suplicio, aunque por la costumbre, por la necesidad *y* por la rutina que todo lo achata parecen llevarlo con una cierta resignación y hasta con optimismo. Pero la verdad profunda es que nuestra sociedad es bastante amargada, *y* que muchas personas no cambian de oficio o de profesión, no por ganas sino por imposibilidad física, y por no quedarles más remedio que seguir en la tarea en que están.

El trabajo físico «imprime carácter» en cualquier profesión practicada asiduamente. En algunas de ellas es tal esta «impresión de carácter» que se hace visible fisiológicamente y se puede apreciar, por ejemplo, en el desarrollo de ciertos músculos o miembros. Y si esto es capaz de hacer en el cuerpo físico, no es menos la influencia que tiene sobre la parte espiritual del ser humano.



¡Con cuánto sacrificio consiguen millones de seres humanos su sustento! En contraste con la ligereza con la que otros derrochan lo que inmerecidamente ganan.

Esta rutina diaria de un trabajo por el que no se siente atracción alguna es la causa profunda de tantas personalidades amargadas como nos encontramos constantemente.

El trabajo mal retribuido

Otra de las grandes lacras del trabajo corporal organizado que hace que millones de personas no lo amen es la escasa retribución que reciben por la tarea que desarrollan.

Es indudable que las personas pudientes y bien acomodadas han tratado siempre de aprovecharse de las más indigentes que necesitan de ellas. Esto es lo que ha dado lugar a las interminables luchas de clases que han existido siempre en todas las sociedades y esto es lo que ha amargado el alma de muchos asalariados que han visto cómo sus vidas se consumían al servicio de otros sin que todos sus esfuerzos fuesen capaces de sacarlos a ellos ni a sus familiares de la miseria.

En la Nueva Era el trabajo asalariado seguirá existiendo, pero su filosofía profunda y toda su organización tendrán que ser modificadas de una manera radical.

Estos cambios serán no sólo a nivel de legislaciones laborales más racionales y más justas, sino también en la mentalidad de los patronos y de los sindicatos y, sobre todo, en las mentes de los propios obreros, que mirarán el trabajo con ojos completamente diferentes.

Naturalmente, si las condiciones del trabajo siguiesen siendo abusivas, éste tendrá que ser rechazado por los individuos de mentalidad desarrollada, que lucharán contra él con todas sus fuerzas. Pero aun trabajos duros, con tal de que no sean lesivos para la dignidad o la salud humana, el hombre de la Nueva Era sabrá cómo encararlos con una mentalidad completamente diferente.

Más adelante indicaremos cuál será esa nueva mentalidad con la que deberá ser enfocado el trabajo por duro que sea.

Los sindicatos

Y ya que estamos hablando del trabajo no estaría de más decir algo sobre los sindicatos, ya que ellos tienen su razón de ser precisamente en la vida y en el ambiente laboral.

Si las condiciones de trabajo en la Nueva Era van a ser muy diferentes de las actuales, los sindicatos y los sindicalistas que regulan o padecen estas condiciones también van a ser muy diferentes.

Por supuesto que no van a ser, como por desgracia sucede en tantos países, un grupo de vividores salidos de la nada, que usando métodos mafiosos dominan el panorama de su actividad laboral respectiva, olvidándose por completo del resto de los trabajadores (aunque con frecuencia se olvidan también de los propios trabajadores de su sindicato).

Pero no sólo eso; con mucha frecuencia ciertos grandes líderes sindicales, convertidos en verdaderos enemigos de la patria, anteponen sus intereses personales a las necesidades del pueblo y de todos los demás trabajadores que no pertenezcan a sus sindicatos. Su única meta es el engrandecimiento de su ego y el enriquecimiento propio, llegando a conseguir, por métodos totalmente ilegales, colosales fortunas.

Las huelgas salvajes

En la Nueva Era no podrá haber huelgas salvajes en las que los sindicatos, sobre todo aquellos de las grandes empresas públicas estatales o cuasiestatales, cuyos servicios son indispensables para el pueblo, toman a éste como rehén de sus reivindicaciones y lo castigan para que sus protestas sean las que les saquen a los sindicalistas las castañas del fuego. Esta es una manera cobarde de actuar que se ha venido tolerando por miedo y por demagogia en los últimos años, y que le ha causado al pueblo inocente e indefenso muchos sufrimientos. Ejemplo de ello son las huelgas de transportes o de comunicaciones. Si los sindicalistas tienen algo contra sus patronos, deberían actuar directamente contra éstos, y no cogiendo al pueblo como rehén. El sufrimiento del pueblo es el que arregla las cosas, y no las buenas artes de los líderes sindicales.

Estos dicen que es la única arma que tienen para presionar a sus superiores o a las autoridades. Pero el argumento, además de ser falso, es tan válido como si los capitalistas dijesen que el único medio que tienen para hacer obedecer a los huelguistas es la violencia. Ninguno de los dos falaces argumentos da derecho a ir contra la justicia ni atentar contra los derechos de un tercero que nada tiene que ver en la controversia.

Y si se dice que el fruto natural de una huelga de los trabajadores de una empresa de energía eléctrica es que no haya luz, entonces los empresarios, quienesquiera que sean, harán muy bien en exigir a sus empleados, en el momento de su admisión al trabajo, una promesa de que se abstendrán de hacer huelgas que dejen sin electricidad a todo el pueblo. Y si la empresa está en la obligación de respetar el derecho a la huelga de sus trabajadores, tiene una obligación mayor de respetar el derecho que a sus servicios tiene un número mucho mayor de personas. Las grandes empresas públicas o semi-públicas, cuando se establecen, se comprometen a prestar ciertos servicios (agua, luz, gas, transporte) sin fallar. Por lo tanto, es natural que a sus empleados les exijan el cumplimiento de esta condición previamente adquirida.

Aparte de esto, un gran sindicato bien organizado dentro de una empresa grande tiene muchas maneras de presionar a los superiores sin recurrir a la fácil y cobarde técnica de perjudicar a los indefensos para que éstos le hagan el trabajo con los prepotentes.

Los sindicatos de la Nueva Era no sólo se ocuparán del dinero que reciben sus afiliados y de las condiciones inmediatas de su trabajo, sino que ampliarán su punto de vista hacia otros valores culturales, tratando de elevar su nivel intelectual y estético de modo que pasen de ser unos simples «proletarios» en la sociedad, a auténticos creadores e impulsores de nuevas ideas que la hagan revolucionar en todos los sentidos.

Por lo que hemos expuesto hasta aquí, no se puede deducir que estemos en contra de los sindicatos ni de su derecho de huelga. Ambas cosas cumplen su función en la sociedad y son logros que a la humanidad le ha costado muchos siglos conseguir. Pero cuando ambas cosas se extralimitan y se usan incorrectamente, se convierten en un azote.

De la misma manera, no se podrá deducir que estemos de parte de las empresas o de los capitalistas que creen que lo único fundamental es ganar dinero y que esto se puede hacer como sea,

aunque sea a costa del bienestar de los trabajadores. Esta es una filosofía del trabajo completamente contraria a la de la era acuariana y haremos más hincapié en ello cuando profundicemos en la futura idea del capital y del dinero.

Trabajos esclavizantes

Es cierto que en toda sociedad hay trabajos necesarios que son más duros que otros, y que alguien tiene que realizarlos. En otro tiempo se usaba y se abusaba de los más débiles para llevar a cabo esas funciones. Hoy en el mundo occidental tales abusos se han subsanado en buena parte, si exceptuamos a los trabajadores del campo irredento, perpetuamente olvidados y engañados con miles de mentiras por los políticos, «ciudadanos» y cabilderos por naturaleza.

Pero el hecho de que haya tareas duras y rechazadas por la mayoría, no quiere decir que la sociedad o una empresa cualquiera sea injusta al hacer que las acometan algunos de sus trabajadores, con tal de que se respete su libertad y sean justamente retribuidos.

A la sociedad le pasa lo que a los individuos. Hay funciones normales que son penosas para el individuo. Pongamos por ejemplo la maternidad, aparte de otras funciones biológicas, nada gloriosas, que todos tenemos que realizar constantemente. La vida impone ciertas condiciones contra las que no nos podemos rebelar y lo que tenemos que hacer es racionalizarlas y cumplirlas de la manera más digna posible.

En la sociedad hace falta que algunos se sacrifiquen por los demás y, mejor dicho, que todos nos sacrifiquemos un poco los unos por los otros, cumpliendo las leyes a capacidad para que funcione el recto orden establecido. A lo largo de la vida, en alguna ocasión, nos ha de tocar hacer el papel más sacrificado y en ese momento deberemos saber hacerlo pensando más en el bien común que en el sacrificio que entonces se nos exige.

Es cierto que hay personas y clases enteras a las que esta tarea de sufridores les ha tocado de una manera más radical y tienen que vivir con ella prácticamente toda la vida. Saber por qué esto es así supera nuestra capacidad de análisis y no queremos caer en las ingenuidades con que, por siglos, han tratado de explicarlo filósofos y doctrinarios religiosos.

Lo cierto es que hay individuos y familias o clases que tienen que realizar tareas auténticamente plebeyas que, si no son compensadas con alguna otra labor espiritual o no se hacen con una mente preparada, terminan embruteciendo al que las practica. Y lo malo es que esta impreparación es hereditaria y los nuevos que acceden a semejantes tareas, lejos de elevar su nivel cultural y humano, lo hacen descender por culpa de esta clase de trabajos.

Y aquí es donde entra la filosofía del trabajo de los verdaderos hijos de la Nueva Era. Aquellos a los que les toque hacer la parte difícil, e incluso aquellos a los que les toque sufrir, deberán afrontarlo no como quien es siendo víctima de un atropello, ni con ansias de revancha o resentimiento hacia otras personas. Deberán hacerlo con parecido espíritu al que en iguales circunstancias el cristianismo demanda a sus seguidores, pero con una gran diferencia: en el cristianismo es Dios el que absurdamente exige sacrificio y dolor al humano, mientras que en la filosofía de la Nueva Era es el hombre el que voluntariamente ofrece, cuando le toca su turno, su sacrificio para el bien de los demás.

El trabajo mental

Sin embargo no todo el trabajo que hay que desarrollar en la sociedad es físico. A medida que avanzamos vamos relegando esa parte de la actividad a las máquinas. En las sociedades más avanzadas, el trabajo es cada vez más mental y requiere menos de la fuerza física, lo cual en parte no es bueno para el ser humano, pues, como ya dijimos, la falta total de ejercicio físico acarrea graves consecuencias para la salud.

Si el trabajo corporal realizado sin la debida preparación del espíritu conllevaba riesgos, el mental no los conlleva menos, y de hecho, la sociedad neurótica en que vivimos es en buena parte fruto de este estrés y de esa desgana y falta de interés con que funciona el mundo del trabajo oficinesco.

Un mismo despacho o sofá, todos los días del año, la compañía de las mismas escasas personas, rodeado de los mismos estantes, en un ambiente cerrado y probablemente cargado de humo, es capaz de desequilibrar los nervios del más templado.

Se pueden realizar semejantes tareas cuando se hacen directamente para uno. Pero realizarlas año

tras año, sólo por un sueldo con el que muchas veces no se está de acuerdo, es a la larga deprimente, y no es extraño que después de años en el mismo lugar y con la misma tarea, el individuo llegue a sentir un hastío profundo.

Y hablando del trabajo mental, no podremos menos de hablar de su hijo natural: el estrés. Nuestra sociedad está marcada por esta nueva enfermedad que a la larga es la causante de tantas enfermedades físicas. Y si bien es cierto que las máquinas nos facilitan muchas labores que antaño eran trabajosas y llenas de tedio, también lo es que las máquinas son con mucha frecuencia las causantes del estrés que nos debilita más aún que el trabajo duro.

El estrés es un aceleramiento de todo el sistema nervioso que desgasta, haciéndole pagar sus consecuencias, al cuerpo físico, que es donde en definitiva se van a manifestar las enfermedades. Vivir agitado día a día es de funestas consecuencias para el organismo, que al cabo de un tiempo manifiesta su protesta con alguna dolencia corporal.

Es cierto que hoy, debido en gran parte a las máquinas y a los instrumentos de oficina, podemos desarrollar mucha mayor cantidad de trabajo que en tiempos pasados. Un empleado de oficina, por ejemplo, puede en la actualidad, gracias a la ayuda de un ordenador, hacer la tarea de varios oficinistas de tiempos pasados. Pero muchas veces las hará a su costa, pues si no las realiza con paz, con orden y con una preparación en cierta forma espiritual, muy fácilmente se verá absorbido y ahogado en la vorágine de datos que pasan cada segundo por su mente y por delante de sus ojos.

Filosofía del trabajo

Por eso hoy más que nunca es necesario entrar en el mundo laboral, sea este corporal o mental, con una preparación adecuada para que el trabajo nos haga evolucionar en vez de embrutecernos. El trabajo, por muy elevado que sea, si es repetitivo y demasiado centrado en una misma cosa, sí está hecho de mala gana y sin aliciente alguno, si es demasiado absorbente, si no nos podemos desprender de él una vez terminada la jornada laboral y continúa inquietándonos cuando estamos en nuestra casa, seguramente nos causará estrés y puede llegar hasta embrutecernos haciéndonos perder interés por otros asuntos humanos.

No hay cosa más triste, por ejemplo, que oír a ciertos maníacos de la Bolsa conversar entre ellos en sus horas libres. Todo lo enfocan a través de los valores que suben o bajan y no saben hablar más que de esto, ajenos por completo a los muchos otros incidentes de la vida diaria, tanto familiar como nacional o internacional. Para ellos sólo existen las «Eléctricas» o las «Químicas», o los «Carburantes», o los «Bancos». Todo lo demás no tiene importancia.

Son el eco de esos monigotes gesticulantes de las Bolsas de Valores que vemos aparecer con frecuencia en las pantallas de televisión: levantan y bajan frenéticamente los brazos, mueven desesperadamente los dedos, gesticulan como agitados por un ataque epiléptico y hasta parece que le dan cortes de manga a un observador imaginario.

No será extraño que después de sesiones así, repetidas día tras día, lleguen a sus casas haciendo los mismos movimientos y guiños, y en vez de besar a su mujer y a sus hijos, les hagan unos cuantos gestos con los dedos.

Trabajos así, limpios, asépticos, bien pagados, son sin embargo totalmente deshumanizantes y el que caiga en la desgracia de no tener más remedio que vivir de ellos, tendrá que dedicar algún tiempo a la meditación para compensar en alguna manera el desgaste psíquico a que constantemente están sometidos.

Prepararse para el trabajo

Y sin llegar precisamente a la meditación, por lo menos todos aquellos que se ven obligados a realizar un trabajo deshumanizante o de alguna manera no atractivo deberían por lo menos reflexionar muy seriamente sobre él para evitar que el desaliento y la violencia diaria con que tienen que realizarlo fuese minándoles la salud y la vida.

Reflexionar que el trabajo es sólo un medio y no un fin y enfocar más bien su pensamiento hacia las muchas cosas buenas que con el fruto del trabajo —el dinero— que puede conseguir y de hecho están ya consiguiendo.

Pensar que el dicho de que «nacemos para trabajar» es completamente falso y una mala secuela que

los doctrinarios religiosos nos han dejado de sus fanatismos bíblicos. Es cierto que hay que trabajar en esta vida, lo mismo que hay que realizar todo un sinnúmero de otras actividades. Pero el fin último de la vida no es trabajar por trabajar. Esto sería esclavizante y demostraría una tremenda mala uva del Creador. El fin último de la vida será más bien disfrutar de ella, aunque para ello tengamos que trabajar en algo.

De modo que no podemos considerar el trabajo como una carga obligatoria que nos. ha sido impuesta por «Dios» casi como un precio por habernos traído a la vida. El trabajo tiene un trasfondo o unas raíces más profundas que el vulgar «castigo» que se nos ha querido presentar.

Los hijos de la Nueva Era tienen que ver el trabajo como una colaboración del individuo al orden y a la armonía del Planeta y del Cosmos. En el cristianismo también se habla a veces de una «cooperación a la obra creadora de Dios», aunque luego dejan por explicar muchas de las extrañas actuaciones de ese mismo Dios personal.

Trabajar no es sólo esforzarse para conseguir el pan para la familia. Eso es tener una visión demasiado simplista. Sin dejar de ser cierto que con nuestro trabajo damos de comer a nuestros hijos, cuando trabajamos, mejoramos no sólo a nuestra familia sino a la sociedad en que vivimos y al Planeta entero. Con el trabajo material se transforma la materia prima en productos útiles para el hombre; con el trabajo mental se ponen a funcionar las ideas, se organiza el mundo material y social y se crean las condiciones para que florezca todo el mundo del arte y de los sentimientos.

Trabajar es crear. El hombre verdaderamente evolucionado no podrá estar sin trabajar, sin crear, porque en esta etapa de seres imperfectos y a medio hacer que somos en la actualidad, instintivamente sentimos el impulso de mejorarnos a nosotros mejorando nuestro entorno.

El hombre imperfecto, en cambio, con una idea miope del trabajo, no ve llegada la hora de dejarlo para tumbarse a la bartola y no hacer nada. Pablo de Tarso tiene una frase cortante y genial en una de sus famosas epístolas: «El que no trabaja, que no coma».

Cuando uno está cansado de trabajar, lo lógico es que quiera dejar de hacerlo, pero tener como supremo lema de la vida el estar sin hacer nada, es señal de un espíritu rudimentario.

Lo triste de la vida de muchos ex obreros o ex trabajadores de las llamadas artes liberales es que, cuando les llega la hora del retiro, o no saben qué hacer o no quieren hacer nada. La vida se les convierte en aburrimiento. Desde ese momento puede decirse que han empezado a morir. Las interminables partidas de cartas o de dominó con que muchos jubilados matan el tiempo son la triste manera que el tiempo tiene de matarlos a ellos.

Es tristísimo llegar a viejo y pensar que ya no se puede hacer nada, o que ya no merece la pena hacer nada. Aunque las fuerzas físicas no den para realizar tareas que uno hubiese querido hacer en la juventud, todavía la mente debería estar con ánimos para hacer planes y seguir teniendo ilusiones.

Es curioso cómo muchos de los grandes creadores de la historia llegaron a edades muy avanzadas porque mantuvieron siempre encendida la antorcha del entusiasmo. Menéndez Pidal, Dalí, Casáis, Ramón y Cajal o Picasso son sólo ejemplos eximios de lo que decimos, y a ellos se podrían añadir muchos otros, de todos los tiempos y naciones.

LOS ENEMIGOS DE LA SALUD

Morir poco a poco

Hay muchos seres humanos que fallecen a los ochenta años y, sin embargo, han empezado a morir a los sesenta y cinco, o antes. Viven quince años con las facultades disminuidas, y sin poder disfrutar plenamente de la vida, fastidiados por alguna deficiencia en su salud.

Es el castigo de haber maltratado el cuerpo durante la juventud y la adultez. Porque a los cuerpos les sucede lo que a los automóviles. Pueden durar mucho o pueden acabarse pronto, dependiendo del trato recibido.

Lo malo es que el cuerpo durante la niñez suele funcionar como una máquina perfecta que se arregla ella sola cuando tiene algún desperfecto, y damos por hecho que siempre va a ser así. Y por eso nos permitimos abusar de él año tras año, sin tener siquiera el cuidado o la delicadeza de llevarlo a revisar para ver sí se le va notando algún defecto.

Como somos una sola cosa con él nos parece que mientras la mente está bien, el cuerpo también lo estará, y la verdad es que, componiendo un todo, son dos cosas completamente diferentes. La mente puede estar muy bien y el cuerpo mal, y viceversa, y de ello hay infinitos ejemplos que todos conocemos.

No hay una vida total sin salud. Cuando el cuerpo se resiente y duele o falla por alguna razón, la mente se siente molesta; y si el cuerpo falla notablemente, la mente también empezará a resentirse de una manera o de otra hasta que un fallo total del cuerpo la hará detenerse definitivamente.

Un artista o un creador, o un simple trabajador de oficina, no podrá crear ni desempeñar bien sus funciones si el cuerpo le molesta mucho. Y también se puede decir que una mente enferma, en angustia, estrés, odio o cualquier otro sentimiento negativo, acaba por dañar el cuerpo. Por eso hay que saber guardar un sano equilibrio entre los dos para el perfecto funcionamiento de la persona.

Pero para lograr esto tenemos que ir rompiendo esquemas y, si hace falta, rebelarnos en muchas ocasiones contra lo que dicen las tradiciones, los usos aprobados y, en este caso de la salud, contra lo que en determinadas ocasiones nos pueden decir los mismos médicos.

Es, por ejemplo, opinión común que donde mejor está un enfermo grave es en el hospital, al cuidado de enfermeras profesionales y bajo el ojo vigilante de aparatos electrónicos. Y la verdad no es así, pues es de sobra sabido que, cada vez más, los graneles hospitales, una vez que han adquirido las colosales dimensiones que hoy tienen, se han convertido en un riesgo que el enfermo debería evitar en la mayoría de los casos.

Tal como dijo Marilyn Ferguson: «Nos preguntamos cómo vamos a poder garantizar una asistencia sanitaria eficiente a nivel nacional teniendo en cuenta el coste creciente de todo tipo de tratamientos médicos. La pregunta nos lleva automáticamente a identificar la salud con los hospitales, los médicos, las recetas, la tecnología. En vez de ello deberíamos, por el contrario, comenzar por preguntarnos por qué la gente se pone enferma o en qué consiste la salud».

Muchos enemigos de la salud

En esta sociedad tan tensa y tan conflictiva, los enemigos de la salud, tanto mental como corporal, son muchos. Por eso hay que estar atentos, porque muchas veces no es culpa nuestra el que se nos deteriore tanto una como el otro, sino de las circunstancias en que estamos obligados a vivir. Tenemos que estar conscientes de por dónde nos puede venir el mal, para atajarlo rápidamente. Y en ocasiones, como veremos enseguida en relación con el tabaco, tendremos que repeler la agresión con decisión y valentía haciendo que se cumplan las normas que no permiten fumar en lugares cerrados. Porque de nada vale que nosotros no fumemos sí los compañeros de trabajo o quienquiera que sea envenenan el aire con sus cigarrillos.

Hoy día tenemos encima el problema de las drogas duras, como la cocaína, la heroína e incluso el de la marihuana, que muy frecuentemente es el camino hacia ellas, y, abrumados por él, no se le da tanta importancia al de las otras drogas (blandas» que han estado siempre entre nosotros pero que causan por lo menos tanto dolor y muchas más muertes que aquéllas. Nos referimos al alcohol y al tabaco.

El alcohol

Como su efecto no es tan rápido ni tan violento como el de las drogas duras, lo tomamos incluso a broma. Cuando hace años el Gobierno francés, en un gesto por hacer algo contra el problema del alcohol, difundió profusamente por toda Francia un cartel que decía: «El alcohol mata lentamente», alguien, probablemente un amigo del vino, escribió debajo: «Mejor; no tenemos prisa».

Pero el alcoholismo, como enemigo de la salud *y* de la estabilidad y felicidad de la familia, es un problema grave que deberíamos tomarlo con mucha más seriedad y al que los padres y madres de familia habrían de prestar mayor atención. En la actualidad, según las estadísticas, los jóvenes empiezan a aficionarse al alcohol a edades muy tempranas por lo que no es infrecuente encontrar alcohólicos a edades inferiores a los veinte años.

Esto se debe directamente a las malas compañías, pero indirectamente a la mala preparación que para esto recibieron en la familia. Sus padres no les inculcaron debidamente los peligros del alcohol, y más a edades tan tempranas.

Pero aparte del problema que el alcohol supone para toda la familia, destruye la propia salud del que lo toma. Cuando la persona se alcoholiza, aparece la sed alcohólica, que consiste en un impulso irrefrenable por beber que dura hasta que la persona ingiere alcohol. Al beber, la sed no se apaga sino que se hace más grande y el alcohólico no puede parar; y esto a pesar de que, cuando ya ha ingerido mucha cantidad de bebida, empieza a sentirse mal; el estómago se resiente con ardores y todo el organismo protesta con un malestar hondo. Pero el alcohólico no puede parar.



El alcohol no sólo daña el sistema digestivo sino que daña también los tejidos cerebrales y entorpece el buen funcionamiento de la mente. Recuerdo haber visto en un gran hospital de Nueva York una colección de cerebros de alcohólicos (que paradójicamente estaban conservados en alcohol). En todos ellos se veía la parte superior de un color blanquecino que, como se leía en un cartelito explicativo, era debido a la destrucción masiva de neuronas tras años de ingerir alcohol en cantidades exageradas.

Vivimos en una sociedad cristiano-alcohólica. No hay fiesta sin alcohol. En las romerías campestres y en las fiestas populares el alcohol corre en forma de vino peleón, y en las de la «high», como «whisky», coñac o champán. En éstas es una delicia el ver a todo el mundo con su sonrisa puesta y su vasito en la mano intercambiando lo espiritual con lo espirituoso. Pero siempre el alma de la fiesta es el alcohol y sin él no hay fiesta.

Y es un triste espectáculo ver rebaños de jóvenes amontonados en ciertos lugares de nuestras ciudades, en plena vía pública con la «litrona» de cerveza corriendo de mano en mano —pasándose las babas con un optimismo irresponsable—. Algunos no paran de beber hasta que ya no pueden tenerse en pie, y otros, en la euforia estúpida que les produce la bebida, estrellan las botellas contra los automóviles aparcados.

Y para colmo de males, las estadísticas nos dicen que las mujeres están accediendo también al uso del alcohol en mucho mayor número que en otros tiempos. Como si fuese un triunfo de la feminidad el llegar a igualarse con los hombres en el nivel de alcoholismo.

En las sociedades que se dicen más desarrolladas el alcohol entre las «señoras de sociedad» hace ya tiempo que es un problema bastante frecuente.

Alcohólicos Anónimos

Y al hablar de alcoholismo hay que decir algo acerca de una institución que en este particular hace una labor admirable: los Alcohólicos Anónimos.

Desgraciadamente es un remedio tardío porque, cuando se aplica, ya el mal está hecho en buena parte; pero no se puede negar que realizan una labor que en nuestra sociedad desaprensiva y egoísta es admirable.

Los que tal idea tuvieron y los que en la actualidad colaboran activamente con el movimiento" de Alcohólicos Anónimos son algunos de los verdaderos apóstoles que todavía quedan en nuestra sociedad, que no se dedican a predicar teorías como los políticos o a perpetuar mitos como los religiosos, sino a hacer algo concreto que es de verdadera utilidad para ciertos sectores que necesitan precisamente ese tipo de ayuda.

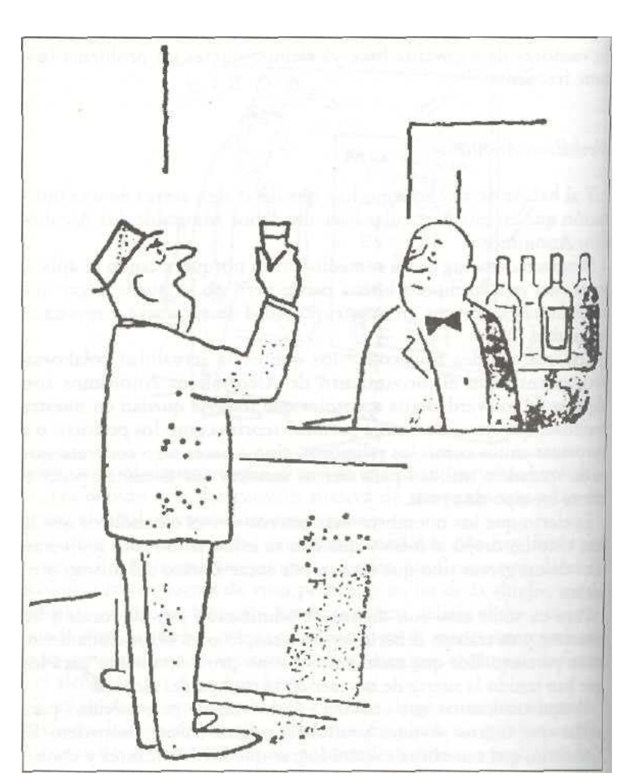
Es cierto que los miembros más activos son ex alcohólicos que le han visto las orejas al lobo y que con su esfuerzo no sólo se liberan ellos de sus garras sino que luchan por sacar a otros del mismo problema.

Pero en todo caso son dignos de admiración por su coraje y su esfuerzo; y su trabajo debería ser un ejemplo para otros ciudadanos, tanto para aquellos que están en el mismo problema como para los que han tenido la suerte de no caer en la trampa del alcohol.

Y aquí tendremos que acusar al Gobierno de permisividad para evitar que tantos jóvenes y adultos caigan en ese desorden. El Gobierno, que tan eficaz es para lograr que los fabricantes y consumidores paguen los impuestos del alcohol, parece que, una vez que los cobra, ya no se interesa por más y ve con indiferencia el que los ciudadanos se emborrachen. Muy liberalmente no quiere intervenir en eso.

Pero lo mismo que mete sus largas narices en cosas que no le incumben, debería preocuparse de este auténtico problema social que causa más malestar entre los ciudadanos que muchos problemas de los que él se ocupa.

El Gobierno tiene muchas maneras de presionar y de educar a los ciudadanos. Reconocemos que no es fácil en este particular dar con el



Ni nicotina, ni brea, ni colorante, ni conservantes, ni adulteración alguna: ¡pura ginebra!

justo medio. Por supuesto que no se puede llegar a ninguna «ley seca», por muchas razones; pero tampoco la permisividad total, de modo que uno pueda emborracharse en público cuando le venga en gana.

Es cierto que ya hay limitaciones para la venta de bebidas alcohólicas, sin embargo, la mayor parte de las

veces es papel mojado debido precisamente a esa permisividad de los gobiernos.

¿Dónde está el límite? Sinceramente, no lo sabemos. Para eso tenemos sabios legisladores y gobernantes; que lo estudien y dispongan con la misma constitucionalidad y eficacia con que disponen otros temas menos importantes.

El tabaco

Y de un enemigo público de la salud tendremos que saltar al otro enemigo público, que es el tabaco. Envenenarse así a sabiendas y teniendo encima que pagarlo caro es un absurdo total.

Valga a manera de paréntesis esta anécdota. Según consta en la ovnilogía, los habitantes del planeta Ummo cuando llegaron por primera vez a la Tierra y la observaron desde sus naves a gran altura, al ver a los seres humanos con una especie de canutillos en la boca exhalando humo, dedujeron que nuestra atmósfera estaba tan viciada o su aire tan insuficiente para nuestros pulmones que los humanos tenían que suplir la falta inhalando un gas que extraían de los canutillos. Cuando más tarde supieron que la verdad era todo lo contrario, es decir, que el aire puro lo contaminábamos con el «gas» que los fumadores extraen de los «canutillos», no lo podían creer.

El uso del tabaco, en cierta manera, es peor que el del alcohol porque afecta a más personas y porque probablemente a la larga mata a más seres humanos. Los alcohólicos causan más disgustos en la familia, pero por otro lado suelen vivir bastantes años; algunos da la impresión de que están conservados en alcohol.

Sin embargo los fumadores, con su nicotina constante, se van suicidando lentamente hasta que el organismo, al no poder más, revienta por algún lado, o en forma de tumor o de cualquier otra manera. Pero hasta que esto no pasa, lo toman a broma igual que Mark Twaín cuando escribió: «Dejar de fumar es facilísimo. Yo lo he dejado como veinte veces».

Lo que los fumadores hacen con sus pulmones es un atentado constante contra la salud. Llega la sangre a los pulmones a purificarse y encuentra humo cargado de sustancias nocivas. Y esto una hora y otra, un día y otro sin más tregua que en las horas de sueño.

La tráquea *y l*a laringe protestan por la noche con picores y con tos, pero los sufridos pulmones callan y no tienen más remedio que almacenar nicotina y brea que han ido recibiendo durante el día. La sangre, en vez de purificarse, se carga de esos venenos y los distribuye por el organismo.

El cuerpo humano es una máquina maravillosa; aguanta valientemente hasta un momento en que no puede más y se rinde. Entonces aparece el enfisema y ya no se puede subir la escalera sin jadear, El angustiado fumador corre al médico para oír que lo suyo no tiene remedio y que además tiene que dejar de fumar. Los pulmones, o las arterias o el corazón han dicho ¡basta! Y ahí tenemos a un hombre de cincuenta o sesenta años que no puede tomar sal, que no puede ingerir ni gota de alcohol, y que ha entrado a tan temprana edad en el club de los viejos.

Es cierto que el número de fumadores ha disminuido pero todavía es muy grande, y a ello contribuyen los anuncios que con gran despliegue de medios presentan al fumador como un hombre con personalidad y al tabaco como algo que da distinción a la persona. Hace ya años que su propaganda desapareció de las pantallas de la televisión pero las poderosísimas compañías tabacaleras todavía tienen muchas maneras de insinuarse.

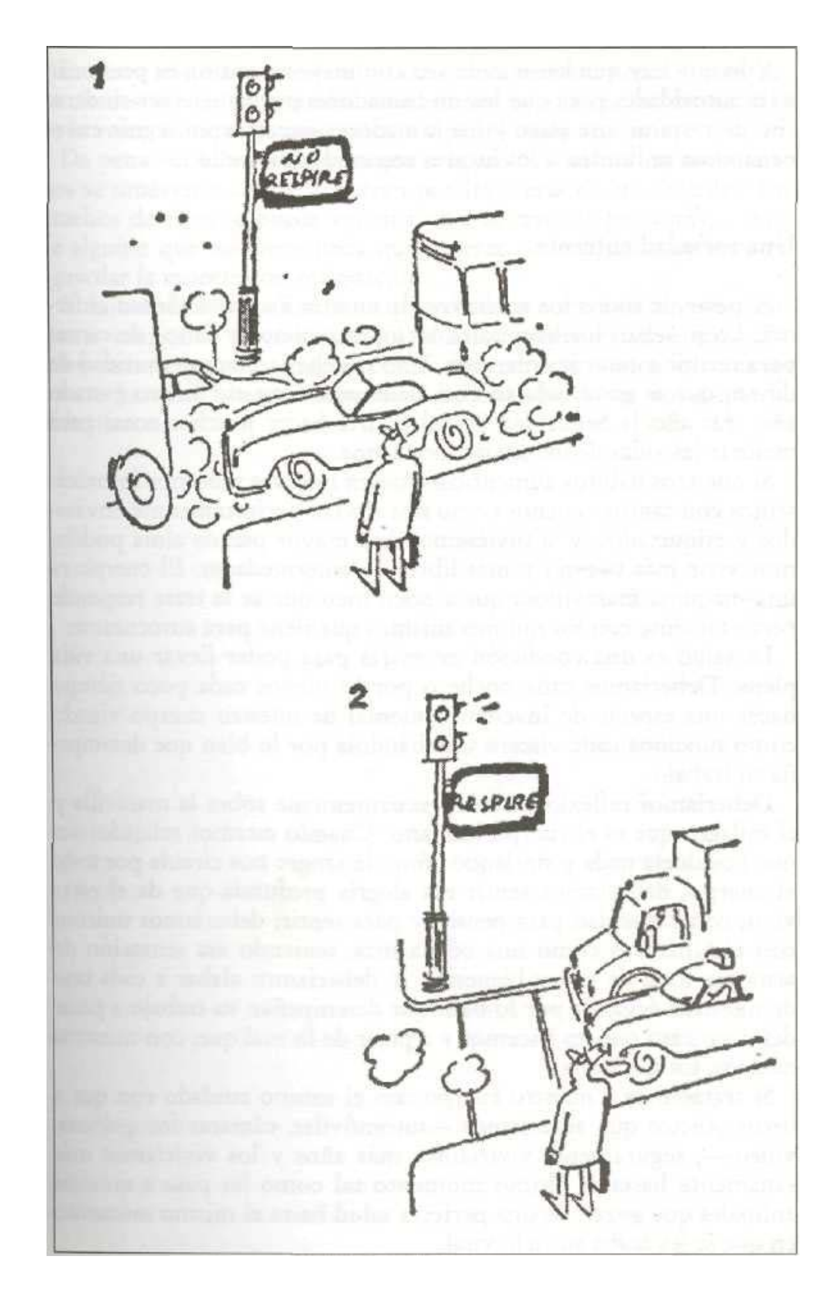
Los padres de familia deberían inculcar a sus hijos de una manera muy especial toda la verdad sobre los daños del tabaco; pero, claro está, no lo podrán hacer con el cigarrillo en la mano. Un padre que fuma no tiene fuerza moral para aconsejar en este particular a sus hijos y, en realidad, es el primer inductor para que ellos, más tarde, hagan lo mismo.

El derecho a respirar aire puro

Por otro lado los ciudadanos deberían hacer cumplir las leyes y ordenanzas que prohíben fumar en determinados lugares. Con frecuencia estas órdenes se obedecen los primeros días; al cabo de un tiempo, el humo vuelve a llenar los salones. Si nadie protesta, los fumadores, adictos y esclavos de su vicio, impondrán su ley y su nicotina a los no fumadores. Y según los expertos, el humo de segunda mano es tan malo como el de primera.

Los hijos de la Nueva Era no deben caer en este mal hábito, porque a la larga es fatal para su salud y si pierden la salud perderán la alegría de vivir.

Aunque dejar de fumar no es fácil para un fumador empedernido, éste debería hacer un esfuerzo serio, ya que ahora hay muchos métodos que, enseñados por personas profesionales, suelen dar muy buenos resultados. Aparte de los químicos, menos aconsejables, el yoga, la relajación, la hetero y autohipnosis, y la sugestión son algunos de ellos.



Y lo que hay que hacer cada vez con mayor decisión es presionar a las autoridades para que los no fumadores puedan ejercer su derecho de respirar aire puro y los fumadores que quieran seguir envenenándose se limiten a los lugares reservados para ello.

Una sociedad enferma

A pesar de todos los adelantos, la nuestra es una sociedad enferma. Lo prueban los hospitales, siempre repletos y faltos de camas para recibir a nuevos enfermos. Y lo prueba la ingente cantidad de dinero que se gasta cada año en medicinas. Con ese dinero gastado año tras año la Seguridad Social podría hacer muchas cosas para mejorar las vidas de los ciudadanos sanos.

Si nuestros hábitos alimenticios fuesen mejores y no nos intoxicásemos con tantos venenos como nos sirven, perfectamente envasados *y* etiquetados, y si tuviésemos una mayor paz de alma podríamos vivir más tiempo y más libres de enfermedades. El cuerpo es una máquina maravillosa que a poco bien que se la trate responde perfectamente con los mil mecanismos que tiene para autocurarse.

La salud es una condición necesaria para poder llevar una vida plena. Deberíamos cada noche o por lo menos cada poco tiempo hacer una especie de inventario mental de nuestro cuerpo viendo cómo funciona cada víscera y alabándola por lo bien que desempeña su trabajo.

Deberíamos reflexionar más frecuentemente sobre la maravilla y el milagro que es el cuerpo humano. Cuando estamos relajados sin que nos duela nada y sintiendo cómo la sangre nos circula por todo el cuerpo, deberíamos sentir esa alegría profunda que da el estar vivo, con capacidad para pensar y para sentir; deberíamos unirnos con el Universo como una célula más, teniendo esa sensación de armonía total de paz y bienestar. Y deberíamos alabar a cada uno de nuestros órganos por lo bien que desempeñan su trabajo a pesar del poco caso que les hacemos y a pesar de lo mal que, con nuestros excesos, los tratamos.

Si tratásemos a nuestro cuerpo con el mismo cuidado con que a otros objetos que apreciamos —automóviles, cámaras fotográficas, vídeos—, seguramente viviríamos más años y los viviríamos más sanamente hasta el último momento tal como les pasa a muchos animales que gozan de una perfecta salud hasta el mismo momento en que se les acaba su ciclo vital.

Es muy triste irse muriendo poco a poco viendo cómo nuestras facultades se van mermando. Aunque esta es una condición natural de la vejez, no seamos insensatos, empeorándolo aún más.

Da pena ver el esfuerzo con que muchos ancianos y no tan ancianos se mueven o casi se arrastran por las aceras de las ciudades. En muchos de ellos se puede ver una cara de tristeza profunda, como de alguien que no tiene nada que esperar, y lo único que hace es aguardar la muerte con resignación.

El hijo de la Nueva Era tiene que rebelarse contra esto, y no tiene que ir muriendo poco a poco. Todos los creyentes en el más allá deberemos esperar la muerte como algo natural, viviendo intensamente hasta el último momento, disfrutando de las cosas que la vida ofrece.

EL DIOS DINERO

El dinero-dios

El dinero es el dios de la sociedad occidental. Ante su altar se sacrifican naciones, principios, tradiciones, valores y hasta la propia naturaleza. Por conseguir más dinero, ciertos grandes magnates y empresas están arruinando el Planeta.

Es lógico que el dinero guste y todo el mundo quiera tenerlo, porque es la llave para abrir muchas puertas en la vida. Pero, en la actualidad, este deseo se ha convertido en algo enfermizo.

El dinero es como el vino. En una cantidad razonable, ayuda a hacer la digestión, y a la salud en general. Pero ingerido en cantidades exageradas se convierte en la ruina del individuo. En nuestra sociedad la relación de muchos individuos con el dinero es la misma que con el vino tienen los alcohólicos. No pueden contentarse con una cantidad razonable y tienen que beber hasta que ya no pueden más.

No vamos a entrar en este capítulo a discutir los pugilatos de las multinacionales y de las grandes empresas para obtener el dominio de bancos y «holdings», en los que uno se pierde cuando oye las cantidades que se barajan. A pesar de dar la impresión de que son ocupaciones muy importantes en las que se juega el porvenir de la humanidad, se trata sólo del pasatiempo de una minoría de «alcoholizados» por el dinero, que se divierten jugando a ouija «monopolio» multimillonario.

Desgraciadamente estos financieros maníacos y estas transacciones multimillonarias son miradas y tratadas con una gran seriedad por la prensa diaria y por la del corazón, y en la mente del pueblo va calando este culto al dios «Mammón» y a sus monaguillos, los altos magnates de la banca y las finanzas.

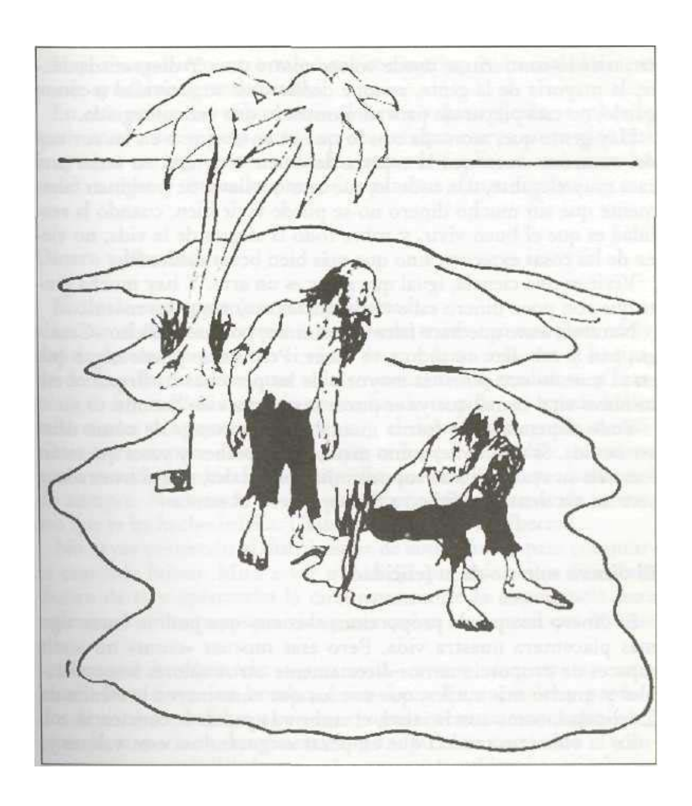
Lo artificial de las bolsas de valores

En la actualidad, hasta en las emisoras de radio se dedica un tiempo, no escaso, a las transacciones de esas grilleras multitudinarias llamadas bolsas de valores, donde unos señores muy serios y muy vociferantes juegan con su dinero y adquieren estrés a cambio de acciones y obligaciones.

Las Bolsas donde se cambian valores podrían ser muy bien el símbolo de esta sociedad ficticia que tiene ya todos los valores cambiados. Las fábricas son las mismas, los obreros los mismos, los dueños los mismos, los clientes más o menos los mismos, y sin embargo de una hora para otra los valores suben o bajan como un carrusel alocado dirigido por un paranoico. Se anima la Bolsa de Madrid y a la de Valencia le suben varios grados de temperatura. Se acatarra la Bolsa de Nueva York y a todas las Bolsas del mundo les entra la «gripe».

Los periodistas se apresurarán a ponerlo en las primeras planas como si el Planeta entero se estuviera estremeciendo, cuando en realidad es sólo el divertimento de unos cuantos ambiciosos con dinero que quieren despellejar a otros cuantos dignísimos tahúres que no saben qué hacer con el suyo. Pero el resto de la humanidad sigue produciendo, trabajando y buscando el pan de sus hijos, y no se entera de lo que allí pasa, ni en realidad le interesa. Sólo en la actualidad empiezan a interesarse algunos, ante la machaconería de los medios de comunicación. Pero el bonoloto de la Bolsa es algo que hay que mirar con la misma indiferencia y resignación con que, los que no jugamos, oímos todas las noches los numeritos de la ONCE.

Dejemos, pues, el mundo de los grandes financieros a los que no les importa envenenar las aguas de los ríos ni acabar con todo el equilibrio ecológico de una región, ni impedir que miles de personas puedan bañarse en una playa, ni poner en peligro las vidas de millones de ciudadanos con sus centrales nucleares, ni hacer irrespirable el aire de las ciudades con sus fábricas, con tal de que éstas y todos sus imperios económicos produzcan el dinero con que poder jugar aún más fuerte en las bolsas y así hacerse con las empresas de sus competidores para poder ganar más y más dinero.



Animo, Jacobo. ¡La Bolsa ha subido ocho puntos!

Saber usar el dinero

A mucha gente le ha pasado que, después de haber trabajado como esclavos toda la vida con el único fin de conseguir dinero, cuando llegaron a tenerlo no supieron qué hacer con él *y* lo perdieron mucho más rápido de lo que lo habían ganado o se convirtió en la causa de su desgracia.

Porque el dinero es una mercancía peligrosa que hay que saber tratar, o de lo contrario se puede volver contra uno. Y desgraciadamente, la mayoría de la gente, aunque dedica toda su actividad a conseguirlo, no está preparada para administrarlo una vez conseguido.

Hay gente que, atontada con lo que ve en el cine o en las revistas del corazón, creen que la esencia del buen vivir está en tener una casa muy elegante, con todo lo que esto conlleva. Se imaginan falsamente que sin mucho dinero no se puede vivir bien, cuando la realidad es que el buen vivir, y sobre todo la alegría de la vida, no viene de las cosas externas, sino que más bien brota de dentro.

Vivir es una ciencia, igual que amar es un arte. Y hay mucha gente que con poco dinero sabe vivir mucho mejor que los más ricos.

Naturalmente que hace falta un mínimo, porque el dicho «Contigo, pan y cebolla» no se lo cree nadie. Pero no se puede negar que en el mundo occidental la mayoría de las personas ha llegado a ese mínimo vital con el que ya se puede tener una vida decente.

Todo depende de la forma mental que uno tenga de cómo debe ser la vida. Si uno tiene, como meta, casas, coches y yates que están fuera de su realidad o de sus posibilidades vitales, vivirá frustrado y será un excelente candidato a la depresión y al estrés.

El dinero solo no da la felicidad

El dinero nos puede proporcionar «cosas» que podrán hacer algo más placentera nuestra vida. Pero esas mismas «cosas» no serán capaces de proporcionarnos directamente otros valores imponderables y mucho más sutiles, que son los que constituyen la esencia de la felicidad, como son la salud, el

amor y la paz de la conciencia.

En la vida uno tendría que empezar asegurándose esos valores y, una vez conseguidos, lanzarse a buscar el dinero necesario para embellecer y mejorar nuestro entorno. Pero entonces ese esfuerzo y hasta esa batalla por conseguir mejorar las finanzas no se haría con ansia y con angustia, y hasta con mal humor, puesto que ya se tendrían conseguidas las cosas esenciales que son las que verdaderamente dan la felicidad.

Por desgracia la gente no lo hace así y piensa que el dinero es el que va a traerles la felicidad, y mientras tanto, desperdician o menosprecian los valores que arriba mencionamos. Y el resultado de esta desenfrenada lucha por el dinero es un corazón sin amor, un cuerpo enfermo y un alma sin paz. Es el castigo de la idolatría al dios Mammón.

Hay, sin embargo, otro valor que conseguir para lo cual el dinero puede ayudarnos grandemente.

En este particular exhortamos al lector a que reflexione sobre lo que vamos a decir, pues puede ser un enfoque nuevo en su vida que le ayude a corregir errores pasados y que le facilite el encontrar un nuevo rumbo y un nuevo propósito para sus afanes diarios.

Dinero y libertad

El dinero sirve para comprar la libertad.

Lector: si te toca la lotería o de repente te ves con una gran cantidad de dinero, no cometas el error de enredarte más con él haciendo de tu vida mediocre una vida eminentemente mediocre. ¡Cómprate tu libertad! Si no estás satisfecho de tu vida —y puede haber mil razones para que no lo estés— y el dinero conseguido es suficiente para romper con todo lo que te hace infeliz, dale un nuevo giro a tu vida y enfócala hacia aquello que te gusta y que has ansiado siempre. No uses tu dinero para proporcionarte más de lo mismo que te ha hecho infeliz. Úsalo para comprar tu libertad.

No vayas corriendo al distribuidor de automóviles para comprarte uno más lujoso. Mira a ver qué es lo que más echas de menos dentro de ti y aprovecha la circunstancia de la abundancia para reflexionar sobre tu propia vida y ver qué es lo esencial que falta en ella.

SÍ eres un hombre feliz — ¡rara avis!— vete y cómprate un automóvil. Pero si eres un hombre normal con los normales y profundos deseos incumplidos y con los traumas y frustraciones que suele tener la mayoría de los mortales, y todavía vas corriendo a comprarte un automóvil, entonces te acompañamos en el sentimiento. No has despertado todavía a la Era de Acuario.

A los sibilinos párrafos anteriores habría que añadirles la antigua máxima: «El que pueda entender, que entienda)

OTROS NIVELES DE REALIDAD

¿Es realmente así la realidad?

¿La realidad que nos rodea es así verdaderamente? ¿La realidad circundante es toda la realidad que existe? ¿No habrá otros mundos tan reales como el nuestro, pero a los que nuestros sentidos no tienen acceso? En este capítulo trataremos de dar contestación a todas estas interesantísimas preguntas.

Dice Gary Zukav, autor de *La danza de los maestros:* «Está ocurriendo algo apasionante: los físicos están demostrando de forma racional que las ideas racionales que tenemos sobre el mundo en que vivimos son del todo deficientes».

Hemos dado en llamar real a todo aquello que nuestros sentidos nos dicen que existe. Según esta norma, lo que se sueña no es real y las imágenes de un televisor tampoco lo son en cuanto a lo que representan, pero sí lo son en cuanto a sí mismas.

Sin embargo, hay muchas cosas que, según los cánones de la lógica, no pueden ser reales y sin embargo lo son; y viceversa, hay cosas que los sentidos dicen que son reales y no son lo que parecen ser.

Tomemos por ejemplo un pedazo de mármol pulido. Para los sentidos, es una superficie tersa y maciza sobre la que los dedos se deslizan con toda suavidad evidenciando que allí no hay agujeros. Pero en cuanto cogemos un microscopio nos damos cuenta de que la tal superficie y tersura está llena de poros que la hacen aparecer más como una esponja, a pesar de lo que nos dicen las yemas de los dedos.

Y si en vez de un microscopio normal hacemos uso de un microscopio electrónico, veremos con pasmo que el mármol está lleno de agujeros, que son mucho más abundantes y grandes que las parte sólidas, y nos extrañaremos de que nuestro sentido del tacto nos pueda engañar de una manera tan burda.

Y si todavía profundizamos más en el análisis de la piedra de mármol, descubriremos que allí no hay superficie tersa alguna sino que toda aquella piedra está compuesta de unas diminutas partículas que giran a una velocidad vertiginosa en torno a otras partículas minúsculas que se mantienen inmóviles.

Y en conjunto lo que llamamos materia sólida no existe en absoluto porque, aparte de que los huecos entre las partículas son muchísimo mayores que las partículas mismas, éstas están hechas de unas ondas que en nada se parecen a lo que llamamos materia sólida.

Los fallos de la mentalidad científica

De modo que ya vemos que hay cosas que los sentidos nos dicen que son reales o que son de una manera determinada y que sin embargo no son lo que parecen ser. La ciencia está de acuerdo con esto último, pero no con lo que dijimos anteriormente: que hay muchos acontecimientos que según los cánones de la lógica no pueden ser reales y sin embargo lo son. Y la verdad es que fenómenos así abundan; pero por desgracia mucha gente, influenciada por lo que dicen los científicos o los intelectuales, se cierra en banda ante estas realidades extrañas y las niegan tercamente a pesar de todas las evidencias que se les presentan.

Para el estudio y la comprobación de estos fenómenos aplican las mismas normas que en sus experimentos, y eso no funciona. Si los fenómenos y las realidades paranormales a que vamos a referirnos en este capítulo obedeciesen a las mismas leyes que rigen los que ellos estudian, dejarían de ser paranormales y se convertirían en normales.

El pecado de la mentalidad científica es creer que lo que no puede ser explicado racionalmente, no existe, convirtiendo de esta manera a nuestra débil razón en la suprema norma infalible para conocer toda la infinita complejidad del Universo. En cambio la experiencia nos dice que hay muchos acontecimientos que un día fueron inexplicables para la razón y más tarde ésta les encontró la solución, Y cosas así las sigue habiendo, y por millares, y no por eso dejan de ser reales.

Lo que en este capítulo vamos a decir es de crucial importancia para poder entender la historia humana y la vida misma y, de hecho, nos vamos a referir a él repetidamente en capítulos venideros. Reconocemos que no es fácil de ser admitido, pues supone una concepción radicalmente diferente de lo que hasta ahora nos ha dicho la ciencia e incluso el propio sentido común.

¿Es el hombre el rey del Universo?

Hay que saber si el hombre es el rey del Universo o, por lo menos, el rey del Planeta; si la realidad que percibe a su alrededor es la única realidad; si la naturaleza está toda en función del ser humano y, en último término, si éste es dueño de sus actos. Todas las demás ciencias y conocimientos palidecen ante estas posibilidades que, de ser reales, nos harían enfocar la historia humana y la vida en general con mirada diferente.

El miedo a que puedan estas posibilidades ser reales es lo que, en el fondo, hace que la mayor parte de los intelectuales y científicos no quieran pararse a pensar bien en ello y lo rechacen a priori como algo sin sentido.

En realidad, la mayor parte de la humanidad, incluidos muchos científicos, no sólo admite que esta posibilidad sea real sino que están seguros de ello. Todos los creyentes de una u otra religión admiten que además de esta realidad visible hay otras realidades superiores e inferiores que ellos, de una u otra forma, entienden como «el mundo del espíritu».

Los creyentes de cualquier religión admiten la existencia de otros seres inteligentes diferentes de los hombres, a los que llaman de mil maneras. Son otros niveles de realidad a los que nuestros sentidos no llegan de ordinario, pero que tienen una existencia tan real como la nuestra, y para los que, de hecho, se preparan con sus acciones a lo largo de toda la vida.

Lo malo es que cada creyente concibe estos niveles de existencia —el mundo de los ángeles y los demonios— enmarcado en las coordenadas de su fe y no lo admite cuando se le presenta bajo el punto de vista de otras creencias.

Otro tanto se puede decir de los espíritus de los seres humanos que ya han muerto. La inmensa mayoría de la humanidad cree que siguen viviendo en otro plano, y aun entre los cristianos podemos asegurar que hay una gran parte de ellos que no sólo creen que siguen viviendo en otras dimensiones —cielos o infiernos— sino que muchos creen que son capaces de manifestarse entre nosotros y que, de hecho, se manifiestan, aunque su fe oficial les diga lo contrario.

El mundo de las entidades

Todo lo que diremos a continuación es fruto de años de meditación y deducción de infinidad de hechos conocidos directamente o sucedidos en torno a nosotros. Hubo un tiempo en que, por prejuicios científicos y religiosos no creíamos absolutamente nada de lo que vamos a decir; pero con el andar de los tiempos y debido a muchas experiencias vividas por nosotros *y* por otros seres humanos allegados, de cuyo testimonio no podemos dudar, no hemos tenido más remedio que rendirnos ante la evidencia. Si estos hechos no son suficientes para otros, respetamos su incredulidad, pero lo han sido para nosotros y, por tanto, tenemos que actuar conforme a nuestra manera de pensar en la actualidad.

Reconocemos que para muchos la admisión de tales hechos supone un vuelco a todos sus valores tradicionales y hasta creencias íntimas, pero si queremos ser objetivos y verdaderamente racionales no tenemos más remedio que enfocar la realidad tal como es, dejando a un lado los prejuicios tradicionales y los miedos ancestrales.

Precisamente los que se dicen más científicos y más racionales, al volverle la espalda a la realidad, son los que obran de una manera más irracional y anticientífica. Y si bien es cierto que, admitiendo estas nuevas realidades, uno queda como en el aire cuando fallan los cimientos en que acostumbramos a apoyarnos, también puede ser que sea un punto de partida para que aprendamos a volar.

E incluso puede ser que ello sea el comienzo de un nuevo uso de nuestra inteligencia hasta ahora demasiado apegada a lo que dicen el sentido común y los pontífices científicos y religiosos. El sentido común si es bueno para la vida diaria, no sirve tanto para la ascensión del espíritu.

Y la Nueva Era es eso lo que dice: elevar nuestro espíritu; que seamos capaces de usar nuestra inteligencia a toda su capacidad sin el arnés que hasta ahora había tenido puesto, que es sólo producto de la tradición, de la rutina, de las imposiciones y del miedo.

¿Cuáles son esos niveles de realidad que tenemos que descubrir sin miedo? Son los que ya apuntamos más arriba. Son la existencia en torno a nosotros de otros seres inteligentes no humanos que desde las sombras y de una manera muy sutil interfieren de mil maneras en las vidas y en la historia de la raza humana.

Pero ¿quiénes son estos seres o entidades? ¿De dónde provienen? ¿Cuándo llegaron? ¿Qué pretenden? ¿Cómo nos podemos relacionar con ellos? ¿Es eso conveniente? ¿Cómo nos podemos defender de ellos en caso de que sean nocivos? ¿Cómo podemos distinguir unos de otros? ¿No los podemos usar en nuestro provecho?

Aunque ya hemos escrito sobre esto en varias ocasiones, no estará de más insistir en ello, dada su importancia y el poder transformador que posee.

El cristianismo cree en ellas

La humanidad ha conocido siempre la existencia de estos seres, y de ello hay infinitas pruebas en la literatura de todos los pueblos desde varios miles de años a. de C. Estas pruebas no lo son para muchos científicos, pero ello no tiene que desanimarnos, ya que éstos, debido a su formación, están prejuiciados y tienen la mente bastante cerrada para todo aquello que no sea de su especialidad.

La humanidad ha creído siempre en la existencia de «espíritus», es decir, en seres inteligentes sin cuerpo visible a los que ha llamado y sigue llamando de mil maneras diferentes, y a los que ha atribuido toda suerte de acciones tanto buenas como malas.

En el cristianismo, aparte del gran y sumo espíritu que es Dios, se les llama ángeles y demonios y es un dogma de fe en el que hay que creer obligadamente. Según la Biblia y según las enseñanzas de la Iglesia durante siglos, estos ángeles y demonios no tienen solamente una existencia simbólica y semírreal ni se mantienen al margen de las actividades humanas sino que, por el contrario, intervienen constantemente en nuestras vidas, cada uno según su naturaleza: los ángeles ayudando, y los demonios molestando y apartando a la gente del camino del bien.

Como la creencia en estas entidades, sobre todo en la de los demonios, ha sido negada en estos últimos tiempos por gran parte de los fieles cristianos, los dos últimos Sumos Pontífices les han recordado su obligación de creer en ellos, y no como unos entes simbólicos sino como unos seres reales con una existencia concreta y personal.

Es curioso observar que muchos de los intelectuales que no admiten la existencia de estas entidades incorpóreas de las que nosotros hablamos, admiten sin dudarlo la de los ángeles y demonios sólo porque así se lo dice la Santa Madre Iglesia.

Entidades y ovnis

Como afirmación de estas creencias que nos vienen de los tiempos antiguos, en los tiempos modernos hemos visto con nuestros propios ojos la aparición en los cielos y en las calles de nuestras ciudades, y aun dentro de nuestras casas, de unos seres que se dicen llegados de otras partes del Universo o de otros niveles de existencia por nosotros desconocidos, y tienen la capacidad de hacerse invisibles cuando les conviene.

Esto nos hace sospechar que muchos de los seres a los que antiguas literaturas y religiones se refieren son estos mismos variadísimos seres que en la actualidad se están presentando entre nosotros, y que por otra parte tienen las mismas diversas y extrañas actividades que los antiguos nos decían.

El llamado fenómeno ovni es ni más ni menos que el estudio de estos modernos «espíritus» que a veces son visibles y a veces actúan desde las sombras. El negar rotundamente su existencia, a pesar de los cientos de testimonios contemporáneos e irrefutables que en la actualidad tenemos, es demostrar una cerrazón de mente nada racional y nada científica.

En lo que a nosotros se refiere, no tenemos que recurrir al testimonio de nadie para creer que tales seres existen. En no menos de seis ocasiones hemos visto sus aparatos y hemos sacado la conclusión de que no eran de este mundo o, por lo menos, no fabricados por humanos, dadas sus características y ciertos aspectos «imposibles» para la tecnología humana.

En este momento no profundizaremos sobre los detalles técnicos del fenómeno ovni, ni discutiremos muchos de sus enigmáticos aspectos, porque no es este el objeto de este libro, además de que ya hemos escrito bastante sobre ello en otros lugares. Lo único que nos interesa es sacar la conclusión genérica de que no debemos cerrarnos a creer que sólo es real o que sólo existe aquello que nuestros ojos o los llamados científicos nos dicen que existe y que es real Otros niveles de existencia.

Hay muchas otras cosas invisibles, extrañas para nuestro sentido común y totalmente desconocidas

por nuestra razón que también existen. El aire no se ve y sin embargo está en todas partes; las ondas hertzianas tampoco se ven y sin embargo son reales. La atracción lunar no se ve y sin embargo levanta todos los días millones de toneladas de agua en los océanos.

Si se le preguntase al sentido común acerca de todas estas cosas, las negaría a priori como las hubiesen negado los científicos de hace varios siglos. Pero a pesar de sus negaciones y al margen de ellas la atracción de la Luna existía aunque ellos no supiesen por qué se producían las mareas.

Volvamos al título de este capítulo: «**Otros niveles de realidad**». ¿Qué le dice esto a un auténtico acuariano?

Le dice en primer lugar que en el infinito Universo existen muchas otras cosas desconocidas que en actualidad nos resultarían muy extrañas si las conociésemos. Y le dice en segundo lugar que es necesario interesarse por estas otras realidades desconocidas, porque puede ser que en ellas esté la clave para una vida mejor, tanto presente como futura.

Es más, estas otras realidades puede que nos digan muchas cosas de estas otras vidas futuras que en la actualidad no conocemos casi nada, por más que los doctrinarios religiosos, cada uno a su manera, crean que lo saben casi todo.

Sería muy largo ponerse ahora a describir pormenorizadamente cuáles son estos otros niveles de realidad. Nos limitaremos a decirlo de una manera genérica dejando al lector la tarea de investigarlo por si mismo en los muchos libros que sobre el tema hay escritos.

Lo malo es que por tratarse de un tema tan difícil y resbaladizo es muy fácil que el lector se pierda en el dédalo de publicaciones y explicaciones, algunas de ellas desorbitadas y delirantes. Al fin del libro ayudaremos al lector en su búsqueda publicando una bibliografía en la que podrá ahondar en muchos de los temas tratados en este libro.

Hay una gran verdad difícil de aceptar que es, sin embargo, fundamental para entender todo el secreto de la vida. La primera parte de esta verdad es que vivimos rodeados de otros niveles de existencia de los que apenas tenemos atisbos. La segunda parte es que este mundo invisible está poblado de una infinita cantidad de seres más o menos inteligentes, de los que sabemos muy poco porque de ordenado no se entremezclan en nuestra vida diaria, aunque sí interfieren a la larga grandemente en la marcha de la historia.

Espiritismo

Otra tremenda verdad también muy difícil de admitir pero igualmente real es que muchos de los seres invisibles que interfieren en las vidas concretas de los humanas suelen ser los espíritus de hombres y mujeres ya fallecidos.

Aunque decir esto es tremendamente audaz, hoy día estamos convencidos de que las doctrinas espiritistas tal como fueron divulgadas por Alan Kardec, entre algunos puntos inaceptables, tienen bastante de verdadero.

No somos espiritistas ni nunca lo hemos sido, pero andando los años no hemos tenido más remedio que rendirnos ante los hechos y admitir que el postulado fundamental del espiritismo, es decir, que hay muertos que se comunican con nosotros, es real.

Por supuesto que no tenemos la credulidad que tanto abunda en las sesiones normales de espiritismo y entre los millones de espiritistas que hay en el mundo que creen que cualquier cosa es la manifestación de una persona fallecida. Más bien creemos que la mayoría de estas manifestaciones son delirios de los asistentes o juegos de entidades chocarreras que se recrean y se nutren de la credulidad y el pasmo de los asistentes.

Pero junto a estas, hay otras muchas manifestaciones de las que caben pocas dudas de que sean causadas por un ser humano ya fallecido, que ordinariamente estuvo relacionado con la persona a la que se manifiesta. Son tantos y tantos los ejemplos que de esto se pueden poner y tan convincentes en sus manifestaciones, que uno ha llegado a tener la seguridad de que el que se presenta es el que dice ser.

Esto pugna con lo que dice la ciencia, pugna con lo que dice el sentido común, también con lo que dice el cristianismo, pero sin embargo es así. Y en la misma Biblia nos encontramos algunos pasajes en que se da por hecho que los muertos pueden comunicarse con los vivos.

Otros tipos de entidades

En cuanto a las manifestaciones de otras entidades que no hayan sido nunca humanas es mucho lo que se podría decir porque son muchas y muy variadas sus especies.

Por otro lado es muy poco lo que en concreto se puede afirmar de cada una de ellas, pero sí estudiamos sin prejuicios sus muchas manifestaciones a través de los siglos y en la actualidad, podremos llegar a conclusiones que nos acerquen un poco más a la realidad.

Lo primero que habrá que decir es que son muy variadas, pues mientras unas dan la impresión de ser inteligencias enormemente desarrolladas y en un grado de evolución muy superior al nuestro, otras parecen no superar mucho la inteligencia de los animales superiores.

Las primeras actúan directamente sobre la mente mientras que las segundas lo hacen preferentemente a través de manifestaciones físicas.

Por otro lado *hoy* ya podemos afirmar que a medida que es mayor el grado de evolución de estas inteligencias, es menor su injerencia en las vidas de los humanos; y viceversa, las que más intervienen son las menos evolucionadas. Al igual que sucede con los humanos en cuanto a las criaturas inferiores.

Otra cosa que podemos afirmar es que con frecuencia nos tratan como nosotros tratamos a los animales o a los niños, y esa puede ser la razón para explicar lo mucho que «mienten» en sus manifestaciones.

Además hemos llegado a la conclusión de que la mayor parte de ellas vienen a nosotros con la intención de sacar algo del ser humano, aunque lo disimulan de muchas maneras. Lo que buscan en el hombre es preferentemente la energía que producen nuestras mentes, sobre todo bajo estados anímicos intensos o bajo emociones fuertes.

En el Cosmos todo es energía y nuestra mente es capaz de producir unas sutilísimas «energías» que parece son muy del agrado de estas entidades superiores. Algunas de ellas, que no son tan superiores, se nutren de la raza humana y de los animales de una manera mucho más material, tal como describimos ampliamente en el libro *La amenaza extraterrestre* (Editorial Bitácora).

Aunque todas estas ideas son difíciles de admitir, están respaldadas por una enorme cantidad de hechos que, por desgracia y por prejuicio, son desconocidos por el pueblo llano así como por la mayor parte de los intelectuales; de la misma manera que en épocas pasadas estuvieron vedados para todos los que no pertenecían a ciertos grupos herméticos.

Y aunque en párrafos anteriores dijimos que el sentido común se resiste a admitir estas cosas, el mismo sentido común nos dice que el hombre no puede ser la más perfecta e inteligente de las criaturas del Universo porque esto dejaría muy mal parado al Dios Creador y rebajaría mucho el nivel general de inteligencia en todo el Cosmos.

Los hijos de la Nueva Era, por un lado, deberán estar abiertos a todas estas realidades, pero, por otro, no caerán en las infantilidades en que caen muchas personas que se acercan a todo este complejísimo mundo espiritual ligeramente y como si fuese un juego. La realidad es que es un juego muy peligroso en el que muchos han perdido su salud mental y hasta la vida.

Nuestra reacción ante esta extraña realidad

Lo primero que tendrá que hacer un hijo de la Nueva Era es tomar conciencia de que tales mundos y tales entidades existen y que la marcha de la historia ha estado y sigue estando dominada por ellas. No así, por lo menos en el mismo grado, las vidas privadas de la mayor parte de los humanos.

Lo segundo que deberá hacer es resistirse a ser manipulado por los grandes líderes de la sociedad que inconscientemente están dirigidos por estas entidades que son los verdaderos dueños del mundo. De ahí la importancia de usar cada uno su propia inteligencia y no seguir como borregos las pautas que nos trazan los «grandes de este mundo».

Lo tercero será estar preparado para defenderse en el raro caso de que su vida se vea amenazada por la presencia de alguna de estas entidades. La mejor manera de defenderse es no entrar en su terreno y tener uno sus propias ideas y personalidad; no invocarlas bajo ningún concepto, tal como en la actualidad hacen muchos ignorantes que entran en sectas descabelladas en las que se practican ritos

de invocación; no desear su contacto y resistirse mentalmente en caso de que se iniciase.

En la actualidad hay miles de personas que pecan por un exceso de apertura de mente. Están siendo engañadas por maestros ignorantes para que busquen el contacto con sus «guías superiores» en la falsa suposición de que todos estos guías son benéficos, cuando la realidad es que no lo son, por lo menos en el grado que ellos dicen serlo.

Es el llamado «channeling» o sintonización que tantos adeptos tienen en Estados Unidos y que tanto daño les puede hacer, al poner los total y voluntariamente al servicio de unas entidades desconocidas. Lo menos que este «channeling» genera es una dependencia esclavizante para el individuo. Y aunque es cierto que reciben algunos beneficios al principio —como pueden ser la apertura de mente y cierto tipo de videncias— esta dependencia es a la larga perjudicial para el humano que ingenuamente la ha buscado.

Relación con lo religioso y extraterrestre

Muchas de estas entidades se presentan bajo el disfraz de lo religioso y para mejor lograr sus fines suelen respetar las creencias de los humanos con los que entran en contacto.(Hoy día podemos asegurar con certeza que todas las religiones sin excepción son disfraces de estas inteligencias para sintonizar con las mentes y los sentimientos de los humanos) Por estar estas ideas ampliamente expuestas en los libros *Defendámonos de los dioses* e *Israel pueblo-contacto,* aquí nos limitaremos **a** decir que si estudiamos sin prejuicios todas las religiones nos encontraremos con que, además de hacer todas hincapié en los buenos principios de fraternidad, amor, etc. —gancho necesario para atraer adeptos y no infundir sospechas—, todas coinciden en el fondo en cosas que son muy extrañas e intrigantes para la mente humana.

Por ejemplo, todas coinciden en demandar abundantemente sacrificios al ser humano y algunas de ellas son enormemente crueles en sus exigencias hasta llegar a pedir la muerte no sólo de animales sino de personas.

En el cristianismo todo está sublimado, pero por otro lado nos encontramos con que la llamada Redención gira alrededor del sacrificio de un hombre-dios que murió ajusticiado en una cruz. Y nos encontramos con la demanda de dolor por todas partes, sin contar la infinita cantidad de muertos que los propios cristianos han causado en la propagación y defensa de sus ideas.

A veces la manifestación de estos otros niveles de realidad no tiene relación con lo religioso y sí con lo «extraterrestre», formando entonces parte de lo que ha dado en llamarse «fenómeno ovni» al que ya nos hemos referido anteriormente.

Hoy día continúa todavía la polémica, centrada en si existe el fenómeno o no, cuando en realidad debería estar centrada en cuáles son las intenciones de las entidades que tripulan los misteriosos aparatos que vemos surcar los cielos.

La polémica subsiste después de tantos años fundamentalmente por tres razones: la primera, porque se trata de un tema tan revolucionario y para algunos tan amedrentador que la mente humana se resiste violentamente a admitirlo. Entre los científicos es una instintiva resistencia, porque, de admitirlo, tendrían probablemente que desechar muchas de las teorías en las que está basada toda su ciencia y los principios tradicionales por los que se han regido toda su vida.

En segundo lugar, porque ha habido y sigue habiendo un gran interés por parte de las altas autoridades que rigen el mundo para que esta verdad no se sepa. Las pequeñas autoridades locales no hacen más que seguir las pautas que les dictan las grandes, y por eso repiten como loros las consignas y los métodos para callar todos los rumores serios que se puedan levantar acerca del fenómeno.

Y en tercer lugar, los mismos seres o inteligencias que están detrás de todo el fenómeno, con su enorme poder sobre el psiquismo de los humanos, hacen todo lo posible porque su estancia entre nosotros pase inadvertida. De esto hemos sido testigos directos en varias ocasiones y hemos podido comprobar los métodos drásticos que utilizan, tanto ellos como sus inconscientes aliados humanos, para acallar a los que pueden resultar testigos peligrosos.

Hay en fin otras entidades que no se manifiestan relacionadas ni con lo religioso, ni con lo extraterrestre u ovnístico, ni son por otro lado restos de la personalidad de algún muerto. Ya hemos dicho que los tipos de estas entidades son variadísimos, mucho más variados que los de las razas humanas; y que las desigualdades entre ellos son enormes, diferenciándose por lo tanto mucho

sus maneras de actuar y de relacionarse con los humanos.

Cualidades de estas entidades

He aquí, en fin, otras verdades que con el tiempo hemos ido descubriendo acerca de estas ¡entidades. Muchas de ellas son autóctonas del Planeta, y probablemente están aquí desde mucho antes de que aparecieran las razas humanas que actualmente pueblan la Tierra, Otras es posible que nos visiten desde otras partes de nuestra galaxia sin que para ello sean obstáculo las enormes distancias que nos separan de sus planetas de origen.

Las razas humanas son producto de experiencias genéticas hechas por ellos a lo largo del tiempo. Estas experiencias continúan aún haciéndolas en la actualidad y de ello tenemos cantidad de pruebas (Ver *La amenaza terrestre.)*

Todas las religiones sin excepción han sido impulsadas por ellos y para ello se han valido de hombres a los que han preparado especialmente para que pudiesen cumplir su misión. A muchos de ellos les dieron poderes para realizar lo que en la religión se llaman milagros.

Algunos humanos tienen una especial relación con alguna de estas entidades que les ayudan a realizar cosas que otros humanos no pueden realizar. Por el contrario, hay humanos que se ven molestados por algunos de estos seres sin saber por qué y sin que, sea fácil liberarse de su maléfica influencia.

Existen también muchos humanos que tienen fácil acceso a estos niveles de realidad pudiendo alcanzar a ver algún plano de estos extraños mundos. Pero estos videntes, sin dejar de ser muchos, son menos de los que la gente cree, y tenemos que añadir que muchos de los que se presentan como tales o son unos ilusos, con alguna clase de psicopatía, o unos vividores que quieren lucrarse de la credulidad de los ingenuos.

Muchos de los auténticos sanadores o curanderos (por imposición de manos o de cualquier otra manera) son personas que consciente o inconscientemente tienen relación con alguna de estas entidades que a su vez saca de ellos algún provecho.

Por último diremos que muchas de estas entidades que se manifiestan a través de algunas personas tienen un sentido del humor bastante travieso, gustando de gastar bromas pesadas a las personas con las que se relacionan, sobre todo si éstas son ingenuas y crédulas.

Cuanto uno más se aparte de estas relaciones trascendentes y más sea uno mismo con ideas y personalidad propia, más libre estará de sufrir los maleficios de estas entidades.

Y como último consejo, jamás aceptar sugerencias de ellos que vayan claramente contra los intereses del humano.

PAZ INTERNA Y EXTERNA

No tenemos paz de alma

No vamos a hablar aquí de la paz de los cementerios, ni de la paz como un estado meramente pasivo del alma. Hablaremos de la paz como fuente de felicidad y como una condición para alcanzar estados más elevados de conciencia.

Hoy día no tenemos paz. Las máquinas y la competitividad desenfrenada que reina en nuestra sociedad nos la han robado. Las máquinas nos han facilitado mucho el trabajo y hasta nos han liberado de muchos de ellos, pero nos han robado la paz. Y, por otro lado, la lucha desesperada en la que estamos inmersos por puestos de trabajo, por mejores sueldos, por competir con los vecinos, hacen que nuestra mente esté profunda y constantemente inquieta y sin paz.

Por eso hoy es doblemente necesario hablar de la paz del alma, porque en la Nueva Era será uno de los valores necesarios y fundamentales sin el cual no podremos llegar a unos estados de conciencia superiores.

La paz la podemos comparar a los cimientos de las casas. No son vistosos como otras partes de la construcción y no se echan de ver a simple vista, pero son fundamentales para que todo el edificio se mantenga en pie y son la base de todo.

La paz del alma da la impresión de ser algo sin importancia porque no es llamativa como otros estados de conciencia, más extrovertidos y ruidosos, pero sin paz de alma no podemos lograr nada que valga la pena, y hasta, a la larga, el edificio del cuerpo se nos derrumbará derribado por cualquier enfermedad. Porque, como ya dijimos en páginas anteriores, la falta de paz genera estrés, y éste, tarde o temprano, se traduce en enfermedad.

Esta sociedad no es una sociedad pacífica. No hay paz a nivel general cuando vemos que los conflictos sociales, raciales, internacionales están todos los días en las páginas de los periódicos, y no hay paz en el alma de cada uno de los ciudadanos. Porque la vida en las ciudades se ha ido haciendo cada día más difícil, y la convivencia pacífica, imposible. Vivimos demasiado hacinados y nos tropezamos demasiado, lo cual genera muchas disputas que hacen perder la paz.

Bernard Levin, colaborador del *Times* de Londres, escribió a propósito del famoso Festival del Cuerpo y la Mente celebrado, en 1978, en la capital británica:

«A la gente no le basta con la vida que está llevando al presente, ni va a bastarle en el futuro; ni hay ya mucha gente que siga pensando que sí le va a bastar. Países como el nuestro están llenos de personas que tienen todo el confort material que pueden desear y que, sin embargo, llevan una vida mortecina, de callada (a veces ruidosa) desesperación sin comprender nada de nada, fuera del hecho de sentir que dentro de ellos tienen un agujero y que por mucho que le echen de comer y de beber, por muchos coches y muchas televisiones con que intenten llenarlo, por mucho que intenten tapar sus bordes rodeándose de hijos sanos y amigos leales... *les sigue doliendo.»*

La paz es una condición para evolucionar

La paz interna es una *conditio sine qua non* para que el alma evolucione. Sin ella no hay ascensión posible. Es cierto que con las tribulaciones también se puede evolucionar, pero sólo cuando la tribulación ha generado una paz previa. Porque la tribulación y el dolor recibidos sin paz, lo único que generan es desesperación.

Sin embargo, la paz no genera automáticamente la elevación del alma. La paz es sólo una condición. Hacen falta otros mecanismos y otros elementos para que se dé esta evolución.

Cuando hablemos de la meditación, veremos que sin paz la meditación se hace mucho más difícil, si no imposible. La paz genera un estado físico especial en el cerebro, y este estado físico, a su vez, ayuda a generar paz.

En la historia humana jamás ha reinado una paz total. Las guerras llenan la vida de las naciones y de la raza humana en general. No sabemos vivir en paz unos con otros, y ni siquiera con nosotros mismos.



Ternura. Algo que tanta falta hace en nuestra sociedad.

¿Por qué no tenemos paz?

Y lógicamente nos preguntamos: ¿Cómo es esto posible? ¿Qué es lo que hace que el ser humano no pueda vivir en paz ni consigo ni con los demás? La respuesta habrá que buscarla en la psicología humana y todavía más profundamente en los que desde las sombras manipulan la psique humana.

Y aquí de nuevo tenemos que recurrir a lo que dijimos en el capítulo «Otros niveles de realidad». No en vano dijimos allí que aquel capítulo, por extraño que a algunos les pareciese, era la clave para explicar la historia humana y la vida misma.

A muchas entidades les interesa que el hombre no tenga paz, porque un hombre en paz consigo mismo es mucho menos vulnerable a sus sugerencias y a sus intromisiones y además su cerebro, estando en ese estado pacífico, no genera las ondas que a ellos más les interesan.

Cuando un hombre está en paz, está cerrado en sí mismo y es como una fortaleza. No se le puede entrar fácilmente porque todas sus energías van hacia adentro. No solo eso sino que cuando su cerebro esta en paz produce unas ondas que lo hacen aun más fuerte e invulnerable. Son las ondas que genera el tan nombrado «estado alfa», que si bien no tiene todas las cualidades que algunos le atribuyen, es sin embargo una condición indispensable para que la mente genere otras ondas de una altísima frecuencia que son todopoderosas, y que participan de la inteligencia inconsciente del individuo.

Estas ondas tienen el poder de curar a otros y de autocurar al que las produce, y son la clave para explicar buena parte de las curaciones «paranormales».

Esta evolución a la que nos hemos referido en varias ocasiones y que tanto tiene que ver con la paz del alma, es el fin o el propósito de la vida humana en este Planeta.

La esencia de la paz

La esencia de esta paz de la que estamos hablando la constituye la carencia de apetencias que estén fuera de uno mismo. Es un estado mental y físico placentero en el que el alma está como pronta a dar un salto hacia otro estado superior en donde todas las inquietudes están calmadas y con las apetencias saciadas.

Pero este estado sólo se logra después de dirigir hacia dentro toda la mente y los sentidos para hacer una especie de inventario general interno de cómo nos funciona el cuerpo y de cuáles son las inquietudes de la mente. En este inventario uno va viendo lo que funciona mal, lo va racionalizando y visualizando con el deseo de arreglarlo.

Esta es también la esencia de la importante relajación que tanta falta hace en esta sociedad de hombres y mujeres tensos. La relajación genera paz en el alma y es algo a lo que debería dedicársele un tiempo fijo todos los días, igual que se lo dedicamos a comer o a dormir.

Aprender a relajarse es tan importante para la salud corporal como aprender a leer lo es para el desarrollo de la mente. Para relajarnos tenemos que olvidarnos de todo lo externo, desechar todas las ideas inquietantes, poner el cuerpo en una posición cómoda, donde ningún músculo esté tenso,

ir aflojando poco a poco todas las partes del cuerpo y, por fin, concentrar la mente y ponerla a trabajar, pero siempre dentro de los límites del cuerpo´, sin dejar que la arrastren de un lado para otro las mil preocupaciones que de ordinario nos asedian.

Si uno tuviese alguna parte del cuerpo que le funcionase mal, debería concentrarse en ella e imaginarla con viveza como si funcionase perfectamente. Si hay alguna herida en el alma o en el sentimiento, causada por cualquier contratiempo, centrarse en ella exclusivamente sin dejar que la mente divague hacia otras cosas, y visualizar igualmente cómo tal problema se va a solucionar, o mejor, cómo se está solucionando. El resultado final de esta visualización es verse uno a sí mismo en paz y satisfecho por haberse liberado del problema.

La paz es el estado de ánimo que a la larga dan todos estos ejercicios mentales, practicados con constancia. El hijo de la Nueva Era tiene que tener claro en su mente que seguir viviendo como actualmente vive la mayoría de los seres humanos, llenos de angustias, de preocupaciones, de complejos, de rencores y de frustraciones, es solamente malvivir; es renunciar al disfrute de la vida al que todos tenemos derecho, y es seguir en el tremendo error de pensar que la felicidad nos va a venir de fuera de nosotros, y que nos la van a dar las «cosas».

Evitar la lucha por la vida

Un hijo de la Nueva Era huye todo lo que puede de la «lucha por la vida», sobre todo tal como se practica hoy en nuestras grandes ciudades. Hoy ya no hay que ganarse el pan «con el sudor de la frente», porque no hay que luchar contra los elementos y mediante un duro trabajo físico, pero hay que ganarse la vida batallando contra el vecino y contra toda suerte de insidias y obstáculos que se encuentran en la sociedad. Pero eso hay que hacerlo con un espíritu tranquilo, sin sentirse esclavo, y pensando que todo no es mas que una manera de comprarse la libertad y la oportunidad de hacer ascender el alma en los caminos del espíritu.

Un "hombre en paz es un hombre feliz" si, además de ansias y de dolores, es capaz de asomar su mente a otros niveles superiores de conciencia.

REVALUACION DE LA RELIGIÓN

Un fenómeno social completo

El fenómeno social llamado religión es algo que, a pesar de su complejidad, nos encontramos en todos los pueblos del mundo a lo largo de la historia, desde los tiempos más remotos. Ello quiere decir que es algo que está muy enraizado en el alma humana o que es una necesidad de ella.

Al reflexionar sobre el fenómeno religioso nos saltan enseguida a la vista ciertas características muy llamativas que nos hacen sospechar que tras él hay algo misterioso. Es cierto que este fenómeno puede deberse a lo que dijimos unas líneas más arriba: una necesidad del alma al sentirse sobrecogida ante la inevitabilidad de la muerte. El pensar que puede existir un más allá hace que la mente se aloque y busque desesperadamente algo a que agarrarse en esta vida que le ayude a dar el salto hasta lo desconocido.

Sin embargo, aun admitiendo esto como una causa profunda de todas las religiones, no dejan de extrañarnos ciertos otros detalles raros que encontramos en todas ellas, y que nada tienen que ver con el más allá. Ciertos ritos absurdos e ilógicos que extrañamente son iguales en todas las religiones a pesar de que las creencias sean completamente diferentes. A ellos nos referiremos más adelante.

Dificultad para enjuiciarla

Pensar desapasionadamente en la religión propia es muy difícil. Sobre todo para aquellos que han vivido su fe desde la niñez, pues aparte de las raíces que ella echa de por sí en el alma, todo aquello que hemos creído *y* practicado desde la niñez, se aferra tenazmente al fondo de nuestra psique y obnubila la mente impidiéndole verlo que pueda tener de negativo. Por eso pedimos al lector que haga un esfuerzo, que deje de lado todos sus prejuicios y eche un vistazo desapasionado a ciertos aspectos de su propia religión.

Fijémonos primeramente en los resultados de todas las religiones. Las creencias religiosas abren un poco la mente hacia ciertas verdades, pero la cierran a otras que no estén de acuerdo con esas creencias. En otras palabras, hace fanáticos. Curiosamente *fanático,* significa «el que va al templo» (en latín, «fanum» = «templo»), contrariamente a *profano,* «el que se queda fuera del templo».

Algunos de estos fanáticos viven sus creencias con tal rigorismo que se convierten en santos. De ellos, los que van por el camino del amor son todavía aceptables, pero los que van por la vía del rigor pueden llegar a ser monstruosos. Ejemplo, Santo Domingo de Guzmán, fundador de la Orden de Predicadores, más conocidos como Dominicos, que organizó por toda Europa la Inquisición y fue el responsable de la muerte de miles de pobres «brujas».

Este fenómeno de producir fanáticos es común a todas las religiones, aunque en unas es más virulento que en otras. Las víctimas mortales que este fanatismo religioso ha generado son innumerables en el mundo entero a lo largo de los siglos y en todas las religiones.

Esto no deja de ser extraño en unas instituciones que comienzan siempre hablando del amor a sus semejantes.

Religiones y culturas

Otro resultado de la religión son las diferentes culturas *y* tradiciones que vemos en el mundo. Si bien es cierto que una cultura puede moldear una religión y transformarla en algo, es aun más cierto que las religiones no sólo transforman sino que son capaces de crear culturas.

Las culturas occidental y arábiga están ambas modeladas por sus respectivas religiones. Ni el mundo occidental ni el mundo árabe serían como son si no hubiesen existido un Jesucristo y un Mahoma.

El rigor o la laxitud de sus creencias y de sus mandamientos se concretan primeramente en tradiciones y al cabo de los siglos se echan de ver en los usos y costumbres diarios. Las palabras y el pensamiento de sus fundadores llegan a traducirse en detalles tan específicos como la manera de

vestir o tan concretos como los estilos del arte. Detrás de cada cultura o tradición determinada, como dándole aliento y profundidad, está una religión o una creencia.

A veces estas tradiciones enraizadas en la religión pierden su significado, pero el pueblo sigue aferrado a ellas porque sus raíces son inconscientes y muy profundas.

Tomemos por ejemplo las romerías campestres alrededor de la ermita de un santo. De la fiesta religiosa apenas si queda nada, porque lo que la gente quiere es que empiecen las bandas y orquestas para poder bailar y pasarlo bien. La gente sigue yendo y hasta se asoma a la capilla por curiosidad. Pero del bendito santo o virgen que siglos atrás originaron todo aquello apenas saben nada.

Da la impresión de que en pocos años la fiesta de San Ramón o de Santa Eufemia se van a convertir en la fiesta de San Jamón, San Acordeón o Santa Butifarra.

Otro tanto se puede decir de las fiestas de Primera Comunión tan esperadas y tan odiadas por tantos padres y madres. Se hacen los gastos consabidos para trajes, adornos y convites porque así es la tradición y se vería muy mal que el niño la niña no hiciesen la Primera Comunión. Pero la pura verdad es que para muchos niños la primera comunión es la última comunión y años más tarde hasta se avergüenzan un poco de verse en las viejas fotos con trajes y «poses» un poco cursis.

Pero, pese a todo, la tradición convertida ya en acto social, aunque enraizada en lo religioso, sigue viva a pesar de que cada año haya miles de padres y madres que renieguen de los gastos innecesarios que ella conlleva.

Las religiones separan

Otro resultado de las religiones es el aislamiento en que sume a sus fieles. La raza humana está dividida en muchas fracciones, algunas de ellas completamente aisladas del resto, debido únicamente a las religiones. En algunas sectas se llega incluso a prohibir el trato con gentes de otras creencias.

Y para encontrar ejemplos de esto no tenemos que ir a Mongolia, a la India o a Manchuria donde habitan pueblos y castas completamente aislados por su religión, sino que nos bastará con asomarnos a nuestra Biblia en donde encontramos a un Yahvé prohibiéndole a su «pueblo escogido» relacionarse con los amorreos y cananeos pecadores. Y no sólo eso sino que les ordenaba que no se mostrasen nada benévolos con ellos y aun que los exterminasen sin perdonar siquiera a los lactantes. Y no nos olvidemos de que ese mismo Yahvé era y sigue siendo el Dios del cristianismo.

El aislamiento y la separación que la religión produce lo podemos ver en nosotros mismos. Ante un marroquí o un tunecino de religión musulmana nos sentimos diferentes. Hay algo profundo que nos separa de ellos, no importa lo amables o correctos que puedan ser. Nos parece que allá en el fondo no tenemos nada que ver con ellos y pensamos que están radicalmente equivocados. Y la realidad es que hay cerca de mil millones de personas que en religión piensan fundamentalmente igual que ellos y de las que, lógicamente, también nos sentimos distanciados.

La religión llena el alma de tabúes

Otro resultado de las religiones es que tranquilizan el alma con la promesa que hacen de un más allá feliz, pero por otro lado la llenan de miedo con amenazas de castigos eternos y terribles sí no se cumplen en esta vida determinados mandamientos. Esto tiene más peso en el alma de muchos cristianos que las promesas de un más allá feliz y por eso muchos de ellos se han pasado la vida con temor a la muerte y a lo que les pueda suceder después.

En la Edad Media los monasterios y conventos se llenaban de gentes que renunciaban a vivir como personas normales, aterradas por las predicaciones de unos frailes fanáticos que hacían mucho más hincapié en los castigos que en las recompensas y que se regodeaban en presentar a un Dios terrible y vengativo. Al fin y al cabo, no hacían más que predicar al Yahvé del Antiguo Testamento.

En los monasterios y cenobios se aislaban no sólo de la sociedad, sino de las propias familias. Las palabras del fundador del cristianismo, predicadas con todo rigor por sus predicadores resonaban en sus oídos: «El que quiera venir en pos de mí que deje a su padre y a su madre...).

San Francisco Javier, uno de los santos eminentes de la Iglesia, cuando estaba ya destinado a las Indias Orientales, de las que no volvería, pasó por Navarra cerca de donde vivía su madre y no fue a verla porque pensó que con ello agradaba más a Dios. ¡Bárbara manera de concebir la religión! Y si

así piensa un santo, que es un guía en el camino hacia Dios, ¿qué les espera a los pobres creyentes que sigan sus enseñanzas?

En resumen, las religiones, aunque comienzan hablando de amor, desunen, aíslan, llenan el alma de miedo y complejos, cierran las mentes y no permiten al ser humano disfrutar de las muchas cosas buenas que hay en el mundo. Según la doctrina cristiana tradicional, las mejores cosas de la vida son pecado y en todas las religiones vemos cómo el sacrificio, la renunciación, la mortificación de los sentidos, la penitencia, los votos, la muerte al mundo y hasta los tormentos son moneda común para agradar a Dios.

Es cierto que al que está atribulado lo consuelan con promesas para el más allá, pero no le ayudan a vencer la causa de su desconsuelo ni le dan una visión optimista de esta vida. Como no tienen nada que dar acá, centran todas sus prédicas en el más allá. Pero el más allá comienza en esta vida.

Una estrategia de las entidades

Y ahora algo fundamental acerca de las religiones que entronca con lo que dijimos en el capítulo de los otros niveles de realidad. Algo que explica todo el misterio de ellas y su razón de ser y que aunque sea difícil de admitir es, sin embargo, la clave para explicar lo extraño del fenómeno religioso en todas las culturas, en todas las épocas y en todas las latitudes.

La religión no es tanto hechura de los hombres cuanto imposición de los (señores del mundo», es decir, de aquellas entidades a las que nos referíamos en un capítulo anterior cuando hablábamos de seres inteligentes no humanos que nos dirigen desde las sombras.

Las religiones son una formidable estrategia que ellos usan para tres fines: 1) Para mantenernos desunidos de modo que no progresemos y usemos toda nuestra energía en disputar entre nosotros. 2) Para que *nos* hagamos la guerra de la cual algunos de ellos sacan una gran beneficio. Esto lo lograron en gran medida en tiempos pasados. 3) Para sintonizar nuestras mentes y enfocarlas hacia una idea común y para mantenerlas expectantes, porque a la mayor parte de ellos les interesan mucho las ondas que en ese estado de ánimo producen nuestros cerebros. Esto ya ha sido expuesto largamente en «Defendámonos de los dioses» y por ello no vamos a extendernos aquí El viejo lema «divide y vencerás» tiene una perfecta aplicación en esta estrategia. Nadie puede negar que las religiones a lo largo de la historia hayan sido la principal fuente de guerras y de discordias. Predicando el amor —a los que piensan como ellos— hacen la guerra — a los no creyentes—. Esta es una paradoja que tiene que hacer reflexionar a cualquier persona pensante.

Si la humanidad hubiese gastado tanta energía en mejorar sus instituciones y en progresar como ha gastado en hacer templos y en guerrear por la fe, hoy la raza humana no estaría en el estado lastimoso en que está.

Repensar las creencias

En esta reevaluación de la religión los hijos de la Nueva Era tendrán que repensar a fondo sus creencias y descubrir sus profundas contradicciones. Algunas las acabamos de señalar, pero quedan todavía muchas otras que el lector tiene que descubrir por sí mismo.

Deberá comparar su fe con otras fes diferentes para ver cómo coinciden en cosas absurdas y cómo, por el contrario, se contradicen en puntos básicos. Coinciden, por ejemplo, en la exigencia del dolor, en la personificación de la divinidad, en la humanización de Dios, en la virginidad de la madre del hombre-dios, en su «Segunda venida», en hacer de los sacrificios de sangre el centro de la religión, etc. Y en cambio son contradictorias en cuanto a sus mandamientos concretos y ritos.

Ante un cuadro así uno deduce que todas no pueden ser verdaderas y una sola tampoco, porque esto diría muy poco de la equidad, justicia y providencia de Dios.

Un hijo de la Nueva Era tendrá que repensar en particular el más allá que predica el cristianismo con su resurrección de la carne, sus infiernos eternos y visiones beatíficas que no gozará la mayor parte de la humanidad que no ha creído ni obrado conforme a las enseñanzas de Cristo. ¿En qué cabeza caben tantos disparates?

Por lo tanto, un hijo de la Nueva Era tiene que tener el valor de destetarse de semejantes enseñanzas y perder el miedo a pensar libremente acerca del más allá.

La religión trata a sus fieles como niños que no tienen inteligencia, y en este particular, el catolicismo

ha sido el ejemplo perfecto del padre superprotector que a fuerza de defender a su hijo de peligros lo convierte en un tarado que no puede valerse ni pensar por sí mismo.

Las autoridades eclesiásticas prohibieron prácticamente pensar sobre los misterios de la fe. Había que limitarse a oír y a creer lo que ellos decían. Por eso, muy lógicamente, prohibieron leer la Biblia ya que su lectura es capaz de quitarle la fe a cualquier persona que reflexione un poco sobre todos los disparates que contiene.

Se puede asegurar con toda certeza que las creencias de cualquier religión son un insulto a la inteligencia humana. Lo malo es que hay muy pocos, aun entre las personas cultas, que tengan la valentía de hacer un examen crítico detallado de todas sus creencias.

Los mandamientos de la Nueva Era

El hijo de la Nueva Era, sin embargo, no se quedará sin mandamientos. Vivimos en sociedad y hace falta alguna reglamentación para que podamos convivir en paz. Pero esta reglamentación tendrá que estar dirigida más bien hacia la convivencia y no hará que gastemos todas nuestras energías en «santificar las fiestas» o en pagar diezmos o en construir templos a un Dios que se supone todopoderoso autor del Universo.

La reglamentación estará dirigida a todo aquello que sea útil al hombre y le ayude a evolucionar. Habrá unos nuevos mandamientos en los que no se excluirán los válidos del cristianismo y de otras religiones, pero se añadirán otros que hoy se echan mucho en falta.

El «honra a tu padre y a tu madre» seguirá teniendo vigencia, igual que el «no matarás», «no robarás», «no mentirás», «no codiciarás los bienes de otro». Pero a éstos habrá que añadir, haciendo en ello énfasis, el grande y abarcador mandamiento del amor, que se echa tanto de menos en muchas personas que se llaman religiosas y que creen cumplir todos los preceptos. Y a éste habrá que añadirle el otro mandamiento de la justicia y el respeto al derecho ajeno.

Pero demás habrá que instaurar el nuevo mandamiento del civismo para que podamos convivir en estas sociedades tan apretadas. Civismo que significa el no tirar papeles ni basura en la vía pública, el cuidar la higiene personal de modo que podamos estar unos al lado de los otros en el metro o en el supermercado sin asfixiarnos, el respetar el sueño de los demás no haciendo ruidos innecesarios, el saber ceder el paso y ser cortés cuando se está al volante, etc.

En esto del civismo, el cristianismo ha sido muy laxo y se ha con tentado con hablar de la caridad de una manera muy genérica y a veces mojigata, pero ha permitido que muchos de sus fieles, muy cumplidores de los mandamientos tradicionales, fuesen muy poco cívicos.

Pero los mandamientos de la Nueva Era no se acaban ahí. Todavía hay unos cuantos más que habrá que promulgar: (Contribuir al bien común» de las mil maneras que se puede hacer en nuestra sociedad; «cooperar con las instituciones benéficas» para ayudar de alguna manera a los más pobres de la sociedad; «protestar con valentía contra los abusos de los gobernantes»; «denunciar cívicamente a todos los antisociales» que parasitan en el resto de los ciudadanos; «resistir con firmeza a todas las presiones que provienen del rescoldo religioso».

Algunos se extrañarán de que no hayamos puesto al principio de estos mandamientos «pagarás tus tributos al Estado» o «votarás cívicamente cuando haya elecciones». No los ponemos, en primer lugar, porque en la actualidad el Estado, mediante sus gobernantes, comete muchos abusos con los ciudadanos y reparte de una manera injusta los exagerados tributos que nos impone, y además, porque votar en las actuales circunstancias, cuando nos imponen los candidatos en listas completas y cuando no está uno de acuerdo con ninguno de los partidos que se presentan a la elección, es ir contra la propia conciencia. En una situación así el no votar es una obligación; es un acto con el que se les dice a los políticos que uno no esta de acuerdo con sus actuaciones.

Y si queremos seguir con la vieja nomenclatura, los tradicionales sacramentos, que hoy se han convertido en símbolos huecos de una fe que se derrumba, se reducirán a uno: la comunión con la naturaleza mediante mil pequeños actos de respeto amoroso hacia ella. Plantar un árbol, regar una flor, limpiar una fuente, curar a un animal y hasta dejarse bañar por una ola en la arena tibia son actos que hechos con amor a la naturaleza nos unen con el Dios-Universo más que las filigranas litúrgicas y rituales que hoy día ya no significan nada.

Entonces, ¿qué religión practicaremos? La pregunta es semejante a la de un adolescente que al pasar a COU dijese: «Y ahora, ¿qué silabario usaremos?».

Si por religión se entiende un conjunto de creencias «reveladas» que nos sirven para alcanzar la

salvación y librarnos de un castigo eterno, la contestación es: ¡ninguna! Es un silabario que ya no hace falta Puede ser que en otras épocas les hiciese falta a hombres que no sabían por qué retumbaban los truenos o por qué el sol salía todas las mañanas. Aunque muy lejos de pensar que ya lo sabemos todo, creemos, sin embargo, que hoy día ya hemos madurado lo suficiente como para no necesitar esas andaderas ni esos silabarios.

La única religión que estará siempre vigente será la del amor y la de la justicia, dándole a cada uno lo que le corresponde, respetando el derecho de los demás y teniendo el corazón abierto y generoso para todo y para todos.

Todo lo demás son adornos inútiles e instrumentos de manipulación. Un amor y una justicia que no estén administrados por nadie que se diga representante de Dios. Todos somos representantes de Dios.

¿Se van a perder entonces todos los valores? No. Hay muchísima gente que no practica ninguna religión y son excelentes personas, y conocemos cristianos a machamartillo, muy fanáticos y muy injustos con los que no quisiéramos encontrarnos ni en el reino de los cielos.

El nuevo decálogo

1. Respetar los derechos de los demás.
2. No entrometerse en las vidas ajenas.
3. Respetar las ideas diferentes a las nuestras.
4. Ser cívico y hacer todo lo posible para facilitar la convivencia.
5. Ser tolerante con los defectos del prójimo.
6. Trabajar no sólo por ganar dinero, sino por construir un mundo más bello.
7. Ayudar al bien común y en particular a los más necesitados en la medida de las propias posibilidades.
8. No ser envidioso de los triunfos de los demás.
9. Amar y respetar a la Naturaleza.
10. No maltratar a los animales ni divertirse a costa de su sufrimiento.

EL ARTE

Qué es arte

El hijo de la Nueva Era será un cultivador del arte, no sólo pasivamente, sino de una manera activa creando él arte en la medida de sus habilidades.

Pero antes de entrar en materia tendremos que esclarecer qué es arte, ya que en la actualidad hay una enorme confusión en cuanto a esto.

Hoy día se le llama arte a cualquier cosa y estamos en una época en que verdaderos mamarrachos son considerados obras de gran valor artístico. El arte esperpéntico está de moda y por desgracia no faltan millones de papanatas que están dispuestos a admirarlo y a comprarlo.

Nos damos cuenta de que, con el paso del tiempo y con la sofisticación de las técnicas, la imaginación humana es capaz de construir formas y manifestaciones nuevas que hasta ahora, o la naturaleza no nos había brindado o no las habíamos imaginado. Pero no todo lo nuevo y todo lo original que se le ocurra a una imaginación calenturienta o bajo el influjo de drogas tiene necesariamente que ser considerado artístico. Hay creaciones nuevas que son auténticos adefesios, por muy famoso que sea su autor y por mucho que sean promocionadas por los medios de comunicación.

Y por desgracia esto es lo que está sucediendo en gran medida. Verdaderos bodrios de todos los tipos son creados continuamente, y como el mundo del arte ha caído en manos de comerciantes, éstos saben muy bien cómo darlos a conocer a una gran cantidad de personas y cómo promocionarlos de una manera convincente de modo que se vendan y produzcan dinero, que, en definitiva, es lo único que se busca con las pretendidas obras de arte.

Insistimos en que sabemos diferenciar muy bien entre un impresionista, verdadero creador de arte, y un mamarracho por mucha fama que haya adquirido y por mucho que se coticen sus cuadros. Sabemos que el arte no está precisamente en imitar a la naturaleza —aunque también en eso puede haber arte— sino en hacer vibrar el alma, por el método que sea, produciendo en ella sentimientos profundos.

La creación del arte

El arte se crea de muchas maneras: se crea a través de formas plásticas utilizando cualquier material. El papel, el barro, el lienzo, la madera, el metal o la piedra son aptos para concretar formas bellas, que pueden ser pinturas, dibujos o esculturas de simples formas que nos sugieren algo con lo que el alma se siente en armonía.

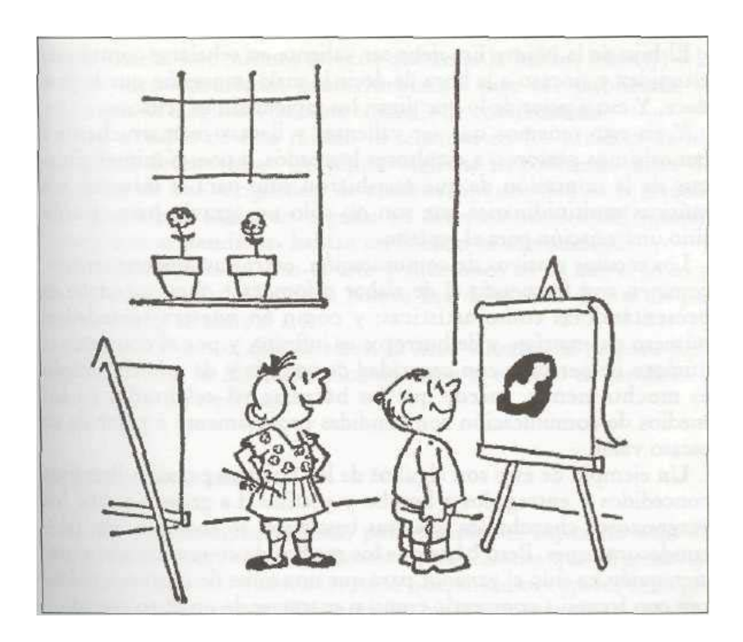
El arte se crea también mediante sonidos producidos de mil maneras diferentes; mediante ideas que logran hacer vibrar el alma de una manera especial y hasta mediante movimientos elegantes, Arte es cualquier cosa que nos estremezca el alma y que la ponga en armonía con lo mejor y más profundo de nosotros mismos y con lo más elevado de la naturaleza y el Universo.

El sentimiento del arte refina el alma y la hace más permeable a la belleza infinita del Cosmos. La hace más sensible hacia los sentimientos de los demás hombres y la prepara para futuras etapas de evolución.

Hay que reconocer que lo artístico es un concepto y un sentimiento bastante subjetivo y que puede haber cosas que a alguien le parezcan artísticas mientras que otro las encuentra totalmente vulgares. Pero hay «creaciones» que son esperpentos desde cualquier punto que se las mire.

Arte verdadero y pseudoarte

Lo que resulta completamente despreciable es el alabar como artístico algo que uno encuentra que no lo es, porque los críticos o la gente dicen que es artístico. En eso deberemos ser totalmente sinceros y rebelarnos contra las manipulaciones de los que quieren hacernos comulgar con ruedas de molino.



¡Qué maravilla! ¡Has conseguido una verdadera obra de arte!

En nuestra sociedad, tal como dijimos, hay muchas cosas —cuadros, esculturas, películas, músicas— que son auténticos engendros de mal gusto y, sin embargo, son alabadas como obras de arte. Muchas de ellas lo único que hacen es reflejar el estado caótico o enfermizo del alma del «artista», que más bien tendría que ponerse en cura.

Con frecuencia, entramos en oficinas, hoteles o despachos de cuyas paredes penden pinturas, grabados o «collages», que son auténticas mamarrachadas con las que parece que alguien quiso reír-se del que tuviese la ingenuidad de comprarlas.

Da pena ver cómo se cotizan algunos mamarrachos de Picasso, Modighani, Miró o Tapies, por poner sólo varios ejemplos entre cientos. Si se hace corno una inversión, sabiendo que siempre va a haber papanatas o nuevos ricos que los van a pagar muy bien, no es mala idea. Pero lo triste y lo indignante es que los omnisapientes críticos pretenden convencernos de que aquellos adefesios son obras de arte.

El hijo de la Nueva Era debe ser valiente en rebelarse contra esta estupidez y sincero a la hora de decir la mala impresión que le produce. Y eso a pesar de lo que digan los sapientísimos críticos.

Y en esto tenemos que ser valientes y llamar mamarracheros a famosísimos pintores, a escultores laureados, a poetas ininteligibles que da la impresión de que escribieron sólo para sí mismos, y a músicas multitudinarias que son no sólo un agravio para el oído sino una vejación para el espíritu.

Los medios masivos de comunicación, entre sus muchos errores, cometen con frecuencia el de alabar o fomentar obras estrafalarias presentándolas como artísticas; y como en nuestra sociedad el número de «marías» y de borregos es infinito, y por el contrario el número de personas con capacidad de análisis y de criterio propio es mucho menor, sucede que las bazofias así celebradas en los medios de comunicación son vendidas profusamente a pesar de su escaso valor.

Un ejemplo de esto son algunos de los famosos premios literarios concedidos y entregados a bombo y platillo. La gente no sabe los vergonzosos chanchullos que tras bastidores se cometen con tales condecoraciones; Pero basta que los medios de comunicación anuncien quién ha sido el ganador para que una nube de ingenuos se lancen con frenesí a comprarlo como si se tratase de un libro sagrado.

¿Dónde queda el verdadero arte en todo este tajúreo? El pseudo-arte convertido en pesetas va a engrosar la cuenta del editor o de los promotores de la obra premiada.

Los críticos de arte

Y en cuanto a los críticos —otra falsa hechura de los medios de comunicación—, erigidos en jueces omnisapientes acerca de tal o cual arte, su vaciedad ha quedado demostrada en más de cuatro ocasiones.

No hace muchos años una famosa autora inglesa, con el premeditado fin de hacer una experiencia, presentó anónimamente una obra suya al mismo editor que ya le había publicado varias otras con gran

éxito. El editor la rechazó por defectuosa. Siguiendo en su experiencia, la autora se la presentó con un pseudónimo a varios editores más, que igualmente la rechazaron. Cuando posteriormente éstos supieron quién era la autora, se lamentaron muchísimo de no haberla publicado y su propio editor le pidió mil disculpas antes de publicarla. Los mismos críticos que antes la habían leído (?) y la habían menospreciado, posteriormente, una vez publicada, la cubrieron de elogios. Toda una comedia de comerciantes.

Otro ejemplo de esto mismo lo tenemos en los titulares de los periódicos de estos días: Un pintor inglés se ha confesado autor de alrededor de mil «origínales» de cuadros famosos que en la actualidad se exhiben con gran orgullo en diversos museos del mundo entero. Los «entendidos» habían certificado su autenticidad.

Pero dejemos lo que no es arte y fijémonos en lo que sí lo es y digamos por qué el hijo de la Nueva Era debe abrir de par en par las puertas de su alma al arte.

Como ya dijimos, éste la eleva, la hace vibrar y la prepara para conectarse con lo mejor del Cosmos, con el mundo de las ideas y con el reino del espíritu.

La poesía como arte

La tan desprestigiada poesía, por ejemplo, es capaz no sólo de producirnos unas enormes y hondas satisfacciones que conmueven lo más profundo de nuestro ser, sino que, si somos capaces de llegar a dejarnos penetrar por ellas, podrían hasta curarnos de una dolencia física. El trance poético estremece no sólo el alma, sino también el cuerpo.

Naturalmente, esto que estamos diciendo les sonará a chino a aquellos que lo más que llegan a leer es un diario de deportes o a lo sumo las cotizaciones de la Bolsa. En las escuelas debería enseñárseles a los niños a leer poesía y a saborearla hasta llegar al trance poético en que el alma se siente traspasada por la pura belleza y por una felicidad trascendente. Pero, desgraciadamente, no es así y, por el contrario, se atasca la mente de los niños con cosas absurdas que el día de mañana no van a servirles para nada.

Y cuanto decimos de la poesía se le puede aplicar a la música y a las demás bellas artes. El cuerpo casi se eleva del suelo cuando uno oye ciertas melodías o ciertos acordes... Pero ¿qué saben de estos los alcoholizados del dinero o los que se pasan toda la vida luchando por obtener «cosas»?

El hijo de la Nueva Era apreciará más una puesta de sol desde lo alto de un monte en un paraje solitario que el «culipandeo» nervioso de cualquier fiesta de sociedad que, en realidad, es sólo una larga mentira sonriente.

El hijo de la Nueva Era, ante un mar encrespado, buscará ese momento sublime en que por un segundo, ante el retumbar de una ola contra las rocas, el alma propia se siente unida al alma del Universo.

El hijo de la Nueva Era se llenará de emoción cuando en un gran concierto se sienta sacudido hasta las entrañas por las notas graves de un piano o acariciado por la voz femenina de un oboe. (Y, por supuesto, no nos referiremos a las locas actuaciones que hoy se llaman festivales.)

El hijo de la Nueva Era amará el arte y le dedicará tiempo, porque eso lo hará más espiritual al mismo tiempo que más humano, Y no sólo será sujeto pasivo del arte, sino que lo creará en la medida de sus fuerzas.

TOLERANCIA

Somos intolerantes

La tolerancia es un mandamiento de la Nueva Era.

Le dedicamos unos cuantos párrafos porque la tolerancia es una gran laguna que hay en los viejos mandamientos del decálogo tradicional. A continuación del «honra a tu padre y a tu madre» Yahvé debería haber añadido: «Se tolerante». Pero no lo hizo porque él mismo no lo era y así el cristianismo se convirtió en una religión intolerante, negando con ello radicalmente el mandamiento del amor al prójimo.

¿Qué es intolerancia?

¿Qué entendemos por tolerancia? Tolerancia es la traducción a la vida diaria del abstracto mandamiento del amor. Es cierto que amor es mucho más que tolerancia, pero no se puede aspirar a amar si primero no se es tolerante. Por lo tanto, si queremos llegar a [amar al prójimo como nos dice la regla de oro, primero tenemos que aprender a ser tolerantes; y como hemos sido educados —por lo menos en el orden ideológico y religioso— en la más estricta intolerancia, lo seguiremos siendo como hasta ahora y nuestro amor no pasará de ser algo ficticio.

Amaremos únicamente a aquellos que nos aman, como dijo Cristo, pero a los demás no sólo no los amaremos, sino que seremos intolerantes con ellos. Tolerancia es paciencia, es comprensión para soportar los defectos de los demás, es saber disimular las faltas leves que no provienen de mala voluntad.

Por supuesto que no se está diciendo que haya que ser mártires y aguantar todo lo que el vecino quiera hacernos. Eso sería estupidez. Cuando se habla de los defectos de los demás queda sobreentendido que estos son cometidos no conscientemente ni con reincidencia, sino que son fruto de la fragilidad humana y los cometen lo mismo que nosotros pudimos haberlos cometido: sin malicia y sin ánimo de molestar.

Intolerancia ideológica

Pero aquí nos referimos especialmente a la tolerancia en el orden de las ideas, y no sólo de las ideas religiosas, sino de las ideas en general. Hablamos del respeto a las ideas de los demás mientras no sean directamente destructivas de las nuestras y de nuestros derechos. En ese caso ser tolerante sería ingenuo.

La historia del mundo occidental, sobre todo a partir del siglo VI, es una historia de intolerancia. Y en esto tiene una culpa especial la religión y, en concreto, el cristianismo.

Por siglos los reyes y señores feudales habían luchado por poseer más tierras y vasallos; y no precisamente por las ideas que otros pueblos pudiesen tener, sino simplemente por ser más ricos, tener más poder y ser dueños de más «cosas». Fue con la llegada del cristianismo cuando la intolerancia ideológica hizo su aparición virulenta y se comenzó a batallar y a matar para destruir las ideas diferentes y a quienes las sustentaban.

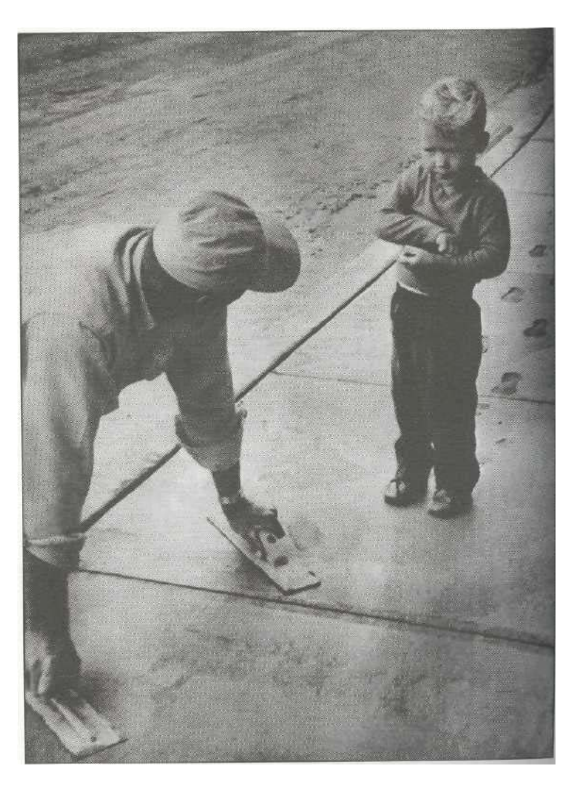
Así comienzan las guerras religiosas que llenan toda la Edad Medía y Moderna. Y comienzan los autos de fe y las Santas Inquisiciones con sus torturas y sus hogueras para los herejes. El cristianismo se hizo intolerante consigo mismo y los cristianos empezaron a degollarse unos a otros porque interpretaban el evangelio de maneras diferentes.

¿Qué de extraño tiene que nosotros hayamos sido educados en la intolerancia religiosa si somos descendientes de los que batallaron por imponer sus ideas a los demás? Llevamos la intolerancia religiosa en los genes.

Y esta misma intolerancia religiosa la hemos extendido a otras ideas, modas y maneras de pensar que nada tienen que ver con la religión. Criticamos a la gente que se viste de determinada manera, o que se peina de la otra o que tiene ciertos hábitos, y todo porque nosotros



Los años y el egoísmo son los que nos hacen racistas



No pases por la vida sin dejar huellas. (Aunque no hace falta que dejes tantas como este jovencito.)

no nos vestimos así, ni nos peinamos así, ni tenemos tales hábitos. Y de la misma manera criticamos acerbamente a otras personas que en política piensan diferente a nosotros y siguen a otros líderes.

Los militares, campeones de intolerancia

Y hay que aprovechar la ocasión para decir que los campeones de la intolerancia han sido siempre los militares, que son capaces de poner a pelear a todo un país porque la gestión de la «cosa pública» no es como ellos creen que debe ser y a veces porque una sola ley no es de su agrado.

La tolerancia y la paciencia que todo el pueblo tiene con ellos por la enorme cantidad de dinero que se llevan únicamente para mantener su entelequia clase, se la pagan al pueblo armando algaradas y poniendo a los ciudadanos a matarse unos a otros.

Parodiando la frase de Cristo: «Lo que quiero es que tengáis compasión unos con otros y no que ofrezcáis sacrificios», había que decirles a los militares: «Lo que hace falta es que seáis tolerantes con las ideas de los demás en vez de estar predicando a los cuatro vientos amor a la patria para

poneros luego a destruirla».

¿Para qué queremos en la actualidad un ejército tan grande? ¿Para defendernos de los sarracenos actuales que son los marroquíes? ¿O para evitar que nos invadan los franceses o los portugueses? Gracias a Dios ya han pasado aquellos tiempos en que todo se arreglaba con la espada, y en la actualidad no se justifica un despilfarro tan enorme de dinero ¡... para nada!

«Por si acaso» gastamos una millonada cuando tenemos otras necesidades apremiantes —unas auténticas guerras domésticas— en la sanidad y en la asistencia social que no son «posibles», sino que son reales. Unas necesidades en las vías públicas que por defectuosas matan o hieren cada año a cientos o miles de personas. Esa sí es una guerra real con muertos reales y no las hipotéticas guerras que lucha nuestro ejército.

Pero volvamos a la intolerancia de las ideas y de las maneras de vivir y bajemos al nivel doméstico e individual. Deberíamos tratar de ser tan pacientes con los demás como lo somos con nosotros mismos. Muchas veces, cosas y maneras de actuar que nos molestan en los otros las hacemos nosotros mismos sin caer en la cuenta. Pero nuestra intolerancia hace que en ellos nos parezca mal lo que en nosotros vemos como correcto.

Tolerancia cobarde

Y a contrapelo con nuestra intolerancia con los defectos de los vecinos, está la exagerada tolerancia que muchas veces tenemos con los antisociales conscientes y reincidentes que quieren vivir a costa del prójimo. A éstos con frecuencia no los denunciamos por cobardía y dejamos que, mientras no sea a nosotros a quienes ofendan con sus delitos, sigan cometiendo toda suerte de atropellos. Con éstos, en cambio, sí estamos obligados a ser intolerantes y a denunciarlos a la autoridad competente.

El resumen de todo lo dicho es que debemos ser mucho más respetuosos con la manera de ser y de pensar de los demás. Hay muchas maneras de ser y de ver las cosas y la nuestra no tiene que ser necesariamente la mejor ni, menos aún, la única.

Dejemos que cada uno, con tal de que no atente contra los derechos de los demás, arregle su vida como le plazca y vista, coma, hable y piense como le parezca. Esto está mucho más cerca del «amaos los unos a los otros» que los golpes de pecho, la asistencia a cultos religiosos o las protestas de ortodoxia o de amor a la patria.

OBJETORES DE CONCIENCIA

¿Qué es un objetor de conciencia?

Los objetores de conciencia podrían ser los modernos santos y mártires del santoral y del martirologio de la Nueva Era.

Objetor de conciencia es todo aquel que se enfrenta a la autoridad por principios morales, y en esta sociedad deberíamos ser objetores de conciencia en muchas ocasiones si fuésemos un poco coherentes. Pero no lo somos, por rutina, por miedo, por comodidad, por seguir la tradición o por el qué dirán, y les dejamos la tarea de oponerse valientemente a unos cuantos que son los verdaderos héroes de nuestros tiempos y que deberían ser nuestros guías en vez de los farsantes y buscones que, con no poca frecuencia, vemos al frente de las sociedades y de las instituciones.

¿Contra qué hay que objetar?

Deberíamos objetar de alguna manera *y* de protestar contra tantos programas de televisión engañosos y, si fuésemos consecuentes, deberíamos anotarlos muy bien para no comprar aquellos productos o no colaborar con aquellas industrias que los patrocinan.

Deberíamos objetar todo tipo de injerencia, bien sea estatal o religiosa, en las vidas privadas de los ciudadanos. Y de estas injerencias hechas de una manera velada o patente podríamos contar docenas si fuésemos a hacer de este capítulo un inventario de ellas.

Un solo ejemplo: Cuando son escritas estas líneas, las autoridades judiciales le prohibieron a una mujer, que tenía muchas razones para ello, usar método alguno para escoger el sexo de su futuro hijo.

Por supuesto, el coro de fanáticos con mitra enseguida secundó la decisión de los jueces, y entre todos, más cuatro periodistas vocingleros, orquestaron toda una campaña.

Objetores y jueces

¿Quiénes son los jueces ni qué derecho tienen los jerarcas para interferir con una decisión que incumbe solamente a la madre? Es el rescoldo del autoritarismo que hemos padecido por los años en que cualquier mercachifle erigido en autoridad imponía su criterio sin que el pueblo tuviese ocasión de defender sus derechos.

Los jueces que en tiempos de la dictadura franquista se atrevían a condenar películas y mujeres por llevar un escote que les parecía exagerado a los mandamases eclesiásticos, siguen con sus malas mañas y meten sus judiciales narices en lo que no les incumbe, por más que ellos opinen que sí. ¿O es que por el mero hecho de ser jueces ya tienen derecho a sentenciar sobre el color de nuestra ropa interior?

Nos emocionamos casi cuando, en ocasiones, vemos gente manifestarse delante de edificios públicos protestando —objetando— no por mejores sueldos o por defender sus propios intereses, sino por puros principios y por defender los derechos del resto de los ciudadanos que a lo mejor los miran con cara de desconfianza desde las aceras.

Da la impresión de que los legales, los pacíficos, los defensores de la ley y el orden, los ciudadanos probos y honestos son los que están de espectadores y que los levantiscos, los ácratas, los rebeldes son los que están protestando, cuando la realidad es la contraria: los buenos ciudadanos son los que, por defender los derechos de todos —incluidos los de los que los miran mal— arrostran los palos y manguerazos de las «fuerzas del orden».

En nuestra moderna sociedad cada vez se van a dar más casos como el de la mujer a que aludimos anteriormente, sobre todo los relacionados con la reproducción y con la manera de morir.

Las eternas y estúpidas discusiones sobre el aborto y la eutanasia cada vez saltan más a las páginas de los diarios. Los jueces pontifican sobre ello como si el título de magistrado les confiriese una omnisapiencia moral, y los «representantes de Dios» enjuician a los pecadores, en virtud de lo que el Altísimo les ha inspirado. Lo mejor que ambos podrían hacer es callarse en cuanto a nacimientos y entierros, en los que nadie les ha dado ninguna vela.

Más provechoso sería si los primeros agilizasen un poco más la administración de la justicia, arreglando el caos que ahora tienen, y los segundos se atuviesen a predicar mejor el mandamiento del amor al prójimo que tanto les inculcó su fundador y que tanta falta hace en este mundo.

No sólo oponerse

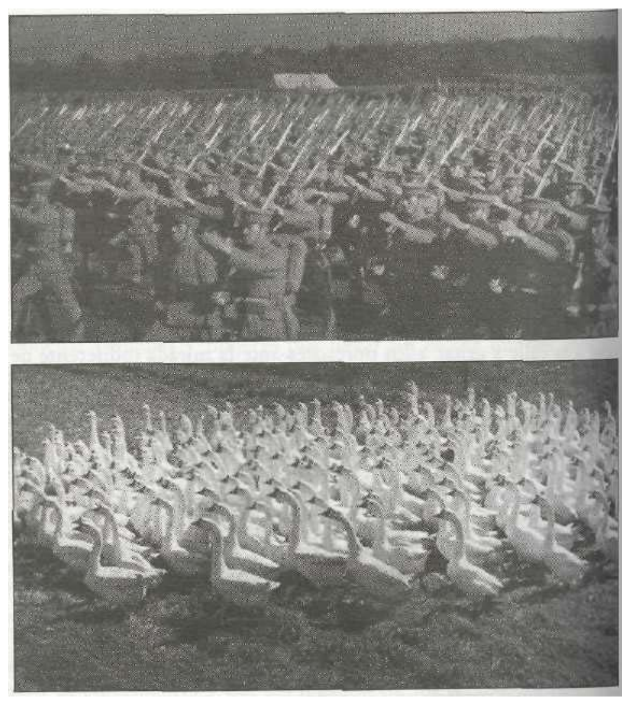
De modo que los objetores no sólo saben oponerse; también son capaces de defender los derechos de los débiles y lo hacen cuando se tiran a la calle a gritar a los opresores ante la mirada indiferente de los pusilánimes.

Y confesamos que nos hemos emocionado realmente al ver a las «zodiac» del «Greenpeace» ponerse en alta mar debajo de los bidones de material radiactivo que iban a ser descargados en la fosa del Atlántico. Aquella lucha de enanos desafiando la muerte contra gigantes irresponsables es mucho más meritoria que otras campañas cívicas que son muy aplaudidas por la ciudadanía y por los medios de comunicación; y de mucho más valor que las pomposas frases que los politicastros articulan en los grandes mítines. ¡Qué pena da oír las aclamaciones borreguiles de los fanáticos políticos aplaudiendo las cuatro palabras huecas de sus líderes! y ¡qué tristeza y desaliento el ver la indiferencia con que son mirados los valientes que en una frágil embarcación defienden el derecho de miles de ciudadanos a no comer pescado envenenado!

En vez de llenar nuestras calles y plazas con nombres de politicastros o de generales que en su vida han hecho nada que no fuese velar por sus intereses o dirigir las matanzas entre hermanos, deberían darles nombres de héroes anónimos como el del periodista portugués que murió asesinado por el Gobierno francés mientras informaba de las protestas del «Greenpeace» contra los vertidos nucleares.

Objetores al servicio militar

La expresión «objetor de conciencia» se usa casi exclusivamente hoy en día referida a aquellos que se niegan a hacer el servicio militar obligatorio. Algunos dirán que, si los demás van, por qué éstos



Gansos.

no van a ir. La contestación es: porque no es decente ir a un sitio adonde la conciencia propia le dice a uno que no debe ir.

Es cierto que los demás van. Pero ¿adonde van? Se suele contestar: A servir a la patria. Pero ¿es servir a la patria el hacer horas *y* horas una absurda instrucción para lograr desfilar todos como robots?

Einstein, cuando veía desfilar marcialmente a los soldados alemanes con una simetría perfectamente geométrica, solía decir: « ¿Para qué quieren el cerebro si les basta con la médula espinal?» ¿Es servir a la patria el armar y desarmar fusiles fútilmente sólo porque así lo ha mandado el sargento para doblegar la voluntad de los reclutas?

Es una enorme vergüenza que estén ardiendo miles y miles de hectáreas del suelo de la patria y los soldados permanezcan encerrados en los cuarteles sin hacer nada para impedirlo. Ir a apagar los fuegos de nuestros montes patrios sí sería servir a la patria. ¿Por qué no se organiza el servicio militar para ponerlos a luchar contra esa guerra real que padecemos todos los años que son los incendios forestales? Y quien dice incendios forestales podría decir otras cuantas cosas más en que los reclutas emplearían mucho mejor su tiempo, que en hacer instrucción horas y horas.

«Servir a la patria»

Los objetores de conciencia se oponen a ser arrancados de sus trabajos y de sus estudios para luego, al final del servicio, encontrarse en la calle. Los objetores de conciencia se oponen también a servir a la patria gratis, o con una paga simbólica, cuando ni los políticos ni los militares de carrera la sirven gratis. Los primeros se suben a sí mismos los sueldos, muy generosamente y cuantas veces quieren, porque no tienen que pedir permiso a nadie, y los segundos gozan de mil prebendas marginales porque pasan por ser los auténticos servidores de la patria.

Pero ¿no sirven a la patria los panaderos que nos hacen el pan de cada día? ¿Y no sirven a la patria los agricultores que sudan la comida con que nos alimentamos?

El concepto de «servir a la patria» es algo que deberíamos someter a juicio. Y los objetores de conciencia lo han hecho, y han sacado en conclusión que es una estafa y un engaño que los obliguen a abandonar sus trabajos para «servir a la patria», y encontrarse que este servicio a la patria es barrer cuarteles, limpiar las botas del teniente y llevar al colegio a los hijos del coronel. Eso no es servir a la patria. Eso es padecer un abuso y ser engañados vilmente. Y con todo derecho, objetan y se oponen.

Filosofía militarista

Sobre todo se oponen a una filosofía militarista que aún pervive en la mentalidad de muchos ciudadanos, y que es como un elefante que se niega a morir. Los ejércitos, hoy día, son ya un anacronismo en nuestras sociedades desarrolladas y democráticas.

En una nación como España, sin enemigos visibles y sin **apetencias** anexionistas, es un absurdo mantener un ejército con cientos de miles de soldados y cientos de tanques, cañones, aviones y toda una escuadra.

Es lógico que los países con mentalidad imperialista como Inglaterra, Estados Unidos o Rusia tengan enormes ejércitos para poder meter las narices donde les venga en gana y para amedrentarse mutuamente. Nosotros y otras naciones pequeñas, en cambio, ¿para qué queremos ejército? ¿Para defendernos de los modernos sarracenos, que son los marroquíes? ¿Para resistir la invasión de Portugal o de Francia? ¿Para qué queremos un ejército de esa envergadura?

Muchos tienen todavía una mentalidad de los Tercios de Flandes



Joven, no permitas que te conviertan en

Cuando estábamos en guerra con media Europa. Hoy, por suerte, han pasado esos tiempos y corremos el peligro de que ese ejército, en vez de defendernos de los enemigos externos, se vuelva contra los propios conciudadanos y los aporree imponiéndoles la voluntad de sus entorchados jefes, que, dicho sea de paso, no suelen ser ni demasiado liberales ni demasiado inteligentes.

Es cierto que hace falta que la sociedad posea un núcleo de gente bien armada para cualquier pequeña contingencia que pudiese surgir pero no de una manera tan desproporcionada y con gestos tan despóticos como llamar a formar filas a todos los jóvenes de la nación.

Y es cierto también que de vez en cuando aparece un Jomeini o un Sadam Husein o cualquier otro loco de turno que desafía a sus vecinos y a la paz mundial. Para esos casos están las Naciones Unidas y el buen sentido de los grandes líderes —algo de bueno han de tener— que se unirán para resistir la agresión.

Pero también es necesario recordar que los Sadam Husein fueron previamente armados y alentados por esos mismos políticos que ahora les piden apoyo y ayuda a sus pueblos para cortar las amenazas de aquel loco. Ellos sabían que súbditos suyos le estaban vendiendo armas y no hicieron nada por detenerlo.

Los objetores de conciencia se oponen con todo derecho a meterse en ningún barco para ir de comparsa de los grandes portaaviones que defienden los intereses de las multinacionales petrolíferas y de los grandes bancos.

Cuando Husein asfixiaba con gases a miles de kurdos e iraníes, ninguno de los grandes políticos movió un dedo ni hizo ninguna seria acusación, y hasta la gran prensa apenas si le dio importancia. Contra estos desenfoques globales y contra el espíritu militarista se oponen con toda razón los objetores de conciencia.

Despilfarro militar

También objetan el despilfarro gigantesco que políticos y militares hacen del dinero del pueblo comprando armas, que lo mejor que pueden hacer es no servir para nada, y manteniendo toda una mastodóntica estructura militar.

En cuanto a esto último y refiriéndonos en concreto al número de oficiales y mandos, se podría aplicar el refrán americano: «Hay más caciques que indios». ¿Para qué queremos tantos generales y tantos oficiales si no tenemos guerra alguna que hacer? Mantenerlos «por si acaso» es un despilfarro atroz si consideramos las muchas otras necesidades que tiene nuestra sociedad.

En cuanto a la compra de armas, es algo increíble. Da la impresión de que los políticos, para que los militares los dejen en paz, les compran las armas que les piden para que se diviertan con ellas lo mismo que el papá le compra al niño su juguete para que no dé más la lata.

Reflexione el lector sobre esto: Un caza «Phantom» de los últimos modelos vale tanto como 8 centros escolares completamente equipados. Pues bien, la última adquisición del ejército del aire pan renovar parte de su material fue de ¡70 «Phantom»! Imagine el lector lo que con esos cientos de miles de millones se podría haber hecho para el bien público realmente en beneficio directo de las personas que lo necesitan. No es que propongamos esto, porque sería infantil, pero para que el lector se haga cuenta de la enorme cantidad de dinero que supone la compra de esos aviones, sí lo que cuesta se repartiese entre todos los españoles, tocaría cada uno a cerca de diez mil pesetas. ¡Y esto es sólo una pequeña parte del ejército!

Contra todo esto se oponen los objetores de conciencia, y ya va siendo hora de que los jóvenes conscientes del mundo entero se nieguen a empuñar las armas sean cuales sean los motivos que los gobernantes aduzcan. Hoy, con las armas que hay, ya ninguna guerra es justificable.

Cuando haya una guerra, que vayan a ella los que la declararon y que envíen a combatir a sus hijos y familiares. Ya está bien de alistar a estudiantes y obreros como carne de cañón.

MEDITACIÓN

¿Qué es meditar?

Meditación es enfocar la mente hacia dentro. *Es* cerrarse a todos los estímulos externos y atender sólo a lo que la mente nos dice la mente consciente y la mente inconsciente, que también puede aflorar en los estados meditativos. Y al mismo tiempo que cerrarse, es abrirse, pero no a lo que nos rodea sino hacia otras realidades trascendentes de las que la mente no suele estar consciente.

Meditación es lo contrario de lo que ordinariamente hacemos, que consiste en tener enfocada la mente hacia las mil actividades que se desarrollan a nuestro alrededor y en recibir todas las influencias de los sucesos que se desarrollan en nuestro entorno.

Meditación es esforzarse por encontrar nuestras propias raíces; es hacer un esfuerzo por alcanzar otro nivel superior de conciencia; es nutrirse espiritualmente *y* crecer.

Lo mismo que el cuerpo crece y se agranda y funciona mejor o peor, el alma *y l*a mente crecen y se expanden en un sentido no físico, se hacen más abarcadores y funcionan mejor o peor. La meditación tiene que ver con todo esto, y sin ella y sin sus hermanas la reflexión y la relajación, fácilmente se estanca y no crece.

En la actualidad la meditación está de moda en ciertas sociedades, mientras que en otras apenas es un pasatiempo de algunos « progres » o avanzados.

¿Cómo se medita?

¿Cómo se medita en la práctica? Aunque genéricamente la meditación es lo que hemos dicho en líneas anteriores, las técnicas y prácticas de la meditación varían según las diferentes escuelas y maestros.

Hay técnicas complicadas, como la que se practica en el budismo zen, que no se adaptan del todo a la psicología de los occidentales, y las hay mucho más sencillas, como aquella que consiste en observar fijamente un objeto seleccionado sin apartar de él la mirada ni el pensamiento y dejar que en torno a él vayan aflorando en la mente otros pensamientos.

Para ponerse a meditar, algo esencial es tener el alma en paz o por lo menos no tenerla demasiado alborotada. Por lo tanto, una condición fundamental para ponerse a meditar es relajarse. Habrá que respirar profundamente varias veces, habrá que ponerse en una posición corporal cómoda, cerrar los ojos y relajar todos los músculos del cuerpo uno por uno, empezando por los píes y terminando por la cabeza.

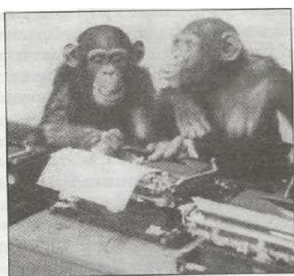
Cuando se tiene práctica, este ejercicio de relajación se realiza rápidamente, pero al principio habrá que hacerlo pacientemente.

Sin embargo meditar es un paso más avanzado que la mera relajación. Proponemos al lector una manera de meditación sencilla que no tenga la complicación de otros sistemas que requieren la presencia de un maestro. Presuponemos que el cuerpo está ya relajado *y* en una posición cómoda. Hay entonces que controlar la mente *y no* dejarla vagar ni saltar alocadamente de un tema a otro, como suele hacer de ordinario. Entonces, con los ojos cerrados centramos la imaginación en un tema y objeto. Por supuesto, *no hay que invocar a nadie;* se trata de sintonizar con todas las energías positivas del Universo.

Nos repetiremos una frase, por ejemplo: «Cada día soy mejor». La repetiremos lentamente y nos concentraremos en ella sin dejar vagar la mente. Al principio ésta saltará de un tema a otro sin ningún orden; pero esto no debe desanimarnos, ya que es tarea ardua *y* difícil conseguir dominarla, y sólo el tiempo, la paciencia y la constancia harán que lo logremos.

Este trabajo de dominar la imaginación es altamente beneficioso; aunque nos parezca que estamos perdiendo el tiempo en las muchas tentativas que tendremos que hacer para dominarla, no es así. Esta lucha se parece a los movimientos desacompasados que hacen los muchos





... oradores escritores
... y líderes políticos...
... y desgraciadamente tienen muchos seguidores.

Bebés en la cuna. Aparentemente son inútiles; en realidad cumplen una función muy importante pues están coordinando y poniendo a punto todas las conexiones nerviosas del cerebro, de modo que en el futuro éste funcione como un todo armónico.

En nuestra mente la imaginación y los impulsos instintivos e incontrolados suelen tener demasiada prevalencia precisamente por una falta de educación y entrenamiento; y este obligar a la mente a centrarse en una idea es un ejercicio excelente para su mejor funcionamiento.

Lo mismo que nos centramos en la frase «Cada día soy mejor» podemos centrarnos en otra como «Mis pulmones funcionan perfectamente», sobre todo tratándose de una persona en la que eso no sea así. Y a medida que lo repetimos deberemos imaginarnos a nuestros pulmones llenándose de aire puro y vaciándose y viendo cómo cambian de aspecto.

Tenemos que procurar cumplir este sabio y viejo axioma: «Si no tienes una cualidad y deseas tenerla, actúa como si ya la tuvieses».

Todo esto, aunque no lo parezca, es de gran importancia para el buen funcionamiento de la mente. Da la impresión de ser algo sin sentido, sobre todo si se compara con la adquisición de nuevos conocimientos. Pero no es así. Porque aquí de lo que se trata no es de saber más, sino de tener la mente preparada, no sólo para saber más sino para alcanzar un nuevo nivel de conocimiento. No se trata de echarle más agua al recipiente, sino de agrandarlo y acondicionarlo de modo que pueda recibir, además de agua, también otros líquidos que ahora no puede recibir. Ese es el gran beneficio de la meditación.

Peligros de la meditación

Junto a estas ventajas hay que prever también algunos peligros que la meditación conlleva. Algunas personas, debido a la conformación de su cerebro o de su personalidad, son proclives a saltar fácilmente a otros niveles de realidad y esto es peligroso si sucede sin haber tenido experiencia ninguna previa ni haberse preparado de alguna manera para ello.

Estos otros niveles de conciencia están muy relacionados con todo el mundo de entidades de que hablamos en otra parte y no es ni fácil ni conveniente moverse por ellos, sobre todo a principiantes sin experiencia y sin tener al lado una persona entendida que los oriente.

Por eso hay que estar muy atentos si a lo largo de la meditación, sobre todo cuando ésta se ha practicado ya durante un tiempo, comienzan a oírse voces o a tenerse visiones o a sentir sensaciones que claramente no pertenecen a nuestra realidad.

Entonces convendrá retraerse y no dejarse llevar a la deriva impulsados por la curiosidad ante un mundo completamente desconocido.

No digo que tales sensaciones sean malas de por sí, sino que para adentrarnos en ellas tenemos que proceder con mucha cautela y avanzar poco a poco, lo mismo que hacemos cuando avanzamos en la oscuridad. No debemos dar ningún paso adelante sin estar bien seguros del pie que dejamos atrás, para no caer, y extendiendo las manos hacia adelante para no tropezar.

El que se asoma a estos mundos mediante la meditación se está asomando a una dimensión desconocida y lo desconocido puede ser peligroso, pues no sabe uno con lo que va a encontrarse. Y más en este mundo espiritual, lleno de inteligencias de todo tipo y en donde predominan aquellas que no son demasiado benévolas para los humanos.

Si bien este tipo de experiencias son poco frecuentes en nuestro mundo occidental, modernamente se ha notado su incremento precisamente porque ha aumentado el número de personas que practican técnicas meditativas o cultivan de una manera u otra la elevación de su espíritu (yoga, meditación trascendental, control mental Silva, zen, etc.).

El peligro que puede haber en este despertar incontrolado a otros niveles de realidad es el ver la intimidad de la propia persona invadida por entidades nada respetuosas o caer en un estado delirante en el que el meditador se cree en comunicación directa con fuerzas superiores.

Estos peligros son muy reales y, de hecho, en la actualidad hay muchas personas que están seriamente afectadas por no haber tenido las cautelas necesarias en su aproximación —a través de la meditación o de otras maneras— a estos niveles superiores de conciencia.

De hecho hay muchas personas que creen ser videntes o estar recibiendo mensajes del más allá o poseer cualidades para curar o tener alguna misión asignada por entidades espirituales, cuando en realidad lo que son es víctimas de su propia audacia por haberse atrevido a entrar en un mundo para el que no estaban preparados.

Escuelas de evolución: sintonización (channeling)

En la actualidad, entre nosotros, se habla bastante de cuatro maneras de evolucionar espiritualmente: la sintonización («channeling»), la meditación trascendental, el control mental Silva y el yoga. Aunque a cada uno de sus representantes parecerá que es un error meterlos a todos en el mismo saco, en el fondo tenemos derecho a hacerlo porque las cuatro escuelas o «vías» conducen a lo mismo: a un despertar de la mente y a una evolución del espíritu.

Sobre la sintonización ya hemos dicho en otro lugar lo peligrosa que es, porque presupone que todas las entidades son positivas, lo cual es un craso error. El peligro se acentúa porque a los comienzos los que la practican suelen recibir beneficios, pero posteriormente la sintonización se convierte en una dependencia psíquica total, aparte de que los consejos de los guías, ciegamente seguidos por el individuo, suelen resultar inútiles o engañosos, y a veces funestos.

Meditación trascendental. Método Silva

La meditación trascendental ha sido beneficiosa para muchos y le sucede lo mismo que al control mental Silva: depende mucho de quién sea el que imparte las enseñanzas. Algunos instructores se quedan en lo anecdótico y más llamativo y no van a lo fundamental, dando una visión distorsionada de todo el proceso. Otros levantan expectativas falsas prometiendo cosas que luego no son así en la realidad o por lo menos con la viveza con que fueron presentadas. Pero, en general, creo que tanto la meditación trascendental corno el control mental Silva pueden ser útiles para hacer despertar a muchas personas del letargo mental y espiritual en que a todos nos sume esta sociedad fatua y mentirosa.

Sin embargo, también hay que poner en guardia a ciertas personas dotadas de una sensibilidad especial para las cuales tanto las prácticas de la meditación trascendental como las de Silva pueden ser perjudiciales. Si producen ciertos estados incontrolados de ansiedad o ciertas visiones o audiciones paranormales, deberían suspenderse y los instructores no deberían insistir en su continuación diciendo que eso desaparecerá más tarde. Por el contrario, suele aumentarse si se prosigue con las mismas prácticas. En esto hay que decir que, por estar de por medio el aspecto monetario, se cometen abusos al no querer que se pierda la clientela.

Yoga

En cuanto al yoga, es un método milenario de cultivar el espíritu y el cuerpo, que ha sido practicado con buenos resultados por millones de orientales y occidentales, aunque sus efectos no sean iguales

para todos.

El yoga tiene muchos aspectos y muchas vertientes, dependiendo del enfoque que le dé el gurú o guía a las enseñanzas. Pero creo que a muchas personas les haría un gran bien el practicar el yoga por un tiempo (tomándose antes el trabajo de escoger a un buen maestro, lo cual no es tarea fácil, pues hoy proliferan entre nosotros muchos que se llaman maestros y cuya preparación es solamente un cursillo de fin de semana). Con ello se desintoxicaría un tanto de los venenos que los medios de comunicación vierten en nuestras mentes.

Dianética

También se oye hablar en estos días de «dianética» como una manera de hacer despertar la mente. Desgraciadamente no tengo tan buenas referencias de ella y, aunque no la he practicado, puedo hablar basado en el testimonio de amigos que sí lo han hecho.

Al parecer, el aspecto económico es tomado con demasiado interés por sus dirigentes, lo cual por lo menos empeña la posible bondad de las técnicas y pone una nota de duda sobre la intención con que se aplica el método.

¿Cuál debe ser, pues, la actitud de los hijos de la Nueva Era ante la meditación? No creo que haya muchas dudas sobre ello si se han leído los primeros párrafos de este capítulo con atención.

Si queremos tener una verdadera vida holística, deberemos aprender a meditar de la forma que mejor se adapte al temperamento de cada uno, y dedicarle un tiempo cada día, aunque sólo sea el inmediato después de despertar por la mañana y antes de dormirnos por la noche, haciendo por supuesto una clara distinción entre el sueño y la meditación.

Esta nos llevará poco a poco a la unión de la mente, del alma, de los sentimientos, del yo profundo y de la parte espiritual que somos, con nuestro cuerpo a quien tan mal tratamos, con todos sus órganos, funciones y carencias. Sólo así tendremos un organismo completo en que ni lo material está enfermo ni lo espiritual anímico; y en donde la armonía de los dos nos llevará a una vida más llena y más feliz; y al mismo tiempo asomaremos nuestra mente a otros niveles de conciencia *y* de realidad que nos enriquecerán grandemente y nos ayudarán a sobrellevar mejor todas las dificultades de esta vida.

LA QUINCALLA DE LA NUEVA ERA

Qué entendemos por «quincalla»

En este despertar general de hoy, hay mucha «quincalla», es decir, demasiada parafernalia innecesaria que muchos confunden con el verdadero espíritu de la Nueva Era.

Hay mucha gente que tiene un genuino deseo de evolucionar. Cansados de una vida ramplona y de una sociedad asfixiante, mentirosa y fatua, tratan de superarla y de superarse, y se encuentran con los quincalleros que nunca faltan.

Tras los auténticos buscadores aparecen los buscones, los vendedores de nirvanas que no dudan en aprovecharse del ímpetu y de la buena fe de los que quieren asomarse a otras maneras de pensar y de sentir, y necesitan guías para ello
.

Es para reír y para llorar lo que en la actualidad está sucediendo en los medios de comunicación, y sobre todo en la radio. Y al mismo tiempo, esto nos revela el nivel tan bajo de preparación del pueblo, no sólo acerca de estas cuestiones, sino acerca de la vida en general. Y al decir pueblo, no nos referimos a las personas analfabetas o cuasia-analfabetas —que, desgraciadamente, aún quedan entre nosotros— sin ningún nivel cultural, sino que estamos hablando de gente que tiene su bachillerato o título universitario, y que son grandes consumidores de las revistas del corazón o de los diarios deportivos

Los «clarividentes» de los programas de radio

Estos días muchos programas de radio tienen su «vidente» fijo que responde con un desparpajo increíble las preguntas de todo tipo que se le hacen sobre el futuro y sobre la vida particular del consultante. Ni siquiera se toma el trabajo de entrar en trance o de, por lo menos, decir que lo está, aunque no fuese así. Oyen la pregunta, y sobre la marcha contestan como quien consulta una guía de teléfonos. Todo el porvenir está patente ante ellos como un libro abierto.

Y si es de admirar que haya gentes con una cara tan dura que se presentan como adivinos de todo lo divino y lo humano —o tan delirantes que lo piensan así sinceramente—, no es menos de admirar que haya tantas llamadas de otros tantos ingenuos que se tragan todas las cosas que el vidente dice o inventa.

En la actualidad se cuentan por docenas los programas de este tipo y para todos hay llamadas y consultas hasta bloquear las líneas de teléfono. Esto nos dice que el nivel cultural del pueblo —no importa cuántas películas se vean al cabo del día en la televisión— y su desarrollo intelectual están todavía a un nivel bajísimo, menos por creer tales patrañas que por el interés que muestran por ellas. Les atraen los programas de este tipo y todo lo que huela a adivinación.

La curiosidad es en principio buena; ella nos hace asomarnos a cosas nuevas y desconocidas, pero en este caso es una curiosidad mal dirigida y desorientada que lo único que hace es mantener entretenidos a los que la practican sin enseñarles nada nuevo y engañándolos a fin de cuentas.

Hay programas en donde se dice practicar la magia. Da la impresión de que el presentador lo hace por pasar el tiempo, pero los oyentes no lo entienden así y llaman con toda seriedad para que les digan qué tienen que hacer para solucionar algún problema.

«Coja Ud. una taza de barro negro, échele dentro tres piedras blancas, cúbralo con una cinta roja *y* póngalo todo debajo de la cama durante una semana. Sus problemas desaparecerán.» Y el mentecato del oyente hará al pie de la letra lo que se le dice con la esperanza de que el asunto en cuestión se le va a solucionar.

Hay que reconocer que a veces esta patochada de la taza con las cintas actúa igual que lo hacen los placebos. Ponen a funcionar ciertas fuerzas misteriosas dentro de la mente del consultante y fuera de ella, que hacen que el problema se resuelva en realidad. La disposición de la mente humana es de enorme importancia, tanto para curar las propias enfermedades como para arreglar problemas externos.

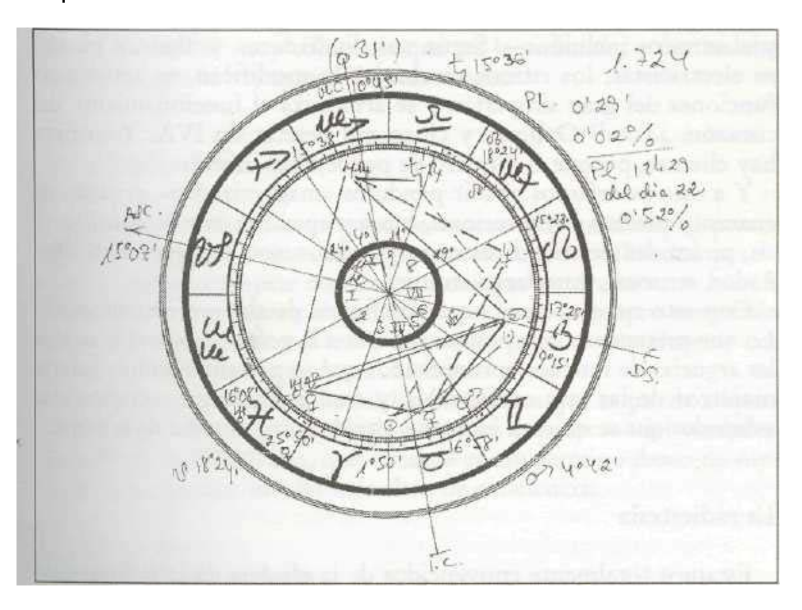
Pero la mayor parte de las veces el absurdo remedio no sirve más que para humillar la credulidad del consultante que, muy probablemente, encontrará —sí vuelve a llamar a la semana siguiente y con la ayuda del director del programa— una causa para explicar el fracaso del remedio. Y si por el motivo arriba dicho o por casualidad se resolviese el problema, tendríamos otro ciego seguidor del vidente o mago de turno y oyente asiduo de ese o de otros programas similares.

Aunque a algún lector pudiera parecerle extraño, creemos en la magia cósmica. Creemos que hay cosas que funcionan sin que conozcamos sus profundas causas y los motivos que no son ciertamente los normales a que estamos acostumbrados. Creemos que hay cosas que están profunda y misteriosamente relacionadas entre sí sin que nosotros sepamos cómo ni por qué, y contra lo que la lógica o el sentido común nos puedan decir.

Pero de eso a que creamos en las magias caseras e improvisadas y dichas a bote pronto a través de un micrófono, hay una gran distancia.

Los horóscopos

Sucede lo mismo con los horóscopos. Respetamos la astrología seria, pero no creemos la que periódicos y revistas publican a día-



Creemos en la astrología practicada seriamente. No creemos en los horóscopos de revistas y periódicos que de ordinario están hechos a la carrera por aficionados.

rió, hecha muchas veces por gentes que no tienen idea de lo que es la astrología y que inventan sobre la marcha hasta llenar el espacio asignado en la publicación.

Creemos —y después de los estudios de Gauquelin, Picardi Brown estamos totalmente convencidos— en la sutil influencia que los astros ejercen tanto en el cuerpo humano como en su psiquismo, Indudablemente, los rasgos fundamentales del carácter de una persona vienen indicados por la hora y el lugar de su nacimiento. Pero de eso a lo que leemos en los diarios y revistas hay un gran abismo.

La chatarra mágica

Entre la quincalla de la Nueva Era hay que contar también con el «instrumental» que hoy se vende en muchos de los llamados Centros para el despertar de la conciencia.

Últimamente, para no quedarse atrás en esta era electrónica, han aparecido las «máquinas de la felicidad», que suelen consistir en una especie de cascos más o menos historiados —con lentes, auriculares y electrodos incluidos—. Según sus diseñadores, y algunos no son ni electricistas, los ritmos cerebrales se modifican, se activan las funciones del gran simpático y se armoniza el funcionamiento del corazón. ¿Total? Ochenta y cinco mil pesetas sin IVA. Y siempre hay clientes, porque el número de pendejos es infinito.

Y a esto podríamos añadir péndulos «magnetizados», cristales de cuarzo y piedras semipreciosas, luces y aparatos para la autohipnosis, pirámides de muy diversos materiales, tarots especialmente diseñados, sensores, y un largo etcétera.

Con esto no queremos negar la eficacia de algunos instrumentos. Lo que pretendemos es poner en alerta a la gente de buena fe contra las argucias de muchos aprovechados que se presentan como guías y maestros de las vías espirituales, y son únicamente comerciantes avispados que se quieren lucrar a costa

de la ingenuidad de la gente,

La radiestesia

Estamos totalmente convencidos de la eficacia de la radiestesia o arte del péndulo cuando es manejado por verdaderos expertos, El que sus logros se parezcan a verdaderos milagros no quita nada a su autenticidad. Después de las prácticas y de los escritos de los sacerdotes Mermet y Bourdoux, cada uno por separado, y de otros autores y profesionales serios, no puede haber duda de la autenticidad y eficacia de la radiestesia.

Pero hay que estar muy alerta contra los que venden péndulos «magnetizados», «ionizados» y hasta «uperisados», porque la virtud del péndulo no está en él ni en el material de que esté hecho, sino, en último término, en el brazo y en el cerebro del que lo usa.

Las pirámides

Lo mismo se puede decir de las pirámides. Sobre ellas se ha escrito mucho, *y* aunque no todo es de fiar, porque algunos autores exageran un poco sobre ello, es un hecho comprobado que la forma piramidal posee unas cualidades extraordinarias que, bien conocidas y usadas, pueden llevar a resultados sorprendentes.

Pero una cosa son las propiedades que puedan tener y lo que se pueda conseguir en un habitáculo de forma piramidal, y otra muy diferente, lo que un pendiente o medallón en forma de pirámide pueda hacer. Por muy coloreada que sea la pirámide, y por muchos «poderes» que le hayan podido comunicar.

Los cristales de cuarzo

Es indudable que los cristales de cuarzo son un material privilegiado, y tampoco se pueden negar sus especiales cualidades, pero el que los quiera comprar tendrá primero que enterarse muy bien de hasta dónde llegan sus propiedades y poderes —siempre exagerados en los libros dedicados al tema— y, sobre todo, si es realmente cristal de cuarzo lo que le están vendiendo.

Toda esta parafernalia, incluida la auténtica que se puede adquirir en centros serios, es sólo la hoja —a veces hojarasca— del verdadero espíritu de la Nueva Era, que consiste en un genuino deseo de superarse y de alcanzar niveles más altos de conciencia.

La búsqueda de poderes

Sucede con frecuencia que los que asisten a cualquiera de los muchos centros para la expansión de la conciencia y para el progreso espiritual lo que tienen en mente es «adquirir poder», lo que es un craso error, y de entrada están viciando su evolución en el camino del espíritu.

Hoy día hay centros para cosas tan extrañas como es el levitar el poder tener desdoblamientos o hacer viajes astrales. Es cierto que hay que pagar bastante por estos cursos, pero también es cierto que algunos logran lo que se pretende. Pero con frecuencia lo logran para su mal, porque todos estos «poderes» no son más que juguetes peligrosos con los que no se beneficia nada la elevación del espíritu.

Muchas veces sirven para entrar en contacto con otros niveles de existencia sin que el que lo practica esté preparado para ello, lo cual le puede traer muy graves consecuencias. El que alguien tenga alguno de estos poderes —como puede ser el de curar— no quiere decir automáticamente que sea una persona mejor, ni que haya evolucionado espiritualmente. Simplemente quiere decir que ha aprendido un mecanismo «secreto» para lograr algo que no tiene mucho de espiritual, como es poder elevarse del suelo o poder desdoblar su cuerpo.

Las curaciones paranormales

Muy unido a toda esta parafernalia está el poder de curar por medios paranormales. Sobre ello diremos algo puesto que es un tema de suma importancia que ya ha sido ampliamente tratado en otros

lugares {*Curanderismo y curaciones por la fe.* Martínez Roca; *y Los curanderos.* Editorial Universitaria.)

Hoy día hay personas que se dicen «sanadoras» o «curanderos» que pretenden curar cualquier tipo de enfermedad y de las maneras más dispares. No negamos que tal poder exista, lo hemos podido comprobar en muchas ocasiones. Pero, dejando a un lado aquellos que actúan de mala fe, creemos que en la actualidad hay muchos individuos que con buena intención se dedican a curar, pero que sus capacidades son sólo una ilusión de sus mentes. En otras palabras, hay muchos alucinados metidos a curanderos o que están llevando sus actuaciones más allá de lo que son sus capacidades.

Por eso, cuando alguien después de haber visto que la ciencia médica oficial no puede curarlo se decide a ir a un sanador, deberá enterarse bien en qué manos se pone. Si el sanador, de entrada, le pide una cantidad grande de dinero, mi consejo es que se olvide de él o que por lo menos le prometa dársela sólo sí se realiza la curación. Pero lo más probable es que haya dado con un vividor. Los buenos curadores no piden grandes cantidades de dinero. O no cobran en absoluto o se limitan a pedir «la voluntad», o piden una cantidad razonable.

Pero el lector, en cuanto a la realidad de las curaciones paranormales, no debe tener duda alguna. Es un hecho tan cierto como que existe la luz, que hay personas que, por la causa que sea, tienen el poder con la sola imposición de sus manos o de otra manera «ilógica» de aliviar un dolor o de curar una enfermedad donde la medicina oficial no había podido hacer nada.

«Guías» verdaderos y falsos

En medio de todo este maremágnum, ¿cómo poder distinguir lo verdadero de lo falso? En cuanto a «guías» o «gurúes» se podría decir lo mismo que de los curanderos. Si de entrada piden por un «curso», o por dirigir a uno, una cantidad exorbitante de dinero, deberá evitarse tal curso y tal «gurú». Cuando lo crematístico es tan descarado, uno debe sospechar que el móvil de todo es el dinero, lo cual es diametralmente opuesto a lo que se busca.

Aparte de esto, en el trato de la persona que escojamos como «guía» o ayudador, y en su propia vida, se echará de ver enseguida si su interés primordial es el dinero o si es realmente alguien que quiere ayudarnos en las vías del espíritu.

En Occidente estamos empezando a despertar en este particular y por eso hay pocos guías auténticos que sepan dirigir a otros en los complicados laberintos de la mente y del espíritu.

Muchos que se presentan como guías, como dijimos anteriormente, con frecuencia adquieren su maestría en el arte de dirigir, en un curso de fin de semana y nunca han practicado las enseñanzas que imparten.

Hay otros que se gradúan en una escuela específica, son fanáticos de ella y de sus métodos, y hablan mal o con desconfianza de todas las demás.

Si alguna vez, lector, oyes a un guía o instructor de cualquier movimiento o escuela, por antigua y honorable que sea, decir que la única verdad y el único método válido es el que él presenta, espera a que acabe, por cortesía, pero no vuelvas más. Nadie tiene la exclusiva de la verdad y nadie tiene a Dios agarrado por las barbas.

Los caminos de ascensión del alma son muchos y muy variados aunque a veces parezcan contradictorios. Pero uno tiene que estar con la mente muy abierta y ser muy tolerante para las vías y los métodos de los demás.

Es lícito hacer hincapié en el método propio, pero no se puede despreciar a los demás como si no valiesen para nada.

Como resumen de todo diremos que, cuando uno se introduce en los vericuetos del espíritu, tiene que estar muy alerta; como dice el fundador de los jesuitas, Ignacio de Loyola, «es grande el peligro de la vida espiritual cuando sin freno de discreción se corre por ella».

No hay ni que sugestionarse ante hechos o palabras que nos puedan parecer extraordinarios o del más allá, pronunciados por iluminados con un enorme poder de atracción, ni que dejarse embaucar por profesionales del engaño, a quienes lo menos que les interesa es el despertar mental de sus alumnos, y lo que primordialmente buscan es su dinero. Lejos de querer remediar nuestros problemas y de mejorar vidas, lo que quieren es arreglar la suya valiéndose de la ingenuidad de sus discípulos.

REVALUACION DEL DEPORTE

Fenómeno social creciente

Hoy día es importante que revaluemos el deporte porque en los tiempos modernos se ha convertido en un fenómeno social de gran envergadura que rivaliza con el otro gran fenómeno social que es la religión y que, día a día, le roba adeptos. Es cierto que las dos cosas se pueden compaginar perfectamente, pero el número de los aficionados al deporte crece mientras que el de los adictos a la religión decrece constantemente.

Hasta hace poco el mundo occidental estaba profundamente dividido en dos bandos que se miraban con gran desconfianza. Sin embargo, en todo lo que tenía que ver con **los** deportes había una gran comprensión. En un planeta en donde tantas cosas funcionan mal y desorganizadamente, el mundo de los deportes está perfectamente organizado.

Una organización perfecta

Hay un Comité Olímpico Internacional al que todas las naciones, incluso aquellas que son reacias a obedecer las directrices de las Naciones Unidas, se someten mansamente.

Cada cuatro años se celebran unos juegos olímpicos internacionales que son un modelo de organización. La ciudad en donde se van a celebrar se designa con seis años (!) de anticipación para que tenga tiempo suficiente de tener a punto todos los detalles. Y cada cuatro años hay un campeonato mundial de fútbol para el que no hay fronteras y que es contemplado a través de la televisión por, prácticamente, el mundo entero.

Hasta hace pocos meses cruzar el telón de acero no era cosa fácil, y más allá de él no encontraba uno muchas facilidades para moverse. Sin embargo no era así para los deportistas. Los equipos de los diferentes deportes cruzaban dicha muralla con toda facilidad, y los campeonatos en que participaban equipos de los dos bandos era muchos. Para ellos no había restricciones de movimientos.

Todo esto debería hacernos reflexionar sobre cuáles son las fuerzas que están detrás de todo el mundo del deporte, tan bien organizado y con tantos millones de fervientes seguidores. No es posible que una humanidad que tan mal se ha llevado a través de los siglos, de repente haya encontrado algo en lo que ha sido capaz de ponerse de acuerdo con un orden, una obediencia y una sumisión increíbles.

Cuando a los equipos ingleses se les prohibió participar en competiciones internacionales, a pesar de la dureza de la sanción, lo acataron mansamente y se pasaron varios años sin salir de sus fronteras.

¿Cómo puede uno explicarse este fenómeno tan inesperado y tan chocante? Indudablemente, tiene que haber algo detrás de todo esto con unas raíces muy profundas. De ello hablaremos enseguida.

Antes analicemos qué es el deporte en sí y cuáles son sus clases.

El deporte como competición y como espectáculo

Deporte es competición, lucha, tratar de superar a alguien en alguna destreza.

Hoy día esta es la parte que prima en el deporte organizado sobre la otra que también es el deporte: exhibición de facultades, muestra del dominio sobre algo, o como se dice hoy día, «show». Estos son los componentes principales del deporte.

Alrededor de ellos, sobre todo alrededor del aspecto competitivo, se mueve una ingente cantidad de dinero que no es sino la traducción del enorme interés que suscita en los ánimos de la mayor parte de los habitantes de este planeta.

El deporte observado y el practicado

Aparte de esto y antes de seguir adelante, habrá que hacer una gran distinción entre el deporte que es practicado *y* el que es sólo observado. En el primero, el individuo ejercita sus músculos y todo su ser mientras que en el segundo se trata sólo de contemplar, aunque los que tal hacen se envuelven anímicamente tanto como los que lo practican, y en muchas ocasiones, más.

Hoy día, con la ayuda de las escuelas y de muchos organismos oficiales, el número de personas que practican el deporte, por lo menos durante la juventud, es cada vez mayor. Pero en lo que se refiere a interesarse se puede decir que prácticamente todo el mundo tiene algún interés en alguno de ellos; y se puede decir que la mitad del globo está activamente interesada.

La práctica del deporte, si no se hace de una manera exagerada, suele reportar beneficios a los deportistas, los mantiene ocupados en un quehacer sano, y activa su circulación y sus músculos con el ejercicio, lo cual es bueno para la salud. Todo lo contrario que el que no practica ninguno ni su trabajo le permite hacer algún ejercicio físico por trabajar sentado en el sillón de su oficina; a la larga, su cuerpo se resentirá de esta falta continua de ejercicio. Sin embargo, la práctica del deporte también se puede convertir en un mal cuando toda la vida se hace girar en torno a él, convirtiéndolo en la más importante de las actividades del individuo. Esto es un error y tales individuos suelen ser gente de pocas ideas y poco evolucionados mental y espiritualmente.

Pero volvamos a los dos aspectos del deporte: competición y exhibición. Aunque ambos unidos lo constituyen, son sin embargo muy diferentes entre sí.

El deporte como espectáculo puede ser muy bello y tener muchos valores estéticos. Por ejemplo, en una exhibición de saltos de trampolín, de patinaje artístico, de argollas o de barras y hasta en un buen partido de fútbol, en que se ve cómo se engrana desde atrás una jugada con pases exactos, paredes veloces y remates fulgurantes. Indudablemente, en todo esto hay una belleza estética innegable.

Cierto que hay otros deportes en que tal belleza es difícil de admirar: un combate de boxeo o una marcha maratónica pero en todo caso hay una exhibición de destreza y de dominio muscular que no deja de ser admirable.

Muy diferente es el otro aspecto del deporte: el aspecto competitivo. Hay deportes en que tal no se da o sólo secundariamente, porque no hay lucha ni confrontación directa con otro deportista.

Ejemplo, el atleta que hace sus difíciles movimientos en las anillas o el que levanta pesas no está luchando directamente contra nadie sino contra sí mismo y contra sus músculos para llegar a la perfección de los movimientos requeridos. En un partido de baloncesto, en cambio, y más aún en un combate de boxeo, el deportista batalla directamente contra alguien y procura destruir o impedir las acciones del otro y en algunos casos destruirlo a él mismo, como en el boxeo o en la lucha libre.

En este aspecto el deporte pierde belleza, pues se atiende más a ganar que a hacer cosas bellas, y pierde dignidad al convertirse en una pelea.

Sin embargo gana en excitación, y eso es lo que desean los espectadores, y por eso paga la mayoría de ellos. A muchos les interesa menos la belleza del juego o la perfección de movimientos que la victoria de su equipo. Prefieren ver un espectáculo de mala calidad pero que gane su equipo. Y esto es lo que rebaja la calidad del deporte.

Este, en muchas ocasiones, es sólo el vehículo para otro «deporte» mucho más dudoso que es el mundo de las apuestas. Entonces lo auténtico del deporte pasa por completo a un segundo plano y se degrada del todo. Y desgraciadamente hoy día el mundo del deporte está muy unido al de las apuestas y del dinero.

De los iniciales juegos olímpicos griegos a los juegos olímpicos actuales hay poca diferencia, en el aspecto «exhibición»; pero hay millones de dólares de diferencia, en el aspecto «organización».

La violencia en los estadios

Y aquí entra de lleno un tema muy moderno, que ha hecho su aparición hace muy poco tiempo y que se ha convertido en un verdadero problema, no sólo para las autoridades, sino para todos aquellos sinceros amantes del deporte que quieren asistir a los campos de juego con el lícito deseo de ver un espectáculo. Nos referimos a la violencia en los estadios.

Hace unos pocos años empezó a notarse que una parte de los asistentes a los partidos de fútbol —mayormente jóvenes— formaban grandes algaradas cuando su equipo perdía, y a veces incluso cuando estaba ganando. Las algaradas no sólo consistían en quemar bengalas y lanzar objetos al campo, sino también en organizar auténticas batallas campales en las que con frecuencia había muertos. En alguna ocasión los muertos se contaron por docenas, y los desperfectos al estadio, por docenas de millones.

Son unos «rebeldes sin causa» que van al campo con la premeditada idea de armar camorra contra quien sea. Es como si tuviesen un demonio interior que los forzase a hacer toda suerte de salvajadas y a portarse como energúmenos. Desde la víspera empiezan a beber y a intoxicarse con drogas, de modo que a la hora de empezar el partido están como posesos y da la impresión de que lo que pasa en el campo les importa muy poco.

Es un espectáculo triste y bochornoso el ver a aquellos seres humanos comportarse como bestias, arremetiendo no sólo contra otros seres humanos que nada les han hecho, sino contra asientos, vallas, alambradas y contra todo lo que esté a su alcance como si fuesen toros bravos que embisten por un ciego impulso interno.

¿Por qué esta conducta, por otro lado tan generalizada? Parece que ha habido un contagio psíquico entre todos los «hinchas» de los equipos más famosos, pues tal conducta incontrolada se extendió muy rápidamente por todo el mundo;

La manipulación electrónica de las masas

Aparte de otras causas que los sociólogos y psicólogos apuntan, creo que la razón profunda para esta conducta inexplicable hay que buscarla más allá de los estadios y de los mismos fanáticos. Esto que voy a decir es de suma importancia, aunque a algunos pueda parecerles delirio o ciencia ficción.

Los seres humanos desconocen que, desde no hace muchos años, estamos siendo sometidos a través de la atmósfera a un verdadero bombardeo de ondas de muy baja frecuencia que producen en ciertos cerebros unos efectos muy especiales. Son experimentos que desde las sombras grupos de maníacos del poder, con una gran influencia política y económica, están llevando a cabo para ver como llegan a controlar el planeta entero. Lo que hemos visto en algunas películas de ciencia ficción es la pura realidad.

Estas ondas tienen el poder de predisponer el cerebro para explosiones de furia incontrolada o de someterlo, por el contrario, a un estado de pasividad en el que el individuo pierde el interés por todo y se convierte en lo que ahora ha dado en llamarse «pasota».

Esto que estamos diciendo, a muchos les sonará a invención o a delirio de persecución, pero hay bastantes hechos que inducen a sospecharlo aunque no lleguemos a tener pruebas firmes para



Esto es lo que les pasa a algunos fanáticos del fútbol o de otros deportes cuando los convierten en el centro de sus vidas y en su principal o casi único foco de atención.

demostrarlo. Sobre este tema se podría escribir mucho, pero nos llevaría demasiado lejos.

Otra causa para la violencia

Muy relacionada con ésta hay otra causa de la loca violencia en los estadios. Es la que apuntamos en el capítulo de las otras realidades El deporte organizado y generalizado es la estrategia moderna que las entidades invisibles que rigen el mundo han añadido a las otras cinco clásicas para extraer de la humanidad lo que en ella buscan y para, a fin de cuentas, controlarla.

Con el permiso del lector transcribiré unos párrafos del libro *Defendámonos de los dioses:* «Recuerde el lector lo que habíamos dicho, que los dioses pretendían en primer lugar para lograr lo que en último término buscan. Pretenden juntar a la gente y excitarla de alguna manera para así obtener de una manera unificada la energía que emana de sus cerebros.

»Imagine ahora el lector un estadio un domingo a las tres o cuatro de la tarde, repleto de gente vociferando y gritando hasta enronquecer, presos de la angustia o de la ira si su equipo está perdiendo, y exultantes de gozo, si su equipo gana. Y piense que a cuarenta o cincuenta kilómetros de distancia en la ciudad próxima, se está repitiendo el mismo espectáculo. Y si pudiese remontarse a una gran altura, y tener una vista de águila, vería que en toda la nación, en ese mismo momento, hay cientos de campos de deportes y de estadios repletos de gente vociferando con el mismo entusiasmo. Y si se eleva aún más, verá que no sólo en su nación, sino en todo el mundo hay miles de campos llenos de gente exultante o aullante».

«Lo mismo que la abejas o los abejorros —continúa la cita— se suspenden en el aire encima de la flor, chupando el néctar que ésta destila, nos imaginamos a estos invisibles seres meciéndose encima de los estadios, con su característico balanceo, mientras 'chupan' las sutilísimas ondas que en aquellos momentos emanan los excitados cerebros de toda aquella masa humana.

»Y esto, domingo tras domingo y año tras año por encima y al margen de todas las crisis políticas, económicas y sociales, y hasta por encima de las dificultades climatológicas, ya que es cosa bastante frecuente que los partidos se celebren en días ventosos y con temperaturas bajo cero y aun con los campos encharcados o cubiertos de nieve como sucede con el fútbol norteamericano...»

Y citando del mismo libro hacemos una digresión, que aunque sea un poco de soslayo, puede venir muy bien aquí, pues está relacionada con lo que estamos diciendo: «Piense por un momento el lector en la llamada 'fiesta nacional' ¡Qué estrategia genial de algún dios ibérico para conseguir lo que muchos de ellos quieren!

»Un coso abarrotado de seres humanos apiñados y vociferantes, enardecidos por un lado con las bravas arremetidas del toro, y angustiados por otro ante la posibilidad de una cogida mortal. Cada quiebro del diestro genera una onda psíquica gigante y rítmica que sale de la plaza y se remonta invisible hacia las alturas.

»Y para rematar la gran faena que los dioses nos hacen a los hombres, en el medio del ruedo, como en un altar imponente, un hermoso toro (¡exactamente igual al que los dioses demandaban de sus adoradores de antaño!), soltando chorros de sangre caliente y entregando violentamente en segundos toda su pujante vida al filo del estoque».

Y finaliza la cita con estas palabras: «Los hombres jugando con el animal, y los dioses jugando con el hombre. Pero el hombre no se da cuenta».

Volviendo a la violencia en los estadios {y sin dejar de ver el otro tipo de violencia que existe en las corridas de toros), si cincuenta o cien mil espectadores gritando excitados al unísono «¡penalty!» son una gran fuente de energía psíquica, no lo es menos un millar de ellos, frenéticos hasta el paroxismo, enfrascados en una batalla campal —con muertos incluidos— contra otros mil. Ciertas inteligencias están muy interesadas en este deporte marginal y salvaje que se practica en los graderios. Esta es, por extraño que pueda parecer, otra de las causas profundas de esas inexplicables algaradas de los estadios.

Por supuesto que de esto al verdadero deporte, en el que el ser humano muestra su destreza sobre su propio cuerpo, y llega a realizar proezas imposibles, hay todo un abismo.

Parte positiva y negativa del deporte

Resumiendo todo lo que llevamos diciendo: El deporte tiene aspectos positivos. Practicado racionalmente hace desarrollar un cuerpo armónico, y nos mantiene sanos. Y considerado de una manera general, hay que reconocer que rompe muchas barreras (nacionales, raciales, culturales,

lingüísticas, familiares) y, además de hacernos conocer a otros pueblos, nos une y nos humaniza.

Pero, por otra parte, el deporte, tal como se realiza hoy, tiene muchos puntos negros. En primer lugar, engendra fanáticos que sólo saben de su equipo y que ven como enemigos a los que no siguen los mismos colores. Además puede atontar la mente sin dejarla evolucionar al enfocar toda su atención en una sola dirección olvidándose de muchos otros valores culturales y humanos, y eso sin decir nada de los muertos y heridos que todas estas salvajadas han ocasionado y de los muchos Sesionados que resultan cada año en deportes demasiado violentos.

Aparte de esto, hoy, por desgracia, hay mucha gente que hace del deporte el punto central de su vida. Se espera la llegada del domingo como el momento crucial de la semana con el partido por la televisión, con los resultados de todos los partidos o con la asistencia personal al estadio. Para una persona así la vida a la larga tiene que convertirse en un aburrimiento con el mismo espectáculo domingo tras domingo.

Y lo que este fin de semana acapara toda la atención —toda la existencia— del fanático, que no es otra cosa que la victoria de su equipo, al cabo de unas pocas semanas ya no podrá recordarlo y no sabrá quién ganó el campeonato del año pasado. Todo habrá sido una energía perdida por una causa que no merece tanta atención.

Resumiendo, el deporte está bien como un postre, un canapé, como un pastelito, pero de ninguna manera puede ser el alimento fuerte de un hijo de la Nueva Era.

TELEVISIÓN Y BORREGUISMO

La fuerza de la televisión

La televisión, igual que antes lo hizo la radio, está haciendo cambiar con rapidez la mente de millones de personas. Lo que hay que ver es si este cambio es para bien o para mal.

No negamos que la televisión tenga sus aspectos positivos en cuanto que abre la mente de mucha gente que hasta que las pantallas de la televisión no vinieron a casa a traerle muchas otras imágenes del mundo, lo desconocían casi todo acerca de él.

En todo lo que aquí digamos no nos referimos primordialmente a estas personas que hace ya tiempo dejaron la juventud y para quienes la televisión fue como una ventana que se abría hacia un mundo que hasta entonces había estado completamente cerrado para ellos.

Nos referimos más bien a los jóvenes y a las personas adultas que aún están en edad de formarse, de evolucionar y de crear.

La fuerza de la televisión es enorme. Bombardea la mente con multitud de imágenes y con ellas es capaz de producir sentimientos profundos. Este es su fuerte y este es su flaco. Cuando esas imágenes están destinadas a producir sentimientos nobles, tendremos programas constructivos y buenos. Pero cuando esas imágenes son ramplonas y a la larga fomentan lo feo, lo grotesco y lo malo, entonces la televisión se convierte en un instrumento fatal para las mentes de los videntes y para la sociedad entera.

Y desgraciadamente este es el caso en muchos de los programas que la televisión nos presenta en la actualidad. Sin negar que hay programas buenos y constructivos, hay que decir también que abundan los nefastos o de un gusto atroz.

Cuando la televisión estatal era un monopolio tuvo ocasión en los muchos años que duró aquella situación de hacer mucho por la educación de los españoles, y sin embargo no lo aprovechó. Gastó su tiempo en hacer alabanzas del régimen, en mentirnos sobre el estado de la nación, en encubrirnos las trampas de los gobernantes o en endilgarnos reportajes bélicos o de alabanza al glorioso ejército nacional. Ahora han aparecido las televisiones privadas y estamos presenciando los esfuerzos de la televisión estatal por no quedarse atrás con respecto a las programaciones populacheras de aquéllas. Lo que importa es no perder audiencia aunque el nivel de los programas sea cada vez más bajo.

Televisión y pornografía

Con la televisión privada hemos ganado algo: sus noticias no son la sarta de mentiras que por años tuvimos que padecer en la televisión oficial en todo lo que se refería a las actuaciones del Gobierno. Pero aparte de eso, poco hemos ganado en cuanto a programas de calidad se refiere. Nos han traído un destape total disfrazado de erotismo artístico, y la televisión estatal, para no quedarse atrás, ha replicado inmediatamente con más desnudos y películas porno de tercera calidad.

En este particular, y distando nosotros mucho de ser mojigatos, creemos que el que quiera pornografía puede tenerla, pero nos parece un abuso exhibir ciertas películas a horas en que puedan resultar ofensivas para muchas personas y para muchas mentes infantiles. El sexo, de ninguna manera es malo en sí, pero hay que practicarlo, al igual que otras funciones corporales, con discreción y en determinados momentos y lugares. No se puede defecar en público por muy natural que sea tal acto. Y en los diferentes canales de televisión parece que se ha desatado una loca competencia por ver cuál de ellas se atreve a más. Es una triste y vulgar manera de aparecer como modernos y vanguardistas.

A veces da la impresión de que, para ser presentador de un programa en la televisión, ayuda mucho el ser marica, lesbiana, travestí, maníaco sexual o un excéntrico amante de lo estrafalario. Hay muchos ejemplos para probarlo.

Da la impresión de que los altos dirigentes de la televisión tienen dentro un genio maligno que los incita a molestar a buena parte de la sociedad con programas malos. Por lo menos a la gente de buen gusto y un poco más evolucionada, aunque puede ser que a la gran masa le encante lo que se exhibe aunque eso los haga todavía más masa.

En tiempos de nuestro padre Franco teníamos que aguantar aquellas películas y documentales sobre

guerras y sobre el espíritu castrense en los que se ensalzaba al glorioso ejército nacional y se hacía recuento del brillante historial bélico de la patria.

Gracias a Dios, hoy eso ya casi no se ve; pero hoy día aquello se ha cambiado por los horrendos «videoclips» que deberían estar prohibidos por ley, porque son perjudiciales para la salud corporal y atentan contra el buen funcionamiento de las neuronas. Pero los «genios» que dirigen la televisión nos propinan dosis abundantes para atontar con ellos las mentes de los jóvenes y para levantarles dolor de cabeza a los adultos.

Deberían ser suficientes, para los que quieren olvidarse de este mundo por un rato, esas novelas-culebrones de trescientos capítulos llenas de enredo y morbo en las que el cura acaba siendo el padre de la criatura y la señora de la casa tiene amores inconfesables con el gato. Porque todo es posible en esos interminables engendros que parece que son inventados sobre la marcha por sus autores.

La publicidad en la TV

Pero al hablar de la televisión, forzosamente hay que hacerlo también de los anuncios. En eso sí que la televisión es maestra y más que ella las agencias de publicidad que los preparan. Hay que reconocer que en su mayoría están muy bien hechos, tanto desde el punto de vista comercial como del artístico. Es cierto que fomentan el consumismo enormemente y que, en no pocas ocasiones mienten de una manera descarada; pero no se puede negar que están muy bien hechos en relación con el fin que se proponen.

Y en este punto habría que hablar de la propaganda subliminal que viene camuflada en esos anuncios. Si hemos de creer lo que Wílson Bryan Key nos dice en su libro *Seducción subliminal* (Diana), las mentes de los televidentes son bombardeadas subconscientemente por las imágenes que aparecen en la pantalla. Según él dice



He aquí un ejemplo de lo que decimos en el texto. Este aparentemente inocente anuncio en que una niña admira su muñeca está lleno por todas partes de la palabra «sex» impresa en caracteres microscópicos de modo que el ojo no las ve conscientemente, pero que, sin embargo, son percibidas por la mente inconsciente (de los padres y madres de los niños, naturalmente). Por supuesto que en esta copia se podrán apreciar aún menos de lo que se podía en el original.

Imbuida en el dorso de la mano derecha de la niña a la mitad del nudillo del dedo índice hay un mosaico de SEXOS. También hay otro mosaico en la palma de la mano derecha de la muñeca. En la mejilla derecha de la niña justo a la derecha de la oreja hay un gran «SEX». En el cabello de la niña de la mitad yendo hacia abajo hasta el área luminosa de su pelo hay otro «SEX» que de hecho es un mosaico. Además hay docenas de «SEXOS» ubicuos en toda la fotografía. en el subtítulo de su libro, «después de conocer la publicidad subli-minal usted nunca verá un anuncio como antes».

Está probado que algunos comerciantes y agencias de publicidad recurren al sexo para hacer entrar más suavemente su producto. Para ello hacen que la palabra «sexo» aparezca disimulada y repetida,

a veces con caracteres microscópicos y siempre velados, en las imágenes que presentan lo que quieren vender.

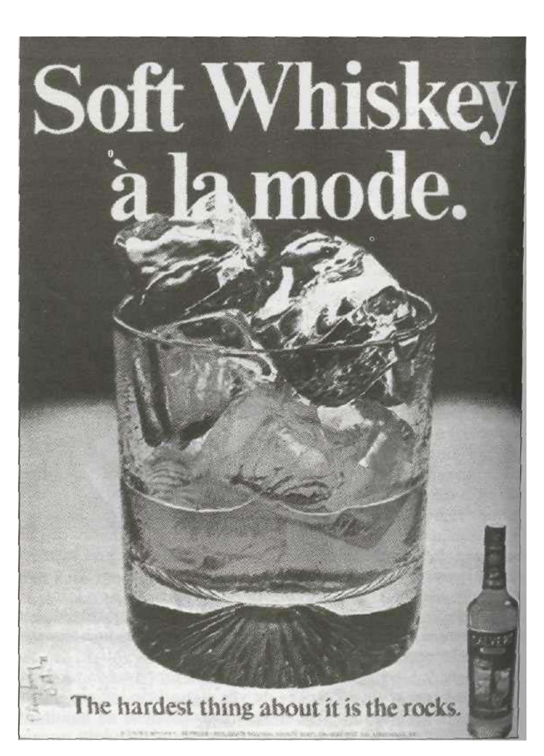
Hace años se probó que en algunos anuncios en el cine y en la televisión aparecían unas imágenes rapidísimas que el ojo humano no captaba de una manera consciente, pero que quedaban almacenadas en el subconsciente, desde donde ejercían su efecto en las decisiones del comprador. Tal tipo de propaganda fue prohibida, pero desde entonces acá se han inventado otras maneras de introducir en la mente del espectador de una manera inconsciente o semí-consciente lo que el anunciante quiere.

Por eso hay que estar siempre en guardia contra lo que la televisión y otros medios de comunicación nos dicen, sea en el ámbito comercial, en el político o en el meramente informativo. Uno tiene que oír la noticia, sea del tipo que sea, y someterla a juicio. Y en cuanto a los productos que se anuncian mucho, hay que pensar siempre que todo lo que se gasta en promoción —y los anuncios en televisión son enormemente caros— va en detrimento de la calidad del producto la mayor parte de las veces, y por supuesto, en detrimento del precio. El comprador debería preferir otro producto que no haya sido tan anunciado, porque, lógicamente, el dinero que no se ha gastado en publicidad hará que el producto sea más barato y probablemente mejor.

Es muy cierto que la televisión no es una escuela, pero tampoco debería ser un instrumento de deformación. Y en la actualidad lo es. La gente se entontece viendo tantos programas mediocres y tantas películas necias.

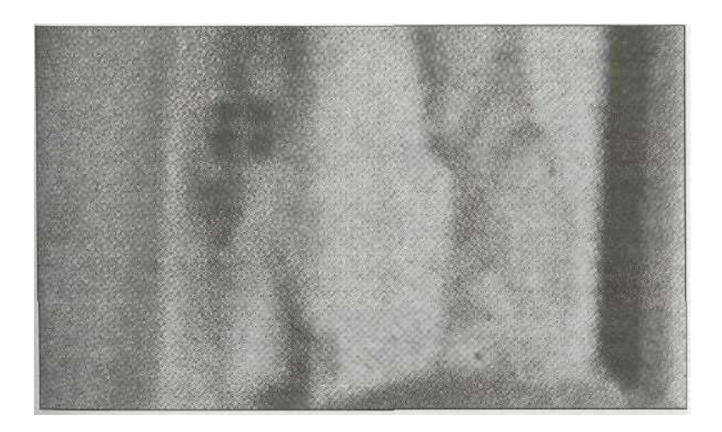
Por poner un ejemplo, a pesar de toda la propaganda recibida, ¿qué puede ganar uno después de ver alguno de los engendros de Almodóvar? Quiere hacer semipornos pero se queda en bodrios. Los críticos, sin embargo, seguirán alabándolo porque está de moda; simplemente ha sintonizado con la ordinariez mundial. El se animará con eso a seguir haciendo esperpentos y la televisión continuará exhibiendo sus horribles películas u otras por el estilo.

Sobra violencia en la televisión, sobran películas de guerra, sobran concursos para marías. Ya bastante nos crispan los nervios



las desagradables noticias dianas para que venga la televisión con sus programas a crispárnoslos más aún.

La televisión tiene una gran responsabilidad por su poder inductor, dada su condición oligopólica *y* su capacidad de entrar en la intimidad de los hogares, adonde ni las autoridades pueden entrar. Teniendo esto en mente, es un contrasentido que en la televisión se puedan



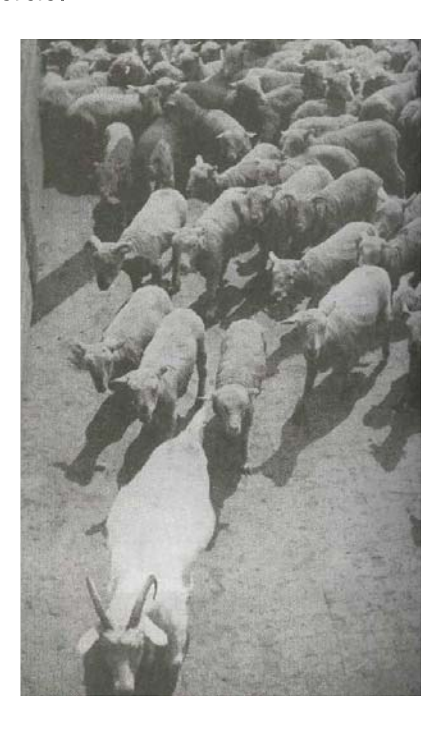
Otro ejemplo de la propaganda subliminal y traidora con que nuestras mentes están siendo infiltradas sin que nos demos cuenta.

En este anuncio de whiskey (página anterior) hay cuatro cubos de hielo aparentemente normales pero que en realidad no lo son y han sido estudiadísimos ya que muy disimuladamente contienen figuras eróticas que sólo son captadas subliminalmente. los cubos de hielo de los anuncios de bebidas refrescantes y alcohólicas siempre han sido muy usados por las grandes agencias de publicidad para embeber en ellos este tipo de imágenes. En el libro citado en el texto hay estudios detallados sobre el particular. En este caso concreto, ampliados grandemente, aparecen torsos femeninos como el que reproducimos y toda una serie de imágenes eróticas que los ojos no ven pero que la mente inconsciente-mente capta perfectamente, influenciando las mentes de los que miran el anuncio.

presentar películas que inducen al mal —o que lo muestran con cierta tolerancia y simpatía— y películas donde lo grosero es normal, y luego se pretenda que los ciudadanos sean legales y educados.

El uso de drogas

Se comete el mismo contrasentido que se cometió cuando se permitió el uso de drogas, pero ilógicamente se prohibió su comercio.



Borregos siguiendo a una cabra.



Borregos siguiendo a otra cabra.

Permitir el uso es fomentar el comercio. Después de una ley así, ¿a quién puede extrañar que hoy haya miles de personas que se dedican al tráfico de drogas, y cientos de miles que las usan? Debido a este «liberalismo» —y a la ceguera de las autoridades— el problema de la drogadicción se ha convertido en el monstruo que es en la actualidad. Sólo puede extrañar a los miopes políticos que por demagogia, por cobardía y por estupidez, despenalizaron su consumo.

Algunos dirán que prohibir el uso de la droga sería ir contra un derecho constitucional de la persona, pero entonces preguntamos: ¿por qué se prohíbe el uso y comercio libre de armas de fuego? ¿No es esto también anticonstitucional? Se nos contestará que sería un peligro inminente para la sociedad si todo el mundo pudiese tener un arma de fuego. Y preguntamos de nuevo: ¿No es un peligro inminente para la sociedad el uso de drogas? Los hechos están demostrando que sí lo es.

Pero nuestros demagogos legisladores, para aparecer como liberales y de mente abierta, seguirán manteniendo la ley. Y cuando a un «camello» le ocupan varios sobres de cocaína, no tiene más que decir que son para uso personal, y el pobre juez se verá en la obligación de soltarlo. ¡Qué sabiduría hay en nuestras dignísimas autoridades!

Hecho este paréntesis, volvamos a la televisión. El resumen de todo es que la televisión es un arma de doble filo. Con ella se puede hacer mucho bien y mucho mal. Es cierto que no hay que olvidarse de que la televisión es también para entretener, pero se puede conseguir este objetivo a la vez que se educa e instruye al ciudadano menos asistido en estas materias.

Si sólo se entretiene, a la larga se atontece a la gente, porque se la hace irresponsable; porque la vida no es sólo entretenimiento, Y la televisión, dadas sus características, tiene la obligación social *y* moral de instruir *y* educar, aparte de su aspecto lúdico y de distracción.

El hijo de la Nueva Era usará la televisión discriminadamente, sabiendo escoger los programas y no pasándose como un tonto horas y horas delante de la pantalla viendo todo lo que le echan los «genios» que la dirigen.

Y, sobre todo, el hombre evolucionado de la Era de Acuario velará porque sus hijos no se hagan unos adictos al televisor, tendrá la suficiente entereza para decir que no ante ciertos programas nocivos para ellos y aprovechará la ocasión que le brindan algunos para que reflexionen sobre lo que han visto, haciéndoles diferenciar entre lo bueno *y* lo malo.

Hemos usado a conciencia los calificativos «bueno» y «malo» en varias ocasiones. Algunos quizás se preguntarán qué es bueno *y* qué es malo. De sobra sabemos que son términos subjetivos, pero los hemos empleado con toda la intención. El que quiera entender, que entienda.

HAGA LO QUE QUIERE HACER

«Matar el tiempo»

«No mates el tiempo porque el tiempo te matará a ti». La frase «matar el tiempo» es suicida, porque el tiempo a la larga es el que nos mata. Y sin embargo, hay miles de personas que se pasan la vida buscando «pasatiempos», cuando el tiempo pasa sin que haya que ayudarlo a que pase.

Una de las grandes diferencias entre un hombre evolucionado y uno que no lo es, la manera en que emplea el tiempo libre. Los segundos se limitan a «pasarlo», mientras que los primeros lo exprimen. Lo aprovechan para hacer algo útil para ellos o para los demás.

Gracias a las máquinas y a la mejor organización social, hoy ya no tenemos que estar laborando como esclavos sin apenas tiempo para el ocio, ni nos vemos obligados a trabajar hasta el fin de la vida. La seguridad social, con todos sus defectos, es uno de los grandes avances de la edad moderna.

El uso del tiempo Libre

Pero como nadie nos ha enseñado a usar el tiempo libre, y en la neciamente llamada «tercera edad» casi todo el tiempo es libre, nos encontramos con que la mayor parte de las personas, o no saben qué hacer, o lo usan positivamente mal. Matan el tiempo en vez de usarlo.

Aunque no deja de tener su parte buena, da por otro lado pena el pasar a cualquier hora por uno de esos centros donde se reúnen los retirados y verlos eternamente enfrascados en una interminable partida de cartas o de dominó. En otros tiempos ni eso podían hacer porque tenían que trabajar hasta el fin de sus días, pero en la actualidad, que tienen tiempo para hacer mil otras cosas provechosas, lo usan únicamente en eso: en «pasarlo».

A esa edad deberían ser avaros de él porque les queda poco; lo regalan o lo matan, alegrándose momentáneamente con un simple as de oros o con una blanca doble. Y al día siguiente a repetirlo mismo sin que haya quedado absolutamente nada del día anterior.

Como muy bien dice Salvador Pániker, «con tiempo libre sobrante y proletariado en extinción, es claro que toda la sociología debe ser repensada. Por lo pronto, desempleo y ocio están causando tantas o más patéticas desventuras que las denunciadas por Marx en su libro *El Capital* a propósito del prolongado trabajo en las fábricas.

«Alcohólicos, drogadictos, consumistas cretinizados, son algunas de las consecuencias del vacío de un diseño cultural que afronte la nueva realidad.»

Desgraciadamente ya es muy tarde para enseñarles a usar el tiempo libre y para hacer de su ocio algo provechoso, sin que deje de ser agradable. Por eso es muy importante que los hijos de la Nueva En aprendan desde jóvenes a saber seleccionar entre los «pasatiempos» y adquieran ciertos hábitos mentales y estéticos que el día de mañana les ayuden a no sentirse perdidos y sin saber qué hacer cuando les llegue el momento del retiro, como a tantos les suele suceder.

Los deseos reprimidos

Hay personas que se pasan la vida deseando tener o hacer algo y les llega la muerte sin que hayan realizado su deseo. Son los eternos deseadores que nunca llegan a decidirse a convertir sus sueños en realidad. Se van al otro mundo con esta frustración y no me extrañaría que en el más allá, sí es tal como algunos dicen, sigan con esta misma frustración, sobre todo si no estaban preparados para dar el gran salto. En algún grado siguen relacionados con el acá y ligados a él por sutiles ataduras.

Pues bien, a esas personas yo las animaría a que tengan, visiten, compren o hagan lo que quieran sin esperar a la vejez, porque entonces, probablemente, será demasiado tarde para hacerlo.

Por supuesto que este hacer o tener será respetando el derecho de los demás y no queriendo imponer la propia voluntad por encima de la de los otros. Y además estas cosas deseadas deberán ser algo digno y no meros caprichos sin sentido.

En muchos casos tales deseos son perfectamente factibles durante la vida, pero no nos lanzamos a realizarlos por pura cobardía o por la rutina diaria que, si nos descuidamos, nos atrofia poco a poco.

Esta rutina e inercia que el trabajo diario nos produce es una gran enemiga de nuestra evolución que además nos impide cumplir nuestros deseos.

Si está en nuestras posibilidades el hacer algo que ansiamos hacer, deberíamos lanzarnos a hacerlo aunque nos costase algún sacrificio. Es muy posible que ello nos abra nuevas puertas y lance nuestra vida por nuevos derroteros que estarán más de acuerdo con nuestra manera de ser y, por lo tanto, nos harán más felices.

Naturalmente que para ello habrá que contar con el cónyuge y sopesar bien todos los pros y contras, aunque también hace falta optimismo y hasta un poco de audacia, porque, según el viejo refrán latino, «audaces fortuna iuvat» («la fortuna ayuda a los audaces»).

Estos cambios en la vida pueden ser mudarse de lugar o de vivienda, cambiar de oficio, meterse en un negocio, comprar algo, etc. Aunque también es cierto que en estos tiempos modernos a algunas personas no les hace falta ninguna este último consejo, porque más bien tienden a vivir más allá de sus posibilidades económicas y les parece que lo que es a crédito no hay que pagarlo. Y esto a la larga suele acarrear disgustos y mucha ansiedad.

Entretenimientos ennoblecedores

La música

El hijo de la Nueva Era tiene que buscar desde su juventud entretenimientos —y no meros pasatiempos— que le enriquezcan el alma y que puedan serle útiles cuando llegue a la vejez.

La música puede ser uno de ellos. Feliz la persona que llega a vieja y gusta apasionadamente de la música. Esta le será, cuando ya otros placeres de la vida le estén vedados, una inagotable fuente de placer que, además de hacerle gozar, le enriquecerá el alma con sentimientos indecibles y siempre nuevos.

Una buena sinfonía o simplemente una canción bien cantada elevan el alma y le hacen bien al cuerpo. Además, la buena música, sentida y disfrutada con paz —no con las estridencias estresantes del «rock» o con las memeces infantiles del «pop»— lo hacen a uno más humano, más tolerante y más persona.

La lectura

La lectura es quizás el mejor de los entretenimientos que podemos tener, no sólo durante los años de retiro, sino durante toda la vida. Las personas que no tienen el hábito de leer se privan de una gran fuente de satisfacción y de viejos les va a ser mucho más difícil llenar las largas horas de ocio.

Por supuesto, como en todo, hay que ser selectivo a la hora de escoger las lecturas. Hay gente que lee todos los días, pero su lectura no pasa del periódico, lo cual, aunque muy limitado, es algo comparado con aquellos que en su vida no leen nada. Pero la sola lectura de periódicos o revistas de deportes es muy poco. Eso es como escribir en el agua, no deja nada en la mente, salvo una ligera satisfacción momentánea.

Otra gente lee libros, pero no pasa más allá de las novelas. Es cierto que en éstas pueden hallarse muchas enseñanzas profundas cuando las novelas son buenas; y también es cierto que hay muchas personas que se atascan de novelas indiscriminadamente sin reflexionar sobre lo que leen y sin sacar de ello ninguna enseñanza positiva.

Pero aparte de esto hay otra clase de lectura de libros, mucho más instructivos, que pueden ayudar a uno a ser mejor y a saber más. Libros de temas históricos o filosóficos, ensayos, poesía. Para el que no está acostumbrado a ellos, su sola mención le parecerá un aburrimiento, pero es que los buenos libros son un manjar de dioses, al que los mortales no evolucionados no alcanzan y no pueden comprenderlos.

La poesía

Aunque de esto ya hemos hablado en un capítulo anterior, recordemos que la lectura de la poesía, de la auténtica poesía por ejemplo, es algo que está fuera del alcance de muchas personas, aun de aquellas que han cultivado su mente en otros campos. Hace falta haber desarrollado una sensibilidad especial para poder sentir el goce profundo que produce la poesía en el alma del que está preparado para ello.

De ese goce y de otros por el estilo, se privan todos aquellos que no se han ocupado de ensanchar y de poner a punto su sensibilidad. La poesía es una auténtica droga constructiva que, lejos de dañar el alma y el cuerpo, los asoma a otras realidades superiores.

El hombre es superior a los animales porque piensa y porque es racional. Con la lectura de la poesía, con la filosofía, con la reflexión, el hombre se hace más hombre y se pone en camino de ser un superhombre.

Por el contrario, con la falta total de lectura y de reflexión, y con otros «pasatiempos», el hombre se rebaja y se hace un sub.-hombre al que le llega el fin de la vida y no tendrá más remedio que reencarnar —si es que tal fenómeno existe— porque no ha dado la talla y no ha cumplido con el fin de todo ser humano que viene a este mundo, que es evolucionar.

La meditación

Y como una cosa de privilegiados pondremos aquí otra manera de emplear el tiempo de ocio: la relajación y la meditación. Ambas van cogidas de la mano. Como en otra parte de este libro hablamos de ello, no nos extenderemos; pero no queremos dejar pasar la ocasión sin recomendar a los hijos de la Nueva Era que traten de asomarse un poco a este privilegio de minorías. La relajación y la meditación pueden llegar a ser su mejor refugio en tiempo de angustia, y una gran fuente de gozo en sus horas libres.

No esperar a cuando sea viejo

Resumiendo: Si tienes en mente algo que te gustaría hacer o ser o conseguir, hazlo y consíguelo con decisión ahora aunque para ello tengas que sacrificar algunas cosas menores aunque tengas que romper la monotonía diaria de las ocupaciones y de la vida.

No esperes a ser viejo, porque entonces no lo podrás hacer. No pienses que cuando te retires estarás en mejor disposición de hacerlo. Entonces muy probablemente, aunque te parezca lo contrario, ya no tendrás la libertad de movimientos que ahora tienes a pesar de disfrutar de más tiempo y de una mejor posición económica.

Muchas veces hemos visto parejas de turistas extranjeros arrastrando los pies para visitar algún monumento famoso. Esperaron a los últimos años de su vida, cuando ya el asma y los callos se sobreponen a la contemplación de la belleza y de los paisajes.

No esperes a ser viejo para hacer lo que quieras hacer. Si estás profundamente insatisfecho con la vida que llevas, haz un esfuerza y dale un giro total. Puede ser que entonces, y sólo entonces, comiences a vivir realmente.

Es muy cierto lo que Buckminster Fuller escribió: «Cuando uno empieza a hacer lo que quiere hacer, realmente se inaugura una especie de vida diferente». A lo que W. H. Murray añadía: «Ocurren entonces toda suerte de cosas en ayuda de uno que de otro modo jamás hubieran ocurrido. La decisión pone en marcha toda una cadena de acontecimientos que hacen surgir en favor de uno toda suerte de incidentes, encuentros imprevistos y ayudas materiales que nadie podría haber soñado que llegaran de ese modo».

PRESUPUESTO NACIONAL

El gasto del dinero público

Antes de entrar en materia queremos dejar claro que éste no será un estudio de economista ni el punto de vista de un político, sino una mera reflexión que pudiéramos llamar filosófica sobre la manera que el Gobierno tiene de repartir los fondos que recauda de los ciudadanos.

Por lo tanto no espere el lector encontrarse con cifras ni con gráficas; ésas se las dejamos al señor ministro de Hacienda *y* a sus ayudantes. Aquí nos vamos a limitar a pensar un poco acerca de lo que se hace con esa enorme cantidad de dinero que el Gobierno nos saca a los contribuyentes y a lo que se debería hacer si la sociedad estuviese regida por hombres libres, inteligentes y honestos y no amarrados por esos hilos sutiles y misteriosos que atan a todos los gobernantes.

El Estado como una gran familia

Al Estado podemos considerarlo, hasta cierto punto, como una gran familia. En ésta un padre y una madre son los que administran los haberes familiares. Tienen sobre el Estado la gran ventaja de que en ella, en vez de un código complicado de leyes a las que tienen que atenerse y en vez de una enorme multitud de súbditos a los que tienen que atender, éstos son solamente *los* pocos hijos que ellos han procreado y aquéllas se reducen a una sola ley que es la del amor mutuo y hacia sus hijos.

Sin embargo, hecha esta salvedad, podemos hallar ciertas semejanzas en cómo se usa el dinero de la familia y cómo se hace en el Gobierno.

En una familia, cuando un hermano no tiene zapatos, el padre no le compra unos patines a otro hermano. Y si el dinero disponible es muy poco, éste se reserva para una necesidad tan perentoria como es el comer o atender a alguna enfermedad importante de algún miembro de la familia. Estas son las primeras necesidades que atienden los progenitores; mientras éstas no estén cubiertas, no se piensa en comprar nada que suponga un lujo o sea de alguna manera superflua.

Desproporción en los gastos

Pues bien, esta filosofía debería tenerse siempre presente a la hora de hacer los presupuestos generales del Estado: no se puede destinar dinero para cosas superfluas por muy artísticas y honorables que sean mientras haya un gran número de ciudadanos que no tengan sus necesidades perentorias cubiertas.

Por supuesto que nos referimos a todos aquellos ciudadanos que sin culpa ninguna suya se ven marginados por la sociedad y sin posibilidad alguna de alcanzar un nivel digno de vida. Nos referimos a aquellos que, a pesar de esforzarse y trabajar, debido a la complicada estructura social, no pueden acceder a lo que se considera un nivel normal de bienestar o no pueden superar una pobreza humillante.

Pues bien, esas personas son las que el Gobierno, como administrador de los bienes del Estado, tiene que tener presentes en primer grado y procurar solucionar sus problemas antes de ponerse a hacer ninguna otra consideración.

Al no hacerlo así y viendo esas personas o colectivos cómo se gasta el dinero alegremente en otras cosas no necesarias, lógicamente se violentarán y esa será la causa de problemas sociales al sentirse marginados.

Por supuesto que no vamos a pretender que todo el dinero se dedique a eso, prescindiendo de todas las otras necesidades nacionales. Lo único que pretendemos decir es que mientras haya personas y clases enteras que sin culpa suya no tienen lo necesario, no se les puede dar a otras lo innecesario y mucho menos lo lujoso.

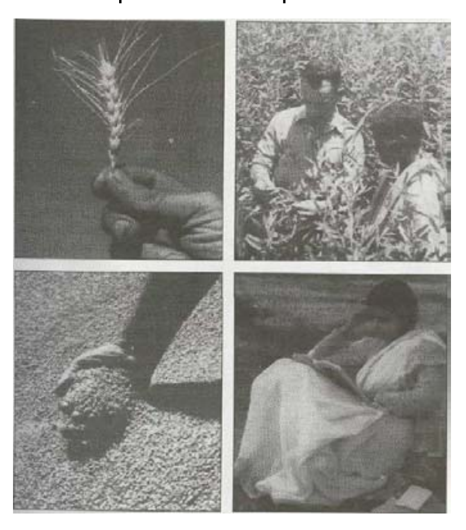
Comprendemos perfectamente que una nación no es una familia y que la sociedad tiene mil aspectos y mil necesidades que no se dan en un hogar. Pero el principio de justicia sigue estando en píe: no se puede en una sociedad gastar dinero en cosas superfluas cuando hay necesidades perentorias que no están cubiertas.

Necesidades primarias

La alimentación

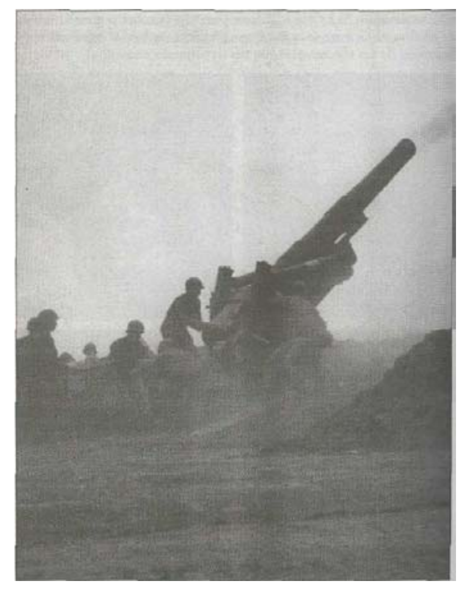
El problema surge a la hora de definir cuáles son las necesidades primarias *y* cuáles son los lujos o cosas superfluas.

Son necesidades de primer orden todas aquellas que se refieren a la alimentación. Si hay ciudadanos pasando hambre —*y* es sin culpa de ellos—, el Gobierno tiene que sacrificar cualquier otro gasto en beneficio de los ciudadanos que no tienen para comer.



Los pueblos quieren esto...

Por suerte, en nuestra sociedad es cada vez menor el número de personas que se hallan en esta situación, pero todavía las hay, aparte de los marginados voluntarios que no quieren someterse a las reglas sociales.



... **y los políticos y militares les dan esto...**

La salud

Además de la alimentación es también una necesidad primaria todo lo que se refiere a la salud de los ciudadanos y en esto las autoridades, a pesar de ser innegables sus esfuerzos, hay que decir que todavía están muy lejos de cumplir con su deber. En el área de la salud hay tremendas deficiencias que son una vergüenza para cualquier Gobierno serio.



y esto.

De vez en cuando, saltan a la primera página de los periódicos escándalos como el del aceite de colza, en donde la incuria y dejadez de los inspectores de sanidad quedaron al descubierto. Pero para que la ciudadanía se enterase de lo mal que aquélla funcionaba, tuvieron que morir varios cientos de personas y quedar imposibilitadas de por vida unos cuantos cientos más.

Pero sin llegar a estos extremos, todos los días podemos comprobar la escasez de camas en los hospitales, la falta de atención rápida en las salas de urgencia, las vergonzosas esperas de hasta un año para ser operados, la falta de control para las medicinas inútiles o perjudiciales, los graves fallos en las inspecciones y controles de sanidad en todo lo concerniente a alimentación.

Un ejemplo: es muy frecuente que las verduras que nos venden en las plazas y mercados, y que van a ser ingeridas crudas, hayan sido regadas con aguas residuales, a veces cargadas de heces fecales. No es raro ver esto en las afueras de las ciudades y villas. Pues bien, tal práctica, que debería estar terminantemente erradicada, no sólo en teoría sino también en la práctica, vemos cómo año tras año se continúa, para grave riesgo de la salud de todos aquellos que ingieren tales verduras.

¿Dónde están los inspectores de sanidad que deberían ver eso igual que nosotros lo vemos? Probablemente no existen o se deja eso a los guardias municipales, que no le prestarán ninguna atención.

He ahí una falta grave que se debe probablemente a que el Ministerio de Sanidad no tiene dinero para pagar semejantes inspectores. Esos fondos, que deberían estar disponibles para eso, probablemente están destinados a cumplir otras misiones mucho menos Importantes para la salud y el bienestar de los ciudadanos.

Sabemos que el Ministerio de Sanidad absorbe una buena parte del presupuesto, pero también sabemos —y las autoridades también deben de saberlo— que la gente se halla muy decepcionada con las prestaciones de la Seguridad Social, y en general con la sanidad.

La vivienda

La vivienda es otra de las necesidades primarias. Hoy día hay cientos de miles de personas que viven en hogares totalmente inadecuados por viejos o insalubres, o no tienen hogar propio, sobre todo entre las parejas jóvenes

El Gobierno, además, debería estar mucho más atento a fiscalizar la labor de los constructores para corregir sus defectos y evitar que cometan abusos. Cuando en virtud del interés de algún legislador responsable se saca alguna ley para ayudar a la construcción de nuevos hogares, los voceros del Gobierno lo pregonan a los cuatro vientos como si acabasen de hacer algo excepcional, cuando debería ser algo normal y corriente en sus agendas el velar porque los ciudadanos tengan cubierta esta necesidad de primer orden.

Un particular, normalmente, no puede construir él solo una vivienda, pero al Estado le es fácil adelantar fondos para que se construyan; fondos que más tarde el Gobierno recuperará al ser restituidos poco a poco por los ciudadanos. Y aunque fuesen a fondo perdido, serían mejor empleados que otros destinados a cosas totalmente inútiles y superfluas.

Sabemos de sobra que el Gobierno ha hecho mucho en esto, pero por ser un área de necesidad

primara debería haber hecho y seguir haciendo mucho más, porque la realidad es que hay muchas personas con graves deficiencias en lo que a vivienda se refiere.

Los retiros

Los retiros a todos los ancianos son otra necesidad perentoria. No se puede dejar en la calle a un ser humano porque es viejo. Si él fue descuidado en años anteriores en cuanto a sus contribuciones al Seguro Social, o por cualquier razón, el Estado debería mostrarse magnánimo y suplir con generosidad el defecto del ciudadano; y si bien no sería justo que lo equiparase a los demás que han pagado religiosamente sus cuotas, por lo menos debería asegurarle una pensión mínima para cubrir sus necesidades primarias, así como proporcionarle un techo gratis a todos los que no lo tuviesen. No es mucho pedirle a un Estado todopoderoso.

Es una vergüenza para cualquier Gobierno de un país desarrollado que haya mendigos por las calles. Sabemos que hay mendigos voluntarios que han hecho de la mendicidad una carrera y que ganan con ello tanto como muchos profesionales; pero no se puede generalizar, y lo cierto es que muchos de los que hoy mendigan por las calles lo hacen forzados por la necesidad.

Si no hubiese dinero habría que resignarse con la situación, pero sabiendo cómo el Gobierno derrocha, como enseguida veremos, hay que rebelarse contra tal injusticia.

La enseñanza

La enseñanza es otra de las áreas importantes. Aunque no es una necesidad tan perentoria como el comer o tener un techo donde cobijarse, es también una necesidad absoluta en estos tiempos.

Sobre este particular hay que reconocer que el Gobierno hace un gran esfuerzo y, con los años, ha ido desapareciendo aquella enorme injusticia de tiempos pasados en que los padres de la patria, con una mentalidad egoísta, caciquil y miope no destinaban nada de dinero para que los hijos de los campesinos aprendiesen a leer, viéndose éstos condenados a arrastrar su analfabetismo durante toda su vida.

En eso, al igual que en muchas otras áreas de la enseñanza, hay que reconocer que se ha avanzado, aunque todavía quede mucho camino por andar, sobre todo a nivel universitario.

Las comunicaciones

Entre las cosas útiles y, en nuestros tiempos, necesarias están las carreteras y los medios de transporte y de comunicación. En una sociedad desarrollada, la comunicación, tanto corporal como de las ideas, es algo de lo que no se puede prescindir so pena de quedarse retrasado y volver a los tiempos antiguos.

Un hecho tristísimo es que los accidentes de carretera acaban cada año con muchos miles de personas y dejan inválidas a cientos de miles. Y esto es debido a la enorme dejadez que Gobierno tras Gobierno ha tenido para mejorar las vías de comunicación. El dinero que debería haberse usado para esta necesidad primaria lo emplearon para elevarse a sí mismos los sueldos, mantener lujosas embajadas en el exterior, sostener un ejército totalmente inútil y para otras cosas mucho menos importantes.

¿Y qué decir de aquellos lugares en donde todavía no hay electricidad ni agua corriente? A los habitantes de las ciudades les parece que esto es irreal, pero la verdad es que todavía hay muchos pueblos pequeños en donde las dignísimas autoridades, nacionales y locales, no se han dignado a hacer el esfuerzo por proporcionarles algo tan elemental como la electricidad o el agua corriente.

En una sociedad organizada hacen falta también policías para reprimir a los antisociales y violentos, y es lógico que para este menester se destine parte de los fondos públicos, a condición de que no sea exagerado y de que a esos servidores de la ley no se les suba a la cabeza el cargo y la fuerza que les confiere el llevar a la cintura una pistola o una simple porra.

Necesidades secundarias

Hasta aquí hemos expuesto elementos necesarios y útiles de los que la sociedad no puede

prescindir. Pero hay otros que podríamos llamar de lujo, y que en los presupuestos deberían ser considerados después de haber atendido los primordiales. Estos otros son cosas de las que en una gran crisis se podría prescindir sin que por ello se resintiese el bienestar fundamental de los ciudadanos. Cosas que benefician sólo a unos pocos, y que si bien es cierto que, absolutamente hablando, no reciben las enormes cantidades que se destinaban a la salud y a la educación, por poner dos ejemplos, sin embargo están desproporcionadamente bien tratadas en los presupuestos, y reciben unas asignaciones que son injustas sí las comparamos con las necesidades de otros colectivos menos afortunados.

Se podría hacer una larga **lista** de estas asignaciones. He aquí unas cuantas: *Piscinas dimatizadas para el Senado.* ¿Por qué los Señores legisladores no se bañan en su casa? *Préstamos generosos a países extranjeros.* La caridad comienza por la propia casa. *Universidades de verano.* En donde se dan cursos hasta de calceta, y donde los politólogos imparten cátedras para desenredar los líos políticos. *Remodelación de palacios de ópera y salones para conciertos.* Con millonadas de presupuesto y adonde sólo pueden asistir unos cuantos privilegiados. *Comidas de los políticos.* Les llaman «comidas de trabajo», probablemente refiriéndose al trabajo de las quijadas. *Conmemoraciones de fechas o gestas gloriosas, museos, exposiciones, embajadas.* En estas últimas sobra todo el personal, y su principal trabajo es asistir a las fiestas de otras embajadas. *Campañas políticas.* Para poder embaucar mejor a los votantes.

Tal como dijimos, esta lista podría estirarse mucho más. Y repetimos que en una sociedad desarrollada esto está bien, y hasta cierto punto es necesario. Pero no hay derecho a que en los presupuestos para estos lujos no se regatee nada y hasta se sea generoso, mientras que para solucionar necesidades mucho más apremiantes de los ciudadanos se sea tan cicatero.

El Gobierno debería ser mucho más espléndido para remediar muchas de ellas y asignar, aunque fuese a fondo perdido, la cantidad necesaria a tales fines.

Es absurdo que se gaste tanto dinero en remodelar, por ejemplo, el Palacio de la Opera, cuando tenemos unos servicios de teléfonos y de correos tan deficientes, que la iniciativa privada ha tenido que crear otros paralelos para suplir el mal servicio de aquéllos. Aunque Correos y Teléfonos sean compañías con un gran grado de autonomía, el Gobierno tiene mucho que ver con ellas, y es el responsable indirecto de su mal servicio.

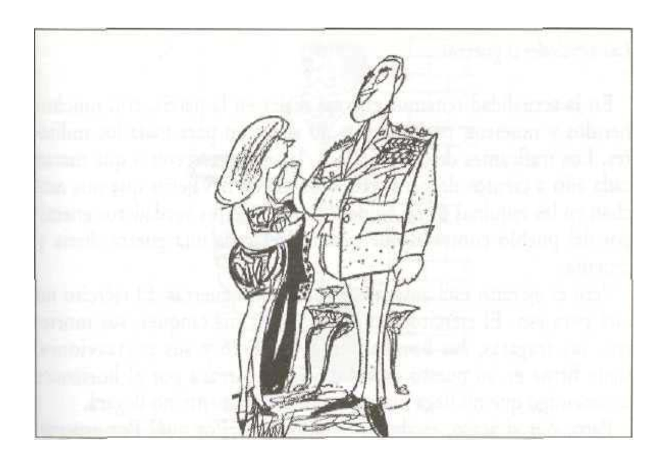
El mayor despilfarro: el ejército

Y, por fin, llegamos al despilfarro mayor del presupuesto nacional: el ejército. Nos quieren tapar la boca diciendo que el tanto por ciento del dinero que en el presupuesto se le dedica al ejército ha ido disminuyendo cada año. No lo negamos; pero todavía, cuando leemos la cantidad absoluta —que hay que escribir con doce ceros— que se designa para este menester, nos quedamos pasmados de cómo el Gobierno puede ser tan injusto, miope, anacrónico y hasta tan irracional, y de cómo se puede estar tan amarrado por las tradiciones y por el poder sutil de ciertos estamentos dentro del Estado.

El ejército se lleva al cabo del año, año tras año, una cantidad con la que se podrían modernizar en pocos años todas las carreteras del país y abaratar la enseñanza, subsanar buena parte de las deficiencias que hoy tenemos en el sistema sanitario, y construir, que buena falta hace, residencias confortables para que nuestros ancianos puedan vivir lo mejor posible el último periodo de la vida.

Pero no. Hay que destinar una enorme cantidad de dinero al ejército. ¿Por qué? Porque así se ha hecho siempre. Porque hay que estar listos para defender a la patria; porque hay muchos generales y oficiales que viven de eso y no se van a quedar en la calle. Y además, porque estos mismos oficiales no lo permitirían y serían capaces de armar una algarada cruenta sí se atentase contra lo que ellos creen que es su derecho.

Pero, en realidad, de verdad, ¿para qué sirve todo ese dinero que cada año se destina al ejército? La contestación: para nada. A no ser alimentar a unos señores que no trabajan en nada útil y que lo mejor que pueden hacer es no hacer nada.



Todo esto es por no haber organizado ningún alzamiento.

Bastaría con una minoría selecta de personal muy bien armado, que si bien también costaría dinero, sería mucho menos que el que ahora se destina a pagar a miles de hombres que prácticamente están ociosos todo el año.

Los conflictos armados entre las naciones civilizadas, gracias al buen sentido de muchos, cada vez han pasado más a la historia, por lo menos en nuestra Europa. Y en caso de que hubiese alguno, los que llevarían el peso de la lucha, como ha ocurrido siempre, serían los universitarios y los hijos de los obreros y campesinos. Los profesionales de las armas, que en la actualidad ganan un sueldo por no hacer nada, los llamarían a filas, les pondrían un fusil al hombro y los enviarían al frente a pelear y morir por la patria.

¿Qué sucedería si, por un despertar repentino del alma colectiva, por espacio de un año estuviésemos sin ejército? Absolutamente nada. Las cosas seguirían igual o mejor; los civiles seguirían trabajando cada uno en su oficio, haciendo patria, y los policías y guardias se ocuparían de reprimir a los malhechores. Si los panaderos o los conductores de autobuses o los agricultores se declarasen en huelga durante todo un año, entonces sí se sentiría, porque ellos sí son necesarios para la buena marcha de la sociedad, y son los que verdaderamente sostienen a la patria. No los militares con sus guerras soñadas y sus medallas añoradas.

Las verdaderas guerras

En la actualidad tenemos guerras reales en la patria, con muchos heridos y muertos, pero en ellas no aparecen para nada los militares. Los traficantes de drogas, ETA, las malas carreteras que matan cada año a cientos de personas, la horda de navajeros que nos acechan en las esquinas de las ciudades, estos son los verdaderos enemigos del pueblo contra el que tienen declarada una guerra diaria y cruenta.

Pero el ejército está ausente de todas estas guerras. El ejército no está para eso. El ejército con sus cañones, sus tanques, sus morteros, sus fragatas, sus bombarderos, sus F-16 y sus portaaviones, sigue firme en su puesto esperando que aparezca por el horizonte un enemigo que no llega nunca, y que seguramente no llegará.

Pero, por sí acaso, recibe una millonada. ¿Por qué? Por esperar. Y mientras tanto los navajeros apuñalan a los ciudadanos y los narcotraficantes envenenan a nuestra juventud.

Este dinero del ejército no sólo es un dinero perdido sino que cualquier día se puede volver contra nosotros.

Pero los padres de la patria no saben cómo quitárselo, no pueden quitárselo y además —y esto es lo peor— no se lo quieren quitar porque piensan con una mente vieja y enquistada que esa partida presupuestaria no se puede suprimir porque «tiene que haber ejército», porque «hace falta que alguien nos defienda». Cuando la realidad nos dice que esos mismos señores, no hace demasiado tiempo, entraron, armados, a donde ellos estaban reunidos y los pusieron a todos boca abajo. ¡Y precisamente con las mismas armas que ellos les habían comprado!

He aquí, pues, un ejemplo claro de cómo los legisladores y el Gobierno malgastaban los fondos públicos. Y he aquí una razón más para protestar y para rebelarse cuando el Gobierno nos quiere sacar aún más dinero en contribuciones.

El dinero del presupuesto que se «filtra»

Dejando ya a los militares, tenemos que decir además que el Gobierno carece de mecanismos eficaces para fiscalizar cómo se gastan los fondos del erario público. Los tiene, pero permeados de politiquería y por lo tanto ineficaces.

¿Cuántos cientos de millones de estos fondos públicos se «filtran



» al año sin que en realidad cumplan el cometido a que han sido asignados? Nadie lo sabe porque el peculado y el despilfarro de los fondos públicos se dan a todos los niveles de la política y del Gobierno.

Aparte de esto, hay dineros que —anticonstitucionalmente— se quedan a la entera disposición del Gobierno sin que éste dé cuenta de cuál es su uso. ¿Quién financió a los GAL sino estos fondos misteriosos de los que nunca se da cuenta pública? Los señores ministros son los que nos podrían decir con toda seguridad quién los financió, pero no lo dicen para no inculparse.

El presupuesto nacional es un saco sin fondo. Si en vez del dinero que hay disponible en la actualidad, hubiese el doble, los genios que lo administran lo seguirían encontrando escaso e insuficiente porque seguirían creando cargos, celebrando conmemoraciones, inventando exposiciones, haciendo nuevos palacios de ópera y museos, y, por supuesto, comprando nuevos aviones —juguetes para que se entretengan los militares.

Y como en realidad siempre hace falta más dinero, los sabios del hemiciclo nos impondrán nuevas contribuciones, olvidándose de que una necesidad primordial de la sociedad que debe ser atendida con preferencia en los presupuestos generales del Estado, es el derecho de los ciudadanos a no ser ahogados por los impuestos y a vivir en paz sin verse acosados por los ladrones ni por Hacienda.

Es tal la cantidad de tributos a que en la actualidad están sometidas las empresas y tal la cantidad de permisos que hacen falta para mantenerlas funcionando, que muchos posibles industriales, en vez de abrir nuevas fuentes de trabajo, prefieren jugar con su dinero en la Bolsa o ponerlo en cualquier banco para que produzca un interés. La gente está harta de trabajar para Hacienda.

Los hijos de la Nueva Era lucharán por un Estado menos sargento, más., ayudador y que distribuya el dinero de una manera más justa.

EL SENTIMIENTO PATRIÓTICO

La patria, tal como hoy se concibe, es un valor artificial, producto de unos hechos históricos que si fuesen bien conocidos, seguramente no nos llenarían de gloria ni de satisfacción.

Reconocemos que lo que vamos a exponer en este capítulo, a algunos no les resultará simpático, y hasta podrá parecerles irrespetuoso poner en entredicho algo tan sagrado como es el sentimiento patrio.

Pero ya va siendo hora de que encaremos sin miedo y sin complejos este «valor» que, si bien tiene sus aspectos positivos, tiene también ciertas sombras que conviene destacar para llevar las cosas a su justo medio.

El himno cubano termina con esta frase: «Morir por la patria es vivir». Solemne majadería. Morir por la patria es perder la vida por las intrigas y los intereses de otros.

El que las fronteras de un país tengan la forma que tienen y se extiendan tantos kilómetros al Este y tantos al Oeste es el resultado de las acciones de insignes patriotas que la mayor parte de las veces no son lo que dice la historia oficial.

Junto a esta historia oficial, es cierto que la patria es asimismo el resultado de intrigas, traiciones, peleas, ambiciones e injusticias cometidas por ilustres bribones con autoridad.

Las sinuosas líneas fronterizas, que vemos en los mapas entre una nación y otra, no son sino la absurda y muchas veces injusta caligrafía de la historia.

Una estrategia para tenernos divididos

Aparte de esto, es muy importante que el lector no se olvide de lo que dijimos en páginas anteriores: que las patrias en que la humanidad está dividida son una de las grandes estrategias de los «señores del mundo» para tenernos en perpetua discordia.

Uno podría pensar que la lengua, la raza o la religión deberían crear lazos más fuertes entre los seres humanos, y sin embargo, en muchas ocasiones no es así. Vemos cómo gentes que tienen la misma raza, lengua o religión luchan entre sí agrupados cada uno bajo su respectiva bandera y al son del mismo himno, cosas ambas que no dejan de ser algo completamente artificial.

La historia nos dice cómo han ido naciendo esas banderas, himnos y fronteras, y en la mayoría de los casos, no de la manera más ortodoxa ni más justa.

El sentimiento patrio es algo que en la actualidad la gente lleva muy dentro, siendo capaz de sacudir las fibras más profundas de su ser. En realidad, cuando está de por medio el sentimiento patrio, se actúa de una manera bastante irracional y muy temperamentalmente.

«Morir por la patria»

Junto con el religioso y el familiar, el patriótico es un sentimiento que hay que tratar con cuidado, pues provoca unas reacciones desmesuradas. Cientos de miles de personas han muerto por su patria, aunque la mayoría de ellas lo hicieron contra su voluntad. Los pobres no supieron nunca que morían por la estupidez de unos cuantos políticos y militares.

Pero, reflexionando sobre ello, ¿por qué patria han muerto los que han perdido su vida en los campos de batalla? ¿Morían por los gobernantes que los mandaron a pelear, mientras ellos y sus parientes se quedaron en la retaguardia? ¿Morían por los ríos, los cielos, los campos y las playas de su país? Y ¿en qué se diferencian esos campos y ríos de los de más allá de las fronteras?

En vez de morir por un país que no se diferencia mucho de los países vecinos, ¿no hubiese sido más útil vivir y extender el amor patrio más allá de las fronteras hacia unos seres que son poco más o menos como ellos, y que si nos antagonízan es porque sus necios gobernantes los incitan a ello igual que los nuestros a nosotros? ¿Por qué no amar a unos seres humanos que son poco más o menos como nosotros?

Agrandar el sentimiento patrio

Tenemos que agrandar el sentimiento patrio y empezar a cumplir realmente el mandamiento del amor al prójimo sin andar pensando si es de más acá o más allá de la frontera.

El día que los seres humanos caigan en la cuenta de esto y se decidan a ello, caerán todas las fronteras como cayó el muro de Berlín: sin cañones y sin palas demoledoras; derribado únicamente por un amor y un deseo que traspasaban una frontera artificial. Y los gobernantes de todos los países —los tiranuelos disimulados del siglo XX— se quedarán con sus leyes en la mano y con sus mentiras en la boca.

Hoy en día hay la falsa creencia, muy extendida entre el pueblo, de que los auténticos servidores y defensores de la patria son ¡los militares y los políticos! Y la realidad es que son ellos los mayores enemigos que las respectivas patrias tienen.

Ellos son los que fomentan ese miope amor a ella para así tenernos sojuzgados. Así los primeros podrán llamar a filas «a servir a la patria» a los jóvenes y tenerlos sometidos durante un tiempo a sus caprichos y a sus arbitrariedades, y los segundos los exprimirán aún más con sus impuestos y recibirán sus entusiastas aplausos tras las falacias de rigor en tiempo electoral.

La patria une y desune

A la patria le pasa lo que a la religión: une a unos pocos pero los separa de muchos otros. El sentimiento patrio a primera vista da la impresión de ser algo positivo y bueno, pero considerado globalmente y a la luz de la historia nos encontramos con que ha producido tantas muertes como el sentimiento religioso.

Si uno se limitase a amar a su patria sin menospreciar a los demás, no estaría mal; pero la verdad es que el amor patrio en la práctica conlleva la desconfianza hacia todos los pueblos vecinos y hasta cierta larvada animosidad que se cambia muy fácilmente en odio o en desprecio.

Las frecuentes competiciones internacionales en que equipos de diversos países contienden entre sí tienen de positivo el haber acercado y puesto en contacto a pueblos que antes estaban muy distanciados o se desconocían completamente, pero han servido también para poner de manifiesto este odio y antagonismo malsano que anida en el fondo del amor a la propia patria. Las salvajadas de los muchos «hoolígans» o seguidores fanáticos de sus respectivos equipos y hasta las frecuentes muertes en los graderíos lo están demostrando constantemente.

Abolir el concepto de extranjero

En los hogares los padres y en las escuelas los maestros deberían empezar a inculcar, al mismo tiempo que el buen amor a la patria, el amor a los seres humanos de más allá de las fronteras. Deberían empezar a inculcar la idea de que todo el planeta es una gran patria y que lo mismo que en una nación hay regiones pero que todos se sienten unidos por el amor a la patria común, en la Tierra hay muchas regiones más grandes llamadas naciones pero que todos somos hijos de la misma Madre Tierra.

Es natural que uno ame más a los vecinos o a los que tienen el mismo color o hablan la misma lengua, como es natural amar más a los de la propia familia unidos a uno por lazos de sangre; pero eso no impide que no se pueda amar también a los demás, que son seres humanos como uno, y, sobre todo, no hay derecho a odiar a nadie porque no sea vecino o no tenga el mismo color ni hable la misma lengua.

El concepto de patria está bien como una medida administrativa, paralela a la de nación, porque hace falta que estemos organizados, desde marcos tan restringidos como el de municipio, hasta otros mucho más abarcadores como puede ser el de región o nación.

Pero por todos los medios debemos esforzarnos por quitar en nosotros y en otros esas connotaciones tan negativas y tan limitadoras que tiene en la actualidad el sentimiento patrio.

Es absurdo, por ejemplo, que un gallego del sur mire a los habitantes del norte de Portugal con desconfianza, cuando por siglos fueron un mismo pueblo. Lo mismo que es absurdo que un habitante de Chiapas mire como extranjeros a los guatemaltecos del norte, cuando hace poco fueron una misma cosa. ¡Qué lástima que los embrollos de los políticos nos hayan calado tan hondo!

Una Europa unida

Esperemos que en esta Europa, en donde poco a poco se van derribando las fronteras, vayan desapareciendo al mismo tiempo las desconfianzas. Para ello habrá que olvidar cientos de miles de muertos, y habrá que saltar por encima de la enorme dificultad que suponen más de treinta idiomas diferentes, aparte de las divisiones del cristianismo. Pero si lo logra, será la mayor colaboración que la vieja Europa habrá hecho a este dividido mundo de patrias y naciones.

LA AMISTAD

Valorar la amistad

«El que tiene un amigo tiene un tesoro», nos dice la Biblia. Y nosotros que somos tan poco bíblicos, no tenemos más remedio que admitirlo.

Hasta ahora nos hemos preocupado más por conseguir «cosas» que nos hagan la vida más agradable, y, en cambio, creemos que los amigos se dan sólo como una fruta silvestre. Sin embargo, no es así. Los amigos, los buenos amigos, son algo que vale mucho más que las «cosas» de que estamos rodeados, y hay que buscarlos y seleccionarlos porque de ordinario no nacen espontáneamente.

En la Nueva Era tenemos que valorar mucho más los buenos amigos que las «cosas», porque son algo que nos puede llenar mucho más el corazón que aquéllas.

Los hermanos no siempre son amigos

Con frecuencia, llevados por tradiciones y aforismos que ya tienen que irse desechando, valoramos más a los hermanos que a los amigos. Seguimos pensando que «la sangre tira», y que tiene más valor. Pero un hermano de sangre será bueno si, además de ser hermano, es buen amigo. Pero si sólo está allegado a nosotros porque ha nacido del mismo vientre, eso puede tener tanto valor como el haber estado dos personas en el mismo sitio.

Mientras viven los padres, los hermanos suelen mantenerse unidos por un lazo que no deja de tener mucho de artificial o casual, pero a la muerte de los padres, si los hermanos, además de hermanos, no han sido amigos de verdad, cada uno tira por su lado conforme a sus inclinaciones o a donde los empuja la vida, y ya no vuelven a verse sino en contadas ocasiones.

Los padres deberían atender mucho este particular en la educación de sus hijos, y no darlo por hecho; lograr que lleguen a ser realmente amigos, y a quererse como tales y que no se limiten meramente a comer juntos y a mantenerse unidos debido a la obligada dependencia de sus padres.

Esta falta de amistad de los hermanos se echa en falta en muchas ocasiones en cuanto mueren los padres. Entonces aparecen enseguida las desavenencias profundas a la hora de dividir el capital y se echa de ver la total falta, no sólo de amistad, sino también de hermandad que tenían. La unión era ficticia o no existía en absoluto. Las hondas discusiones, las peleas y hasta los odios que se generan en cuanto a repartir los bienes, son una prueba de lo que estamos diciendo. Habían nacido del mismo vientre pero no eran amigos. No se había creado entre ellos ese otro lazo más profundo que es la amistad. Y el odio entre hermanos es un odio especialmente profundo que está llenando ese hueco que debería haber llenado la amistad y que nunca llenó.

Por eso los padres y madres deberían educar a sus hijos en este particular con un cuidado especial. Cuando vean aparecer los naturales egoísmos de los niños en detrimento de sus hermanos, deberían cortarlos de raíz y educarlos en el sentido contrario. No permitir que ciertas desavenencias entre ciertos hermanos que aparecen a muy tierna edad, se fomenten y vayan creciendo a lo largo de los años. Creer que luego, cuando sean mayores, se les va a pasar es un error.

A veces las circunstancias de la vida hacen que esto ocurra, pero con frecuencia esas desavenencias infantiles crecen a la hora de morirse sus padres y se convierten en un desinterés total. Eran hermanos pero no amigos, y por ello dejaron de verse y de quererse y acaban comportándose como dos extraños.

Por tradición y por eso de que «la sangre tira», de vez en cuando hacen algún alarde, pero en el fondo, al no existir el fuego de la amistad, no hay un cariño verdadero y, pasado aquel momentáneo alarde, no queda nada.

El hijo de la Nueva Era valorará a los buenos amigos como el mejor tesoro; porque si las «cosas» nos acompañan y nos proporcionan bienestar, los amigos de verdad nos lo pueden proporcionar mucho más al ser seres vivos que son como un eco de nosotros mismos.

Escoger a los amigos verdaderos

Como anteriormente dijimos, los amigos o las amistades no nacen solos. A los verdaderos amigos hay que buscarlos, escogerlos, cultivarlos y disfrutar de ellos y con ellos.

Hay «amigos» que no cumplen con estas condiciones y, por lo tanto, no son amigos de verdad; son meramente conocidos con los que intercambiamos un saludo o una conversación ligera en un momento dado. Pero no hay trasvase de corazones. No se siente nada por ellos. Y es porque su amistad no ha sido buscada o no ha sido cultivada como se cultiva una flor. Se despide uno de cualquiera de estos «amigos», y a uno no le importa ni no lo vuelve a ver en años. No se echan en falta. No le duele a uno su ausencia. Son amigos simplemente porque la vida nos los ha puesto en el camino y uno no ha tenido más remedio que cruzarse con ellos y saludarlos al encontrarlos. Esos no son los verdaderos amigos a los que nos referimos; las personas que están siempre cerca de uno, aunque estén lejos en el espacio, y para los que uno tiene siempre un lugar en el pensamiento y en el corazón.

Los verdaderos amigos se consiguen después de una búsqueda o, si ha habido un hallazgo fortuito y feliz, cuando se cultivan con asiduidad y cariño. Hay personas que están siempre alerta para las nuevas amistades. No me refiero a los «buscones» que lo único que quieren es oportunidades y no personas humanas.

Me refiero a aquellos que están siempre con el corazón en la mano brindándolo para ver quién se lo brinda a ellos y así hacer un intercambio. Me refiero a las personas que se fijan muy bien en las cualidades de aquellos con quienes tratan y saben distinguir entre los individuos de alma fina y los humanos vulgares.

Porque la verdad es que hay una gran diferencia entre las calidades de los seres humanos. Los hay de carácter abierto, generosos, nobles, cultos y que no tienen dobleces y están dispuestos a brindar amistad a quien se la dé; y hay seres humanos que están muy lejos de tener estas cualidades y a los que no merece la pena entregarles el corazón, porque no son delicados y lo ofenderán enseguida.

El corazón humano es una víscera muy frágil que hay que tratar muy bien para que no sienta enseguida el aire del rechazo. Con frecuencia uno les abre el corazón a personas que no lo merecen y es muy triste lo que se siente cuando se da cuenta de que se ha equivocado.

Por eso dijimos arriba que los verdaderos amigos, de ordinario, no aparecen por casualidad. Hay que buscarlos o saber descubrirlos cuando aparecen y, una vez hecho esto, hay que saber cultivarlos. No dejar que se agoste el afecto por falta de cultivo. Una vez que se encuentra a una persona o familia que reúnen las cualidades de los verdaderos amigos, entonces uno tiene que hacer con ellos lo que se hace con una planta preciada. Tiene que regarla y abonarla y tiene que cultivarla con cariño, porque de lo contrario puede morir. Y dejar morir la amistad de un verdadero amigo es algo imperdonable.

Cultivar la amistad

¿Cómo se cultiva la amistad? Se cultiva brindando visiblemente afecto. No sólo teniendo en el corazón ese sentimiento que uno siente por las personas que ama, sino exteriorizándolo con pequeñas muestras, como pueden ser regalos, visitas o, hasta en determinados casos, cosas tan simples como una flor.

La amistad se siente en el alma, pero se cultiva con detalles externos y visibles que muestran lo invisible pero profundo que hay dentro del corazón.

Y el amor se cultiva sobre todo disfrutándolo. Gozando de la compañía y con la compañía del amigo. Comiendo juntos o haciendo cosas juntos, o visitando lugares juntos o tumbándose en la playa juntos, dejando que con la conversación el corazón fluya y deje escapar todas las vivencias que contiene.

No tenemos que tener unos amigos a los que les contamos sólo las cuitas, y otros con los que alardeamos de lo bien que nos van las cosas. Los verdaderos amigos son aquellos en los que vaciamos el corazón plenamente de penas y alegrías, y ellos hacen lo mismo con nosotros.

Un amigo verdadero es una persona que está dispuesta a sacrificarse por nosotros y por la que estamos dispuestos a sacrificarnos en cualquier momento. Que no sólo ríe con uno sino que está dispuesto a llorar también con uno.

Porque es muy cierto el dicho del poeta latino: «Dum eris felix multos numerabis amicos» («Mientras seas feliz tendrás muchos amigos»). Y sobreentendía que en las épocas de desgracia los amigos que no son verdaderos suelen esfumarse. Precisamente en las etapas duras de la vida es cuando se echan de ver los verdaderos amigos, y es cuando ellos manifiestan que lo son y uno se alegra de tenerlos. Y viceversa, cuando uno ve que un verdadero amigo está pasándolo mal, se vuelca sin reservas para

ayudarlo, igual que lo pudiera hacer con un hijo.

Busquemos, pues, y cultivemos como un tesoro en este mundo personas a las que podamos brindar toda nuestra amistad, nuestra compañía, nuestro trabajo y hasta esa otra «cosa» que para muchos es la parte más profunda de su ser: el bolsillo.

El que tiene un verdadero amigo tiene un tesoro. Y hay personas que se pasan la vida sin tener un verdadero amigo, aisladas, sin conocer el placer de tener un alma que es como un eco de la propia.

EL ESTADO Y SUS MAQUINARIAS

Un grito de protesta

Este capítulo queremos que sea un grito de protesta contra la prepotencia del Estado y sus maquinarias —la principal de las cuales es el Gobierno— que cada día se hacen más soberbias y más aplastantes para el simple ciudadano.

Queremos también que sea una voz de alerta para todos los que todavía no han caído en la cuenta del enorme peligro que supone para la libertad individual —y, por lo tanto, para la evolución del individuo— la sutil red que poco a poco el Estado con sus maquinarias va tendiendo en derredor nuestro, asfixiándonos cada vez más.

A medida que pasa el tiempo estamos más a merced de ese monstruo ciclópeo con sus cientos de brazos que nos alcanzan dondequiera que estemos.

Es una maquinaria gigante que, como Saturno, devora a sus propios hijos, no sólo a los ciudadanos de a pie, que viven de su trabajo y no están en ninguna de las mil nóminas del pulpo estatal, sino también a los mismos que hacen funcionar la maquinaria. Cuando les llega el turno, muele en sus entrañas a los mismos que le ayudan a triturar al simple ciudadano.

El Estado no tiene alma y tenemos que estar muy alerta para que no se nos convierta en el monstruo de Frankenstein, que se volvió contra su creador.

Por muy potente, muy sagrado y muy necesario que se nos presente, nunca deberíamos olvidar que el Estado es para el ciudadano y no el ciudadano para el Estado; que esa inmensa institución fue creada para ayudar a los individuos. Pero está sucediendo que la institución está adquiriendo vida independiente y se está volviendo contra aquellos a los que debería servir; sigue creciendo alocadamente y amenaza con convertirse en un gigante incontrolable que puede aplastarnos a todos.

En este capítulo queremos hacernos eco de la rabia que miles de ciudadanos sienten cuando, por poner algún ejemplo, ven que la grúa les ha llevado su coche aunque no molestase a nadie, sólo por cumplir unas ordenanzas municipales y por aumentar las finanzas de la alcaldía; de la impotencia con que uno ve cómo le han embargado la cuenta del banco por no haber pagado a tiempo cualquiera de las mil contribuciones; de la sorda furia que le acomete a uno cuando un vago detrás de una de las infinitas ventanillas estatales lo manda volver al día siguiente tras dos horas de cola; de la desesperación que miles de padres han sentido cuando han tenido que esperar horas en un centro de salud o en un hospital, viendo cómo su hijo sufre o se desangra... La lista de abusos que el Estado y sus maquinarias cometen contra el simple ciudadano podría estirarse infinitamente.

Es cierto que el Estado no es tal o cual funcionario irresponsable; pero también es cierto que el Estado debería estar muy atento a que tales individuos no estuviesen en el puesto que están. Y también es cierto que uno paga una cantidad exorbitante del dinero que gana para que los servicios que el Estado ofrece funcionen bien.

El poder judicial

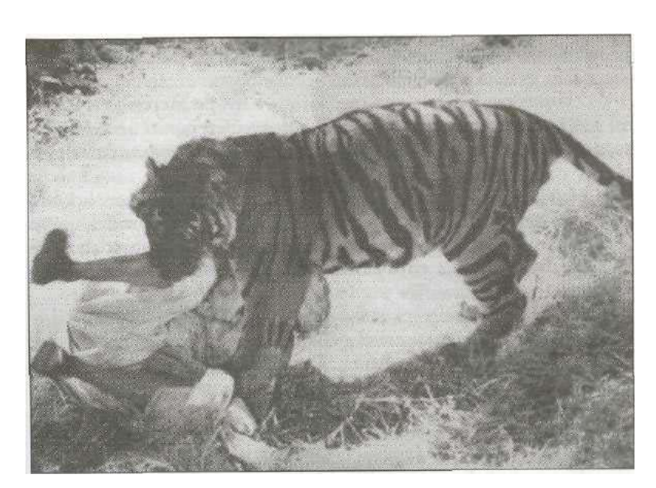
De los mil largos tentáculos que el Estado tiene para estrangular al ciudadano hay dos que son especialmente asfixiantes cuando hacen presa en un individuo. Uno es el poder judicial y otro es el Ministerio de Hacienda. En cuanto al primero, no nos referimos al caso en que un delincuente es llevado ante los tribunales y juzgado. Si ha delinquido, es lógico y justo que sea juzgado y condenado. No somos de los que absurdamente se ponen a priori de parte del reo, ni nos gustan las campañas de amnistía indiscriminada. Creemos que hay demasiados delincuentes sueltos, y en no pocos casos debido a una pésima administración de la justicia.

Nos referimos a aquellos casos en que ciudadanos que distan mucho de ser delincuentes se ven envueltos en procesos judiciales. Entonces es cuando se echa de ver la falta de entrañas —y a veces de sentido común— de la maquinaria judicial.

Pero preferimos no entrar a fondo en el tema porque, aparte de que ya nos ocupamos del sistema judicial en varias partes de este libro, es peligroso hacerlo debido a la extrema sensibilidad de estos funcionarios del Estado.

La palabra sagrada que usan para defenderse *y* para atacar en estos casos es «desacato». Lo citan a

uno, lo acusan por haberles faltado al respeto, y multa o a la cárcel. Y paradójicamente, al obrar así, están yendo contra un principio fundamental de la jurisprudencia que dice que no se puede ser a la vez juez y parte. No se puede ser fiscal y juez al mismo tiempo. No puede en ningún caso el ofendido dar la sentencia condenatoria.



«Un gobierno opresivo es más de temer que un tigre» (Confucio).

Y eso es lo que el poder judicial ha hecho en muchas ocasiones cuando ha acusado y condenado a un periodista por haberles faltado al respeto. En estos casos el Estado debería echar mano de otros funcionarios suficientemente preparados y totalmente independientes del poder judicial.

Pero dejemos a los jueces en sus tribunales — ¡presididos todavía por un Santo Cristo!— con su habitual reumatismo funcional y fijémonos en el otro tentáculo con que el Estado estrangula a los ciudadanos de a píe.

El tentáculo de Hacienda

Y decimos ciudadanos de a pie porque a los de Mercedes o BMW no los estrangulan tan fácilmente. Estos saben cómo arreglárselas para zafarse del agarre insidioso *y* múltiple de las tenazas del Ministerio.

El Ministerio de Hacienda es una KGB o una CÍA con licencia para «matar»... económicamente. Es la personificación del terror sin pistolas. Engendra en miles de ciudadanos una profunda angustia semejante a la que en muchas personas genera el miedo al cáncer.

Se dirá que el que paga religiosamente sus impuestos no tiene nada que temer. Pero es que el que paga religiosamente sus impuestos a quien teme es a la ruina. El que paga religiosamente sus impuestos vive asqueado de trabajar para Hacienda.

Pero hablando con la mano en el pecho, ¿hay alguien que pague religiosamente sus impuestos? Se nos dirá que sí. Que hay cientos de miles de empleados a los que indefectiblemente les sustraen de la paga mensual el dinero que Hacienda cree que le pertenece. Pero eso nó es pagar a Hacienda. Eso es ser saqueado religiosamente por Hacienda todos los meses, lo cual es muy diferente.

Si estos cientos de miles de empleados pudiesen, por supuesto que no pagarían tan puntualmente. Este ingente saqueo mensual es uno de los mil abusos que el omnipotente Estado comete contra los ciudadanos indefensos.

Está bien que todos los individuos de un país colaboren para el recto funcionamiento de los servicios públicos, pero todo tiene sus límites y los impuestos que el Gobierno hace pagar a la ciudadanía parecen no tenerlo. Cada año aumentan las contribuciones y el cerco que Hacienda tiende en torno a las finanzas de los ciudadanos es cada vez más estrangulante.

El Estado no debería exigir más del 15% de lo que un ciudadano gana. Con la enorme cantidad de dinero que con ese impuesto recaudaría, debería tener más que suficiente, sí lo usase bien, para cubrir todos los gastos de la administración del país. En la actualidad entre IVAS y venías Hacienda recauda mucho más del 15% y, según nos comunica descaradamente, piensa recaudar aún mucho más, valiéndose para ello de todo tipo de impuestos directos e indirectos.

La razón que nos aducen siempre es que «aquí se cobran menos impuestos que en las naciones más avanzadas del mundo». Pero lo que no nos dicen, aunque de sobra lo saben, es que los servicios que el Estado presta, tampoco son los que dan en las naciones más avanzadas.

Si toda esta ingente cantidad de dinero se administrase bien, los ciudadanos se mostrarían más tolerantes y hasta estarían dispuestos a contribuir más. Pero no pueden estar satisfechos cuando ven lo mal que se reparte el erario público y la facilidad con que, por ejemplo, los parlamentarios se suben a sí mismos los sueldos y los gobernantes se asignan pensiones vitalicias por el solo hecho de haber pasado por un cargo.

Los hijos de la Nueva Era deben ser valientes en enfrentarse a este tipo de abusos del prepotente Estado. Deberán dejar de lado la psicología conformista y resignada pensando que no se puede hacer nada. El Estado y el Gobierno están compuestos por ciudadanos y el día que haya el número suficiente de personas dispuestas a enfrentarse a estos abusos, las cosas empezarán a cambiar, porque al fin y al cabo esta situación no nos viene de fuera, sino que es creada por nosotros mismos y, en particular, por la irresponsabilidad de unos cuantos arribistas que han llegado a tener posiciones influyentes dentro del Estado.

QUERER EVOLUCIONAR

Ignacio de Loyola, fundador de los jesuitas *y* antiguo ídolo de uno de los autores de este libro, escribió lo siguiente: «El hombre es criado para alabar, hacer reverencia y servir a Dios nuestro Señor y mediante esto salvar su alma. Y todas las demás cosas sobre la faz de la Tierra son creadas para que le ayuden a este fin».

Falso. Ignacio de Loyola se equivocaba. Su errada idea de un Dios personal y su falsa creencia en una salvación o en una condenación eterna después de esta vida indujeron a su mente de militar a enunciar tan tajantemente un postulado que, dadas sus premisas, es lógico, pero que en definitiva es falso.

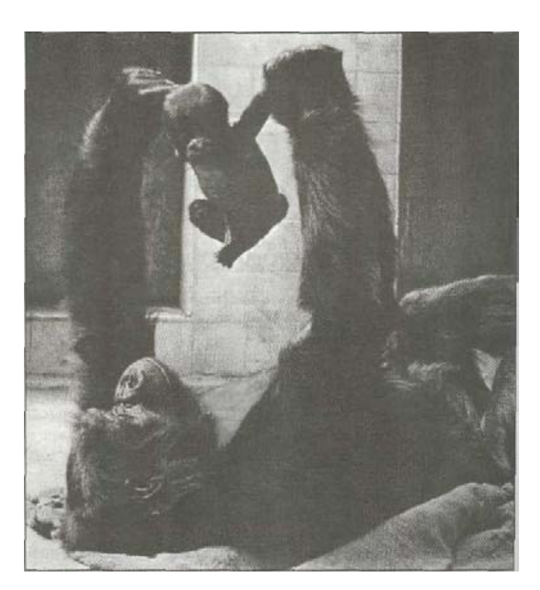
Con esto no queremos decir —como algún mal pensado podrá creer— que no hay que hacer el bien y que no debemos alabar a Dios como quiera que cada uno lo entienda.

Queremos simplemente decir que el fin del hombre es fundamentalmente evolucionar; hacerse cada día más perfecto para salir de esta vida sabiendo más y siendo mejor, listo para ascender un peldaño en la escala cósmica.

La vida es como una escuela

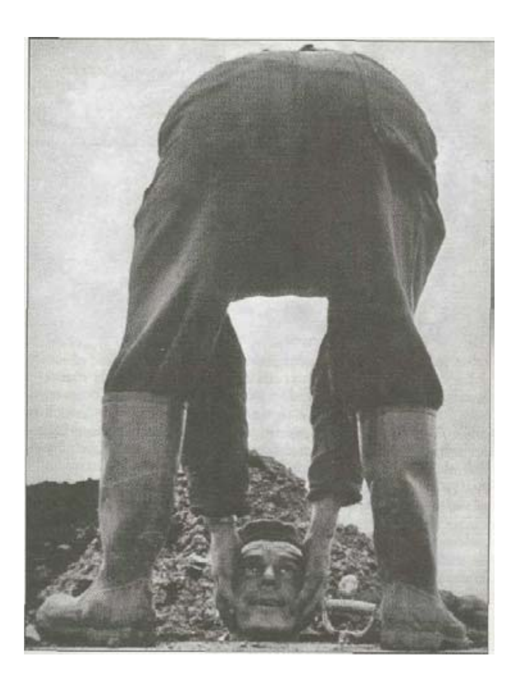
Le sucede al ser humano como a los niños que van a la escuela. En cada grado tienen que aprender determinadas materias, y si no las aprenden, repiten curso, pero sí las aprenden pasan al siguiente.

No se va allí a servir ni a reverenciar al Director del Centro ni al ministro de Educación. Y menos para evitar que le sometan a uno a un gran castigo. Se va allí a estudiar y perfeccionarse. El Director del Centro se dará por servido y estará muy contento si el niño estudia y se porta bien y aprueba todas las asignaturas.



Muchas mujeres creen que su suprema acción en la vida es ser madres. Craso error. Sí así piensan, se quedan a la altura de este gorila que contempla a su cría con auténtico orgullo materno. Ser padres o madres es una área importante pero secundaria si la comparamos con nuestra obligación de evolucionar y de mejorarnos tanto mental como mortalmente

Este deseo de querer mejorar es algo fundamental. Sí no se quiere evolucionar, si uno no tiene deseos de hacerse cada vez más perfecto en esa vida, saldrá de ella sin haber aprobado el curso y me temo que va a tener que volver a este planeta o a otro para repetir.



¿Le parece inverosímil esta foto? No esté tan seguro. Porque esto es lo que hacen millones de seres humanos: enterrar la cabeza para no pensar. Otros pensarán por ellos y les dirán qué es lo que tienen que comer, por quiénes tienen que votar y a quién tienen que adorar. Un hijo de la Nueva Era usará siempre su cabeza y no permitirá que otros piensen por él.

No evolucionar es estancarse

Mucha gente está ramplonamente contenta con lo que tiene y con la vida que lleva sin pensar en mejorar. A éstos es inútil hablarles de ampliar la mente y de elevar el espíritu. Siguen el viejo refrán: «Aquí me dejó mi abuela y aquí me encontrará cuando vuelva».

Están sentenciados a no ser nada ni nadie en la sociedad. Meros soldados que lo único que harán en la vida será obedecer las pautas de algún jefe y bailar al son del pandero que otros les toquen.

«O crece o muere»

Sin embargo, si queremos ser hombres realmente racionales, tenemos que ansiar mejorar mental y moralmente. La mente es como el cuerpo: O crece o muere. Un cuerpo que no se desarrolla hasta su madurez es un cuerpo enfermo abocado a morir.

La mente que no se desarrolla se enquista; porque la mente es naturalmente curiosa y tiende a saber siempre más. No proporcionarle ocasión de que adquiera más conocimientos es atrofiarla. Y lo mismo se puede decir del espíritu: no hacer el bien, no defenderlo y no sentir la obligación moral de practicarlo es estar muerto espiritualmente.

Hay que tener siempre la mente como un radar conectado: curiosa y deseosa de explorar otros niveles de conocimiento, otras vibraciones del espíritu. Porque hay que estar siempre deseoso de ser cada vez más dueño de uno mismo y más preparado para ser capaz de conservar el propio yo cuando crucemos la puerta del más allá. Y eso sólo lo lograremos si hemos sido capaces de hacer evolucionar el espíritu en esta vida.

Huir de ser un humano ramplón

Creemos en el más allá y creemos en la ascensión perenne del alma. Creemos que en el futuro llegaremos a ser espíritus superiores o ángeles o por lo menos superhombres. Pero no moriremos siendo unos seres humanos ramplones con un espíritu apegado a las cosas y sin sospechar que por encima de nosotros hay otros mundos que ahora sólo podemos vislumbrar. Los vislumbramos precisa mente porque hacemos esfuerzos por levantarnos sobre nuestros pies mediante la meditación y el ansia de evolución.

Creemos en el más allá por mucho que la ciencia lo dude, y nos preparamos para él puliendo nuestro cuerpo y nuestro espíritu. Nos preparamos no enredándonos en las cosas de este mundo como si fuesen definitivas. Las disfrutamos en lo que podemos pero no dejamos que nos aprisionen, y mantenemos nuestra mente por encima de ellas.



Cuando todos piensan igual es que uno piensa por todos.

Todo lo que tenemos pertenece al Universo. Lo usamos como si fuese nuestro, pero sabemos que no lo es.

Porque nosotros no somos eternamente de aquí. De hecho, la mayor parte de las cosas que usamos no la hemos construido nosotros y muchas de ellas fueron hechas por personas que ya hace muchos años que murieron.

No dejamos que nada nos quite la paz, porque la paz es la condición para que nuestra mente funcione bien y para que nuestro espíritu se eleve.

El hijo de la Nueva Era nunca se cansa de aprender ni de mejorar en todos los aspectos. Porque sabe que si deja de crecer y de aspirar a más, se le atrofia el alma.

Como dijo el viejo Homero, «en nosotros está el esforzarnos, pero es Zeus el que reparte las victorias». El deber del ser humano es esforzarse y, con ello, tiene asegurado el triunfo. Puede ser que aquí, en esta vida, no lo vea; sin embargo entrará en el más allá con un crédito que le asegura una victoria.

Por eso nos dan mucha pena los que no creen en el más allá, porque se privan de una gran ayuda cuando el acá comienza a desmoronarse inexorablemente bajo sus pies.

Los que sí creemos, sabemos, o por lo menos tenemos el consuelo de creer, que si nos hemos esforzado por elevar nuestro espíritu en esta vida, comenzaremos nuestra andadura trascendente mejor preparados.

LOS SANTONES DE LA NUEVA ERA

Las «cualidades» de estos impostores

Aunque ya hablamos someramente de este tema en el capítulo de «LA QUINCALLA DE LA NUEVA ERA», insistiremos un poco más en él por ser algo de importancia para los que buscan afanosamente la evolución de su espíritu.

La Nueva Era, lo mismo que tiene una quincalla propia, tiene también sus santones que son aún más peligrosos que aquélla. Convertida por muchos en una religión, tiene que tener naturalmente sus sacerdotes que dictaminen los ritos y creencias y lo que es ortodoxo.

Estos santones a *veces* saltan de ser quincalleros a impartir, no se sabe con qué ciencia infusa, normas para progresar en la evolución del espíritu.

Suelen hablar de una manera muy reposada, con voz suave y con términos místicos, usando de vez en cuando alguna palabra sánscrita para demostrar a sus discípulos que ellos están entroncados con la esencia más genuina del yoga *y* del alma de Oriente.

Si tienen oportunidad, suelen escribir sobre asuntos esotéricos enrevesados en los que mixtifican lo divino y lo humano y hablan del «espíritu crístico» y «búdico» sin que uno sepa nunca bien qué es lo que quieren decir, quedando con la duda de si ellos mismos sabían bien lo que estaban diciendo.

No es raro que sean milenaristas y están constantemente prediciendo para pronto «cambios de era» en los que habrá males tremendos para la humanidad.

Esperan la «Segunda venida de Cristo» y preparan a sus discípulos para ella y hasta creen en apariciones marianas que les lleva a escribir larguísimos artículos sobre estos temas sin que al fin de ellos uno sepa qué es lo que quisieron decir.

Algunos, antes de constituirse en santones, tuvieron vidas bastante agitadas, dedicándose a actividades comerciales muy apartadas de las sutilezas místicas; pero presumiblemente debieron experimentar alguna iluminación que los convirtió al misticismo más radical.

Pero lo malo es que en sus vidas no han cambiado de la misma manera, porque lo cierto es que con frecuencia son calculadores fríos de todos sus movimientos, envidiosos del progreso de los demás y zancadillean a todo el que les pueda hacer sombra de alguna manera.

Dan cursos de alto espiritualismo y de cómo hacer evolucionar la mente, pero no es raro que todas sus actividades tengan un cierto tufo a comercio y a actividad económica.

Por desgracia hay demasiada gente crédula que se fía de ellos, en nuestra sociedad abundan las personas vacías que necesitan colgarse de alguien aunque sea un advenedizo o una campana hueca. Si suena bien y si es capaz de echar discursos bonitos, coloreados con pensamientos orientales, y llenos de palabras hermosas, tendrá oyentes y seguidores en abundancia.

Los santones predican un esoterismo «Light», de fin de semana, epidérmico, que no llega hasta lo que constituye la esencia y el fondo de la Nueva Era que es, ni más ni menos, un cambio radical, no sólo en la manera de hablar y de pensar, sino también en la manen de vivir.

Estos individuos gustan de hacer discípulos y escuelas y, con una audacia increíble, se meten en terrenos de los que no saben nada, como son las etapas que recorre el alma en su difícil ascensión hacia el Absoluto. Han leído alguna obra de algún «suami» oriental y ya se sienten poseedores de sus conocimientos, como si las ascensiones del espíritu fuesen caminos trillados que ellos hubiesen recorrido muchas veces antes.

En Occidente escasean, tal como ya dijimos, los verdaderos maestros del espíritu, porque hasta ahora toda nuestra filosofía y nuestra concepción del mundo espiritual habían estado imbuidas de las ideas cristianas acerca del más allá y del reino del espíritu, que son radicalmente falsas.

En los últimos tiempos hemos asistido a la llegada de bastantes maestros de la India y el Tibet, pero por lo general sus enseñanzas pecan un poco de orientalismo exagerado al no tener en cuenta el modo de ser del alma occidental. Por eso no abundan las personas de nuestro mundo que tengan la suficiente escuela, tanto teórica como práctica, como para ponerse a impartir clases de

espiritualismo genuino, que esté de acuerdo con el alma occidental.

Esto hace más hiriente la audacia de estos farsantes que sin encomendarse a nadie, adoptan el papel de maestros de almas y, de hecho, lo hacen, llevando a muchos por caminos descarriados. Porque mal pueden guiar a nadie cuando ellos mismos están perdidos.

Los auténticos hijos de la Nueva Era huirán de estos santones como de la peste, pues tienen el don de descarriar a los que se ponen en sus manos, creando en sus mentes la misma confusión que ellos tienen en las suyas. Con frecuencia los hacen entrar por vías que no llegan a ninguna parte, haciéndoles perder un tiempo y a veces un dinero precioso y llenando su alma de desencanto cuando caen en la cuenta de que todas las bellas frases no eran más que palabras huecas y de que todo el esfuerzo ha sido inútil porque les ha dejado el alma tan vacía como estaba.

ALIMENTACIÓN, MEDICINA Y SALUD

Sin salud no merece la pena vivir

Digamos unas palabras sobre la alimentación y sobre el directo influjo que ésta tiene sobre la salud. Sin salud apenas si merece la pena vivir, pues la vida no se puede disfrutar plenamente, cuando se convierte en una queja y en un dolor continuo.

Y en nuestros tiempos tan mecanizados puede que haya más de un lector que, sin saberlo, esté amenazado por cualquier enfermedad, y no por culpa de él sino por la avaricia e irresponsabilidad de algunos grandes fabricantes de alimentos, y debido también a los pésimos hábitos alimenticios que prevalecen hoy día en nuestra sociedad.

Con toda seguridad se puede decir que la inmensa mayoría de nuestras enfermedades procede, o de nuestros malos hábitos mentales, o de los alimenticios. Admitimos que hay otras enfermedades que pueden proceder de otras causas más complejas y profundas.

Pesadumbres, miedos, odios, envidias profundas y estados de angustia mantenidos por largo tiempo y reprimidos, casi sin excepción aflorarán a la larga en el cuerpo físico en forma de alguna enfermedad, y muy corrientemente como alguna de las llamadas «incurables».

«Hartos pero desnutridos»

Y con mayor seguridad aún se puede decir que el cuerpo, antes o después, reaccionará de una manera drástica a un alimento deficiente. Y pese a todas las apariencias, la alimentación del ciudadano normal en todas las grandes ciudades es muy deficiente a pesar de ser abundante. Es totalmente exacto lo que la eminente nutricionista Cathlyn Elwood escribió a propósito de los sesenta millones de norteamericanos obesos: «Hartos pero desnutridos».

Es un axioma en nutrición que la alimentación abundante no es sinónimo de buena alimentación. En nuestra civilización causa más estragos el exceso de comida que la escasez. Y el problema se agrava más aún si esta alimentación, además de ser excesiva, está contaminada.

Alimentos desnaturalizados e intoxicados

¿Por qué es deficiente la alimentación de buena parte de la gente de nuestras ciudades? Porque los alimentos que ingieren han sido desnaturalizados en su procesamiento; es decir, les faltan micro elementos vitales y, sobre todo, vitaminas que han desaparecido en los diversos procesos a que son sometidos hasta que llegan refinados, coloreados, aromatizados y envasados a nuestras mesas.

Pero, más grave aún, a estos alimentos no sólo les faltan los elementos vitales que tenían en su estado natural, sino que vienen adulterados, y en no pocas ocasiones positivamente envenenados con los productos y los tratamientos a que son sometidos para conservarlos, emulsionarlos, aromatizarlos, «uperisarlos». Muchos de estos productos añadidos son venenos de acción lenta, y sus resultados se ven sólo después de años de uso continuado.

¿En cuántas ocasiones las autoridades competentes no han dado la voz de alerta contra tal o cual producto, cuando ya hacía años que venía siendo usado masivamente? ¿De cuántas enfermedades y muertes no habrán sido causa estos aditivos industriales usados irresponsablemente por individuos a quienes no les importa jugar y enriquecerse a costa de la enfermedad de sus semejantes?

Cómo nos envenenan

Un ejemplo de lo que estamos diciendo: para que los grandes silos conservasen bien las enormes cantidades de granos que encierran, en el Japón se acostumbraba a sellarlos y fumigarlos con bromuro de metilo, el insecticida «perfecto», ya que no queda rastro de él una vez que se deja salir del silo.

Pues bien, en aquella nación se fue extendiendo con el paso de los años una especie de epidemia, de síntomas muy diversos y complejos, que durante muchos meses tuvo perplejas a las autoridades sanitarias. Por fin, se descubrió al culpable: era ni más ni menos que el bromuro de metilo —el

insecticida «perfecto»— que al contacto con los granos transmutaba el ácido pantoténico que éstos contienen como parte del complejo de la vitamina B, en otra sustancia no asimilable por el cuerpo humano creando con esto una deficiencia de tan necesaria sustancia que, a la larga, degeneraba en todo un conjunto de enfermedades.

¿Y quién nos asegura que el funesto bromuro de metilo o cualquier sustitutivo no está siendo todavía usado en los silos de los que salen los granos que luego consumimos con tanta ingenuidad en nuestras casas creyendo que estamos tomando «alimentos naturales y enriquecidos» tal como nos dicen los anunciantes?

Otro ejemplo: la margarina. Hace bastantes años que se puso de moda una especie de histeria colectiva contra el colesterol. Entonces apareció, como la gran solucionadora, la margarina. Sus fabricantes se hartaron de cantar sus ventajas y de alabar su falta de colesterol, y por otra parte se hincharon a ganar dinero en detrimento de los fabricantes de mantequilla. Toda una guerra comercial llena de mentiras contra los consumidores y contra la salud.

La verdad desnuda es que para fabricar la margarina hay que hidrogenar el aceite. Es un proceso en el que el aceite se espesa hasta adquirir la contextura de la mantequilla. Pero para hidrogenar el aceite hay que usar níquel como catalizador y parte de ese níquel durante el proceso pasa a la margarina. Es cierto que se procura hacerlo desaparecer del producto final, pero la verdad es que siempre quedan restos cuando el producto es envasado y llega a la mesa del consumidor.

Ahora bien, el níquel es, al igual que el plomo, el mercurio y otros metales, altamente perjudicial para la salud cuando se almacena en el organismo. Es cancerígeno y además afecta al sistema nervioso y debilita el sistema muscular. Además de esto, el proceso de hidrogenación no sólo «espesa» el aceite, sino que también «espesa» las arterias y las venas.

Y la ironía es que muchos de los aditivos y procesos industriales empleados en la fabricación de alimentos son perfectamente legales. Pero son tan legales como letales, y las autoridades o no se enteran o no les interesa, dando como resultado que los industriales nos siguen envenenando impunemente.

Si el lector es aficionado al helado —y tenemos que confesar que por desgracia lo somos, especialmente si es de chocolate— debería saber esto: las grandes compañías heladeras que nos presentan sus productos no sólo como apetitosos, sino como nutritivos y beneficiosos para la salud, emplean en la elaboración de los diversos tipos de helados los siguientes productos:

—*Butiraldehído.* Da sabor a nuez; se emplea también para la fabricación de pegamentos.

—*Dietileno glicol.* Es una sustancia emulsionante que sustituye a los huevos; se usa también industrialmente como removedor de pintura y como anticongelante.

—*Acetato etílico.* Da sabor a piña y se usa también como limpiador del cuero y de varias fibras en la industria textil. Sus vapores causan graves lesiones al pulmón, al hígado y al corazón.

—*Piperonal.* Da el sabor de vainilla y se usa industrialmente para matar piojos y liendres.

—*Aldehído C-17.* Le da el sabor de cereza al helado y es un líquido inflamable usado en los tintes de anilina para plásticos y goma.

—*Acetato bencílico.* Es lo que proporciona el sabor a fresa e industrialmente se usa como disolvente de nitratos.

Y así, de entre los aproximadamente 1.300 productos químicos que se usan en el procesamiento de los alimentos que ingerimos, podríamos seguir enumerando otros igualmente «apetitosos», pero que, con el consumo mantenido, se convierten en fatales para nuestra salud.

Hace unos cuantos años una marca de leche muy bien conocida por los madrileños y por buena parte de los españoles fue denunciada al haberse probado que salía de las lecherías con un alto grado de contaminación. En vez de clausurar la fábrica y meter en la cárcel a sus dueños (en aquellos tiempos protestar contra abusos por el estilo era «atentar contra el régimen») a las pocas semanas se había olvidado el asunto y en la actualidad vemos a los camiones de esa misma marca, con una impunidad RAMPANTE, seguir repartiendo su mala leche por todas partes.

En el tristísimo caso del envenenamiento por el aceite de colza (que, dicho sea de paso, no fue por el

aceite de colza), las autoridades actuaron rápidamente porque las consecuencias eran trágicas y muy visibles, pero ¿quién puede calibrar el daño que se hizo a miles y miles de niños que inocentemente ingirieron la leche desnaturalizada y contaminada que sus padres les estaban dando creyendo que les daban lo mejor para su alimentación? ¿Quién será capaz de relacionar las enfermedades «de origen desconocido» que años más tarde van a tener esos niños, con la leche con la que se estuvieron envenenando durante meses y que predispuso sus organismos para que posteriormente la enfermedad hiciese fácilmente presa en ellos?

Por otro lado, si bien es cierto que la medicina académica ha hecho enormes progresos en ciertas áreas en las que es completamente de fiar, hay aspectos en que se puede decir que ha ido degenerando, encontrándose en la actualidad en una gran crisis.

La eficiencia de la ciencia médica (ayudada en nuestros días por los increíbles adelantos de la electrónica) en casos de fracturas de huesos, trasplantes de tejidos o de órganos y de la técnica quirúrgica en general es asombrosa; y lo mismo se puede decir de análisis y diagnósticos. Hoy día, mediante complicados y a veces costosísimos aparatos, la ciencia médica es capaz de detectar el profundo mecanismo y funcionamiento de la complejísima máquina humana. Pero ésta es precisamente la raíz de la gran crisis en que está la medicina: el considerar al hombre únicamente como una máquina orgánica que se puede arreglar con un bisturí o con un compuesto químico que se le inyecte, prescindiendo por completo de su mente y olvidando que esa mente, aun siendo inmaterial, tiene poder en sí para componer o descomponer fácilmente esa máquina biológica.

Píldoras y bisturí

La medicina oficial y académica se apoya demasiado exclusivamente —y por desgracia también abusivamente— en las píldoras y en el bisturí para curar. Son casi las únicas armas que se usan, prescindiendo anticientíficamente de otras formidables ayudas que provienen del campo de la psicología y de la psicoterapia {por ejemplo, la hipnosis, que es ignorada por más del 70% de los médicos), del campo de la medicina natural con sus miles de plantas con tan formidables efectos curativos, del campo de la nutrición (todo médico debería ser especialista en nutrición, lo cual dista mucho de ser así) y hasta del misterioso y trascendente campo de la religión. Créanlo los médicos o no, la religión, como quiera que ésta se entienda, ha curado enfermedades «incurables» a millones de personas. Y esto ha sido así en siglos pasados, lo es actualmente, y lo seguirá siendo en años futuros.

Y no sólo eso sino que, para desencanto de los fanáticos religiosos, ha sucedido así en todas y en cada una de las religiones, no importa cuáles sean sus credos. Tanto a los médicos como a los fieles religiosos les cuesta mucho trabajo creer esto, pero si hiciesen el esfuerzo de investigar los hechos desapasionadamente, verían que las cosas son tal como decimos, gústeles o no.

Al hablar de los aspectos negativos de la medicina oficial no queremos dar la impresión errónea de que estamos contra ella. Eso está muy lejos de nuestras mentes. La clase médica debería tener muy presente que un número cada vez mayor de personas está rebelándose contra ciertas prácticas «curativas» que distan mucho de estar inspiradas por un desinteresado y sincero deseo de la salud del paciente, y distan igualmente del juramento hipocrático hecho por todos los galenos.

Rebelión contra la medicina mala

Y no sólo los pacientes se rebelan contra estas prácticas, también ciertos médicos responsables, en diferentes libros y artículos aparecidos en los últimos años, denuncian ante toda la clase médica las prácticas equivocadas y abusivas de sus colegas desaprensivos. Ejemplos son las denuncias de los doctores Eggert, Fitzpatrick y Norton entre otros.

Según el doctor Eggert, cada año se practican en el mundo miles de operaciones quirúrgicas innecesarias, y acusa a sus colegas médicos de Estados Unidos de ser demasiado proclives al uso del bisturí, lo mismo que acerca del excesivo número de pacientes que muchos médicos reciben cada día sin tiempo para hacerse una idea clara de cuál puede ser el origen de sus males; acerca de la dependencia que más o menos deliberadamente crean muchos médicos en las mentes de sus pacientes y acerca del enorme abuso de fármacos —que en muchas ocasiones hacen tanto daño como bien— con un gran despilfarro de dinero privado y del Estado en beneficio de los multimillonarios y trasnacionales fabricantes de medicamentos.

El todo cuerpo-alma

Todos estos y otros defectos provienen de no considerar al hombre como un todo *cuerpo-alma* o *materia-espíritu* en el que el *alma-espíritu* tiene la prevalencia y es el que en el fondo rige el funcionamiento de la otra parte. Este es el punto de vista holístico-integral que está poco a poco encontrando más adeptos entre los médicos de mentalidad más avanzada.

Es más fácil y más rápido recetar cortisona, por ejemplo, que estudiar e imponer una dieta estricta que active los mecanismos del organismo para fabricar la cortisona endógena que es totalmente absorbida por el cuerpo sin ninguno de los tremendos efectos secundarlos de la cortisona exógena. Como es más fácil recetar dos o tres medicinas para curar las úlceras de estómago y para aliviar el dolor, que averiguar con paciencia y sabiduría cuál es la causa moral o psíquica que produce tales úlceras. El estado mental que produjo las úlceras, al no ser corregido, volverá a actuar al cabo de poco tiempo produciendo nuevas úlceras o cualquier otra enfermedad.

La medicina tiene que volver a un enfoque y a unas técnicas más naturales y los no profesionales de ella somos los que tenemos que empezar a dar los primeros pasos destraumatizándonos en primer lugar en cuanto a ciertas creencias erróneas que, a fuerza de ser repetidas por años, han llegado a convertirse en axiomas. Y en segundo lugar, tenemos que volver a ciertos remedios naturales que hoy hemos olvidado por completo y hasta despreciamos debido, en gran parte, a esos «axiomas» erróneos que nos han inculcado.

Falsos axiomas

¿Cuáles son estos falsos «axiomas»? Son muchos y variados. Son, por ejemplo, la creencia de que hay muchas enfermedades «incurables». Todas las enfermedades son curables si se aplican a tiempo los medios aptos. Son «incurables» para la medicina académica, pero esto no da derecho a afirmar que tales enfermedades sean absolutamente incurables, y de hecho, muchos de estos males «incurables» han sido *y* siguen siendo curados por otros tipos de medicina.

Otro axioma que cae de lleno en lo que estamos afirmando es que «el cáncer es una enfermedad incurable». Se puede decir que nuestras sociedades más desarrolladas están traumatizadas con el miedo al cáncer. Muchas personas ni se atreven a hablar de él y lo consideran como una funesta lotería que en cualquier momento le puede tocar a uno. En realidad hay individuos que viven aterrados ante tal posibilidad, y este error inconfesado y latente mantenido por años es perfectamente capaz de producir lo mismo que tanto teme.

Creo que en miles de ocasiones este miedo profundo ha sido la causa del cáncer de muchos individuos en los que la mente inconsciente se limitó a concretar y a obedecer un pensamiento confuso que constantemente le llegaba de la mente consciente: cáncer, cáncer, cáncer.

Si a esto añadimos lo que luego nos da la experiencia, es decir, lo que vemos en los enfermos que se someten a los terribles tratamientos que la medicina oficial tiene para los cancerosos: quimioterapia, diferentes clases de radiaciones, cirugías mutilantes, y las estadísticas que se publican de los hospitales oncológicos —que en la mente de muchos no son sino la antesala de la muerte— no nos extrañaremos de que el «axioma» de que «el cáncer es una enfermedad incurable», llegue a tener en nuestra sociedad la fuerza y el arraigo de una verdad revelada.

Y sin embargo la realidad no es así. Hay miles de casos en que los cánceres se han curado. Unos por «curación automática» o «autocuración», tal como los galenos gustan de calificar aquellos casos en que los pacientes se han curado contra todos los pronósticos; otros por haber sido cogidos muy a tiempo —y en esto hay que reconocer que la medicina académica ha avanzado grandemente— y otros después de haber usado métodos, técnicas y hasta plegarias de las que la institución médica no sabe nada o muy poco, y lo malo es que hasta ahora no ha querido saber, y ya va siendo hora de que empiece a interesarse.

Porque los médicos no tienen nunca que olvidar que lo importante es la curación del enfermo. Y a propósito de esto sería bueno repetir aquí que ya va siendo hora de que, en las legislaciones de los países llamados avanzados, haya un lugar para aquellos que —tras haberlo demostrado repetidamente— son capaces de curar aunque no tengan títulos oficiales. Ya va siendo hora de acabar con el monopolio que en esto tienen los graduados de universidad, y más en los casos —que no son pocos— en que la ciencia médica oficial confiesa que «el mal no tiene remedio».

Para no alargar demasiado este capítulo, y para no entrar en un tema demasiado complejo y de

suma importancia, pero que no es el propósito de este libro, diremos al lector lo mismo que en otra parte le dijimos: si quiere evitar el estar enfermo, y si quiere liberarse de cualquier enfermedad que tenga, que aprenda a dominar el estrés y a relajarse, y verá cómo las ondas de su cerebro hacen milagros con su salud. A lo cual añadimos ahora que se interese por el naturismo: por las hierbas y plantas medicinales y que preste mucha más atención a su alimentación, tratando de no intoxicarse ni con alimentos desnaturalizados y contaminados, ni con medicinas, aprendiendo qué alimentos son compatibles y cuáles no se deben mezclar.

Medicinas más naturales

Naturalmente que sería absurdo decir que no debemos tomar medicinas. Medicinas, sea en forma de hierbas o en forma de pastillas, las tendremos que tomar cuando estemos enfermos, pero entonces debemos ser sabios y no ponernos sin más ni más a ingerir toda clase de píldoras con unos efectos secundarios fortísimos que no sabemos qué reacciones pueden causar en nuestro cuerpo y **si,** a fin de cuentas, van a componernos algo descomponiéndonos otra parte del organismo. Muchas enfermedades no son sino las reacciones del organismo tras la ingestión prolongada de productos químicos bajo la forma de pastillas. En nuestras ciudades hay miles de personas auténticamente envenenadas por la gran cantidad de píldoras que han ingerido a lo largo de su vida.

Los productos fabricados directamente por la naturaleza tienen «algo» que todavía no hemos podido descubrir que hace que nuestro organismo los absorba más fácilmente, mientras que los producidos en los laboratorios, si bien son un gran logro de la ciencia, carecen de ese «algo», y el organismo los absorbe con mucha más dificultad.

Mayor atención a las vitaminas

Cuando compramos vitaminas, tenemos que fijarnos muy bien sí son realmente naturales o si son sintetizadas en e] laboratorio, porque —como ya apuntamos— hay una gran diferencia entre ambas en cuanto a la facilidad de absorción de nuestro organismo. Por eso, si necesitamos alguna vitamina —y el equilibrio vitamínico es esencial para nuestra salud— y la podemos conseguir directamente de las plantas o de los alimentos que ingerimos, será preferible que prescindamos de las vitaminas que vienen en frascos y tomemos las naturales.

Es un hecho comprobado que muchas enfermedades o malestares se curarían aumentando drásticamente la dosis de alguna vitamina en particular. Esto haría que determinado mecanismo específico del cuerpo entrase en funcionamiento y ello sería suficiente para librarnos de la enfermedad. Mientras las píldoras lo único que hacen en muchos casos es suprimir el síntoma, las vitaminas y los oligoelementos van, en cambio, a la raíz del problema haciendo que el cuerpo ponga en funcionamiento los mecanismos de autocuración que están inhibidos.

Y si bien es cierto que esporádicamente tendremos que tomar algún medicamento, es aún más cierto que no esporádica sino diariamente tenemos que alimentarnos, o mejor dicho nutrirnos, y aquí es donde estamos fallando grandemente los humanos, sobre todo los habitantes de las grandes ciudades.

Alimentación caótica

Nuestra alimentación es caótica, dirigida únicamente por los intereses materiales de aquellos que fabrican y promueven ciertos productos. Muchas personas se fían ciegamente en sus compras de alimentos de lo que ven en la televisión. Y la televisión, al igual que los otros medios masivos de comunicación, miente en infinidad de ocasiones.

Los efectos de esta alimentación hecha a ciegas, y por tanto, mala —a pesar de su abundancia—, los tenemos en las estadísticas de las enfermedades de todo tipo que proliferan en nuestras sociedades, por otro lado tan avanzadas técnicamente. Nuestra sociedad es una sociedad enferma, donde los colapsos cardíacos, los problemas intestinales y estomacales, la hipertensión, el cáncer, la artritis, la diabetes, la obesidad y toda suerte de enfermedades serias se cuentan por cientos de miles. ¿Cómo es posible que en una era de tan formidables adelantos electrónicos haya tanta gente aquejada de enfermedades tan serias? La contestación es sencilla: Si a las tensiones psicológicas generadas por unos órdenes sociales desquiciados les añadimos una alimentación artificial inadecuada, desvitaminizada, intoxicada y desprovista en buena parte de los micros elementos naturales imprescindibles, tendremos la causa de nuestras enfermedades. Y si a pesar de tantos miles de médicos y pesar de la creciente socialización de la medicina sigue habiendo tanta gente enferma, querrá decir que la medicina, tal como hoy se concibe, no está a la altura del problema y deberá pensar seriamente en cambiar o rectificar sus técnicas y su filosofía.

Exceso de carne y proteínas

Otro de los falsos axiomas a que hicimos referencia anteriormente podría ser la creencia de que es una absoluta necesidad comer muy a menudo carne y proteínas animales, y con cierta abundancia. Hay mucha gente que si no come carne cree que no ha comido en serio.

Es cierto que necesitamos proteínas, pero también es cierto que muchísima gente come más carne y más grasas de las que necesita, acarreándole ello serias consecuencias para su salud. Y contra este falso «axioma» se alza otro verdadero, sostenido por el naturismo: la carne es un auténtico veneno para toda persona aquejada de cáncer.

No estamos proponiendo un vegetarianismo riguroso. Lo que pretendemos es que el lector tome conciencia de su alimentación. La dieta del hombre de ciudad es muy escasa en vegetales frescos, cuando la mayor parte de nuestra comida debería consistir en ellos, y mejor todavía si los ingerimos crudos tal como se hace en las ensaladas. En cambio, los habitantes de las ciudades suelen abusar de las comidas demasiado copiosas, con abundantes grasas y muy mal combinadas.

El resto de los productos que ingerimos, cuando llegan a nuestras mesas, han pasado, tal como dijimos, por unos procesos industriales en los que han perdido casi todo su poder alimenticio, si no es que se han contaminado con los aditivos para «enriquecerlos» *y* presentarlos mejor. Y como si esto fuera poco, a la hora de cocinarlos (demasiada cocción, condimentos fuertes y artificiales, adición de grasas, etc.) pierden aún más poder alimenticio y se hacen todavía de más difícil absorción. La cantidad de personas con hemorroides, estreñimiento y cáncer de colón son una prueba de esto.

Y si es cierto que desconocemos las cualidades alimenticias específicas de cada producto vegetal, es aún mayor nuestro desconocimiento de sus cualidades curativas, y esto no sólo cuando son ingeridos, sino cuando son aplicados a la parte enferma directamente.

Para que el lector vea hasta qué punto es cierto esto que le estamos diciendo, le pondremos un ejemplo que podrá comprobar por sí mismo: las increíbles cualidades curativas del modesto repollo o col aplicada directamente como una cataplasma a la parte del cuerpo afectada. Cualquier tipo de afección en la piel como magulladuras, heridas, inflamaciones, resquebrajamientos, quemaduras, picaduras de insectos, erupciones, etc., siente inmediatamente los efectos de las hojas de repollo crudo, previamente machacadas y aplicadas directamente.

Podríamos seguir poniendo ejemplos parecidos pero no es este el objeto de este capítulo y lo hemos traído únicamente como una muestra de los cientos que se podrían poner de hasta qué punto nos hemos dejado acomplejar por otros métodos más «científicos», más caros, más difíciles de conseguir y en muchas ocasiones notablemente menos eficaces.

Naturalmente, nos estamos refiriendo a dolencias más o menos sencillas y también a enfermedades «incurables» pero funcionales que no consisten en roturas ni en traumas producidos por golpes. En estos casos hay que ser realista y acudir a un médico o cirujano que arreglará el hueso o la parte afectada con cualquiera de los grandes adelantos que indudablemente tiene la medicina académica.

Centros de medicina natural

Por suerte hay ya mucha gente que está tomando conciencia de estos hechos y por suerte también mucha de esta gente son médicos que, con toda honestidad, han reconocido los muchos logros de la medicina natural cuando se aplica sabiamente, y mejor todavía cuando se hace combinada con los muchos avances logrados sin lugar a dudas por la medicina oficial.

Cada vez proliferan más las clínicas o centros de medicina natural en los que se realizan verdaderos milagros y muy frecuentemente con pacientes que por años habían sido sometidos sin fruto a los tratamientos de la medicina oficial. En estos centros se echa mano de un sinnúmero de recursos que la pródiga naturaleza ha puesto a nuestra disposición y que desgraciadamente hemos ido olvidando sugestionados por los «avances de la técnica».

Algunos de estos recursos (como la acupuntura, la hidroterapia, la indología, la reflexología, etc.) podrían y deberían caer de lleno entre estos «avances de la ciencia»; desgraciadamente, los prejuicios y los intereses creados de ésta les cierran el paso, privándose así la medicina de armas valiosísimas con que combatir las enfermedades.

En estos centros de tratamientos naturales, el agua bajo muy diferentes formas, el sol, el aire y sobre todo unas dietas de vegetales estudiadas a conciencia para cada uno de los pacientes, hacen lo que en

bastantes ocasiones tratamientos mucho más costosos no han logrado por años. Las radiografías y los historiales clínicos, junto con las estadísticas de los resultados —llevadas incluso con computadora—, no dejan lugar para la duda.

Alguien que haya padecido por años algún mal al que la ciencia médica no haya sido capaz de hallarle remedio, haría muy bien en indagar acerca de algún buen médico naturista. Puede ser que halle en él, con un enfoque totalmente diferente, lo que no ha podido hallar por años en la medicina oficial.

La vitamina C

A modo de confidencia sugerimos a los lectores la lectura del libro del Dr. Linus Pauling —dos veces premio Nobel— titulado *Cómo vivir más y sentirse mejor.* En él el octogenario autor nos narra sus hallazgos en torno a las casi milagrosas cualidades de la vitamina C (ingerida en dosis mucho mayores que las que aconseja la medicina académica) y nos da otros consejos para vivir más plenamente la vida. A sus casi noventa años y lleno aún de vitalidad es una demostración viviente de que lo que nos dice no es sólo una teoría.

Para finalizar diremos que es muy cierto el dicho: «Dime lo que comes y te diré cómo es tu salud». Los hijos de la Nueva Era deberán cuidar más su alimentación evitando en lo posible todos los alimentos empaquetados y cocinados de antemano que pueden aguantar grandes períodos de tiempo en sus envoltorios sin deteriorarse.

Deberán evitar el comer alimentos demasiado ricos en grasas y pensar que es un error el creer que, si no comen carne todos los días o muy frecuentemente, están mal alimentados. Pero sobre todo deberán evitar el comer y beber con exceso, porque esto no sólo va contra su salud, sino que embota las capacidades de su mente.

LA GUERRA DE LOS GOLFOS

Los golfos de allá y los de acá

Escribimos estas líneas cuando retumban los cañones de iraquíes y aliados, y la metralla de las bombas revienta edificios y entrañas de seres humanos totalmente ajenos a las apetencias y megalomanías de los Husein y Bush.

A primera vista parece que la guerra no tiene nada que ver con los hijos de la Nueva Era. Pero éstos deberán estar siempre atentos a lo que acontece a su alrededor, y más cuando se trata de eventos tan monstruosos como la guerra, que no es sino la concreción de la violencia más descarnada.

En estos días todo el mundo habla de la guerra del Golfo: del golfo de allá, el fanático Sadam Husein que, sin encomendarse a nadie y únicamente porque le parecía a él, invadió a un país vecino cometiendo en él toda suerte de salvajadas. Pero hay que hablar también con toda claridad de los golfos de acá; de los defensores del orden internacional; de los «buenos»; de los que por ganar dinero arman a un tirano loco hasta los dientes y luego se dedican a destriparlo a bombazos junto con el pueblo que lo padece; de los farsantes de la política nacional e internacional que camuflan sus mentiras con palabras untuosas; de los que llaman «efectos colaterales» a las montañas de cadáveres tras los salvajes bombardeos.

Aparte de los turbios intereses que se mueven tras todas las guerras, tras esta del Golfo podemos ver de una manera panorámica lo que dijimos en el capítulo de la evaluación de las religiones.

El fanatismo judío

En el fondo de todo este conflicto está el problema religioso. Está el fanatismo de Israel, que sintiéndose «pueblo escogido» (!) irrumpió por la fuerza en el año 1948 en la tierra que habitaban los palestinos y desde entonces, contra todos los dictámenes de las Naciones Unidas y de la justicia internacional, se ha sentido único dueño de aquellos territorios, no permitiendo a sus moradores autóctonos habitar digna y pacíficamente en su tierra.

Los judíos llegados de todas partes del mundo se sienten dueños de aquello, alegando que Yahvé, su Dios, se lo dio (!). He aquí la ingenua y fanática manera como la liga judía B'nai Brith ve el asunto de la apropiación de Palestina:

«El sionismo ortodoxo empezó con el mandato divino hecho a nuestro primer patriarca Abraham: 'Levanta tus ojos desde el lugar en que estás y mira hacia el norte, hacia el sur, hacia el este y hacia el oeste porque toda la tierra que ves yo te la daré a ti y a tus descendientes". Estas palabras que constituyen nuestro derecho a Palestina no provienen de la Declaración Balfour; estas palabras provienen de la Biblia. Nuestro asentamiento en Palestina es una orden divina que tiene que ser observada como un mandamiento.»

¿Qué pensar tras estas increíbles palabras? Por supuesto, los palestinos se han rebelado violentamente en muchas ocasiones contra el actual estado de cosas, pero ello no debería extrañarle a nadie, porque es completamente lógico defender por todos los medios el propio hogar cuando alguien lo expulsa a uno de él por la fuerza.

Hay que decir, además, que, al fin, los palestinos han accedido a convivir pacíficamente en su tierra con los israelíes a condición de que éstos les reconozcan todos sus derechos y accedan a compartir con ellos las tareas de gobierno. Pero los israelitas, sintiéndose los «escogidos de Dios», no aceptan y durante más de cuarenta años los han tenido sojuzgados en su propia tierra, masacrándolos de vez en cuando como represalia a alguna de las acciones terroristas de los «fedayim».

¿A quién puede extrañar que esta conducta haya producido un profundo sentimiento en todo el mundo árabe y musulmán? ¿Y **a** quién puede extrañar que todo este resentimiento se haya ido convirtiendo en odio profundo, cuando ven a Israel contestar de una manera salvaje y desproporcionada a los ataques de los «fedayim»? La desproporción consiste en que por cada muerto israelí suelen morir treinta palestinos.

El fanatismo musulmán

Añadamos, por otra parte, el innegable fanatismo de los musulmanes con su fundamentalismo rabioso, sus guerras santas y su inmovilismo histórico, y no tendremos que extrañarnos nada del infierno en que se ha convertido desde hace varias décadas el Oriente Medio. La guerra del Golfo no es

sino el último estallido de esta violencia latente.

«Pensemos en la actual situación del Medio Oriente: Irán e Irak se destrozan mutuamente con una santa ferocidad inspirada por Alá aproximándose ya al medio millón de muertos. El primero, por vengar viejas ofensas de los iraníes, y éstos, por el honor nacional y por la extensión de la santa revolución islámica. Drusos y cristianos se matan animados por un heredado rencor religioso. Los palestinos se aniquilan entre sí para demostrar cuál de los dos bandos tiene un mayor fervor patriótico. Siria y Libia colaboran en la guerra santa contra el gobierno cristiano del Líbano. Norteamericanos y franceses vuelan por los aires a impulso de una dinamita empapada de odio racial y religioso; y en la base de todo este caos y como origen de todo él, el ciego fanatismo religioso de Israel que un buen día (inspirados en las palabras de Yahvé, ¡pronunciadas hace ya cuatro mil años!) despojaron de su patria a los palestinos convirtiéndolos en un pueblo errante y desesperado. De víctimas de los nazis, los israelíes se han convertido en los nazis del Medio Oriente.» La reciente guerra del Golfo podría añadirse como un párrafo más a esta cita del libro *Defendámonos de los dioses,* escrito ya hace diez años.

El fanatismo occidental

De un lado está Yahvé, que todavía tiene engañado a su pueblo escogido al que vemos trágica y ridículamente lamentándose aún hoy contra el famoso muro. De otro tenemos a Alá azuzando el odio contra los pecadores infieles que no obedecen al Corán, y de otro, henos aquí a los occidentales que, aunque no invocamos a ningún Dios trascendente y sí al «orden internacional», en el fondo le somos fieles a nuestro Dios verdadero que es el dinero.

La excusa del orden internacional

Como el petróleo es oro negro y, en definitiva, dinero, no hemos dudado un momento en ir a la guerra para defenderlo. Lo de que el orden internacional había sido conculcado es una pura excusa; en realidad, ya lo había sido en muchas otras ocasiones; pero como no había oro de por medio, no se hizo nada por remediarlo.

Aparte de esto, el haberse lanzado Occidente tan alegre e irresponsablemente a esta guerra, es una prueba de la fuerza que tras bastidores ejercen los profesionales de la violencia. Los políticos en muchas ocasiones no hacen sino bailar al son del pandero que ellos les tocan. Pero, por supuesto, no lo admitirán y, con el supremo arte que tienen de mentir, disfrazarán la verdad con torrentes de razonamientos enrevesados y de palabras bellas.

En la ceguera suicida con que los pueblos árabes defienden la troglodítica posición de Sadam Husein podemos ver el daño causado por las creencias religiosas. El fanatismo, hijo directo y natural de la fe religiosa, es un disolvente de la racionalidad. *Persona creyente en cualquier religión es persona disminuida en cuanto a su capacidad crítica* acerca de aspectos fundamentales de la vida.

Por otro lado, es cierto que Sadam Husein aparte de cometer un grave acto de injusticia, con la invasión de Kuwait, reiteradamente se negó a entrar en razón y mantuvo su posición contra todas las naciones del Planeta. Y es cierto también que en vista de ello, las Naciones Unidas tenían que tomar una decisión drástica para evitar que, envalentonado con lo que hizo en Kuwait, lo repitiese con las naciones vecinas.

Pero también es cierto que hay una notoria desproporción entre lo que apresurada y salvajemente se hizo con Irak, y lo que se hizo en otras ocasiones parecidas, como por ejemplo cuando Israel invadió Palestina y el Líbano.

En estos casos no sólo no se hizo nada por salvaguardar el orden internacional y la justicia, sino que abiertamente se ayudó a los invasores y por muchos años se ha permitido esta situación injusta, que igualmente va contra repetidas disposiciones de las Naciones Unidas. Ciertamente, una guerra empezada es muy difícil pararla, pero los que están fuera de ella se pueden negar a cooperar en todo aquello que ayude a continuarla.

Un hijo de la Nueva Era será antibelicista de raíz, y eso aun a costa de grandes sacrificios. No es que se deje el terreno libre a los violentos; es que con la filosofía de que la violencia sólo se puede parar con la violencia, nunca dejará de haber guerras en nuestro Planeta, y serán siempre los más violentos y los prepotentes los que tengan la última palabra.

Los hijos de la Nueva Era tienen que propugnar la filosofía del diálogo, de la discusión civilizada, de la tolerancia, de la paciencia, y sólo en último término, de la violencia. Pero una violencia que tiene que ser ante todo justa, ecuánime y en todo momento controlada.

ARENGA A LOS JÓVENES DE LA NUEVA ERA

Jóvenes de la Nueva Era, no os alistéis *voluntariamente* en ningún ejército ni en ningún cuerpo de policía, ni en ninguna institución represora de los derechos de los ciudadanos. Negaos a manejar armas de ninguna clase. No queráis poneros a las órdenes de autoridades injustas que aporrean a los ciudadanos indefensos que se manifiestan para defender sus derechos. Y en caso de que ya estéis alistados, negaos a maltratar de manera alguna a vuestros conciudadanos que, a fin de cuentas, son vuestros hermanos. Instad a las autoridades a bajar de sus pedestales a desempeñar ellos personalmente tan infame tarea.

Jóvenes de la Nueva Era, negaos a que os alisten por la fuerza en ningún ejército bajo el señuelo de servir a la patria. A la patria se la sirve trabajando cada uno en su oficio o en su profesión y construyendo una sociedad más justa y avanzada. No se le sirve perdiendo el tiempo en los cuarteles o saliendo a la calle, garrote o fusil en mano, a amedrentar o a golpear a ciudadanos desarmados. Para servir a la patria no es necesario empuñar armas.

Decid a los que os las ponen en las manos que preferís instrumentos para construir una sociedad mejor. Decidles que el dinero que invierten en fusiles, tanques y cañones lo usen en proporcionarnos mejores instrumentos y en perfeccionaros en vuestras respectivas profesiones.

Los que seáis reclutados a la fuerza, a la hora de salir a la calle a reprimir a los ciudadanos, o cuando llegue el momento de usar las armas contra un supuesto enemigo, sólo haciendo un enorme esfuerzo podréis oponeros a cumplir las órdenes, porque ello supondría un castigo drástico e instantáneo, o la misma suerte por rebelión e insubordinación. Por eso es mucho mejor oponerse a la hora de ser reclutados.

Puede ser que los mandos del ejército no os obliguen nunca a cometer injusticias, pero la historia ha demostrado lo contrarío en infinitas ocasiones, incluso en nuestros mismos días estamos viendo docenas de casos en los que pobres campesinos y obreros con un fusil en la mano son obligados a asesinar a sus hermanos, que lo único que hacen es protestar desarmados contra las injusticias de las clases pudientes.

Por estos mismos días vemos cómo en El Salvador, Guatemala y Honduras, con la jerarquía militar más salvaje de América, pobres jóvenes analfabetos, arrancados del seno de sus familias campesinas, ametrallan a los suyos bajo la amenaza de sus paranoicos oficiales que únicamente representan los intereses de las familias privilegiadas.

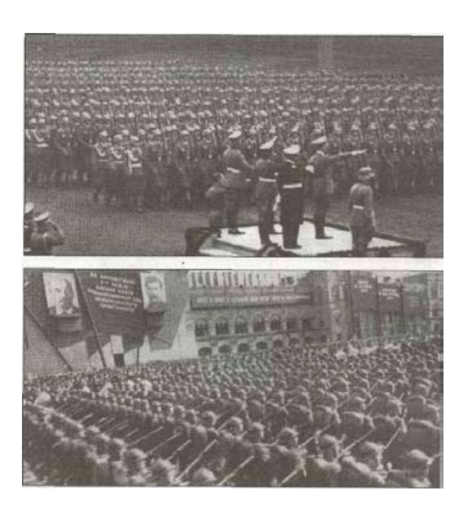
Por eso, jóvenes de la Nueva Era, negaos a ir al ejército en los países en donde los militares, lejos de ser los defensores de las libertades y de los derechos de los ciudadanos, se han convertido ya tradicionalmente en los defensores de los privilegios de unos pocos y son los mayores enemigos de la democracia.

Más difícil es el caso de los que se alistan voluntariamente en cualquiera de los institutos armados. Al hacerlo así se están exponiendo a ser usados como los aporreadores de sus hermanos, haciéndose cómplices de la mentalidad injusta y abusadora de la institución a que prestan sus servicios.

En la práctica, desde el momento en que alguien se hace policía, se le hace imposible resistirse a las órdenes de sus jefes, aunque éstas sean completamente injustas. Y la experiencia nos dice que en muchas ocasiones han sido injustas.

Indudablemente, las autoridades tendrán que hacer que la ley se cumpla y para ello tendrán que recurrir a la ayuda de los ciudadanos, pero no seas tú, joven de la Nueva Era, el que voluntariamente se preste a ponerse incondicionalmente a sus órdenes para que te usen cuando no actúan rectamente y cuando sólo tienen en mira sus intereses políticos o económicos. Y mucho menos, cuando te quieran utilizar para maltratar a tus conciudadanos y para reprimir sus derechos que debes considerar como los tuyos propios.

En países como Brasil, Uruguay, Grecia y Argentina están indultando últimamente a militares y policías que asesinaron a civiles inocentes e indefensos. Los cerebros de aquellas canalladas eran militares y policías profesionales, pero en muchas ocasiones los que ayudaban y ejecutaban aquellos crímenes actuaban contra su voluntad y repudiando lo que hacían; pero no podían sustraerse a las órdenes que recibían, pues se exponían a correr la misma suerte que sus víctimas.



«Cada vez que veo un desfile militar me digo: ¿Para qué quieren cerebros, si les basta con la médula espinal?» (Albert Einstein).

Y uno se pregunta: ¿qué hacían personas decentes actuando de aquella manera criminal y coadyuvando a todas aquellas enormes injusticias? Era el resultado de no haberse opuesto a su alistamiento o la consecuencia de haber ingresado en instituciones que tienen un negro historial de injusticias y de abusos.

Era el resultado de no haber repudiado radicalmente a unos instrumentos del Estado que son los profesionales de la violencia y que gozan usando armas y, si a mano viene, masacrando a sus conciudadanos.

Si el espíritu de la Nueva Era repudia algo, es precisamente esto: la violencia y la injusticia. Por eso los hombres y mujeres de Acuario repudiarán con todas sus fuerzas todo lo que huela a represión de la libertad y de los legítimos derechos de los seres humanos, sean éstos de la condición social que sean.

Los jóvenes de la Nueva Era se resistirán al alistamiento en cualquier clase de cuerpo armado por muy defensor de la ley y el orden que se presente, y rehuirán con todas sus fuerzas el que los recluten para formar parte de algún ejército. La humanidad no llegará a ser completamente una sociedad civilizada, mientras existan ejércitos con un enorme material bélico que va en contra de toda idea de evolución y progreso.

REFLEXIÓN FINAL

Hemos llegado al final de nuestra exposición y sólo nos queda hacer una reflexión global acerca de todo lo que hemos dicho a lo largo de estas páginas.

A algún lector puede haberle parecido que nuestra visión es demasiado negativa y que hay que mirar la vida con mayor optimismo. Pero de nada vale un optimismo simplón que se empeña en negar la triste realidad circundante. Para poder cambiarla o superarla lo primero que hay que hacer es conocerla a fondo para ver cuáles son sus defectos.

Un hijo de la Nueva Era tiene que ser un transformador no sólo de sí mismo sino de la sociedad en que vive y, para ello, debe saber bien de qué males adolece.

Lo triste es que mucha gente, por haber nacido ya en una sociedad enferma, admite los males y las enfermedades de ésta como cosas naturales y no hace nada por remediarlas, porque piensa que siempre ha sido así y que así es como debe ser.

Hay, por ejemplo, muchos ciudadanos que pasan por honestos e inteligentes, que no se indignan ante las insultantes desigualdades sociales y admiten, por otro lado, la desvergüenza y los abusos de los políticos como algo natural en el gobierno de una nación.

Por eso lo primero que hay que hacer es abrir los ojos de los ciudadanos dormidos y despertar su indignación ante los defectos y males de la sociedad que pueden ser superados.

Si algo se admite como normal, lo lógico es que no se luche contra ello, y sólo cuando se descubre su fealdad se despierta el deseo de superarlo o de corregirlo.

Pero el lector habrá observado que al final de cada capítulo poníamos nuestra reacción positiva a la situación que habíamos planteado y sugeríamos cuál debía ser la manera de actuar de un auténtico hijo de la Nueva Era.

Si bien reconocemos que un cambio rápido y radical de la sociedad es algo impensable a corto plazo, sin embargo estamos seguros de que individualmente las personas pueden cambiar con mucha mayor facilidad y, de hecho, hay muchas que ya están cambiando. Se trata no sólo de cambios externos en sus hábitos de vida, alimentación, diversiones, empleo del tiempo libre, etc., sino internamente, de una manera menos visible pero mucho más profunda.

Hoy hay miles de personas que están despertando de una vida ramplona, monótona y totalmente manipulada, a otra con mayor independencia y personalidad. Hay miles de personas que están descubriendo la importancia de sí mismos y no se comportan ya como robots o como borregos de manada que van a donde los demás, piensan lo que todo el mundo y hasta se visten como les dicen los grandes patronos de la moda. Hoy hay miles de personas que muestran su rebeldía contra las viejas tradiciones y usan cada vez más su propio cerebro.

Es cierto que también hay multitud de individuos que andan como tontitos buscando a ver quién les dice lo que tienen que hacer o quién les da pautas acerca de cómo tienen que pensar: acuden a algún gurú para que les solucione su vida (cuando el gurú lo que busca es solucionar la suya), llaman a algún programa de radio para consultar al pitoniso de turno o para que algún locutor delirante les dé alguna magia con que solucionar un problema, entran en alguna secta, se van a la India o a Medyugorje a hacerse fervientes discípulos de algún swami o de Nuestra Señora, se entregan a Jesucristo y hasta tratan de comunicarse con algún guía cósmico para ponerse enteramente a sus órdenes.

Si no se puede negar que en nuestra sociedad hay un despertar en el buen sentido y en la recta dirección, tampoco se puede negar que lo hay en la dirección incorrecta que no lleva a ninguna parte y que lo único que hace es confundir más las mentes de la gente.

Todo lo que sea subordinar la mente y renunciar a pensar es negativo, por muy bueno que sea el maestro. Todos los grandes y verdaderos maestros lo primero que hacen es aconsejar al discípulo a usar su propia mente y a crecer de dentro hacia afuera.

Todo maestro que genera fanáticos no es un verdadero maestro, por muchos poderes que tenga. Por eso es triste ver tanta gente fanatizada, metida en tantos grupos diferentes, creyendo ciegamente tantas cosas extrañas y siguiendo borreguílmente a tantos guías sospechosos.

El hijo de la Nueva Era tiene mucha más fe en sí mismo, en sus propias capacidades *y* en su inteligencia, el don más preciado que tenemos, y no anda corriendo detrás de nadie para que le diga

qué es lo que tiene que hacer o en qué tiene que creer.

Usando términos cristianos, «somos auténticos hijos de Dios» con una dignidad innata y no creemos en pecados originales ni en condenaciones eternas. Tenemos derecho a ser los arquitectos de nuestras vidas y a hacer nuestros propios destinos.

Es cierto que en la vida nos vamos a encontrar con mil dificultades, pero sí no nos acomplejamos y usamos rectamente nuestra razón, seremos capaces de vencerlas porque nuestra mente tiene potencialidades que sólo ahora estamos empezando a descubrir, pues por siglos los doctrinarios religiosos nos habían tenido acomplejados acerca de ellas.

El auténtico hijo de la Nueva Era, sin despreciar a nadie y sin soberbia, tiene que considerarse como un pequeño dios con unas enormes capacidades.

Como anteriormente dije, es poco lo que podemos hacer para transformar la sociedad, pero es mucho lo que somos capaces de lograr en cuanto a la propia transformación y la de nuestro entorno inmediato.

Tenemos que huir de ser unos hombres o mujeres ramplonas que llevan una vida chata y monótona. La magia cósmica funciona *y* consiste en unas energías misteriosas que trabajan en nuestro provecho cuando ponemos a trabajar la mente en favor de nosotros mismos.

En vez de imaginar siempre lo peor y que las cosas nos van a salir mal, deberemos constantemente imaginar que todo nos va a salir tal como deseamos. En ocasiones tendremos que ser audaces y proceder como si todo hubiese sucedido ya tal como habíamos previsto. Y veremos que debido a la magia cósmica las cosas se realizan y resultan, a veces contra toda lógica.

Por otra parte, deberemos estar muy atentos para no dejarnos desalentar por las muchas cosas malas que suceden a nuestro alrededor. Es lógico deprimirse viendo el estado lamentable en que se encuentra nuestra sociedad y por otra parte demostraríamos una gran ceguera y egoísmo si no cayésemos en la cuenta de lo tenso de la situación actual y de lo mal que lo pasan muchos seres humanos.

Pero eso no tiene que influir en nuestra paz interna.

Aunque todos somos en parte culpables de lo mal que están las cosas, la gran responsabilidad no cae sobre nosotros, sino sobre aquellos que detentan el poder y la autoridad y tienen directamente en sus manos el remediar los males.

Cada uno de nosotros, con paz, con constancia y con respeto a los derechos de los demás, tiene que hacer lo posible por evolucionar internamente y por mejorar en cuanto pueda su entorno. El resto no está en nuestra mano y no tiene que hacernos perder la paz.

La Nueva Era comienza dentro de cada uno de nosotros. Sólo cuando uno se haya renovado interiormente será capaz de afrontar con éxito la dura realidad circundante. Y para renovarnos, tenemos que volvernos hacia dentro; tenemos que prestar más atención a nosotros mismos, a nuestras potencialidades, a nuestros defectos y también a nuestras virtudes. Esta sociedad nos ha envenenado mucho; nos ha llenado de complejos y de malos hábitos y lo primero que tendremos que hacer es hacerlos desaparecer para llenarnos en su lugar de las virtudes típicas de la Nueva Era: la fraternidad, el optimismo, la apertura de mente, la laboriosidad y el amor a la justicia y a la belleza.

Y para terminar, digamos que, a pesar de todos los pesares, uno siempre puede construir su propio paraíso, su propia isla de armonía en medio del caos.

BIBLIOGRAFÍA

i. Albrecht Ulrich, Dieter Ernest, Peter Lock y Herbert Wulf, *Militarismo y subdesarrollo.* Universidad Autónoma de México, 1985.

ii. Baerlein, E. y A.E.G. Dower, *Salud por la radiónica.* Edaf 1980. Bedford James y Walt Kensington, *El experimento Delpasse.* Mtnez. Roca, 1976.

iii. Bianucci, Piero, *De los átomos al cosmos.* Daimon, 1977.

iv. Bueno, Mariano, *Vivir en casa sana,* Martínez Roca, 1988.

v. Calabrese Edward J. y Michael W. Dorsey, *Vida sana en un mundo insano.* Edaf, 1986.

vi. D'Adamo James, *Su comida, ¿veneno o salud?* Everest, 1983.

vii. Davidson John, *Más allá de las pirámides.* Martínez Roca, 1988.

viii. "*Falin, Valentín, *La última explosión nuclear.* Novosti, 1986.

ix. Ferguson, Marilyn, *La conspiración de acuario.* Kairos, 1985.

x. Freixedo, Salvador, *Curanderismo y curaciones por la fe.* Martínez Roca, 1985.

xi. *Los curanderos.* Ediciones Universidad y Cultura. 1989.

xii. García Maulla, Eduardo, *Subliminal: escrito en nuestro cerebro.* Bitácora, 1981.

xiii. Gauquelín, Michel, *Los relojes cósmicos.* Plaza y Janes, 1976.

xiv. Hammond Sally, *We are all bealers.* Ballantine, 1973.

xv. Hansen Maurice y Jill Marsden, *«E» para aditivos.* Edaf, 1986.

xvi. Hay Louise L., *Usted puede sanar su vida.* Urano, 1991.

xvii. *El poder está dentro de ti.* Urano, 1991**.**

xviii. Heisenberg, Schrodinger, Einstein, Jeans, Planck, Pauli, Eddington, *Cuestiones cuánticas.* Kairós, 1987.

xix. Hollings, Robert, *Meditación trascendental.* Edaf, 1987.

xx. Integral equipo, *La dieta ecológica.* Posada, 1986. Kapra Fritjof,

xxi. *El Tao de la física.* Integral, 1985. *El punto crucial.* Integral, 1985.

xxii. Kenton Leslie y Susannah, *Raw energy.* Arrow Books. 1986.

xxiii. Lavan, Rene, *Música rock y satanismo.* Obelisco, 1986.

xxiv. Lily, John, *El centro del ciclón.* Martínez Roca, 1981.

xxv. Lower, Alexander, *Bioenergética.* Diana, 1977.

xxvi. Moller, Erwin, *Los alimentos milagrosos.* Posada, 1985.

xxvii. Murphy, Joseph, *Las sorprendentes leyes de la fuerza del pensamiento cósmico.* Diana, 1974.

xxviii. Osis Karlis y Erlenden Heraldson, *A la hora de la muerte.* Edaf, 1981.

xxix. Pauling Linus, *Cómo vivir más y sentirse mejor.* Planeta, 1986.

xxx. Roelants du Vivier Francois, *Agricultura y medio ambiente.* Asociación Vida Sana, 1987.

xxxi. Rogo Scott, *La existencia después de la muerte.* Hermes S.A. 1991.

xxxii. Roos G., *El mono degenerado.* Progensa, 1988.

xxxiii. Sacristán, Manuel, *Pacifismo, ecología y política alternativa.* Icaria, 1987.

xxxiv. Schul Bill, *The psychic power of animals.* Ballantine Books, 1977.

xxxv. Stearn Jess, *El poder del pensamiento alfa.* Edaf, 1983.

xxxvi. Stone Robert, *Método Silva de control mental.* Edaf, 1981.

xxxvii. Torquemada, Jesús, *Las armas nucleares.* Jepala, 1985.

xxxviii. Urbina, Fernando, *La guerra nuclear.* Editorial Popular, 1984.

xxxix. Van Assche, Raphael, *Kinesiología holística.* Altalena, 1987.

xl. Viñas, Ángel, *Armas y economía.* Editorial Fontamara, 1985.

xli. Watson, James D., *The double helix.* New American Library, 1968.

ÍNDICE

INTRODUCCIÓN
¿Qué es lo holístico? 2
Los falsos ídolos 2
La esencia del Espíritu Holístico 2
Cambio profundo en las ideas 3
La Era de Acuario 3
Evolucionar internamente 4
Hemos herido al planeta 4
Se necesita un cambio 4
Los hijos de la Nueva Era 5

REVALUACION DE UNO MISMO
Hemos sido vilipendiados 6
Nuestro cuerpo es una máquina maravillosa 6
Las capacidades de la mente humana 7
Facultades paranormales 7
Autocuración y curaciones paranormales 8
Tenemos inmensas posibilidades 8
No somos pecadores por naturaleza 9

LAS LLAMADAS AUTORIDADES
El poder y sus peligros 10
Clases de poder 10
El poder físico 10
El poder del dinero 11
El poder político 11
La debilidad de las democracias 11
El poder judicial 12
Más sobre el poder político 12
¿Una rebelión contra las autoridades? 15

VOLVAMOS A LA NATURALEZA (DIMENSIÓN ECOLOGICA DE LA NUEVA ERA)
Falta de respeto a la naturaleza 17
La naturaleza bulle de vida 17
Destruimos el planeta 18
Los principales responsables 19
Lo hemos envenenado todo 20
Dios en la naturaleza 20
Tenemos que volver a la naturaleza 21

REVALUACION DEL TRABAJO
El trabajo convertido en maldición 22
Las lacras del trabajo 22
El trabajo mal retribuido 23
Los sindicatos 24
Las huelgas salvajes 24
Trabajos esclavizantes 25
El trabajo mental 25
Filosofía del trabajo 26
Prepararse para el trabajo 26

LOS ENEMIGOS DE LA SALUD
Morir poco a poco 28
Muchos enemigos de la salud 28
El alcohol 29
Alcohólicos Anónimos 30
El tabaco 31
El derecho a respirar aire puro 31
Una sociedad enferma 32

EL DIOS DINERO
El dinero-dios 34
Lo artificial de las bolsas de valores 34
Saber usar el dinero 35
El dinero solo no da la felicidad 35
Dinero y libertad 36

OTROS NIVELES DE REALIDAD
¿Es realmente así la realidad? 37
Los fallos de la mentalidad científica 37
¿Es el hombre el rey del Universo? 38
El mundo de las entidades 38
El cristianismo cree en ellas 39
Entidades y ovnis 39
Otros niveles de existencia 40
Espiritismo 40
Otros tipos de entidades 41
Nuestra reacción ante esta extraña realidad 41
Relación con lo religioso y extraterrestre 42
Cualidades de estas entidades 43

PAZ INTERNA Y EXTERNA
No tenemos paz de alma 44
La paz es una condición para evolucionar 44
¿Por qué no tenemos paz? 45
La esencia de la paz 45
Evitar la lucha por la vida 46

REVALUACION DE LA RELIGIÓN
Un fenómeno social completo 47
Dificultad para enjuiciarla 47
Religiones y culturas 47
Las religiones separan 48
La religión llena el alma de tabúes 48
Una estrategia de las entidades 49
Repensar las creencias 49
Los mandamientos de la Nueva Era 50
El nuevo decálogo 51

EL ARTE
Qué es arte 52
La creación del arte 52
Arte verdadero y pseudoarte 52
Los críticos de arte 53
La poesía como arte 54

TOLERANCIA
Somos intolerantes 55
¿Qué es intolerancia? 55
Intolerancia ideológica 55
Los militares, campeones de intolerancia 56
Tolerancia cobarde 57

OBJETORES DE CONCIENCIA
¿Qué es un objetor de conciencia? 58
¿Contra qué hay que objetar? 58
Objetores y jueces 58
No sólo oponerse 59
Objetores al servicio militar 59
«Servir a la patria» 60
Filosofía militarista 60
Despilfarro militar 61

MEDITACIÓN
¿Qué es meditar? 62
¿Cómo se medita? 62
Peligros de la meditación 63
Escuelas de evolución: sintonización (channelling) 64
Meditación trascendental. Método Silva 64
Yoga 64
Dianética 65

LA QUINCALLA DE LA NUEVA ERA
Qué entendemos por «quincalla» 66
Los «clarividentes» de los programas de radio 66
Los horóscopos 67
La chatarra mágica 67
La radiestesia 68
Las pirámides 68
Los cristales de cuarzo 68
La búsqueda de poderes 68
Las curaciones paranormales 68
«Guías» verdaderos y falsos 69

REVALUACION DEL DEPORTE
Fenómeno social creciente
Una organización perfecta 70
El deporte como competición y como espectáculo 70
El deporte observado y el practicado 70
La violencia en los estadios 71
La manipulación electrónica de las masas 72
Otra causa para la violencia 73
Parte positiva y negativa del deporte 74

TELEVISIÓN Y BORREGUISMO
La fuerza de la televisión 75
Televisión y pornografía 75
La publicidad en la TV 76
El uso de drogas 78

HAGA LO QUE QUIERE HACER
«Matar el tiempo» 81
El uso del tiempo libre 81
Los deseos reprimidos 81
Entretenimientos ennoblecedores 82
La música 82
La lectura 82
La poesía 82
La meditación 83
No esperar a cuando sea viejo 83

PRESUPUESTO NACIONAL
El gasto del dinero público 84
El Estado como una gran familia 84
Desproporción en los gastos 84
Necesidades primarias 85
La alimentación 85
La salud 85
La vivienda 86
Los retiros 87
La enseñanza 87
Las comunicaciones 87
Necesidades secundarias 87
El mayor despilfarro: el ejército 88

Las verdaderas guerras 89
El dinero del presupuesto que se «filtra» 90

EL SENTIMIENTO PATRIÓTICO
Una estrategia para tenernos divididos 91
«Morir por la patria» 91
Agrandar el sentimiento patrio 92
La patria une y desune 92
Abolir el concepto de extranjero 92
Una Europa unida 93

LA AMISTAD
Valorar la amistad 94
Los hermanos no siempre son amigos 94
Escoger a los amigos verdaderos 94
Cultivar la amistad 95

EL ESTADO Y SUS MAQUINARIAS
Un grito de protesta 97
El poder judicial 97
El tentáculo de Hacienda 98

QUERER EVOLUCIONAR
La vida es como una escuela 100
No evolucionar es estancarse 101
«O crece o muere» 101
Huir de ser un humano ramplón 101

LOS SANTONES DE LA NUEVA ERA
Las «cualidades» de estos impostores 102

ALIMENTACIÓN, MEDICINA Y SALUD
Sin salud no merece la pena vivir 105
«Hartos pero desnutridos» 105
Alimentos desnaturalizados e intoxicados 105
Cómo nos envenenan 105
Píldoras y bisturí 107
Rebelión contra la medicina mala 107
El todo cuerpo-alma 108
Falsos axiomas 108
Medicinas más naturales 109
Mayor atención a las vitaminas 109
Alimentación caótica 109
Exceso de carne y proteínas 110
Centros de medicina natural 110
La vitamina C 111

LA GUERRA DE LOS GOLFOS
Los golfos de allá y los de acá 112
El fanatismo judío 112
El fanatismo musulmán 112
El fanatismo occidental 113
La excusa del orden internacional 113

ARENGA A LOS JÓVENES DE LA NUEVA ERA 115

REFLEXIÓN FINAL 117
BIBLIOGRAFÍA 119